

Amie Kaufman y Meagan Spooner

ATADOS

A LAS

ESTRELLAS

EL AMOR CONTRA EL UNIVERSO

AMIE KAUFMAN & MEGAN SPOONER

ATADOS A LAS ESTRELLAS

Traducción de Noemí Risco

LUNA  ROJA

Para Clint Spooner, Philip Kaufman y Brendan Cousins, tres hombres que siempre han sido constelaciones fijas de este universo en constante cambio.

portadella

—¿Cuándo conoció a la señorita LaRoux?

—Tres días antes del accidente.

—Y ¿cómo ocurrió?

—¿El accidente?

—Cómo conoció a la señorita LaRoux.

—¿Qué importancia tiene eso?

—Comandante, todo importa.

UNO TARVER

Nada en esta sala es real. Si fuese una fiesta en casa, la música atraería los ojos hacia los músicos humanos del rincón. Las velas y la luz tenue iluminarían el espacio y las mesas de madera estarían hechas de árboles auténticos. Las personas se escucharían unas a otras en vez de comprobar quién está observándolas.

Incluso el aire aquí huele filtrado y falso. Las velas de los apliques sí titilan, pero reciben energía de una fuente continua. Unas bandejas flotantes serpentean entre los invitados, como si camareros invisibles llevaran las bebidas. El cuarteto de cuerda no es más que un holograma: perfecto, infalible y exactamente igual en cada actuación.

Darí­a lo que fuera por una noche tranquila, bromeando con mi pelotón, en vez de estar aquí atrapado en la imitación de esta escena extraída de una novela histórica.

A pesar de todos los trucos de moda victoriana, no hay duda de dónde nos encontramos. Al otro lado de las ventanas de visualización, las estrellas son como líneas blancas borrosas, medio invisibles, surrealistas. La Ícaro, al atravesar el hiperespacio dimensional, parecería igual de borrosa, medio transparente, si alguien parado en el universo pudiera de alguna manera verla moverse más rápido que la luz.

Estoy apoyado en las estanterías cuando se me ocurre que sí hay una cosa aquí que es real: los libros. Echo la mano hacia atrás y dejo que mis dedos recorran el cuero rugoso de sus lomos antiguos para después sacar uno. Aquí nadie los lee, los libros están para decorar. Fueron elegidos por la calidad de su encuadernación en piel, no por el contenido de sus páginas. Nadie echará de menos uno y yo necesito una dosis de realidad.

Ya casi he terminado esta noche de sonreír a las cámaras como se me ha ordenado. Los jefazos siguen pensando que mezclar a oficiales superiores con la alta sociedad creará una especie de terreno común donde no existe ninguno. Hay que dejar que los paparazzi que infestan la Ícaro vean que al chico humilde le va bien, que alterna con la élite. Yo sigo pensando que los fotógrafos se hartarán de sacarme fotos con una copa en la mano, ganduleando

en el salón de primera clase, pero en las dos semanas que llevo a bordo, aún no lo han hecho.

A esta gente le encantan las historias del que pasa de pobre a rico, aunque mi riqueza no sea más que las medallas que llevo prendidas en el pecho. Aun así, es una buena historia en la prensa. Los militares salen bien, los ricos salen bien, y les dan a los pobres algo a lo que aspirar. «¿Ves? —dicen todos los titulares—. Tú también puedes ser rico y famoso. Si a un paleta le sale bien, ¿por qué no vas a poder tú?»

Si no hubiera sido por lo que pasó en Patron, ni siquiera estaría aquí. Lo que ellos llaman una acción heroica, para mí fue una trágica debacle. Pero nadie me pide mi opinión.

Le echo un vistazo a la sala, captando los grupos de mujeres ataviadas con vestidos de colores brillantes, oficiales con uniformes como el mío, hombres con chaquetas de noche y sombreros de copa. Las fluctuaciones de la multitud son perturbadoras, unos hábitos a los que no estoy acostumbrado a pesar de las veces que me he visto obligado a codearme con esta gente.

Mis ojos se posan sobre un hombre que acaba de entrar y tardo un momento en darme cuenta de por qué. No hay nada en él que encaje aquí, aunque está intentando integrarse. Su frac negro está demasiado raído y al sombrero de copa le falta la brillante cinta de satén que está de moda. Estoy entrenado para detectar lo que no encaja y, en un mar de rostros perfeccionados quirúrgicamente, el suyo es un faro. Tiene arrugas en las comisuras de los ojos y alrededor de la boca, y su piel, curtida, está marcada por el sol. Está nervioso, tiene los hombros encorvados, y con los dedos agarra las solapas de su chaqueta para soltarlas de nuevo.

El corazón se me acelera. He pasado demasiado tiempo en las colonias, donde cualquier cosa fuera de lugar podía matarte. Me aparto de las estanterías, empiezo a abrirme camino hacia él y paso junto a un par de mujeres que lucen unos monóculos que posiblemente no necesiten. Quiero saber por qué está aquí, pero me veo obligado a moverme despacio, avanzando entre el vaivén de la multitud con una paciencia atroz. Si empujo a la gente, llamaré la atención. Y si es peligroso, cualquier cambio repentino en la energía de la sala podría provocarle.

Un destello brillante ilumina el mundo cuando una cámara se dispara en mi cara.

—¡Oh, comandante Merendsen! —Se trata de la líder de un grupo de

mujeres de veintitantos que viene hacia mí desde la ventana de visualización —. ¡Oh, tiene que hacerse una foto con nosotras!

Su falsedad es venenosa. Aquí no soy más que un perro caminando sobre sus patas traseras. Lo saben, y yo lo sé, pero no pueden desaprovechar la oportunidad de dejarse ver con un auténtico héroe de guerra vivo.

—Claro, vuelvo en un momento, si...

Antes de que pueda terminar la frase, las tres mujeres están posando junto a mí, con los labios fruncidos y las pestañas bajadas. «Sonríe a las cámaras.» Una serie de flashes estallan a mi alrededor, cegándome.

Siento ese ligero dolor punzante en la base del cráneo que promete convertirse en una jaqueca en toda regla. Las mujeres siguen parloteando y acercándose a mí, y ya no veo al hombre del rostro curtido.

Uno de los fotógrafos me está rondando, su voz es un bajo zumbido. Me hago a un lado para mirar más allá de él, pero en mis ojos nadan persistentes impresiones, rojas y doradas. Parpadeo con fuerza y miro de la barra a la puerta, a las bandejas flotantes y a las mesas. Intento recordar cómo es, la línea de sus prendas. ¿Tenía espacio para esconder algo debajo de la chaqueta? ¿Podría ir armado?

—Comandante, ¿me ha oído?

El fotógrafo sigue hablándome.

—¿Sí?

«No, no estaba escuchando.» Me deshago de las mujeres que todavía tengo encima con el pretexto de acercarme a hablar con él. Ojalá pudiera pasar de largo al hombrecillo, o aún mejor, decirle que hay un peligro y ver lo rápido que desaparece de la sala.

—He dicho que me sorprende que sus compañeros de los pisos inferiores no intenten colarse también aquí arriba.

¿En serio? Los demás soldados me ven dirigirme cada noche a la primera clase como un hombre que camina por el corredor de la muerte.

—Bueno, ya sabe. —Trato de no sonar tan molesto como estoy—. Dudo que ni siquiera sepan lo que es el champán.

Intento también sonreír, pero es a ellos a los que se les da bien la falsedad, no a mí.

Se ríe a carcajadas mientras el flash vuelve a estallar en mi cara. Parpadeo para deshacerme de las estrellas, doy un traspíe y estiro el cuello intentando localizar al tipo que desentona más que yo en la sala. Pero no se ve por

ninguna parte al hombre encorvado con el sombrero raído.

¿Quizá se ha marchado? Pero nadie se toma la molestia de colarse en una fiesta como esta para escabullirse sin más. Tal vez esté sentado ahora, escondido entre el resto de invitados. Recorro las mesas de nuevo con la mirada, esta vez examinando a los clientes con más detenimiento.

Están todas a rebosar de gente. Todas salvo una. Mi vista se centra en una chica sentada sola a una mesa, observando a la multitud con indiferencia. Su piel blanca y perfecta delata que es uno de ellos, pero su mirada confirma que es mejor, está por encima, es intocable.

Lleva el mismo tono que el uniforme de la Marina, sus hombros desnudos atraen mi atención por un momento; sin duda luce ese color mejor que ningún marino que yo conozca. El pelo: rojo, le cae por debajo de los hombros. La nariz: un poco respingona, pero eso la hace más hermosa, no menos. La hace real.

«Hermosa» no es la palabra adecuada. Está buenísima.

Algo en la cara de la chica me hace sentir un hormigueo en el fondo de la cabeza, como si la reconociera, pero antes de poder descubrir la conexión, me pilla mirándola. Sé muy bien que no debo mezclarme con chicas como ella, así que no sé por qué sigo observándola, ni por qué sonrío.

Entonces, repentinamente, un movimiento desvía mi atención. Es el hombre nervioso, que ya no deambula entre el gentío. Ha abandonado su postura encorvada y, con los ojos fijos en algo al otro lado de la sala, está abriéndose paso rápidamente entre los cuerpos apretados. Tiene un objetivo y es la chica vestida de azul.

No pierdo el tiempo zigzagueando entre la gente con delicadeza. Me abro paso a empujones entre un par de sorprendidos caballeros de avanzada edad y me dirijo a la mesa, pero el desconocido ha llegado antes. Está inclinándose para acercarse, habla bajo y rápido. Se mueve demasiado deprisa, intentando soltar lo que ha venido a decir antes de que le identifiquen como un intruso. La chica se echa hacia atrás para apartarse. Luego la multitud se cierra entre nosotros y quedan fuera de mi vista.

Llevo la mano hacia mi pistola y mascullo entre dientes cuando me doy cuenta de que no la llevo encima. Siento el vacío junto a la cadera como si me faltase un miembro. Serpenteo a la izquierda y vuelco una bandeja flotante, cuyo contenido cae al suelo. La multitud retrocede y por fin me deja vía libre hacia la mesa.

El intruso la ha agarrado del codo, de manera apremiante.

La chica está intentando soltarse, mira hacia arriba en busca de alguien, como si esperase ayuda. Su mirada cae sobre mí.

Me acerco un paso más antes de que un hombre con el tipo adecuado de chistera ponga una mano encima del hombro del desconocido. Le acompaña un amigo igual de prepotente y dos oficiales, un hombre y una mujer. Saben que el individuo con la luz ferviente en los ojos no encaja aquí y advierto que tienen la intención de remediarlo.

El que se ha nombrado a sí mismo guardián de la pelirroja tira del hombre hacia atrás para hacerle chocar contra los oficiales, que lo agarran con firmeza por los brazos. Se ve que no está entrenado, ni formalmente ni de la manera agresiva que aprenden en las colonias. Si así fuera, sería capaz de apañárselas con estos chupatintas y sus métodos descuidados.

Comienzan a llevarlo hacia la puerta, uno de ellos agarrándolo de la nuca. Usan más fuerza de la que yo emplearía con alguien cuyo único crimen hasta ahora parece ser intentar hablar con la chica del vestido azul, pero están encargándose del asunto. Yo me detengo en la mesa adyacente, todavía tratando de recuperar el aliento.

El hombre se retuerce para soltarse de los soldados y se vuelve hacia la chica. Mientras la sala empieza a quedarse en silencio, se oye el tono entrecortado de su voz.

—Debe hablar con su padre de esto, por favor. Estamos muriendo por la falta de tecnología, tiene que darle a las colonias más...

Su voz falla cuando uno de los oficiales le propina un golpe en el estómago que le hace doblarse por la mitad. Me echo hacia delante, me aparto de mi mesa y paso junto a un creciente círculo de espectadores.

La pelirroja se me adelanta. Se pone de pie con un movimiento rápido que llama la atención de todos los de la sala de un modo distinto al de la refriega. Sea quien sea, está claro que causa sensación.

—¡Basta! —Tiene una voz muy adecuada para lanzar un ultimátum—. Capitán, teniente, ¿qué creen que están haciendo?

Sabía que me gustaba por algún motivo.

Cuando llego, ella los ha dejado inmóviles con una mirada que podría derribar a un pelotón. Por un instante, nadie advierte mi presencia. Entonces veo que los soldados se percatan de que estoy ahí y echan un vistazo a mis hombros en busca de mis galones. Rangos aparte, somos diferentes en todos

los sentidos. Las medallas me las dieron por el combate, a ellos por el largo servicio, por su eficiencia burocrática. Mis ascensos los conseguí en el campo de batalla. Ellos, detrás de un escritorio. Nunca se han manchado de sangre las manos. Pero, por una vez, me alegro de mi nueva posición social. Los dos soldados se ponen firmes a regañadientes. Ambos son mayores que yo y sé que debe de doler tener que saludar a un chico de dieciocho años. Qué gracioso, a los dieciséis años era lo bastante mayor para beber, luchar y votar, pero incluso dos años después, soy demasiado joven para que me respeten.

Todavía están sujetando al que se ha colado. Su respiración es rápida y superficial, como si estuviera muy seguro de que alguien va a dispararle desde una escotilla en cualquier momento.

Me aclaro la garganta para asegurarme de que sueño calmado.

—Si hay algún problema, puedo ayudar a este hombre a encontrar la salida.

«Sin más violencia.»

Todos oímos cómo suena mi voz, justo como el chaval de pueblo que soy, inculto, sin educación. Oigo unas cuantas risas desperdigadas por la sala, que ahora está totalmente centrada en nuestro pequeño drama. No son risas maliciosas, sino que a la gente le hace gracia.

—Merendsen, dudo que este tipo esté buscando un libro.

El de la chistera elegante me lanza una sonrisa de suficiencia. Bajo la vista y me doy cuenta de que todavía tengo en las manos el libro que he cogido de la estantería. Claro, como este tío es pobre, ni siquiera sabe leer.

—Estoy segura de que estaba a punto de marcharse —dice la chica, fulminando al de la chistera con una dura mirada—. Y estoy bastante segura de que vosotros también os ibais.

La despedida les ha pillado desprevenidos y yo aprovecho ese momento para librar a mis compañeros oficiales de su prisionero. Le cojo del brazo y le acompaño a la salida. La chica ha echado eficazmente al cuarteto del salón —de nuevo su cara me recuerda a alguien. ¿Quién es para poder hacer eso?— y yo les dejo emprender su escapada impuesta antes de dirigir a mi nuevo amigo hacia la puerta, con cuidado pero a la vez con firmeza.

—¿Te han roto algo? —pregunto en cuanto estamos fuera—. ¿Qué te ha hecho acercarte a ellos en un lugar como este? Casi pensaba que pretendías disparar a alguien.

El hombre se me queda mirando durante un buen rato, con un rostro más viejo del que jamás lucirán las personas de ahí dentro.

Se da la vuelta para marcharse sin mediar palabra, con los hombros encorvados. Me pregunto cuánto se ha jugado en este encuentro intencionado con la chica del vestido azul.

Me quedo en la puerta, observando cómo la gente no pierde más el tiempo con el drama ahora que se ha terminado. La sala poco a poco vuelve a la vida, las bandejas flotantes vuelan por ahí, la conversación aumenta y la risa perfectamente practicada tintinea aquí y allá. Se supone que he de estar en este salón al menos otra hora, pero a lo mejor solo por esta vez puedo escaquearme pronto.

Y entonces vuelvo a ver a la chica: me está observando. Se quita uno de los guantes muy lentamente, agarrando los dedos uno a uno, a propósito. Su mirada no se aparta de mi cara.

El corazón se me sube a la garganta, y sé que estoy con la vista fija como un idiota, pero que me parta un rayo si recuerdo cómo funcionan mis piernas. Mantengo la mirada demasiado tiempo y sus labios se curvan hasta insinuar una sonrisa. Pero, de algún modo, su sonrisa no parece burlarse de mí y me recompongo lo suficiente como para empezar a andar.

Cuando deja caer un guante, yo soy el que se agacha a recogerlo.

No quiero preguntarle si está bien, está demasiado tranquila para eso. Así que dejo el guante sobre la mesa y después me encuentro sin ninguna excusa para no hacer otra cosa más que mirarla.

Ojos azules. A juego con el vestido. ¿Es natural que las pestañas crezcan tanto? Con todos esos rostros perfectos es difícil saber quién se lo ha alterado quirúrgicamente y quién no. Pero sin duda si se lo ha hecho, ha optado por una nariz recta, de belleza clásica. No, parece de verdad.

—¿Está esperando una bebida? —digo prácticamente sin alterar la voz.

—Espero a mis compañeros —responde, bajando las pestañas letalmente antes de mirarme a través de ellas—. ¿Capitán? —Inclina la palabra hacia arriba, probando a ver qué rango tengo.

—Comandante —contesto. Sabe cómo leer mi insignia, acabo de verla nombrar los rangos de los otros oficiales. Las chicas como ella, las de la alta sociedad, saben cómo hacerlo. Es un juego. Puede que yo no pertenezca a su clase social, pero reconozco a una jugadora en cuanto la veo—. No sé si ha sido inteligente por parte de sus compañeros dejarla sola. Ahora tiene que estar aquí hablando conmigo.

Entonces sonrío, y resulta que tiene hoyuelos, y todo termina. No es solo la

manera de mirar, aunque eso ya lo explicaría todo. Es que, a pesar del aspecto que tiene, a pesar de dónde la he encontrado, esta chica está dispuesta a ir contra la corriente. No es otro títere cabeza hueca. Es como toparse con otro humano tras días de aislamiento.

—¿Va a provocar un incidente galáctico para que siga haciéndole compañía hasta que lleguen sus amigos?

—En absoluto. —Inclina un poco la cabeza para señalar el lado opuesto de la mesa. El banco describe un semicírculo desde donde ella está sentada—. Aunque creo que debo advertirle que tal vez esté aquí un rato. Mis amigos no son famosos por su puntualidad.

Me río, y dejo el libro y mi bebida en la mesa junto a su guante, al tiempo que me siento enfrente de ella. Lleva una de esas enormes faldas que están de moda hoy en día, y la tela me roza las piernas al sentarme. No se aparta.

—Debería haberme visto como cadete —digo, como si no hubiera sido hace un año—. La puntualidad era casi por lo único que se nos conocía. Nunca preguntes cómo o por qué, tan solo hazlo rápido.

—Entonces tenemos algo en común —apunta—. A ninguno de los dos nos animan a preguntar por qué.

Ninguno de los dos pregunta por qué estamos sentados juntos. Somos listos.

—Veo al menos una docena de tipos observándonos. ¿Estoy ganándome enemigos mortales? O al menos, ¿más de los que ya tengo?

—¿Dejaría de estar aquí sentado en tal caso? —pregunta, y se quita por fin el segundo guante para dejarlo en la mesa.

—No necesariamente —respondo—. Aunque es útil saber si voy a tener rivales esperándome en los rincones. Esta nave está llena de pasillos oscuros.

—¿Rivales? —inquire, alzando una ceja.

Sé que está jugando conmigo, pero no conozco las reglas y tiene todas las cartas. Aun así, ¡al diablo con ello! No me importa perder. Si quiere, me rindo ahora mismo.

—Supongo que eso se imaginan —digo finalmente—. Esos caballeros de ahí no parecen particularmente impresionados.

Señalo con la cabeza al grupo con levitas y más chisteras. En casa somos más sencillos, nos quitamos el sombrero cuando entramos en alguna parte.

—Empeorémoslo —dice de repente—. Léame de su libro y yo me haré la embelesada. Puede pedirme una bebida, si quiere.

Bajo la vista al libro que he sacado de la estantería. *Bajas en masa: Una*

historia de campañas fallidas. Lo deslizo un poco más lejos y me estremezco por dentro.

—Tal vez la bebida. Llevo un tiempo fuera de sus luces brillantes, por lo que estoy algo oxidado, pero seguro que hablar de muertes sangrientas no es la mejor manera de atraer a una chica.

—Tendré que conformarme con champán, entonces —continúa, mientras levanto una mano para hacerle señas a una de las bandejas flotantes—. Ha dicho «luces brillantes» con un toque de desdén, comandante. Yo vengo de esas luces brillantes. ¿Me culpa por ello?

—No podría culparla por nada.

De alguna manera, las palabras evitan mi cerebro por completo.

«Motín.»

Baja la mirada por el cumplido, todavía sonriendo.

—Ha dicho que ha estado alejado de la civilización, comandante, pero sus halagos le traicionan. No puede haber sido tanto tiempo.

—Somos muy civilizados allí fuera, en la frontera —contesto, fingiendo estar ofendido—. De vez en cuando descansamos de avanzar trabajosamente por el fango que nos llega hasta la cintura o de esquivar balas, e invitamos a la gente a bailar. Mi antiguo sargento de instrucción solía decir que nada te enseña mejor el *quickstep* que el suelo cediendo bajo tus pies.

—Supongo —asiente mientras una bandeja llena llega zumbando hacia nosotros como respuesta a mi llamada. Ella elige una copa de champán y la levanta en un medio brindis conmigo antes de beber un sorbo—. ¿Puede decirme su nombre o es información clasificada? —pregunta como si no lo supiera.

Cojo la otra copa y mando la bandeja zumbando de nuevo hacia la multitud.

—Merendsen. —Incluso aunque sea fingido, está bien hablar con alguien que no se vuelve loco con mis sorprendentes acciones heroicas o pide hacerse una foto conmigo—. Tarver Merendsen.

Me mira como si no me reconociera de todos los periódicos y los holovideos.

—Comandante Merendsen —prueba a pronunciarlo, apoyándose en la *m*, y luego hace un gesto con la cabeza en señal de aprobación. El nombre tiene un pase, al menos por ahora.

—Vuelvo a las luces brillantes para mi próximo destino. ¿Cuál de ellas es su casa?

—Corinto, por supuesto —responde. La luz más brillante de todas. Por supuesto—. Aunque paso más tiempo en naves como esta que en el planeta. Me siento más en casa aquí, en la Ícaro.

—Incluso a usted debe de impresionarle la Ícaro. Es más grande que cualquiera de las ciudades en las que he estado.

—Es la más grande —contesta mi compañía, bajando la vista y jugueteando con el pie de la copa de champán.

Aunque lo disimula bien, su expresión vacila ligeramente. Hablar de la nave debe de aburrirla. A lo mejor es el equivalente espacial a hablar del tiempo.

«Vamos, hombre, reacciona.» Me aclaro la garganta.

—Las cubiertas exteriores son las mejores que he visto nunca. Estoy acostumbrado a planetas con muy poca luz ambiental. Pero las vistas aquí son espectaculares.

Me mira a los ojos durante medio respiro y después sus labios esbozan una minúscula sonrisa.

—No creo que las haya aprovechado lo suficiente en este viaje. Tal vez nosotros...

Pero entonces se interrumpe de golpe y mira hacia la puerta.

He olvidado que estamos en una sala atestada de gente. Pero en el momento en que ella aparta la mirada, vuelve la música y la conversación. Hay una chica con el pelo rubio rojizo —una pariente, supongo, aunque su nariz es recta y perfecta— que viene hacia mi acompañante, con un pequeño séquito a la zaga.

—Lil, ahí estás —dice, regañándola, y extendiendo la mano en una clara invitación.

No me sorprende, no estoy incluido. El séquito se coloca detrás de ella.

—Anna —dice mi acompañante, que ahora tiene nombre. Lil—. Te presento al comandante Merendsen.

—Encantada.

La voz de Anna es despectiva y yo cojo mi libro y mi bebida. Capto la indirecta.

—Por favor, creo que estoy en su silla —digo—. Ha sido un placer.

—Sí. —Lil ignora la mano de Anna y rodea el pie de su copa de champán con los dedos mientras me mira. Me gusta pensar que lamenta un poco la interrupción.

Después me levanto y con una pequeña reverencia de las que reservamos

para los civiles, me escapo. La chica del vestido azul observa cómo me marcho.

portadella

—¿Cuándo volvió a encontrarse con ella...?

—El día del accidente.

—¿Cuáles eran sus intenciones en ese momento?

—Ninguna.

—¿Por qué?

—Está de broma, ¿verdad?

—Comandante, no hemos venido aquí a entretenerle.

—Averigüé quién era, que se había terminado incluso antes de saludarla.

DOS LILA

—¿Sabes quién era ese?

Anna inclina la cabeza hacia el comandante mientras él se escabulle del salón.

—Mmm.

Intento sonar evasiva. Claro que lo sé. La imagen del chico ha estado semanas llenando todas las holopantallas. El comandante Tarver Merendsen, héroe de guerra. Las fotografías no le hacen justicia. Para empezar, parece más joven en persona. Pero, sobre todo, en las fotos siempre está serio, frunciendo el entrecejo.

El acompañante de Anna de esta noche, un joven vestido con esmoquin, nos pregunta qué queremos beber. Nunca me molestó en recordar los nombres de las citas de Anna. La mitad de las veces ni siquiera los presenta antes de darles su abanico y escabullirse para bailar con otro. Mientras se dirige a la barra con Elana, Swann los sigue, tras lanzarme una larga mirada penetrante. Sé que me la voy a cargar por haber pasado de mi escolta y haber llegado aquí antes, pero ha merecido la pena.

Tienes que saber buscarlo, es casi invisible en los pliegues de la falda, pero Swann lleva un cuchillo en un muslo y una pistola diminuta, preparada para dejar a cualquiera sin sentido. Hay bromas acerca de que la princesa LaRoux nunca sale a ninguna parte sin su séquito de compañeras risueñas —que la mitad de ellas podría matar a un hombre a cien metros no es precisamente de dominio público—. La familia del presidente no tiene una protección como la mía.

Debería hablarles del hombre que me ha abordado, pero si lo hago, Swann me sacará del salón y pasaré el resto de la noche encerrada en mi habitación mientras comprueba que el hombre del sombrero barato no pretendía hacerme daño. Aunque yo sabía que no era peligroso. No es la primera vez que alguien quiere que yo interceda ante mi padre. Todas sus colonias quieren más de lo que puede darles, y no es ningún secreto que el hombre más poderoso de la galaxia le consiente a su hija todos los caprichos.

Pero no tendría sentido que Swann me escondiera. He reconocido la caída

de los hombros del hombre mientras el comandante le acompañaba afuera. No volverá a intentarlo.

—Espero que sepas lo que estás haciendo, Lil.

Alzo la vista. Sigue hablando del comandante Merendsen.

—Solo me divierto un poco.

Trago el último sorbo de champán de un modo que provoca una sonrisa en Anna a su pesar.

Borra esa sonrisa con esfuerzo, frunciendo el ceño, una expresión más característica del rostro de Swann que del suyo.

—El tío Roderick se enfadaría —me reprende, y se sienta en la mesa a mi lado, obligándome a moverme—. ¿A quién le importa cuántas medallas haya conseguido ese comandante por luchar en el campo de batalla? Todavía no es más que el hijo del maestro.

Para una chica que pasa más noches en la habitación de otra persona que en la suya, Anna es una puritana en lo que se refiere a mí. No puedo evitar preguntarme qué le habrá ofrecido mi padre a cambio de que me eche un vistazo durante este viaje, o con qué la habrá amenazado si le falla.

Sé que solo intenta protegerme. Mejor ella que uno de mis guardaespaldas, sin motivos para suavizar la verdad cuando informan a mi padre. Anna es una de las pocas personas que sabe de lo que es capaz Monsieur LaRoux, cuando se trata de mí. Ha visto lo que les pasa a los hombres que me miran de malas maneras. Hay rumores, claro. La mayoría de chicos son lo bastante inteligentes para mantenerse alejados, pero solo Anna lo sabe. A pesar de sus sermones, me alegro de que esté aquí conmigo.

Sin embargo, algo en mí no va a dejarlo pasar.

—Una conversación —murmuro—. Eso es todo, Anna. ¿Tenemos que pasar por esto cada vez?

Anna se inclina hacia mí para rodearme el brazo con el suyo y apoya la cabeza en mi hombro. Cuando éramos pequeñas este gesto era mío, pero hemos crecido y ahora yo soy más alta que ella.

—Solo intento ayudar —dice—. Ya sabes cómo es el tío Roderick. Tú eres lo único que tiene. ¿Es algo tan horrible que tu padre te adore?

Suspiro e inclino la cabeza a un lado para apoyarla en la suya.

—Si no puedo jugar un poco cuando estoy lejos de él, entonces ¿qué sentido tiene viajar sola?

—El comandante Merendsen es un encanto —admite Anna en voz baja—.

¿Te has fijado en lo bien que le queda el uniforme? No es para ti, pero a lo mejor puedo buscar qué número de camarote tiene.

El estómago me da una pequeña y extraña sacudida. ¿Celos? Seguro que no. El movimiento de la nave, entonces. Pero el viaje más rápido que la velocidad de la luz es tan tranquilo que es como estar quieto.

Anna levanta la cabeza, me mira a la cara y se ríe, un tintineo plateado encantador y bien practicado.

—Oh, no frunzas el ceño, Lil. Solo estaba bromeando. Tú no le veas otra vez o sabes que tendré que contárselo a tu padre. No quiero, pero no puedo no hacerlo.

Elana, Swann y el esmoquin sin rostro regresan seguidos de una bandeja flotante, cargada de bebidas y aperitivos. Las chicas le han dado a Anna tiempo suficiente para que me reprenda y son todo sonrisas mientras se sientan a la mesa para unirse a nosotras. Anna manda al esmoquin de vuelta a la barra porque su bebida tiene un trozo de piña en vez de cerezas, y ella y las demás chicas se ríen tontamente mientras se aleja. Está claro por qué Anna ha elegido a este: haría sudar al comandante en una competición sobre a quién le queda mejor el traje.

Anna empieza a describir los intentos del esmoquin por cortejarla, para diversión de Elana y Swann. A veces este tipo de conversación es lo único que quiero: ligera, fácil, ni remotamente peligrosa.

Yo paso a un segundo plano y Anna se convierte en el centro de atención, de modo que yo solo tengo que sonreír y reír. Por lo general, a estas alturas ya me tiene muerta de la risa. Pero esta noche me resulta fingido y me cuesta dejarme llevar.

Miro hacia la puerta de vez en cuando, pero aunque se abre y se cierra muchas veces, en ninguna ocasión aparece Tarver Merendsen.

Estoy segura de que conoce las normas igual que yo y no hay una persona a bordo que no sepa quién soy. Es un milagro que me haya hablado. Aunque mi padre montó un espectáculo al dejarme viajar sola a Nuevo París por mi cumpleaños, la verdad es que está siempre ahí de una manera u otra.

Aunque existe un pequeño consuelo. Al menos se marchó motu proprio y no tuve que despacharlo delante de todos mis amigos. Después de todo, en una nave que lleva más de cincuenta mil pasajeros, había muy pocas probabilidades de encontrarme otra vez con la sonrisa torcida y la voz entretenida del comandante.

Las dos noches siguientes, Anna y yo no fuimos al salón y nos dirigimos directamente a la cubierta de paseo después de cenar. Caminamos del brazo y hablamos de los chismes de Anna. Sé que continuará toda la noche en nuestras suites contiguas acomodada sobre los pies de mi cama, charlando. Aunque jamás parece mostrar los efectos de pasar la noche en vela, yo en cambio despierto inevitablemente con manchas moradas bajo los ojos, que destacan como cardenales en mi piel blanca. Salvo en estos viajes, Anna y yo no pasamos mucho tiempo juntas. Aquí podemos ser como hermanas.

Así que paseamos. Swann también viene con nosotras, claro —apenas me despierto y ya la tengo junto a mí—, pero si nos escucha, no comenta nada.

Aunque Anna no haya dicho ni una palabra del comandante, él sigue estando en mis pensamientos. La mayoría de personas pertenecientes a clases inferiores, cuando me hablan, intentan fingir que están a mi nivel. Me adulan, se desviven por mí, son tan hipócritas que me entra hasta dolor de muelas. Pero el comandante fue sincero, genuino, y cuando sonrió, no pareció forzado. Actuó como si de verdad disfrutase de mi compañía.

Giramos hacia la amplia extensión de hierba sintética que cubre la popa, mientras las luces, cronometradas con los relojes de la nave, se atenúan al dar paso la puesta del sol al anochecer. Las ventanas de observación cambian desde su imagen diurna de nubes en un cielo soleado, pasando por el dorado, naranja y rosa hasta finalmente llegar a un cielo estrellado más brillante que cualquiera que puedas encontrar en un planeta. En casa, en Corinto, no hay estrellas, tan solo el resplandor rosado de las luces de la ciudad reflejadas en la atmósfera y los despliegues holográficos de fuegos artificiales en las nubes.

Estoy observando por la ventana mientras escucho a Anna sin prestarle mucha atención, cuando el brazo con el que tiene rodeado el mío se tensa convulsivamente. Casi tropiezo cuando se detiene de pronto, pero por suerte recupero el equilibrio antes de caer de bruces sobre el césped sintético. Tropezar con mis propios pies me tendría en los titulares durante una semana.

Los ojos de Anna no me miran sino que están clavados en algo —o alguien— a cierta distancia. Echo un vistazo y el corazón me baja a los zapatos de satén violeta.

El comandante Merendsen.

¿Nos ha visto? Está hablando con otro oficial, con la cabeza inclinada para escucharle. Tal vez esté lo bastante distraído para no advertir mi presencia. Giro la cara para que no me vea. Maldigo mi pelo fuera de lo común,

demasiado brillante para estar de moda o ser sutil.

Y ¿por qué insisto en llevar tanto colorido? Si me vistiera como las demás chicas, a lo mejor pasaría desapercibida.

¿Qué horrible destino le reasignaría mi padre si Anna le informara de que he estado relacionándome con el infame comandante Merendsen, hijo de maestro, estudiante becado, héroe de guerra sin clase? Ojalá el comandante se diera cuenta de que tendría suerte si consiguiera un nuevo destino.

—¡Dios mío, está acercándose! —murmura Anna a mi oído a través de una sonrisa fija—. ¿Qué diantres le ha entrado? Quiero decir: ¿sufre algún tipo de trastorno mental...?

—Buenas tardes, comandante —interrumpo la retahíla de insultos de Anna antes de que él esté lo bastante cerca para oírlos. O eso espero.

El oficial compañero del comandante aguarda respetuosamente a cierta distancia y el corazón se me encoge aún más. Anna conoce las normas, así que ella y Swann presentan sus disculpas y avanzan unos pasos, aparentemente para mirar por la ventana. Anna me mira una vez en cuanto pasa de largo al comandante, con ambas cejas alzadas por la preocupación.

«No lo hagas —me advierte su expresión—. Déjalo.» Veo una cierta compasión fugaz en su mirada, pero eso no cambia el mensaje.

Se quedan al alcance del oído, aportando solo la ilusión de intimidad. Swann se apoya en la barandilla y nos observa con detenimiento. Aun así, parece encontrar la situación más graciosa que preocupante. Puede que sea letal cuando estoy en peligro, pero disfruta igual que los demás, riéndose, con los cotilleos y la intrincada danza de la sociedad. Anna está acostumbrada a este desfile rotativo de guardaespaldas y los admite en nuestro círculo sin reparos, como a cualquiera de nuestros compañeros. Mi padre eligió bien.

—Buenas tardes —saluda el comandante Merendsen. Detrás de él, Anna le susurra algo a Swann, que emite una risita fuerte. El comandante apenas se inmuta, simplemente sonrío un poco—. Lo siento, no debería interrumpir la tarde con sus amigas, pero la otra noche no tuve oportunidad de preguntarle si le gustaría ver algún día las cubiertas de observación. Mencionó que no había estado allí mucho.

Anna está mirándome fijamente, sus ojos verdes están clavados en los míos. Ahora no hay compasión, solo advertencia. Que ni siquiera mi mejor amiga guardará mis secretos es una verdad que preferiría no afrontar ahora mismo. Especialmente cuando la parte más dolorosa es que no puedo culparla. No hay

nadie a quien mi padre no controle. No escapamos ni Anna ni yo.

Y sin duda tampoco Tarver Merendsen. ¿Cuán arrogante puede ser este chico? Quizá piense que la recompensa merezca la pena. Los hombres hacen cualquier cosa por atraer la atención de una chica rica. Si no se retira por su propio pie, bueno... ya lo he hecho antes. Tendré que recurrir nada menos que a la aniquilación. Tengo que escoger el momento con cuidado para maximizar los daños.

—Se acuerda. —Encuentro mi sonrisa, noto cómo se extiende por mi cara como una mueca empalagosa y vuelvo mi atención al comandante—. Supongo que mis amigas comprenderán que me ausente una tarde.

Detrás del comandante, veo cómo el rostro de Anna se queda helado, destila auténtico miedo. Ojalá pudiera decirle que espere, que no se deje llevar por el pánico.

Pero eso me delataría.

Su cara cambia. La sonrisa prudente se ensancha mientras parte de la tensión desaparece. Me impresiona advertir que estaba nervioso. Que de verdad, realmente, quería preguntármelo. Sus ojos, del mismo tono castaño que su pelo, están clavados en los míos. ¡Dios, si no fuera tan guapo...! Es mucho más fácil con los hombres más viejos y gordos.

—¿Está ocupada ahora? ¿Esta noche?

—Desde luego no pierde el tiempo, ¿eh?

Sonríe y junta las manos a la espalda.

—Una de las cosas que aprendes enseguida en el ejército es a actuar ahora y pensar después.

Menudo cambio respecto a los círculos donde me muevo, los juegos deliberados, los calculados deslices de la lengua. Anna me dice algo articulando para que le lea los labios, pero solo capto el final. Algo sobre «ahora».

—Escuche, comandante...

—Tarver —me corrige—. Usted todavía juega con ventaja respecto a mí, señorita...

Tardo unos segundos en entender a qué se refiere. Me está observando, con las cejas levantadas, expectante.

Entonces me doy cuenta. No sabe quién soy.

Durante un buen rato, me limito a mirarle fijamente. No recuerdo la última vez que alguien me habló sin saber quién era. De hecho, no se me ocurre

ninguna. Seguramente cuando era pequeña, antes de convertirme en la niña de los medios de comunicación. Pero eso parece muy lejos de la persona que soy ahora, como una película vista en otra vida.

Ojalá pudiera parar, asimilar y hasta regodearme en este momento. Disfrutar hablando con alguien que no me ve como Lila LaRoux, heredera del imperio de Industrias LaRoux, la chica más rica de la galaxia.

Pero no puedo parar. No puedo dejar que vean conmigo una segunda vez a este soldado tonto y estúpido. Alguien le diría algo a mi padre y el comandante Merendsen, sea o no un ignorante, no se merece eso.

Ya lo he hecho antes. Así que ¿por qué tengo que buscar las palabras justas para enterrarle?

—Debí de darle una impresión equivocada la otra noche —digo frívolamente, luciendo mi mejor sonrisa—. Me esfuerzo mucho por ser educada cuando estoy aburrída como una ostra, pero supongo que a veces sale el tiro por la culata.

Al principio no se ve mucha reacción en el rostro del comandante Merendsen, simplemente cierra los ojos sorprendidos y tensa la boca firme. Aun así, siento un estallido irracional de furia hacia él, por ser tan ignorante como para dirigirme la palabra.

«Primero le sonrías —apunta un pensamiento— y dejas que te recoja el guante, que te vaya a pedir una bebida y se siente contigo.»

Más allá veo a Anna y Swann a punto de morirse de la risa y empiezo a apretar la mandíbula. El enfado cambia.

«Termina ya. Haz que se vaya. Antes de que cedas.»

—¿No me ha entendido? —Me echo el pelo hacia atrás sobre el hombro. Solo espero que si mi expresión revela lo mucho que me odio ahora mismo, lo interprete como repulsión—. Supongo que era de esperar que fuese un poco lento. Dada su... educación.

Está callado, con la cara totalmente acartonada. Simplemente se me queda mirando mientras los segundos avanzan. Entonces retrocede un paso y hace una reverencia.

—No le haré perder más tiempo. Si me disculpa...

—Por supuesto, comandante.

No espero a que se marche, sino que le rozo al pasar para reunirme con Anna y Swann, llevándomelas conmigo debido a mi ímpetu. Lo único que quiero es mirar por encima del hombro para ver si el comandante Merendsen

sigue donde lo he abatido, si se ha marchado enfurecido, si está siguiéndome, si está hablando con el oficial con el que ha venido. Como no puedo mirar, la imaginación conjura un montón de posibilidades. Espero sentir su mano en mi codo en cualquier momento o verlo por el rabillo del ojo en los ascensores, lejos de la cubierta de paseo.

—Oh, eso ha sido magnífico, Lil —dice Anna con la voz entrecortada, todavía riendo—. ¿De verdad estaba pidiéndote que le acompañaras a la cubierta de observación? ¿A ver las estrellas? ¡Dios, qué típico!

Las vibraciones por la velocidad de la luz, normalmente indetectables, están dándome dolor de cabeza.

No sabía quién era. No iba detrás de mi dinero. No iba detrás de los contactos laborales de mi padre. No iba detrás de nada, salvo de pasar la tarde conmigo.

De repente el ataque de risa de Anna es como papel de lija sobre mis nervios. No importa que sus carcajadas hayan ayudado a ahuyentar al comandante, que me viera vacilar y comprendiera, que solo esté haciendo lo posible por protegerme para que no vuelva a suceder algo impensable. Lo único que importa es que he tenido que darle una bofetada en la cara a ese pobre chico y ahora ella está riéndose.

—Si estás celosa, dile a tu esmoquin de la semana que te lleve —suelto.

Swann y ella se quedan mirándome mientras yo me dirijo al ascensor. Hay un par de técnicos vestidos con sus trajes parpadeantes, cargados de circuitos, esperando que se cierren las puertas. Cuando entro, uno le susurra algo al otro, y mascullando algo así como una disculpa, se van y me dejan sola.

Al oír el sonido de las puertas que se apresuran a cerrarse, mi mente evoca las palabras del técnico. Ha pasado tantas veces que no necesito haberle oído para saber lo que ha dicho.

«Oh, mira. Esa es la hija de LaRoux. Como nos pillen aquí con ella, estamos muertos, tío.»

Me apoyo en los paneles de madera sintética que cubren el interior del ascensor y clavo los ojos en el símbolo que adorna las puertas. La letra griega lambda, de Industrias LaRoux. La empresa de mi padre.

Lila Rose LaRoux. Intocable. Tóxica.

Deberían haberme llamado Yedra, Dedalera o Belladona.

portadella

—¿La siguiente vez que la vio fue cuando tuvo lugar el incidente?

—Correcto.

—¿Intentó averiguar qué estaba pasando?

—Usted no es militar, no entiende cómo funcionamos. Se supone que no debo hacer preguntas. Solo cumplía órdenes.

—¿Qué órdenes eran esas?

—Tenemos el deber de proteger a los civiles.

—Entonces ¿no hubo una orden específica que le hiciera tomar esa decisión?

—Ahora están buscándole tres pies al gato.

—Estamos siendo precisos, comandante. Le agradeceríamos que intentara hacer lo mismo.

TRES TARVER

El aire abandona mis pulmones de repente y un dolor sube por mi espalda al dejarme caer sobre la colchoneta de prácticas. El otro chico cae conmigo y me doy cuenta de que aún estoy agarrándole de la camiseta. Cojo aire rápidamente mientras echo mi peso a un lado y me pongo de rodillas con un solo movimiento para colocarme sobre él en vez de al contrario.

No puedo creer que haya hecho el idiota de esa manera esta noche. Toda la galaxia sabe quién es Lila LaRoux. ¿No podía haber visto uno de esos horribles noticiarios o alguno de esos malditos programas de cotilleos para saber qué aspecto tenía? Debo de ser el único tipo vivo que no lo sepa.

Normalmente no me acercaría a una chica tan rica y presumida ni aunque me pusieran una pistola en la cabeza. ¿En qué estaba pensando?

No estaba pensando en absoluto. Tenía la mente en los hoyuelos, en el pelo rojo y...

El chico debajo de mí empuja contra mi hombro y yo lo echo hacia atrás para que no pueda agarrarme, le planto una rodilla en el pecho y retiro el brazo. Mi puño recorre medio camino hacia la mejilla del chico antes de que este lo coja, lo agarre y lo retuerza, por lo que tengo que lanzarme hacia atrás para soltarme. Gatea detrás de mí, sonriendo y jadeando.

—¿Eso es todo, chaval? Esfuérate más.

Eso es lo único que oigo siempre. «¿Eso es todo? Esfuérate más.» Sé más rico. Sé más inteligente. Aprende qué maldito cubierto usar. Habla como nosotros. Piensa como nosotros.

¡Que le den a todo eso!

Un coro desordenado de gritos e insultos en un montón de lenguas diferentes brota de un borrón de trajes de faena y caras a nuestro alrededor. El único oficial que hay aquí es el sargento que supervisa la pelea y no va a decirnos que vigilemos nuestro vocabulario. Bueno, el otro oficial aparte de mí. Pero los demás no lo saben. Solo arriba reconocen todos mi cara de las revistas, los periódicos y los holovideos.

Aun así, apuesto a que habrían reconocido a Lila LaRoux.

No puedo dejar de pensar en ella. ¿Le pareció gracioso jugar conmigo de

esa manera delante de sus amigas?

Reparto golpes a diestro y siniestro tan rápido que ambos nos sorprendemos, se oye un crujido y el otro chico se aparta rodando, con la mano alzada delante de la cara y sangre goteando entre los dedos. Respiro y antes de poder moverme, el sargento se agacha para meter la mano entre nosotros, mostrándome su palma abierta: se acabó el combate.

Me reclino sobre los codos y mi pecho sube y baja mientras el sargento ayuda al otro chico a ponerse en pie y lo acerca a uno de sus compañeros para que lo acompañe a la enfermería. Luego el sargento se vuelve y se queda de pie ante mí, con los brazos cruzados encima de su enorme pecho.

—Hijo, uno más así y te echo del entrenamiento, ¿entendido? Uno más y hablaré con tu comandante.

Aquí abajo todo son trajes de faena, camisetas y pantalones caquis, puedo deshacerme de mi rango y fingir que soy un soldado raso. Aquí abajo, solo tengo dieciocho años, no soy un oficial, no soy un héroe de guerra. Ni se imagina por un instante que pueda ser comandante. Lo prefiero así. Poder ganarme los galones en el entrenamiento oficial en vez de en el campo de batalla como lo hice, donde los errores cuestan más que unas notas en un trozo de papel.

—Sí, sargento.

Todavía respiro agitadamente y me pongo en pie con cuidado. Quiero quedarme un poco más.

El alojamiento de los militares es funcional, se puede ver la estructura metálica de la nave, pero me siento más en casa aquí abajo. Hay humedad en el ambiente con tantos cuerpos trabajando y sudando, los filtros ventilan horas extras sin mucho resultado. Los chicos están de camino a una de las colonias para sofocar la última rebelión. Si me quitan las medallas y el ascenso, también yo estaría viajando en las dependencias de los militares, esperando ver qué maravillas terraformadas y rebeldes cabreados me esperan. Ojalá.

El sargento me evalúa un rato más y después gira la cabeza para gritar al estilo plaza de armas.

—Cabo Adams, primera fila. Es la siguiente.

Tiene unos cuantos años más que yo, es un par de centímetros más baja, y lleva el pelo pincho, rubio. Me lanza una sonrisa rápida mientras sacude los brazos y se prepara; yo inspiro y me pongo en guardia. Voy a hacer esto hasta que esté lo bastante cansado como para irme a dormir.

Resulta que es rápida, cambia el peso de una pierna a otra con agilidad mientras damos vueltas el uno alrededor del otro. Este es el tipo de chica que me va, rápida y directa, sin esa intriga de las cubiertas superiores. La manera que tiene de moverse me recuerda a un verso de uno de los poemas de mi madre: «Luz caprichosa y motas de polvo».

Vuelve a sonreír y por un instante veo la sonrisa de Lila LaRoux y esos ojos azules.

Pero lo siguiente que veo es la reja metálica del techo de la cubierta. La cabo Adams tiene su pie descalzo en mi garganta, y se ha terminado. Levanto las manos con cuidado, pienso en agarrarla del tobillo, pero en cambio le enseño mis palmas. Me tiene. Debería haber puesto la cabeza en lo que tengo entre manos.

Levanta el pie y se agacha para ofrecerme la mano. La acepto, ella tira y me levanto.

Ahora la señorita LaRoux también me ha dado una paliza en las colchonetas. ¿Hay algún momento de mi vida en el que esa chica no se meta?

Entrelazo los dedos de las manos detrás de la cabeza, arqueando la espalda hasta que el estiramiento hace lo propio en los músculos doloridos y miro al sargento, que dirige a la cabo a la siguiente colchoneta y salva la distancia entre nosotros.

—Hijo, no sé de qué estabas desahogándote ahí, pero puede que quieras probar en el campo de tiro —me propone.

No quiero un arma. Quiero alguien con quien pueda emprenderla, aquí, en persona.

—Por favor, sargento, yo...

El suelo se mueve y se agita bajo mis pies, y ambos nos tambaleamos hacia atrás. Por un instante creo que alguien me ha abordado por la espalda, pero después me doy cuenta de que es la nave, que se sacude bajo nosotros.

Planto los pies bien separados el uno del otro y espero a ver si hay otro temblor. En la sala de boxeo reina un silencio espeluznante mientras todos levantan la cabeza, esperando oír información por los altavoces. La Ícaro ha estado perfectamente estable durante las semanas que llevo en ella.

Nada rompe el silencio e intercambio unas miradas con el sargento. Niega despacio con la cabeza y encoge con un movimiento rápido sus anchos hombros. ¿Dónde está el anuncio?

Arriba habrá más información. Seguro que alguien estará contándoles a los

ricos lo que sucede. No es de esperar menos. Le dirijo un saludo rápido y me apresuro a ponerme las botas.

Cuando salgo por las puertas de la silenciosa sala de boxeo hacia la red de pasillos que hay más allá, es como entrar en otro mundo. Arriba todo es lujo, pero abajo no desperdician ni un centímetro.

Las pasarelas se entrecruzan y pasan unas por encima de otras como telarañas, pobladas por técnicos vestidos con trajes que parpadeaban con la música a nuestro alrededor, emigrantes que se dirigen a las colonias, turistas tomando la ruta más barata a otros planetas, gente haciendo trayectos de larga distancia para visitar a la familia. A mi izquierda, oigo un poquito de español en tono preocupado y un improperio irlandés por ahí cerca. Un grupo de misioneros empeñado en ofrecer consuelo y socorro a los rebeldes incultos de los nuevos planetas se queda observando el ajeteo de humanidad como si fuera su primer viaje extraterrestre. En medio de todo el sonido y el movimiento, no hay a la vista ningún sombrero de copa ni ningún corsé.

Las pisadas suenan con gran estruendo en los pórticos metálicos, las voces retumban en una docena de variantes de lengua estándar, entrelazadas con lenguas menores. Todos se preguntan qué pasa, pero nadie lo sabe.

Unas pantallas muy iluminadas parpadean con incesantes anuncios. Cubren las paredes y el techo, y a todo volumen suenan palabras, canciones y sintonías. Conforme me abro camino entre la multitud hacia las primeras escaleras, un hológrafo en 3D cobra vida delante de mí, una mujer vestida con un traje de gato color fucsia abre los brazos para invitarme a un club en la popa de la nave. La atravieso al continuar caminando.

Se me revuelve el estómago como si me entrara la enfermedad del espacio. Me doy cuenta de que no soy el único que está incómodo, entre la muchedumbre hay otras caras que se ponen pálidas.

No puedo tener mareo espacial. Me han enviado por el universo en naves tan mal ajustadas que apenas podías oírte por encima del traqueteo, y todo el rato mantuve las tripas dentro. Debo de haberme pasado en las colchonetas de boxeo.

Siento la pasarela mecánica debajo de mí vibrando con los cientos de pisadas que la aporrear, pero hay algo más debajo: un temblor que no es normal. De repente las pantallas de vídeo a mi alrededor se congelan, las sintonías publicitarias y las voces en off se interrumpen para que una voz femenina pueda hablar de un lado a otro de los pasillos, calmada y

profesional.

—Atención a todos los pasajeros. En pocos minutos pondremos en funcionamiento los motores de hiperespacio. Este proceso forma parte del mantenimiento rutinario de la Ícaro. Puede que noten algunas vibraciones de poca importancia. Gracias por su comprensión mientras llevamos a cabo este mantenimiento rutinario.

Suena tranquila, pero yo no utilizaría las palabras «mantenimiento rutinario» dos veces en un mismo anuncio a menos que intente que la gente no se dé cuenta de que no se trata de eso. En dos años de viajes espaciales solo he visto a una nave encender la propulsión, hace unos seis meses cerca de Avon. Para cuando aterrizamos, esa bañera se mantenía unida poco menos que por saliva y buena suerte.

Esta es la Ícaro. La nave más nueva y sofisticada que ha salido del muelle orbital, construida por una corporación galáctica lo suficientemente grande como para terraformar planetas ella sola. Estoy convencido de que Roderick LaRoux se aseguró de que la saliva no fuera lo que la mantiene unida.

Avanzo despacio por la pasarela ignorando las piernas, que me pesan como si tuviera un yunque en cada una después de mi sesión de entrenamiento, y empiezo a subir la siguiente escalera con una mano en la barandilla, por si acaso. Es una buena idea. He subido la mitad cuando vuelve a haber una de esas vibraciones «de poca importancia».

La nave se sacude tan violentamente esta vez que una onda recorre la pasarela debajo de mis pies. Sigo su avance por el modo en que los civiles caminan, gritan y se agarran al pasamanos, con las rodillas dobladas.

La multitud cada vez está más agitada. Giro el cuerpo para meterme por un hueco en las escaleras y después echo a correr para dirigirme a las siguientes. Cuando llego arriba del todo, presiono con mi palma la placa de identificación y la puerta se abre deslizándose, sin hacer ruido.

Corro por los pasillos alfombrados de mi cubierta. La cubierta de Lila LaRoux. Está más atestada que de costumbre, al salir la gente de sus camarotes como si fuera a descubrir una especie de sabiduría colectiva en los pasillos. En cualquier otra ocasión me habría detenido a admirar a esas mujeres con presupuesto ilimitado para pijamas, pero ahora sigo adelante.

Giro hacia mi propio camarote cuando tres fuertes toques de alarma cortan la música suave que suena en los pasillos. Vuelve a oírse la voz femenina, esta vez alta por el miedo y tensa por el intento de ocultarlo.

—Damas y caballeros, atención, por favor. Hemos experimentado dificultades con los motores de hiperespacio y la Ícaro ha sufrido daños significativos como resultado del desplazamiento dimensional. Intentaremos mantener la nave en hiperespacio, pero mientras tanto, por favor, sigan las líneas iluminadas de los pasillos y diríjense inmediatamente a las cápsulas de emergencia asignadas.

El pasillo cobra vida. Está claro que la mayoría de estas personas no sabría cuál es su cápsula de emergencia asignada aunque apareciera, se presentara y les invitase a bailar un tango. Estoy claramente en el bando que estudia toda la información de seguridad siempre que tiene ocasión. Desarrollas esa actitud después de tu primera evacuación de emergencia que no es un simulacro, y he estado en más de una.

Los militares estamos entrenados para viajar con una bolsa de mano, con las cosas que necesitas llevar contigo si evacúas, el equipo de supervivencia. Nada de eso es muy útil aquí fuera, en el espacio interplanetario, claro, que es el único lugar donde encontrarías esta nave. Se construyó en órbita. Como una ballena, se derrumbaría bajo su propio peso si se expusiera a la gravedad real. Sin embargo, vuelvo sobre mis pasos antes de que me dé tiempo a pensarlo.

Avanzo por el pasillo hacia el camarote, esforzándome por atravesar la muchedumbre, que camina en tropel, presa del pánico.

Llego hasta mi camarote y descuelgo la bolsa de detrás de la puerta. Es una mochila de excursión básica, de mis días como cadete, diseñada para guardarse plegada. Vacilo y luego cojo también mi chaqueta.

Necesito ir tres pasillos a la derecha, después coger uno a la izquierda y continuar, aunque con la gente gritando y cada vez más inestable, voy a tardar un rato. Consigo llegar al primer pasillo y paso junto a la puerta que da a la cubierta de observación. Miro de soslayo por la puerta.

Sé lo que la vista debería ser, y no es así. Las estrellas más allá de las pantallas están borrosas, se tambalean y vuelven a enfocarse.

No son las largas y elegantes líneas que deberían ser visibles en el hiperespacio dimensional. Se enfocan por un momento, puntitos blancos de luz y luego largos borrones de nuevo. Nunca había visto un panorama parecido. Es como si la Ícaro intentase sin éxito luchar por volver al hiperespacio. No estoy seguro de qué sucederá si arranca antes de tiempo, pero casi con total seguridad nada bueno.

Por un momento se ve algo enorme y metálico en la esquina de la ventana de

observación y después desaparece. Alargo el cuello para tratar de ver de nuevo el objeto. Es tan grande que tendría un campo propio gravitacional, lo bastante significativo como para sacar a la Ícaro de su trayectoria de vuelo.

Vuelvo a abrirme camino entre la multitud hacia mi cápsula. La presión de los cuerpos es demasiado sofocante y me meto por un lateral para deslizarme por la barandilla. En estos pasillos, la barandilla es lo único que nos separa de una caída desagradable: hasta abajo habrá unos doce pisos. Al doblar la esquina, choco con fuerza contra alguien más pequeño que yo y por instinto extendiendo los brazos para evitar que la persona caiga.

—¡Disculpe! —dice una voz sin aliento—. ¡Mire por dónde va!

No. ¡Oh, Dios, no!

Un par de ojos azules se encuentran con los míos. Asombro y después ira, antes de que me aparte de un empujón con todas sus fuerzas, retrocediendo y tambaleándose contra la barandilla de la pasarela.

Relajo la mandíbula con esfuerzo.

—Buenas tardes, señorita LaRoux.

«¡Vete al cuerno!», dice mi tono.

A pesar de todo —los gritos de la muchedumbre, los empujones de los cuerpos, el estruendo de las alarmas de la nave—, me tomo un momento para saborear el asombro y la consternación de los rostros de la señorita LaRoux y sus compañeras cuando se percatan de mi súbita reaparición. No espero la oleada de gente que viene inundando un pasillo lateral.

Me hacen perder el equilibrio, pero hay tantísimas personas que no me caigo. Como si estuviera atrapado en la violenta corriente de un río, tardo unos instantes en volver a poner los pies en suelo firme. Alcanzo a ver a las amigas de la señorita LaRoux mientras avanzan por el pasillo. Una de ellas intenta luchar contra la multitud, abrirse camino de vuelta hacia mí, gritando el nombre de la señorita LaRoux y chocando con la gente a izquierda y derecha. Me doy cuenta de que está entrenada, no es simplemente otra cara bonita. ¿Una guardaespaldas? Pero ni siquiera ella puede avanzar. Las demás ya casi están fuera de la vista.

Veo a una de ellas gritando —tiene la boca abierta, pero el sonido queda ahogado— en el mismo instante en el que me doy cuenta de que la señorita LaRoux no está con ellas. Me abro paso hasta la barandilla, intentando ver el brillante pelo rojo.

Esta muchedumbre aterrorizada basta para aplastar a los que no están

preparados.

Con una pared a un lado y la barandilla al otro, son encauzados cada vez más rápida y violentamente, como bestias por un desfiladero. Veo a gente cuyos pies no tocan el suelo, lanzada contra la pared.

No está aquí. Estoy a punto de dejar de luchar contra la muchedumbre y seguir la corriente cuando un grito atraviesa el caos.

Me abro camino a empujones hacia el sonido.

Llego a tiempo de ver un destello de vestido verde, pelo rojo y cara blanca desaparecer por la barandilla cuando un hombre el doble de grande que ella sale disparado por la pasarela.

Me muevo antes de pararme a pensar. Me echo sobre la barandilla, cambio de posición para buscar impulso hacia el piso de abajo y salto tras ella.

portadella

—Entonces ¿sabía qué cápsula de escape era la suya?

—Sí.

—¿Y ella?

—¿Si sabía cuál era la mía?

—Si sabía la suya, comandante. Por favor, coopere.

—Supongo que sí. No lo sé.

—Pero ninguno de los dos terminó donde se suponía que debía estar.

—Algunos de los pasajeros no llevaron bien la evacuación.

CUATRO LILA

El dolor me atraviesa los hombros y saboreo la sangre cuando me muerdo la punta de la lengua, pero he dejado de caer. He dado con otra barandilla, la barra me ha cogido por debajo de los brazos. Estoy sin aliento, sin fuerzas. La multitud pasa por mi lado, sin prestar atención. Unos puntos danzan delante de mis ojos mientras intento obligar a mis pulmones a que vuelvan a funcionar antes de que ya no me pueda agarrar.

No he podido caer más de uno o dos pisos, o sin duda no habría sido capaz de sujetarme sin dislocarme los hombros. Debajo de mí se extiende una caída que destrozaría mi cuerpo de tal modo que ningún cirujano sería capaz de arreglarlo.

Se me escapa un grito entrecortado cuando los pulmones por fin se expanden y se contraen, pero nadie lo oye. La gente a mi alrededor es una confusión de color y sonido, el olor de sudor y miedo, el roce de caderas y codos tocándome la cara y los brazos. Están demasiado aterrorizados para ni siquiera esquivar a la chica que se aferra a la barandilla desesperadamente, y mucho menos para ayudarme.

—¡Swann! —grito, intentando centrar la vista el tiempo suficiente como para reconocer algún rostro, pero todo se mueve demasiado deprisa.

Entonces una voz les gruñe para que se aparten. No es Swann. Es la voz de un hombre.

Unos brazos fuertes envuelven los míos, me sacan de la barandilla y me devuelven a la pasarela. Alguien me lleva a toda velocidad, se mueve con la corriente, interponiendo su cuerpo entre mí y el gentío que grita y corre en desbandada para salvarse. No toco ni siquiera el suelo con los pies.

Me lleva hacia un pasillo lateral, libre de tráfico, y me deja de pie. Lo único que veo son unos ojos castaños mirando fijamente los míos, serios, apremiantes.

—Comandante —digo con la voz entrecortada.

—¿Está bien? ¿Está herida?

«Tengo los hombros destrozados. Me sangra la lengua. No puedo respirar.»
Tomo aire y lucho contra las náuseas que amenazan con dominarme.

—Estoy bien.

El comandante Merendsen se apoya en la pared como un saco de ropa sucia y se dirige hacia la entrada del pasillo, donde la muchedumbre pasa zumbando. Mientras la observamos, un hombre con un abrigo de noche cae al empujarle alguien por detrás. Desaparece al instante, antes de que el comandante pueda siquiera intentar cogerle.

Esto no es una multitud, es una revuelta. Y mortal. Puede que Swann haya sido capaz de cuidarse sola en medio de este caos, pero...

—¡Anna! —grito de repente, apartándome de la pared.

Me lanzo hacia la muchedumbre. Lo único que sé es que tengo que encontrarlas.

El comandante me agarra del brazo con fuerza. Le pego en la mano, pero me aparta y me da la vuelta antes de soltarme, haciéndome retroceder a trompicones, y derrapo con los tacones.

—¿Está loca? —exclama, jadeante.

—Tengo que encontrarlas. —Me llevo una mano a los labios y me limpio el rastro de sangre que me sale de la lengua. Reconozco el sitio donde estamos ahora, un pasillo de mantenimiento, uno de los muchos que atraviesan las zonas privadas de la nave—. Están ahí fuera. Necesito asegurarme de que están...

El comandante Merendsen bloquea el paso entre mí y el torrente de gente que corre hacia los botes salvavidas. La nave vuelve a sacudirse, el suelo se mueve bajo nosotros y nos lanza a ambos contra la pared. Las sirenas empiezan a sonar y tenemos que levantar la voz para oírnos sobre el insistente aullido.

—No puede hacer nada por ellas —dice cuando ha recuperado el equilibrio—. Están dos pisos más arriba y a medio kilómetro de distancia. ¿Puede andar?

Inspiro con fuerza por la nariz.

—Sí.

—Entonces, en marcha. Quédese entre mí y la barandilla. Intentaré evitar que la aplasten, pero tiene que mantener los pies en el suelo.

Se vuelve hacia la muchedumbre y se pone firme.

—¡Espere! —Avanzo tambaleándome y le agarro del brazo—. Por ahí no.

Inspira de forma irritada, pero se detiene.

—Tenemos que llegar a una cápsula de escape. Si siguen estas sacudida, la

nave se hará trizas.

Todavía me esfuerzo por respirar y tardo un momento en conseguir aire suficiente para contestar.

—Conozco la nave —digo con la voz entrecortada—. Hay cápsulas para la tripulación por aquí cerca.

Se me queda mirando unos instantes y aunque sé que debe de estar considerándolo, debatiéndose, nada de eso se refleja en su rostro.

—Pues vamos.

El pasillo de servicio está vacío, tan solo las líneas iluminadas de emergencia que recorren las paredes advierten de que hay algún problema. La tripulación debe de estar en sus puestos, ayudando a los pasajeros a subir a las cápsulas antes de dirigirse a las suyas. De lo contrario, no habrá forma de que vuelvan aquí, al haber desaparecido toda ficción de civilización.

El comandante me sigue en silencio, aunque puedo percibir su tensión. Por lo que sabe, podría estar llevándole a una muerte segura. Estoy convencida de que no quiere seguirme a ninguna parte. Pero no conoce esta nave como yo. No pasó su infancia en su estructura mientras la construían.

Avanzamos por un laberinto de pasillos que se bifurcan. Me dirijo a una puerta con el rótulo SOLO PERSONAL AUTORIZADO, la empujo para abrirla y emite un ligero chirrido de bisagras faltas de uso. Todavía me duelen los hombros, pero puedo usar los brazos; a lo mejor no estoy tan destrozada después de todo. La puerta da a un área de escape, a una cápsula con cinco asientos esperando abierta a que suban los refugiados.

—Gracias por la escolta, comandante —digo secamente, subiendo por el borde de la entrada y volviéndome para mirarle.

Va justo detrás de mí y se para en seco para evitar chocar conmigo. Quiero romper a llorar, agradecerle lo que ha hecho, pero si lo hago, no estoy segura de poder parar. Y el comandante no sabe lo que significará para él que nos encuentren en la misma cápsula. Mi padre nunca creería que hay una explicación inocente.

—¿Disculpe?

—Hay otra cápsula un poco más abajo. No tardará más de cinco minutos en llegar.

El soldado levanta las dos cejas.

—Señorita LaRoux, hay cinco asientos en esta cápsula y pienso utilizar uno

de ellos. Puede que no tengamos cinco minutos. Por lo visto algo está sacando a la nave del hiperespacio antes de tiempo.

Por un momento el miedo me inmoviliza. Como hija de mi padre, sé muy bien lo que ocurre cuando el tejido entre dimensiones se ve afectado. Respiro hondo y retrocedo para no tener que alargar el cuello.

—Comandante, si le encuentran solo en una cápsula conmigo cuando llegue la nave de rescate...

—Me arriesgaré —responde el comandante con los dientes apretados.

No quiere estar en esta cápsula conmigo más de lo que yo quiero que esté. Pero la nave da otra horrible sacudida y caigo contra uno de los asientos. El comandante se apoya a la entrada de la cápsula. Desde algún lugar en la distancia se oye un terrible chillido.

—¡Muy bien!

Tiro de mí hacia arriba con las correas del asiento. Esto no es una cápsula cómoda de primera clase. Tiene lo mínimo, está diseñada para una tripulación de mecánicos. El suelo es de rejilla y, cuando intento ponerme de pie, los tacones de mis zapatos Pierre Delacour se meten en los agujeros.

Unos zapatos de dos mil galácticos destrozados al instante, se ha rasgado la seda de los tacones. Me quedo con la vista clavada en el suelo, intentando recuperar el aliento. ¿Qué más dan los zapatos? Pero no puedo dejar de darle vueltas, no puedo dejar de mirar los zapatos estropeados. Mi mente se aferra a este minúsculo detalle y no lo suelta.

El comandante coloca la palma en la almohadilla de la puerta, que se cierra tras él con un silbido. Luego presiona el botón de autopropulsión y empieza la cuenta atrás, que nos da el tiempo suficiente para ponernos el cinturón. Un trío de luces se enciende sobre nuestras cabezas y me ciega. Sus botas pisan fuerte por el suelo metálico hasta un asiento frente al mío y empieza a sujetarse. Tiro de los tacones para sacarlos de la rejilla del suelo y me doy la vuelta para sentarme. Por primera vez respiro bien desde que las alarmas empezaron a resonar. Estoy a salvo. De momento. Trato de no pensar en el hecho de que no hay manera de que la multitud que grita esté fuera de peligro en las cápsulas de escape.

El autolanzamiento nos alejará a toda velocidad de la Ícaro y en menos de una hora o dos una nave de rescate nos recogerá. Solo tengo que sobrevivir las próximas horas con el comandante Merendsen como compañía.

Su cara es inexpresiva, críptica. ¿Por qué se ha molestado siquiera en

salvarme la vida si me odia tanto? Ojalá pudiera disculparme por lo que le dije en la cubierta de paseo. Ojalá pudiera decirle que lo que digo y lo que pienso nunca es lo mismo, porque no pueden serlo. Tengo la garganta tensa y la boca seca. No debería haber vuelto a mirarle en el salón.

—¿Cuánto tendremos que pagarle para que no difunda esta historia en cuanto nos rescaten?

Forcejeo con el arnés. No es el cinturón de seguridad elegante y cómodo de las cápsulas de los pasajeros, sino que se trata de un arnés de cinco puntos que me raspa los hombros desnudos.

El comandante resopla y vuelve la cabeza hacia la diminuta ventana de visualización, que muestra tan solo unas estrellas desperdigadas que se vuelven borrosas mientras la nave avanza.

—¿Por qué supone que voy a querer contarle esto a alguien?

Decido enterrar al comandante en un helado silencio hasta que todo esto haya terminado, por el bien de ambos. Si no hablamos, no tendrá nada de lo que informar.

La cuenta atrás para el lanzamiento continúa y la sangre ruge en mis oídos por el enfado que siento hacia el comandante. Cuarenta y cinco segundos. Cuarenta. Treinta y cinco. Contemplo los números junto a la puerta, descontando uno a uno al tiempo que intento calmarme. Un LaRoux no muestra debilidad.

Sin previo aviso, nos estampamos contra nuestros asientos, mientras toda la cápsula se sacude. Una onda de energía candente atraviesa la estructura metálica. Me viene un sabor a cobre y entonces el universo se vuelve negro con un sonido parecido a un trueno en mis oídos.

Todas las luces, la cuenta atrás, incluso las luces de emergencia... han desaparecido. Nos quedamos totalmente a oscuras salvo por las estrellas al otro lado de la ventana de visualización.

Unas estrellas que ya no se alargan. La Ícaro ha salido del hiperespacio.

Por unos instantes no se oye nada. Hasta ha desaparecido el zumbido de fondo de los motores y del soporte vital, dejándonos en las profundidades del silencio más apabullante que ninguno de nosotros ha conocido desde que subimos a bordo.

El comandante empieza a maldecir y le oigo forcejear con sus correas. Comprendo su apuro. Sin energía, nos quedaremos sin oxígeno antes de que alguien ahí fuera se dé cuenta de que la Ícaro ha tenido una complicación. Pero

ese no es el problema principal.

—¡No! —logro decir, y las palabras salen de mi garganta seca y afónica—. Podría haber otra sobrecarga.

—¿Una sobrecarga?

Oigo la confusión en su voz.

—Hay ingentes cantidades de energía implicadas en el viaje interdimensional, comandante. Si hubiera otra sobrecarga y estuviera de pie sobre el suelo metálico, podría matarle.

Al oír eso, se detiene.

—¿Cómo sabe...?

—No importa.

Cierro los ojos, intentando concentrarme en respirar. Y entonces las luces de emergencia vuelven a estar conectadas. No es mucho, pero basta para ver. Y significa que el soporte vital de emergencia está funcionando.

La cara del comandante está desencajada, tensa. Me mira, y por un momento ninguno de los dos habla.

Y entonces un alarido metálico atraviesa la nave y sacude la cápsula; todavía está sujeta a la Ícaro. Ambos levantamos la vista hacia la cuenta atrás, sigue en blanco. Estamos atrapados.

Miro al comandante y luego al suelo metálico de rejilla. Si hay otra sobrecarga mientras estoy encima, moriré; pero si hay otra sobrecarga mientras estamos unidos a la nave, podría destruir la cápsula de todas maneras.

«Hazlo. No pienses.»

Me desabrocho las correas y me tiro al suelo. El comandante protesta, pero le ignoro y me dirijo al panel de control junto a la puerta. No sé qué está pasándole a la Ícaro, pero sé que lo último que queremos es estar unidos a la nave si vuelve a haber una sobrecarga como la anterior. Tengo que conseguir separarla y poner en funcionamiento la secuencia de ignición utilizando la energía de emergencia, después me pondré el cinturón y estaremos a salvo hasta que aparezcan las naves de rescate.

«Puedes hacerlo. Tú imagínate a Simon y sus herramientas, piensa en todo lo que te enseñó antes de...» Respiro hondo y abro el panel.

Demasiado para no darle una historia que llevar a la prensa amarilla. Se volverían locos durante un mes con tan solo una fotografía mía hasta los codos de circuitos. Ningún hombre, mujer o niño de mi clase admitiría algo así.

Pero ninguno de ellos sabría lo que estaban haciendo. No como yo.

Detrás del panel hay un manojo de cables del color del arcoíris, los saco y los inspecciono. Sin duda están codificados de alguna forma, pero como no tengo conocimiento sobre este sistema en particular, tengo que identificarlos manualmente, localizar en medio del enredo cuáles son los dos que quiero.

—¿Necesita ayuda? —La pregunta es tensa pero civilizada, no revela nada. Me sobresalta al sacarme de mi concentración.

—No a menos que fuese electricista allí en la frontera y, dado que he oído que ni siquiera tienen bombillas, lo dudo.

Un débil ruido a mis espaldas, una espiración amortiguada. ¿Está riéndose de mí?

Miro por encima de mi hombro y rápidamente desvía los ojos hacia el techo. No tengo unos alicantes, así que uso las uñas. Una ventaja que Simon nunca tuvo, no podía pelar cables con las manos. Y jamás se habría atrevido a usar los dientes en unos circuitos encendidos.

El comandante guarda silencio detrás de mí y cuando furtivamente echo otro vistazo por encima del hombro, sigue con los ojos en el techo. Se me quita un poco el enfado. Me ha salvado la vida, sin garantías de tener tiempo después de conseguir llegar a una cápsula de escape.

No debería decirle nada. Debería asegurarme de que no haya nada que decirnos cuando regresemos. Debería asegurarme de que continúa pensando que soy la peor persona que ha conocido. Pero por alguna razón, cuando he pelado un trozo de los cables verde y blanco, me encuentro con que la conversación lucha por salir de mí. Quiero ser conciliadora, pero, a pesar de mis mejores intenciones, sale más ácida que nunca.

—En la frontera, ¿no es así como hacen puentes a una...?

Rozo un cable contra el otro y al instante se encienden los cohetes, catapultando la cápsula lejos de la nave. Solo alcanzo a ver por una milésima de segundo la pared enfrente de mí inclinándose sobre mi cara antes de que el universo quede totalmente a oscuras.

portadella

—¿Qué cree que pasó en ese momento?

—No lo sé. No había equipo de comunicación en la cápsula.

—¿No intentó averiguarlo?

—Estamos entrenados para trabajar con información fiable.

—Pero no la tenía.

—No.

—¿Cuál era su plan?

—No moverme y esperar. No había nada que hacer salvo esperar.

—¿Y ver qué pasaba a continuación?

—Sí, ver qué pasaba a continuación.

CINCO TARVER

La cápsula todavía está bamboleándose y estabilizándose tras salir disparada de la nave, pero no estamos dando vueltas, así que me arriesgo a desabrocharme el arnés. La gravedad ya ha perdido la mitad de fuerza y sé que no tardará en desaparecer, así que engancho un pie en una de las correas de agarre en el suelo mientras me arrodillo junto a la señorita LaRoux. Está tumbada, moviéndose y gimiendo, ya está quejándose antes de recuperar totalmente la conciencia. Por algún motivo, no me sorprende.

Hay una vista tentadora de la parte delantera de su vestido, pero prácticamente puedo oír cómo me suelta un corte, como hizo antes. Así que meto una mano debajo de cada brazo y me pongo de pie, para levantarla y colocarla en uno de los cinco asientos moldeados. Se recuesta en mí, murmurando algo indescifrable mientras paso sus brazos por las correas y tiro de ellas para sujetarlas bien a su alrededor.

Aguantar las ganas de tirar de ellas más fuerte debería hacerme ganar otra medalla. Compruebo la correa del pecho, después me agacho para sujetarle los tobillos y los paso por la presilla de plástico acolchada que los espera. Estoy más cerca de lo que debería de las piernas de la señorita LaRoux. ¿Cómo demonios camina con esas cosas en los pies?

La cápsula vuelve a dar tumbos, yo trago saliva con esfuerzo mientras me estiro para lanzar mi bolsa a uno de los huecos de almacenaje y cierro la tapa de encima con fuerza. Luego me dejo caer en mi asiento, delante de ella, me pongo el arnés y lo ato al tiempo que llevo los tobillos a las presillas. Con las prisas, meto las piernas con demasiada fuerza, la presilla izquierda se rompe con un chasquido y la derecha aguanta. Lo que queda de gravedad se desvanece y he de tirar de la pierna para evitar que se levante.

Examino su cabeza inclinada. «¿Dónde has aprendido a hacer eso?» En toda mi vida no he conocido a ningún chaval rico que ni siquiera sepa cómo funciona el cableado y mucho menos cómo hacer un puente a una cápsula de escape de última generación. Debe de tener esa parte de ella tan oculta que ni siquiera los implacables paparazzi la encuentran.

Vuelve a gemir cuando los propulsores estabilizadores se encienden y nos

lanzan a ambos con fuerza contra nuestras sujeciones. La cápsula vibra, y las constelaciones visibles por la ventana de visualización detrás de la cabeza de la señorita LaRoux se convierten en puntos fijos. Veo la silueta de la nave en contraste con las estrellas estáticas. Y está dando vueltas.

—¿Qué has hecho?

Mi bella durmiente se ha despertado y me fulmina con el ojo que no está cerrado por la hinchazón. En pocas horas va a tenerlo bien morado.

—Le he puesto las correas de seguridad, señorita LaRoux —respondo. Su entrecejo se frunce aún más, rozando la ira, y yo siento mi propia sien palpitando por lo mismo—. No se preocupe, mantuve las manos en su sitio.

Casi todo el tiempo hasta ahora he logrado ser afable, pero noto un trasfondo en mi tono al igual que ella. «Y no intentaría otra cosa ni aunque me pagara.»

Su mirada se endurece, pero su única respuesta es un silencio glacial. Por encima de su hombro aún veo la Ícaro dando vueltas y me imagino a las estrellas deteniéndose y desdibujándose a través de la ventana de la cubierta exterior, los libros en el salón de primera clase cayendo de las estanterías mientras la sala se inclina y las mesas y las sillas caen.

La Ícaro da vueltas cuando nada debería ser capaz de provocarlo y no veo ninguna otra cápsula de escape desconectada en el fragmento de espacio exterior al otro lado de la ventana de visualización. ¿Están fuera de la vista? Alcanzo a ver algo de proporciones imposibles —lo mismo que he visto antes—, reflectante y brillante. ¿De dónde viene la luz? Un instante después, la cápsula gira y lo único que veo es oscuridad sembrada de estrellas.

Estudio la rejilla metálica del suelo, después las placas de circuitos sobre mi cabeza, que los constructores no se molestaron en tapar, las placas metálicas sujetas a su sitio. No es como las demás cápsulas de escape, estoy seguro. Serán cómodas y caras. No sé por qué, pero prefiero estar en esta cápsula recia y funcional en vez de en una de las otras. Nuestra cápsula vuelve a dar sacudidas cuando debería estar utilizando los sensores y los propulsores para mantenernos flotando suavemente en el espacio. Algo está haciendo que ignore su programación.

Miro hacia la señorita LaRoux y nuestros ojos se encuentran. Desprende una mezcla de cansancio y cabreo, está igual de segura que yo de que algo no va bien. Aunque ninguno de los dos rompa el silencio ni nombre lo que podría ser.

Se le suelta el pelo de los elegantes lazos y rizos que lo recogían y, en gravedad cero, se le despliega en abanico alrededor de la cara como si estuviera bajo el agua. Hasta con un ojo morado en camino, es hermosa.

Entonces una violenta sacudida agita la cápsula e interrumpe el momento de paz. El metal empieza a zumbiar cuando las vibraciones aumentan y me mueven a través de las suelas de mis botas. Alzo la vista para ver un resplandor por la ventana de visualización y entonces un escudo automático la cierra, provocado por alguna lectura de fuera.

Ese resplandor... Ahora sé qué estaba arrojando la luz. Sé lo que está sacudiendo la cápsula, por qué está retorciéndose e ignorando las instrucciones para descansar en el espacio exterior mientras espera a la caballería.

Es un planeta. Ese resplandor es la atmósfera de algún planeta reflejando la luz de una estrella, y la gravedad está arrastrando la cápsula, interfiriendo en sus sistemas de dirección. Vamos a aterrizar, bueno, si conseguimos llegar de una pieza. Aterrizaremos si tenemos suerte.

La boca de la señorita LaRoux se mueve, pero no la oigo, el zumbido es demasiado alto, se eleva hasta el estruendo y se convierte en un rugido cuando el aire dentro de la cápsula se calienta. Tengo que gritar para que me oiga.

—Presiona la lengua contra el paladar. —Estoy vociferando órdenes y ella me mira con el entrecejo fruncido, como si le hablase en chino antiguo—. Relaja la mandíbula. No querrás romperte los dientes o morderte la lengua. Vamos a estrellarnos.

Ahora lo entiende y es lo bastante lista para asentir en vez de responder a gritos. Cierro los ojos e intento, intento relajarme.

La gravedad dentro de la cápsula falla, luego vuelve de golpe otra vez, por lo que el arnés se me clava en el pecho y me quedo sin aire en los pulmones con un grito ronco que no oigo.

El aire fuera de la cápsula debe de ser candente mientras atravesamos la atmósfera. Ahora estamos dentro de la fuerza de gravedad del planeta, pero suspendidos mientras tiran de nosotros las correas por nuestra aceleración hacia el suelo. Por un instante la señorita LaRoux me mira a los ojos. Ambos estamos demasiado impresionados, demasiado alterados como para comunicarnos.

Solo tengo ese instante para caer en la cuenta de que está callada en vez de gritar como una loca, como habría esperado. Entonces un impacto me sacude

la cabeza contra la almohadilla que tengo detrás con tanta fuerza que me hace chocar los dientes. Resulta que estoy sujetando la correa del pecho, porque casi me disloco el pulgar.

El paracaídas se despliega. Estamos flotando.

Ambos estamos tensos cuando el silencio repentino continúa y esperamos a que la cápsula toque el suelo, preguntándonos si el paracaídas reducirá el impacto lo suficiente para que no terminemos esparcidos por el planeta.

Se oye un estruendo ensordecedor, algo rasca en el exterior de la cápsula, luego nos damos la vuelta y nos colocamos boca abajo. El compartimento de almacenaje se abre y mi bolsa sale volando. Rezo a quien sea que esté escuchando para que no nos alcance.

La cápsula vuelve a sacudirse, rebotando incontroladamente, dando vueltas sin parar. Estoy atrapado dando tirones contra las correas una y otra vez, hacia delante y hacia atrás, hasta que por fin nos detenemos. Tardo varias respiraciones rápidas en darme cuenta de que hemos dejado de movernos. Aunque apenas puedo distinguir el revés del derecho, advierto que no cuelgo de las correas, así que debemos de estar rectos. Me siento como si me hubiera pisoteado una estampida y vuelvo en mí para intentar averiguar qué ha sucedido. De algún modo, inconcebiblemente, hemos aterrizado. Ahora mismo no podría importarme menos dónde. Estamos vivos.

O estoy muerto y he terminado en el infierno después de todo: en una cápsula de escape con Lila LaRoux.

Ninguno de los dos habla al principio, aunque la cápsula no está precisamente en silencio. Oigo mi propia respiración, ronca y dificultosa. La suya es entrecortada. Creo que tal vez está intentando no llorar. La cápsula emite un sonido metálico fuerte mientras se enfría, y luego disminuye y se suaviza.

Me duele todo, pero flexiono los dedos de los pies y de las manos, me muevo y me estiro dentro de los límites de las correas. No hay daños graves. Aunque la señorita LaRoux tiene la cabeza agachada y su rostro está oculto tras una cortina de pelo rojo, sé que está viva y consciente por su respiración. Mueve la mano para liberarse de las correas.

—No —digo, y se queda quieta. Oigo cómo suena, como una orden. Pruebo con algo un poco más suave. No tiene sentido intimidarla. Para empezar, porque así no me escuchará—. No tiene sentido que ambos salgamos volando si vuelve a dar vueltas, señorita LaRoux. Quédese donde está por ahora.

Desabrocho mis correas y las aparto, rotando los hombros mientras me pongo de pie con cuidado.

Me mira, por un momento me olvido de lo que ha hecho y lo siento por ella. Es la misma cara blanca, inexpresiva y demacrada que he visto en el campo de batalla.

Hace dos años, era un recluta recién alistado. Hace un año, me destinaron al campo de batalla por primera vez. Ese era yo, bloqueado hasta que mi sargento me agarró del brazo y me llevó detrás de medio muro de ladrillos. Un láser hizo un agujero justo donde había estado mi cabeza hacía un instante.

El asunto es que, aunque algunos de los chicos que reaccionan así vuelan en mil pedazos, algunos de nosotros salimos de otra manera y nos convertimos en buenos soldados.

Tiene sangre en el cuello en un lugar donde la parte trasera de los pendientes se le ha clavado en la piel, y su cara está tan pálida que sé lo que va a decir antes de que hable.

—Creo que voy a vomitar —dice en un suspiro entrecortado, y luego vuelve a apretar los labios.

Alzo la mano para agarrarme a las correas que cuelgan y me levanto con los pies separados, cambiando el peso. No puedo mover la cápsula, lo que significa que probablemente esté bien calzada.

—Muy bien —digo, con la misma voz amable que me funcionó a mí cuando me quedé bloqueado, y me dejo caer sobre una rodilla delante de ella para ayudarla con las correas—. Muy bien, espere un momento, inspire por la nariz.

Gimotea, se libera de las correas y cae de rodillas sobre el suelo de rejilla metálica. Eso le dejará una marca más tarde.

Levanto el asiento libre, seguro de que hay un compartimento debajo. Saco la caja de herramientas y la dejo a un lado. Ve mis intenciones y se agacha para agarrarse a los bordes, con la espalda arqueada mientras vomita. La dejo en paz y me pongo a abrir las puertas de todos los compartimentos que han puesto en este chisme. Hay un depósito de agua, envoltorios plateados de los paquetes de raciones, un botiquín de primeros auxilios marcado con una cruz roja y la caja de herramientas. Encuentro un trapo sucio metido en uno de los compartimentos y se lo paso cuando levanta la cabeza. Se queda mirándolo, vacilante, afortunadamente todavía callada, pero al final lo acepta con cautela y utiliza la esquina más limpia para secarse la boca.

Aterrizaje forzoso en un planeta desconocido, un ojo morado en camino y el

contenido de su estómago ahora en el compartimento bajo su asiento, y aún tiene la necesidad de actuar como si estuviera por encima de todo.

Tose, intentando aclararse la garganta.

—¿Cuánto tiempo crees que pasará antes de que nos encuentre el trabadorador?

Me doy cuenta de que cree que la Ícaro está bien, que la están reparando mientras hablamos, que su habilidad para salir a flote nos sacará de aquí, que esto no es más que una breve pesadilla. Mi enfado disminuye un poco mientras pienso en contarle lo que vi. La Ícaro metiéndose, bamboleándose, en la atmósfera de este planeta, luchando una batalla perdida contra la gravedad.

No, si se lo digo solo la pondré histérica, como se pondría cualquiera de las personas que conocí en el salón de primera clase. Mejor será guardarlo para mí.

—Lo primero es lo primero —digo, buscando algo que me sirva para darle un poco de agua. Esto también funciona con los reclutas, un tono firme, formal, alegre, pero no muy amigable, obligándoles a realizar tareas en las que concentrarse—. Averigüemos lo que podamos sobre dónde estamos.

Mientras hablo, observo que los escudos térmicos se retraen en las ventanas y algo se libera dentro de mi pecho cuando miro fuera. Árboles.

—Estamos de suerte. Parece que este lugar está terraformado. Debe de haber sensores para comprobar la calidad del aire en el exterior.

—Sí —afirma—, pero la sobrecarga eléctrica los frío. Aunque no los necesitamos. No hay peligro.

—Me alegro de que esté tan segura, señorita LaRoux —respondo antes de poder detenerme—. Creo que preferiría que me lo dijera un aparato. No es que no tenga confianza en su extensa formación.

Entorna los ojos y, si las miradas pudieran matar, entonces las atmósferas tóxicas serían mi último problema.

—Ya estamos respirando el aire —contesta con firmeza, levantando una mano para señalar los compartimentos a sus pies.

Me agacho para echar un vistazo adonde está apuntando y por un instante dejo de respirar, se me detienen los pulmones. No se ve a menos que estés agachado, pero la cápsula se ha abierto como si hubieran pasado un enorme abrelatas por uno de los laterales. Me recuerdo que nadie ha empezado a ahogarse y me obligo a inspirar.

—Vaya, mire eso. Debe de haber ocurrido durante el aterrizaje. —Escucho

mi propia voz. Suena calmada. Bien—. Así que la terraformación está avanzada, seguro. Y eso significa...

—Colonias —susurra, cerrando los ojos mientras completa la frase.

No la culpo. Algo me dice que está a punto de encontrar compañía preferible a la mía, pero lo cierto es que yo me siento igual de aliviado. Las empresas propietarias de este lugar tendrán colonias por toda la superficie de este planeta, lo que significa que en alguna parte, tal vez cerca, la gente está preguntándose qué demonios está pasando ahí arriba. Probablemente aparezcan preparados para luchar, al esperar secuestradores o invasores, pero no creo que nos cueste convencerles de que somos supervivientes de un accidente. Aunque podría vivir sin mi uniforme. La mayoría de los colonos de estos asentamientos remotos no le tienen mucha simpatía a los míos.

—Siga sentada —digo, poniéndome de pie para llenar la cantimplora de mi mochila con agua del depósito—. Voy a asomar la cabeza para ver si el sistema de comunicaciones está bien.

Me mira con una ceja levantada y la boca se le curva hasta formar una sonrisita que logra tener un aire de superioridad, a pesar del pelo por todos lados, la sangre y el ojo morado. Noto que me enfurezco cuando esa sonrisa repite cada momento condescendiente que he vivido en manos de su gente.

—Comandante —dice, hablando despacio, como si se dirigiera a un niño—, lo único que debemos hacer es quedarnos aquí. Aunque nos hayamos quedado sin sistema de comunicaciones, los colonos habrán visto el accidente. Los equipos de mi padre probablemente ya estén de camino.

Ojalá yo estuviera tan seguro de que alguien va a venir a salvarme, pero nunca he podido contar con eso en el pasado. Pero claro, yo no soy la hija única de Roderick LaRoux.

La dejo sentada en uno de los asientos, colocándose la falda artísticamente, juntando las manos en el regazo, y me dirijo hacia la puerta. Necesito cargar todo el peso sobre mi hombro para soltarla del marco torcido. Cede con un chirrido que las personas crueles sugerirían que se parece a la señorita LaRoux cuando está molesta.

Fuera, todo está tranquilo. El aire fresco es sustancioso, no fino y escaso como en alguno de los planetas colonizados más jóvenes. De hecho, no creo que jamás haya respirado algo tan puro, ni siquiera en casa. Me deshago de ese pensamiento. No puedo distraerme pensando en casa, en mis padres. Estoy atrapado con la chica más rica de la galaxia y tengo que asegurarme de que,

cuando su padre aparezca y nos encuentre, estemos fuera a plena vista.

No oigo pájaros, ni ninguna escaramuza que sugiera que haya vida salvaje local en movimiento. Pero bueno, nuestra cápsula ha dejado un surco en el bosque de los alrededores que se extiende casi un kilómetro, ha tirado árboles enormes y los ha metido en el barro por toda la longitud de la marca. A lo mejor la fauna de la zona se ha escondido arriba, en los árboles, o abajo, en agujeros, a esperar a que continúe el fin del mundo.

Los árboles son altos y rectos, la parte inferior de los troncos está desprovista de ramas, el follaje es de un verde oscuro con un olor característico, fresco y limpio. Los he visto antes. No conozco su nombre técnico, pero los llamamos «árboles poste». Son los primeros árboles que introducen los equipos de terraformación, en cuanto todo el mantillo orgánico ha suministrado una capa básica de tierra. Crecen rápido y se convierten en buen material de construcción, con esos troncos altos y rectos. Los árboles ornamentales y de cosecha se plantan más tarde. Así que puede que esta sea la primera pista de dónde nos encontramos. Dado que veo árboles poste y poco más, probablemente estemos en un planeta reciente, a pesar de la calidad de su aire.

Pero sin duda son lo bastante grandes para que el ecosistema lleve un tiempo. En realidad, son enormes, más grandes que cualquier otro árbol poste que haya visto. Se estiran hacia el cielo al menos la mitad de la altura que de costumbre, y sus copas alargadas se inclinan por el peso de las ramas. ¿Cómo han crecido tanto? A estas alturas, los encargados de la terraformación deberían haber introducido toda clase de especies que habrían sacado a los árboles poste del ecosistema.

Si tenía alguna esperanza de que funcionaran los sistemas de comunicación, termina con una mirada. Están arrancados y, si no se frieron por la sobrecarga o se quemaron al entrar en la atmósfera, probablemente hayan quedado en algún lugar de nuestra franja de destrucción, reducidos a las partes que los integraban. Así que a lo mejor mi heredera cascarrabias tiene razón y su padre aparece en cualquier momento, pero hay más posibilidades de que parezcamos uno de los diez mil pedazos de escombros esparcidos por el planeta. Debemos encontrar un lugar del accidente más grande, un sitio más prominente, para estar donde el grupo de rescate claramente vaya a aterrizar.

Estudio los árboles a mi alrededor que aún están en pie. Como los árboles poste normales, se estrechan en la parte superior, así que no hay manera de que

yo trepe lo bastante alto para ver en la distancia. Ella pesa menos y puede conseguirlo, pero sonrío solo de pensarlo. «Vamos, señorita LaRoux, su vestido de noche hará juego con los árboles. El look de diosa de la naturaleza hace furor en Corinto, créame.» Me pregunto si alguna vez habrá visto hojas de verdad.

Y entonces es cuando me doy cuenta: aquí, en medio de este desastre, con el cuerpo dolorido por los tirones adelante y atrás contra las correas, pero sonriendo como un idiota, de que me gusta esto. Tras semanas atado a una nave, con el pecho cubierto de medallas y los días acaparados por unas personas a las que no les gusta su guerra demasiado real, me siento como en casa.

Hay una colina a lo lejos en lo que arbitrariamente llamo el oeste, porque el sol se pone en esa dirección. El terreno se eleva y con un poco de suerte ofrecerá la vista que necesitamos. Será un paseo largo, y mientras vuelvo a meterme en la cápsula arruinada, tal vez sea por mi buen humor reciente, siento un poco de lástima por la chica que está dentro. Puede que yo haya vuelto a mi mundo, pero ella está fuera del suyo. Conozco muy bien esa sensación.

—Nos hemos quedado sin comunicaciones —le digo.

Medio esperaba unas lágrimas, pero en cambio asiento como si ya lo supiera.

—Habrían sido inútiles de todas formas. La mayoría de los circuitos se estropearon durante la sobrecarga eléctrica.

Quiero preguntarle cómo lo sabe, dónde aprendió a hacer lo que hizo, pero en su lugar la pregunta que me sale es:

—¿Qué fue eso, la sobrecarga?

Vacila, con los ojos en los árboles que se ven por la ventana de visualización.

—La Ícaro salió del hiperespacio cuando se suponía que no debía hacerlo. Algo sucedió, no sé qué. ¿No aprendiste nada sobre los saltos en el hiperespacio cuando fuiste al colegio? —Hay desdén en su voz, pero no se detiene lo suficiente para que responda. Menos mal, porque lo único que sé del hiperespacio es que te lleva de A a B sin tardar doscientos años—. Para que las naves salten entre dimensiones, plieguen el espacio..., hacen falta enormes cantidades de energía. —Me mira como si intentase comprobar que la estoy siguiendo—. Normalmente cuando una nave abandona el hiperespacio

hay una larga serie de pasos para impedir que la energía reaccione violentamente. No sé qué está pasando, pero la Ícaro salió del hiperespacio antes de tiempo.

No debería sorprenderme que la hija de Roderick LaRoux, ingeniero de la flota más grande y excelente de la galaxia sepa todo eso. Pero cuesta aceptar que la risa insulsa y los insultos mordaces pertenezcan a la misma persona que ha prestado dos segundos de atención a clases de física.

Está claro que yo no sabía que existía ese nivel de peligro al viajar por el hiperespacio. Pero tampoco había oído que algo así hubiera sucedido antes. Jamás.

Estoy dándole vueltas a su explicación.

—Como hemos salido del hiperespacio antes de tiempo, podríamos estar en cualquier parte de la galaxia, ¿no?

Sin comunicaciones, sin pistas de dónde estamos... Esto cada vez se pone mejor.

—La Ícaro ha recuperado la energía de emergencia —dice la señorita LaRoux con serenidad—. Han debido de recibir las llamadas de socorro.

«Suponiendo que quedase alguien vivo en la sala de comunicaciones después de la sobrecarga.» Pero no lo digo en voz alta. Dejemos que piense que todo esto habrá terminado cuanto antes. Sé que debe de estar esforzándose.

—Hay una elevación al oeste. Voy a subir hasta allí antes de que oscurezca para saber adónde tenemos que dirigirnos. Puedo sacarle algunas de las barras, por si le entra hambre mientras espera.

—No hace falta, comandante —dice mientras se pone de pie y hace una mueca cuando uno de sus tacones se mete por la rejilla del suelo—. Le acompaño. Si cree que voy a darle la oportunidad de abandonarme aquí, está muy equivocado.

Y de repente ya no siento ninguna lástima por ella.

«¿Abandonarla?» Ojalá me lo permitiera mi deber o mi conciencia. La galaxia estaría mejor así. ¿Quién iba a saber que estábamos en la misma cápsula?

Salvo yo. Y eso sería suficiente.

—No estoy seguro de que sus zapatos... —intento decir antes de que me interrumpa.

—Mis zapatos irán bien, comandante.

Avanza por el suelo y milagrosamente no vuelve a meter los tacones por la rejilla. Luego baja las escaleras. Tiene la cabeza levantada, los hombros echados hacia atrás, y sus movimientos son ridículamente elegantes, como si bajara la escalera de un salón de baile. Dejo que examine su nuevo reino y subo a abrir mi bolsa para rebuscar en el contenido. Es el equipo de emergencia que tenemos todos y jamás he estado más agradecido por llevarlo conmigo durante los dos últimos años.

El mío incluye todo lo habitual: mi información clasificada en una memoria de almacenamiento codificada, una linterna, una cantimplora que purifica el agua, cerillas, una navaja, además de unos cuantos objetos personales (una fotografía de casa y mi libreta). A bordo de la Ícaro también era donde guardaba mi Gleidel, ya que se consideraba grosero llevar visible un arma de mano.

Saco mi pistola, rodeo la empuñadura con una mano y compruebo rápidamente la carga para asegurarme de que la batería cinética funciona apropiadamente. Al menos no tengo que preocuparme por que se agote mientras estoy aquí. La vuelvo a colocar en su funda, me la ato al cinturón y luego saco un par de barras del compartimento de arriba. Después de recoger la cantimplora de donde la había tirado la señorita LaRoux, vuelvo a salir y cierro la puerta con esfuerzo. No hay necesidad de darle oportunidad a la fauna local de vengarse por nuestra invasión dándose un banquete con nuestras raciones.

Esta excursión es una de las cosas más terribles que he hecho en mi vida.

No es un camino difícil, aunque la maleza sea densa y haya árboles caídos que sortear, con la corteza tan áspera que se me agarra a la ropa y me araña la piel. La temperatura no es lo bastante baja como para evitar que el sudor me chorree por la espalda, pero el aire es fresco y me hace daño al entrar en los pulmones. Ninguna de las plantas me resulta muy familiar, pero ninguna es totalmente desconocida, solo un poco distintas a lo que estoy acostumbrado. Hay inclinaciones y hoyos aguardando para torcerme los tobillos, y las plantas con espinas se me enganchan en la camisa, dejando pequeños pinchos que se me clavarán más tarde en la piel.

Ninguna de esas cosas es el problema.

El problema es la señorita LaRoux, que intenta ir a mi paso con tacones. Ojalá se hubiera quedado atrás, porque podría moverme mucho más rápido sin

ella. Pero cada vez que me doy la vuelta para preguntarle si quiere volver, me lanza una mirada glacial, con los labios prietos, testaruda.

Le ofrezco la mano para ayudarla a superar los obstáculos, aunque estamos llegando a un punto en el que si se cae a un agujero, tengo dudas de si me molestaría en sacarla. Al principio me mira la mano como si fuera a contagiarse de algo por tocarme. Es como si estuviera decidida a demostrar que esta excursión no es más complicada que un paseo por un prado. Pero después de estar a punto de caerse unas cuantas veces, apoya los dedos en mi palma de vez en cuando, aceptando mi ayuda lo mínimo posible. Sigue estando pálida a pesar de tensar la mandíbula, y permanezco lo más cerca posible para poder interponerme entre ella y la superficie dura más próxima en caso de que decida desmayarse.

Al final cedo.

—¿Quiere descansar?

Intento que no se me note demasiado que estoy comprobando el avance del sol hacia la colina. No quiero estar aquí fuera cuando el sol se ponga. Ya es difícil arrastrar a esta niña mimada por el bosque sin que se rompa un tobillo con luz como para intentarlo de noche.

Considera la pregunta, luego asiente y se coloca el pelo en su sitio.

—¿Y dónde me siento?

«¿Dónde te sientas? Pues en esta cómoda *chaise longue* que he traído hasta aquí para ti en el bolsillo, Su Alteza, me alegro de que lo haya preguntado.»

Cierro la boca y me esfuerzo por no pronunciar el pensamiento en voz alta. La señorita LaRoux advierte que estoy reprimiendo una réplica y su expresión se oscurece. Pero veo que los agujeros que le han hecho los pendientes siguen sangrando, que la mejilla se le ha hinchado del golpe que se dio al hacerle un puente a la cápsula de escape y que tiene los labios cortados y en carne viva. Es un milagro que no se haya derrumbado. Eso esperaba yo de alguien como ella.

Así que me quito la chaqueta y la pongo sobre un tronco para que se acomode. Tira de la falda para colocarse, se sienta, acepta la cantimplora y da un delicado sorbo. Desvía la mirada cuando la recupero y la levanto para dar un buen trago, antes de volver a taparla. Camino hacia el límite del claro, deteniéndome de vez en cuando a escuchar. El susurro de pequeñas criaturas entre la maleza ha vuelto y espero contra toda esperanza que ella no haya oído —menos aún que haya visto— lo que emite esos sonidos.

El hecho de que oiga la fauna local añade otra capa de información a la imagen que poco a poco voy construyendo. No habría a menos que el planeta se hallara en las últimas fases de terraformación. Debería estar inundado de colonias y el cielo lleno de aviones y trasbordadores. Así que ¿por qué los únicos ruidos que oigo son el susurro de la maleza, el roce del viento en las hojas y el sonido de la señorita LaRoux intentando recuperar el aliento tan en silencio como puede?

Estoy a punto de sugerir que dé la vuelta y retroceda por el camino, cuando se pone de pie por su propia cuenta, dejando que yo recupere la chaqueta. Medio espero que se escabulla de vuelta a la cápsula de escape sin mediar palabra, pero en cambio me hace una seña para que encabece la marcha, en la dirección por la que vamos. Tensa la mandíbula cuando partimos y me coge de la mano para subir a un tronco con esos ridículos zapatos. Tengo que reconocer que es más dura de lo que parecía.

Es un alivio. La idea de tener que mantenerla a salvo me agobia, se me tensan los hombros y se me revuelven las tripas. No importa lo irritante que sea, está muy lejos de casa. Que sobreviva a todo esto depende de mí. A veces tengo la sensación de que me paso la vida intentando mantener a salvo a otras personas.

Cuando llegamos a la base de la elevación, está jadeando a pesar de su clara intención de fingir que está bien. Pero no podemos permitirnos volver a descansar si queremos regresar a la cápsula antes de que oscurezca. Ambos subimos con dificultad la cuesta y cuando la cojo de las manos para arrastrarla conmigo, no se molesta en parecer escandalizada, está demasiado cansada para perder el tiempo fingiendo.

Resulta ser una colina escarpada, el terreno asciende por un lado y desciende vertiginosamente por el otro en un precipicio rocoso. La cima nos ofrece la vista que necesitamos y nos quedamos el uno junto al otro para asimilar el panorama.

Ojalá hubiera venido solo.

Ella lanza un grito ahogado, interrumpiendo su jadeo con un ruido que en parte es un sollozo, en parte angustia silenciosa. Con la boca abierta, se queda mirando fijamente, al igual que yo, sin ser capaz ninguno de los dos de procesar lo que estamos contemplando. Es bastante probable que nadie haya visto jamás nada parecido.

—Lila. Lila, no mires —intento pronunciar su nombre en un tono bajo y

amable, tratando de engatusar a aquel recluta en el campo de batalla para que mueva los pies, dé un paso y salga de ahí—. Mírame, aparta la vista de eso, vamos.

Pero no puede evitarlo, como me pasa a mí, y nos quedamos mirando, petrificados.

Ante nosotros, caen restos del cielo en largos y lentos arcos, ardiendo en su descenso como una lluvia de meteoritos o unos misiles llegando. Aunque eso no es más que parte del espectáculo.

La Ícaro está cayendo.

Es como una bestia gigantesca en el cielo y me imagino su gruñido mientras gira y se bambolea, parte de ella todavía luchando, con los motores aún encendidos, en un intento de escapar a la gravedad. Por unos instantes, parece estar flotando, eclipsando una de las lunas del planeta, pálida en el cielo de la tarde. Pero lo que viene a continuación es inevitable, y me encuentro rodeando con un brazo a la chica a mi lado mientras la nave muere al tiempo que siguen desprendiéndose fragmentos mientras recorre su descenso final.

Entra en ángulo, dirigiéndose a una cadena montañosa más allá de las llanuras. Restos del tamaño de rascacielos pasan volando y un lateral comienza a desprenderse cuando la fricción es demasiado para ella. Pequeños fragmentos de fuego salen de la nave como estrellas fugaces mientras se arquea en el cielo. Sobresaltado por el horror, me doy cuenta de que son cápsulas de escape. Cápsulas que no lograron separarse de la nave antes del descenso, cápsulas que no tenían a la señorita LaRoux para soltarlas de su acoplamiento.

La Ícaro alcanza las montañas como una piedra saltando por el agua, antes de desaparecer tras ellas. No vuelve a levantarse.

De repente todo está en calma y silencio. Unas nubes de vapor y humo negro se elevan por detrás de las lejanas montañas y ambos nos quedamos contemplando lo inimaginable.

portadella

—Ha estado antes en situaciones de supervivencia.

—Es cierto.

—Pero ¿nunca como esta?

—Nunca había ido acompañado de una debutante, si se refiere a eso.

—Me refiero a que no sabía dónde estaba en aquel momento.

—No estaba concentrado en eso.

—¿En qué estaba concentrado, comandante?

—Calculando dónde aterrizaría el equipo de rescate para dirigirnos allí.

—Y ¿eso fue todo?

—¿Qué más iba a haber?

—Eso es lo que nos gustaría que nos contara.

SEIS LILA

Está alejándome del despeñadero con una mano rodeándome la cintura. Sus dedos son cinco puntos individuales de contacto, ásperos y calientes, demasiado fuertes. Creo que tengo los ojos cerrados. Lo estén o no, lo único que veo es la caída de la Ícaro, un río de fuego en el cielo, grandes nubes de tormenta, de humo y vapor. Está grabada a fuego en mis retinas y no me deja ver nada más. Podría tirarme del risco y no me daría cuenta hasta llegar al suelo.

Se me tuercen los tobillos mientras avanzo a trompicones detrás de él, los tacones de mis zapatos avanzan por el suelo irregular o se hunden en la tierra y me hacen tropezar. ¿Por qué las señoras no se visten para estas situaciones? Seguro que unas ocasionales botas de montaña con ropa de noche darían que hablar.

Un borboteo de risas sale de mi garganta y él se detiene lo justo para mirarme por encima del hombro antes de cogerme por el brazo.

—Solo un poco más, señorita LaRoux. Está haciéndolo bien.

No estoy haciendo nada en absoluto. Podría ser una muñeca de trapo. Viene completa, con los zapatos a juego. La fuerza de voluntad se vende por separado.

No tengo ni idea de dónde estamos ni de lo lejos que se encuentra la cápsula, pero cuando una rama me da en la cara, me veo obligada a cerrar los ojos de nuevo. La nave sigue ahí, una confusa imagen persistente. La luz del sol pasa casi horizontalmente a través de los árboles, alternando destellos y sombras de color rojo que brillan a través de mis párpados. ¿Cuánto tiempo hemos estado en ese risco?

La nave de mi padre está destruida. La he visto caer del cielo. ¿Cuántas almas habrán caído con ella? ¿Cuántas no pudieron lanzar las cápsulas?

Las piernas dejan de funcionarme. Él casi me arranca el brazo del sitio en su intento por mantenerme de pie y una parte distante de mi mente sabe cuánto va a dolerme eso más tarde. Otro tirón y apenas puedo contener el gemido que se me escapa de los labios. Al cabo de un segundo parece aceptar que no puede arrastrarme por el bosque sin algo de ayuda por mi parte.

Deja caer mi brazo y me desplomo en el suelo, apenas agarrándome los antebrazos antes de que mi cara llegue a la pobredumbre que cubre el suelo del bosque. Huele a café, cuero y basura, nada que ver con la tierra dulce y homogénea de los holojardines en Corinto. Demasiado para intentar pasar por esto con algo de dignidad. Demasiado para hacerle pensar que no me he desmoronado.

Me doy un momento para resollar y con la fuerza de mi respiración salen volando trozos de hojas y tierra. Cuando se agacha a mi lado, no puedo evitar encogerme.

—Lila.

La dulzura en su voz llama más la atención que cualquier orden a gritos. Levanto la cabeza y encuentro sus ojos castaños no muy lejos de los míos. Es como si pudiera ver la caída de la Ícaro grabada en su rostro, del mismo modo que sé que está en el mío.

—Vamos, pronto se hará de noche y quiero estar a salvo en la cápsula antes de que ocurra. Lo está haciendo muy bien y ya falta poco.

Ojalá siguiera siendo un imbécil. La antipatía es más fácil de llevar que la simpatía.

—No puedo —digo con la voz entrecortada, y algo tenso y frío en mi interior se abre—. No puedo, comandante. Yo no hago estas cosas. ¡No pertenezco aquí!

Levanta las cejas y la expresión se lleva parte de la seriedad de su rostro. Hay una calidez curiosa en sus rasgos cuando los deja relajarse. Esto, más que nada, me saca de mi dolor y negación. Entonces habla y lo estropea.

—Intente ponerse de pie. ¿Cree que podrá hacerlo, Su Alteza?

«Mucho mejor.»

—No sea condescendiente —le suelto.

—Solo un idiota sería condescendiente con usted, señorita LaRoux.

La amabilidad ha vuelto a irse y se levanta con un movimiento fluido.

Se aparta unos cuantos pasos para examinar el bosque a nuestro alrededor como si reconociera algo. Aquí se siente como en casa. Entiende este lugar como yo entiendo los diminutos cambios que se producen en una multitud, el ir y venir de las parejas y la conversación, la sociedad ejecutando sus lentas revoluciones a mi alrededor como las estrellas en el cielo. Conocido. Trazado. Familiar.

El bosque no tiene nada de eso. Para mí no es más que una confusión de

verde, dorado y gris, cada árbol es como el siguiente, no se deduce nada con sentido de ellos. Estuve una vez en la naturaleza, pero solo me hizo falta darle al interruptor para cambiar el proyector holográfico del jardín perfectamente cortado y esculpido a un soleado bosque lleno del canto de los pájaros. Olía a suave perfume y de todos los árboles colgaban flores. La tierra era fértil y uniforme, nunca me manchaba la ropa, y el suelo era lo bastante blando como para dormir en él.

Cuando era niña, mi padre solía llevarme de picnic a aquel bosque. Yo hacía ver que el bosque con su follaje catedralicio era mi mansión y yo era la anfitriona que le servía tazas de té invisibles y compartía los secretos intrascendentes de mi vida. Siempre era solemne y me seguía la corriente sin vacilación. Cuando la luz menguaba, fingía dormirme en su regazo porque así me llevaría a casa en brazos.

Pero este bosque es espeso, extraño y está lleno de sombras, el suelo tiene rocas, y cuando intento apoyarme en un árbol, su corteza me araña las manos. Esto no puede ser real, es una pesadilla cruel.

Y aun así el comandante asiente para sus adentros, como si hubiera leído el siguiente paso en algún manual de instrucciones que yo no puedo ver. Un ataque de celos me domina de tal manera que me tiemblan los brazos donde me están sosteniendo.

—No sé cuánta batería le queda a la cápsula —dice—, así que la usaremos lo menos posible. Le buscaré dónde dormir y mantendremos las luces apagadas. Mañana veré si existe alguna posibilidad de que enviemos una señal que capten las naves de rescate.

Continúa hablando, prestándome tan poca atención que podría estar hablando para sí mismo.

—Creo que esta noche nos centraremos en evaluar la situación, comer algo y descansar un poco. Le prometo que la cápsula está aquí cerca. ¿Puede aguantar?

Me apoyo en las rodillas; ahora que nos hemos parado, los tobillos se me han anquilosado y me veo obligada a morderme el labio para evitar soltar un gemido. Me he torcido una o dos veces el tobillo en la pista de baile mientras sonreía como si todo fuera bien, pero no se parecía en nada a esto. Entonces, lo único que debía hacer era llamar a un médico y la molestia desaparecía.

Le aparto la mano de un guantazo cuando la alarga hacia mí.

—Por supuesto que puedo aguantar.

El dolor hace que las palabras me salgan entrecortadas, enfadadas. Su expresión se tensa y vuelve a dirigir la marcha.

Es fiel a su palabra y en tan solo unos minutos se ve la cápsula a través de los árboles. Desde esta dirección veo el impacto de nuestro accidente: los árboles caídos y el surco profundo que ha dejado la cápsula en la tierra mientras rodaba y se deslizaba hasta donde ahora descansa. Solo veo árboles y oigo un susurro y un crujido incomprensible. Hasta el hedor del plástico quemado y el metal corroído está desapareciendo, absorbido por el olor a vegetación, humedad y tierra.

Reúno suficiente energía para mirar hacia arriba. No hay ni una nave de rescate a la vista, ni siquiera un trasbordador o un avión de una colonia. El cielo está vacío, salvo por una luna pálida y decreciente sobre nuestras cabezas y una segunda luna que aclara los árboles. Protegiéndome los ojos con la mano, busco la baliza que debería indicar que estamos emitiendo nuestra señal a las naves de rescate. Solo hay una amplia extensión de metal picado y retorcido. La mayor parte de la cápsula está destrozada. ¿Cómo hemos sobrevivido?

¿Cómo habría sobrevivido cualquiera? Pero aparte ese pensamiento, lo recluyo. Todo esto habrá terminado en cuestión de horas, una nave tan famosa y respetada como la Ícaro no puede haber caído sin haber lanzando miles de alarmas por la galaxia.

El comandante ha continuado caminando hacia la cápsula sin mediar palabra, pero está a solo unos pasos, y todavía no puedo permitirme apenarme.

No puedo pensar en Anna ni en su cara mientras la arrastraba la muchedumbre en el pasillo, desprovista repentinamente de su coqueta confianza. Quizá entró en una cápsula. Quizá había un mecánico que la soltó justo a tiempo.

No puedo pensar en el hecho de que no tengamos señal luminosa, que no haya una baliza, nada que avise a nuestros rescatadores de dónde buscarnos. Mi padre vendrá a por mí, sin importar lo que sea necesario. Moverá cielo y tierra y el mismísimo espacio para encontrarme. Entonces jamás tendré que volver a ver a este soldado, jamás tendré que sentirme tan inútil.

Cuando entro por la puerta de la cápsula, el comandante está rebuscando otra vez en su mochila, haciendo una de sus comprobaciones de suministros. Como si creyera que haciendo inventario iban a venir antes a rescatarnos.

¿Cómo puede quedarse ahí, rebuscando en su estúpida bolsa? Quiero

zarandearle, gritarle que nuestra nave de rescate no está en esa bolsa, que nada va a aparecer por arte de magia ahí dentro y poner a la Ícaro de vuelta en el cielo, donde pertenece.

—¿Y bien? —me las apaño para sonar civilizada—. Siempre sabe cuál es el siguiente paso... ¿Ahora qué?

No levanta la cabeza hasta que ha terminado su comprobación, enfurecido consigo mismo, pero cuando me mira, se limita a parpadear lentamente.

—Ahora nos vamos a dormir. Mañana, si no emitimos ninguna señal, saldremos a buscar un sitio mejor para que nos vean. Tal vez entre los mismos restos, si no encontramos ninguna colonia de camino a allí.

¿Entre los restos? Este hombre está loco. Están a días de distancia, al menos.

—¿Salir? Hable por usted. Yo no voy a ninguna parte. Verán dónde nos hemos estrellado. Si nos marchamos, mi padre no sabrá dónde buscarnos.

Y va a venir a por mí.

Su mirada es indecisa, casi insolente.

—Puede que se conforme con esperar a su caballero andante, mi señora, pero no voy a quedarme aquí sentado mientras se terminan las provisiones.

¿Mi señora? ¿Sabe lo enferma que me vuelve su falsa cortesía? Seguro que nadie puede ser tan molesto por accidente o casualidad. Me aferro a esa ira, intentando que no desaparezca mientras le miro. Esta furia es segura. No puedo permitirme sentir otra cosa.

El enfado es un escudo y si renuncio a él, me desmoronaré.

Una minúscula parte de mí se pregunta si él lo sabe. En la nave estaba fuera de su elemento, incómodo y casi tímido. Aquí, está seguro. Todo lo que hace tiene un propósito. A lo mejor una parte de él está provocándome adrede para mantenerme fuerte.

O a lo mejor no es más que un imbécil.

Estoy inquieta, callada, mientras vuelve a rebuscar en su mochila, y luego en los compartimentos. Pone una manta gruesa reflectante espacial sobre otra más suave que encuentra en un compartimento cerca del techo y luego me mira, expectante.

Cuando le devuelvo la mirada, confundida, tensa la mandíbula.

—Aunque le parezca detestable, vamos a tener que pasar juntos la noche. Prepárese.

Con un sobresalto, me doy cuenta de que no es un montón de tela colocada

al azar, sino que se trata de una cama. Las palabras salen disparadas de mi boca antes de poder detenerlas.

—De ninguna manera. —Mi voz tiene el mismo tono frío como el acero que la de mi padre, al menos puedo usar a lo que he aprendido de él—. Si me deja un poco de agua, puede llevarse el resto de provisiones y dormir ahí fuera, en el bosque disfrutará mucho.

Le observo con detenimiento y veo cómo aprieta los puños. Un estallido de placer me recorre el cuerpo. Si me estaba enfureciendo a propósito, al menos puedo dar lo que recibo.

—Quizá mientras está ahí pueda subir a la cápsula y hacer señas a los equipos de rescate cuando vengan por la noche.

Tira la mochila y me asusta. Cuando habla, sin embargo, su voz está calmada, controlada.

—Señorita LaRoux —dice en voz baja—. Con el debido respeto, no voy a dormir fuera cuando hay un buen refugio aquí.

La satisfacción de haberle picado se tambalea. Si los equipos de rescate nos encuentran por la noche, el estatus de héroe de guerra que tiene Merendsen no durará mucho ante la ira de mi padre.

Respiro hondo, intentando retractarme. A lo mejor enfadarme no es la mejor manera.

—Comandante, las circunstancias puede que sean inusuales, pero ese no es motivo para abandonar...

—Que le den a las circunstancias. —A pesar de todo, el enfado que se refleja en sus rasgos me provoca un arranque de satisfacción. Al menos hay una cosa que sé hacer bien en esta jungla dejada de la mano de Dios—. Ahí fuera va a hacer frío y aquí dentro hará más calor si estamos los dos. Estoy tan cansado como usted y no voy a quedarme despierto toda la noche de vigilancia. Además, no quiero que me coman.

Eso me deja parada.

—¿Que le coman?

—Hay huellas —dice brevemente—, en el bosque, ahí atrás. Y eran grandes.

Está intentando asustarme, lo sé. No he visto ninguna huella y no me ha avisado de que haya visto una en todo el camino. Además, las empresas de terraformación no introducirían en su ecosistema depredadores lo bastante grandes para poner en peligro a los habitantes humanos. Aprieto los dientes.

Aunque estuviera diciendo la verdad, el riesgo por depredadores sería menor que el riesgo de que le encontraran conmigo.

—Comandante Merendsen, créame, si mi padre nos encuentra juntos...

—... entonces tendrá que encontrar la manera de explicárselo. No voy a salir ahí fuera por sentido común. Puede quedarse con la cama, yo estoy bien en uno de estos asientos. Duerma o no duerma, como prefiera, pero si mañana tenemos que salir, espero que mantenga un buen ritmo. Buenas noches.

Es una orden: «Buenas noches, soldado, o lo que sea». Sin pronunciar ni una palabra más, tira del cordel de su mochila, se repantinga en su asiento y estira sus piernas largas delante de mí. Con la barbilla hacia el pecho, cierra los ojos y apaga la linterna, dejándome a oscuras. El único sonido es su respiración, que enseguida empieza a ir más lenta.

Sin su cara distrayéndome, es más fácil ponerme furiosa. ¿Cómo puede haber sido tan brusco conmigo? ¿No se da cuenta de que solo intento evitar que pierda su cargo o algo peor? Lucho contra las ganas de despertarle e insistir. Ojalá fuera tan valiente como para dormir fuera, pero sea o no una mentira, lo que ha dicho sobre unas huellas grandes de animales ha sido suficiente para impedir que me mueva.

Respiro hondo e intento pensar. Con mi padre no es imposible del todo razonar, lo entenderá. Sobre todo porque está claro que el comandante no quiere tener nada que ver conmigo. A lo mejor no es el final del mundo si se queda aquí, solo una noche.

Y una pequeñísima parte de mí puntualiza que prefiero que esté aquí, a mi lado, por si acaso algo entra por la noche de verdad.

Me meto entre las dos capas, tratando de no estremecerme por la aspereza de la manta espacial contra mi piel. Apenas es mejor que dormir en el suelo, la rejilla metálica se me clava en la cadera y empiezo a pensar que tal vez el comandante ha tenido la idea más inteligente.

Aunque ni en broma voy a imitarle, así que me acurruco bajo la manta, usando de almohada el brazo.

A lo mejor puedo hacer algo con los restos del sistema de comunicaciones. Tal vez consiga transmitir algún tipo de señal para decirle a la gente que estamos aquí. Si puedo demostrar que estamos lanzando una señal, quizá el comandante no me arrastre por una pesadilla de planeta.

Estoy a punto de quedarme dormida cuando la cara de mi prima aparece delante de mis ojos. Se me cierra la garganta tan de repente que es como si

unas manos invisibles estuvieran estrangulándome. Sólo estaba haciendo lo que mi padre la obligaba a hacer y, aun así, era mi mejor amiga, la única que tenía. Debería haber vuelto a por ella, debería haber intentado encontrarla entre la muchedumbre, llevarla con nosotros. Y en cambio, la dejé allí.

Mis labios forman las palabras en la oscuridad. «La dejé morir.»

Pienso en Elana, en su tonta devoción por perseguir las modas que yo implantaba. Pienso en Swann, en el tono irregular de su voz mientras trataba de abrirse camino entre la muchedumbre para llegar hasta mí, mientras la Ícaro empezaba a hacerse añicos. ¿Encontraron cápsulas de escape que funcionaran? ¿O Swann pasó demasiado tiempo intentando buscarme en medio del gentío y cayó entre las llamas de la nave de mi padre?

No es la primera vez que la muerte de alguien es culpa mía, pero eso no lo hace menos imposible de soportar.

Mi padre está a años luz, tal vez en estos momentos le estén dando la noticia de lo que le ha sucedido a la Ícaro. Y no tiene a nadie en quien apoyarse si no estoy yo. Desde la muerte de mi madre cuando yo era pequeña, nunca nos hemos separado más de unas semanas cada vez, y jamás sin la facilidad de poder hablar presionando un botón en una consola.

Y ahora estoy atrapada en un planeta extraño con un soldado que me odia a mí y a todo lo que aspiro.

Por primera vez en mi vida, estoy sola.

Tapo el sonido que hacen mis lágrimas, dando vueltas en la cama improvisada para que la manta espacial haga ruido al arrugarse. Espero a que me reprenda por ser tan princesa, pero no dice nada y su respiración no cambia. Ni siquiera me oye. Me rindo y me echo a llorar.

portadella

—A esas alturas, ¿esperaba que les rescataran inmediatamente?

—Estaba con la señorita LaRoux. Me imaginé que ella sería su principal prioridad.

—¿Qué le parecía su compañera?

—Era un cambio respecto al pelotón.

—Eso no es una respuesta sustancial, comandante Merendsen.

—No había pasado bastante tiempo con ella como para formarme una opinión. La situación no era ideal.

—¿Para usted o para ella?

—Para ninguno de los dos. ¿Acaso sabe de alguien a quien le hubiera gustado estar en nuestro lugar?

—Nosotros hacemos las preguntas, comandante.

SIETE TARVER

Estoy a diez segundos de encender la linterna y buscar el botiquín de primeros auxilios para encontrar el modo de sedarla cuando por fin deja de llorar. Al final, me duermo.

Es tarde cuando me despierto, en algún momento después de medianoche. Durante un buen rato, me quedo sentado totalmente inmóvil, dejando que mis sentidos me informen. Siento el metal frío y unas líneas duras que me presionan la piel, huelo el hedor persistente del plasteno derretido. Oigo el croar de alguna criatura del exterior y más cerca, dentro de la cápsula, el sonido de alguien moviéndose.

Los recuerdos salen a la superficie y se extienden por todo mi cuerpo, corriendo por los brazos de modo que mis dedos se tensan alrededor de los reposabrazos. No he abierto los ojos todavía, y mientras dejo a mi mente vagar y transmitir información, vuelvo a oír suaves ruidos de movimiento. Pasa una luz por mis párpados. Ha cogido la linterna.

¡Maldita sea! ¿Es que no necesita dormir? Abro un párpado sin que me vea. Ha vuelto al panel eléctrico y está pendiente de los cables. La linterna la ilumina desde atrás, está mordiéndose el labio inferior. Se la ve distinta bajo esta luz. No puedo distinguir su pelo elegante ni los restos de su maquillaje, y el ojo morado queda escondido en la sombra. Parece más clara, más limpia, más joven. Más parecida a alguien con quien podría hablar.

Me pregunto lo que mis padres pensarían de ella. Sus rostros aparecen y se me tensa la garganta. Si la Ícaro perdió el contacto con Industrias LaRoux cuando salió del hiperespacio, quizá mis padres aún no hayan oído nada del accidente. Quizá crean que la nave simplemente ha desaparecido. «Estoy bien», pienso. Ojalá pudiera transmitirles ese pensamiento directamente. Ni siquiera sé en qué dirección enviarlo, este planeta podría estar en cualquier lugar de la galaxia.

Mientras la observo, la chica mete de golpe un cable con destreza. Recuerdo cómo los peló con las uñas antes del despegue. Habríamos caído unidos aún a la nave si no lo hubiera hecho. En mi mente aparece la imagen de las otras cápsulas de escape, cayendo en llamas mientras se separaban de la

Ícaro durante el accidente.

Sin duda, Lila LaRoux salvó nuestras vidas. Eso cuesta un poco de aceptar.

Me aclaro la garganta para avisarla antes de hablar.

—¿Señorita LaRoux?

Levanta la cabeza de golpe.

—¿Sí, comandante?

Mantiene la voz amable, sin alterarse, como si estuviera en una fiesta en el jardín y yo fuera una tía pesada que no la dejara en paz.

«A lo mejor si me callo, se electrocuta.»

—¿Necesita ayuda?

Resopla suave y con aire burlón.

—A menos que sepa cómo hacer un puente a los repetidores de comunicaciones, no creo que esté en disposición de ayudarme. Si consigo que el circuito integrado ambiental se encargue de las comunicaciones, tal vez pueda utilizar la misma cápsula como una antena. Está hecha de metal.

Nos quedamos callados un momento.

Ambos sabemos que no sabría decir cuáles son los controles del circuito ambiental ni aunque me apuntaran con una pistola a la cabeza.

Se toma mi silencio como una victoria y me dedica una de esas sonrisas irritablemente superiores.

—Si logro emitir una señal, ¿admitirá que es mejor quedarse aquí a esperar en vez de atravesar solos y a ciegas un terreno desconocido?

Inspiro con fuerza por la nariz y vuelvo a echar hacia atrás la cabeza. Ella se da la vuelta, agachada delante del panel. La observo disimuladamente por el rabillo del ojo, tan fascinado por su increíble pericia como por la imagen de la heredera LaRoux llevándose distraídamente la linterna a la boca para sujetarla entre los dientes mientras trabaja.

Es otro vistazo a la chica con la que me encontré en el salón, que se defendía frente a un hombre que la abordaba en vez de dejar que sus lacayos se ocuparan de él. ¿Dónde está esa chica el resto del tiempo? Con una punzada en el estómago me doy cuenta de que el hombre del salón, la razón por la que hablé con Lila LaRoux en primer lugar, probablemente esté muerto. ¿Habrá sobrevivido alguien más? ¿Se soltaría alguna de las cápsulas de escape antes de que la Ícaro entrase en la atmósfera?

En algún momento, entre un parpadeo y el siguiente, me quedo dormido.

portadella

—¿Qué pensaba la señorita LaRoux de la situación?

—No le pregunté.

—¿Cuál era su impresión, entonces, de cómo lo llevaba la señorita LaRoux?

—Mejor de lo esperado.

OCHO LILA

Me despierto acurrucada contra la pared, envuelta en una manta y con la cara dolorida. Por un momento me quedo ahí tumbada, intentando recordar qué hice anoche, temiendo la vuelta del recuerdo, segura de que mi resaca será la menor de mis preocupaciones. Entonces el inconfundible olor del plasteno medio derretido me despierta del todo y deseo que sea una resaca lo que me martillea la cabeza y no las consecuencias de que una nave espacial me haya dado en la cara.

Miro el sistema de comunicaciones roto que intenté recuperar anoche. Los cables están fundidos y derretidos, irreparables. La placa base entera se ha cortocircuitado, lo que no puede salvar ni un equipo de electricistas, ni mucho menos yo.

Debería haberlo dejado y haber descansado un poco.

La mañana está tranquila, lo que me aterroriza. Siempre ha habido ruido a mi alrededor, hasta en nuestra casa del campo. Los sonidos de los filtros del aire y los cambios en el jardín de rosas a narcisos con un clic diestro y mecánico de sus proyectores holográficos. Los sirvientes moviéndose de aquí para allá. Simon tirando piedras a mi ventana para despertarme por la noche. Mi padre en el holocable, dando órdenes a representantes en Corinto mientras ponía caras para hacerme reír.

Aquí los únicos sonidos son los suaves ruidos de los pájaros y las hojas susurrando entre ellas en lo alto.

Como sé que el comandante va a insistir en que salgamos, me preparo, intentando reunir valor, fuerza o, como mínimo, algo de dignidad. Un día entero caminando con él, diciéndome cada cinco minutos que debo mantener el ritmo, que me mueva más rápido. Un día entero haciéndole ir más lento.

Siento un pinchazo en el estómago por un miedo repentino. Me incorporo casi antes de sentirlo, ya sé la causa. El asiento en el que ha dormido el comandante está vacío y ha desaparecido la bolsa de provisiones.

No estoy preparada para el pánico que me domina. Quiero gritar su nombre y solo me lo impide el miedo que oprime mi garganta. Sí, estaba sola incluso con él ahí, pero sabe cosas —sobre el bosque, cómo caminar, cómo vivir—

que yo nunca esperé aprender. Mis miradas hostiles y comentarios mordaces le han ahuyentado. Me pongo de pie a trompicones, me acerco a la entrada de la cápsula tambaleándome, abro la puerta empujándola y me agarro al marco. Apenas ha amanecido y solo veo a pocos metros en la oscuridad del bosque. Los árboles no muestran ningún patrón, son todos ligeramente distintos, con matorrales esparcidos al azar. No hay senderos, ni flores. No se mueve nada, salvo una rama que se agita suavemente por la brisa.

Veó ante mis ojos cada vez que fruncía el entrecejo, cada vez que torcía la boca. «Tarver —grita mi mente—. Vuelve, por favor. Lo siento.»

De repente, el dolor de mis tobillos lesionados, la debilidad por haber dormido tan poco, el miedo..., todo se me viene encima y caigo a plomo sobre la pared de la cápsula, con los ojos aún clavados en el impenetrable revoltijo de hojas y ramas.

Pero entonces el sonido metálico que hace mi cuerpo al chocar contra el marco de la puerta no es el único ruido que se oye. Una ramita se quiebra, eléctrica en el silencio, y en algún lugar entre las sombras algo se mueve. Me quedo paralizada, el aliento se me queda atascado en la garganta como un sollozo.

«Huellas», dijo. Grandes.

Me paro un momento a imaginar qué criatura haría detenerse incluso a un héroe de guerra, antes de que el origen del sonido aparezca por el bosque oscuro.

El comandante Merendsen me mira con las cejas arqueadas y sé que se percata de mi pánico en el instante antes de dominar mi expresión. Le hace un poco de gracia y se le nota por el gesto de la boca.

—Siento decepcionarla, pero va a necesitar más que unas cuantas miradas asesinas para ahuyentarme.

Todo mi pánico, mi impotencia y alivio se convierten en humillación al rojo vivo. Esta vez no hay nada que me impida atacarle.

—No se haga ilusiones, comandante. —Sueno como Anna, superior de inmediato. Al pensar en ella, se me estrecha la garganta y se me ahoga la voz—. Su paradero es el menor de mis problemas. Pero ¿qué cree exactamente que está haciendo, deambulando por ahí fuera? ¡Podría haber entrado cualquier cosa! Podría haber...

Se me cierra la garganta cuando me quedo sin palabras.

Sé que no estoy enfadada con él. Pero gritar ayuda.

El comandante Merendsen me observa amablemente mientras se quita la mochila de los hombros y la deja a sus pies antes de arquear la espalda para estirarse. Le miro mientras mi enfado mengua y me deja avergonzada. Pasan unos segundos hasta que aparto la vista. La camiseta de su uniforme se estira de una forma que no puedo ignorar y lo último que quiero es que se dé cuenta de que estoy observándole fijamente, así que lanzo una mirada furiosa al surco en el suelo que causó nuestra caída.

—¿Quiere desayunar, señorita LaRoux? —pregunta de manera despreocupada.

Le abofetearía.

Dios, le besaría... No me ha abandonado.

Si estuviera en casa, saldría de la habitación en un silencio ensordecedor e iría a buscar un lugar donde recobrar la compostura en paz. Pero si estuviera en casa, no tendría motivos para sentirme aliviada por la presencia de alguien a quien preferiría no volver a ver nunca. «Si estuviera en casa...» Cierro los ojos e intento tranquilizarme.

Sus pisadas, densas por el lecho mullido de hojas que cubre el suelo, me dejan atrás. Casi puedo olerle, algo intenso y diferente tras el asalto de olores verdes a los que no estoy acostumbrada.

—Si no tiene hambre —añade—, entonces le sugiero que empecemos a movernos.

portadella

—¿Qué opinión tenía del planeta en aquel momento?

—Obviamente estaba en una etapa avanzada de terraformación. Esperábamos que llegaran equipos de rescate.

—¿Por qué estaba tan seguro de que irían a buscarles?

—¿Por qué gastar los recursos en terraformar un planeta si no vas a beneficiarte de las colonias? Estábamos seguros de que los habitantes habrían visto la caída de la Ícaro y alguien se acercaría a investigar.

—¿Cuáles eran sus principales preocupaciones?

—Bueno, la señorita LaRoux tenía una fiesta que no quería perderse y yo...

—Parece no comprender la seriedad de la situación.

—Por supuesto que sí. ¿Cuáles cree usted que eran nuestras puñeteras preocupaciones?

NUEVE TARVER

El sol está asomando entre los árboles para cuando empezamos a movernos. Me duele todo, estoy lleno de morados por la cantidad de veces que salí despedido contra las correas mientras nuestra cápsula aterrizaba a gritos. Llevo mi bolsa a la espalda, llena de lo que he encontrado útil en los compartimentos de la cápsula: las barras, la manta, un botiquín de primeros auxilios lamentablemente insuficiente, un trozo de cable y un traje de mecánico que aún no me he atrevido a sugerirle a la señorita LaRoux que sustituya por su tan poco práctico vestido. Mi estuche plateado para guardar fotografías, mi cuaderno estropeado, lleno de poesía a medio escribir. La cantimplora con el filtro de agua incorporado que nos hace tanta falta ahora. Para bien o para mal, estamos caminando, siguiendo un arroyo a través del bosque.

Al menos yo estoy caminando. Ella va renqueando, apoyándose en los árboles cuando cree que no miro. Sigue aferrada a la idea de que está bien, de que esto no es más que un horrible inconveniente, y que va a recuperar su vida normal en cualquier momento. ¡Dios nos libre de que deje sus aires de grandeza cinco minutos! Si aceptara mi puñetera ayuda, nos moveríamos mucho más rápido.

A este paso, no vamos a tener que preocuparnos por el dueño de las huellas enormes —aunque ojalá supiera qué las ha dejado—, por el riesgo de inanición o de hacernos daño. Vamos a morir de viejos antes de recorrer un kilómetro.

Tenemos un tiempo límite y esa idea retumba por todo mi cuerpo como un latido. Si no encontramos una colonia, tendremos que llegar a la zona del accidente lo más rápido posible.

Nuestra cápsula será solo uno de los miles de restos desperdigados por el bosque, sin ninguna muestra de que haya supervivientes cerca. Y aunque la reconocieran como una de las cápsulas de escape, no hay nada que la distinga de las que cayeron todavía unidas a la Ícaro. Nada que diga: «Estamos vivos, venid a por nosotros». No podemos mandar una señal de humo, porque todo a nuestro alrededor son trozos de escombros que despiden columnas de humo negro, como una procesión infinita de piras funerarias.

El único lugar que garantiza que nos encuentren es donde ha caído la nave. Allí irán los equipos de rescate, a buscar supervivientes. Es donde instalarán su base de operaciones.

Tenemos días de camino por delante. No creo que se dé cuenta de lo engañosas que pueden ser las grandes distancias, pero si supiera que podríamos tardar una semana, no estoy seguro de si conseguiría moverla. Y no puedo permitirme perder un momento. Si vamos demasiado lentos, dependiendo de si encuentran otros supervivientes, podrían marcharse incluso antes de que llegáramos. Podría ir más rápido solo, pero si la dejo atrás, no estoy seguro de que sobreviviera hasta que volviese a por ella.

Conseguimos pasar las próximas horas con una agotadora mezcla de frecuentes descansos e insultos abundantes. Podría decirme a mí mismo que lo estoy haciendo porque se volverá a poner de pie para fastidiarme, pero la verdad es que quiero cabrearla. Mantenerla en movimiento es un extra. Empiezo a pensar que tal vez podamos avanzar cuando oigo un jadeo especialmente alto.

Me detengo, con la vista al frente. Delante es igual que detrás, y detrás, igual que a los lados. Un terreno irregular, maleza con abrojos y matas que se te enganchan, hojarasca y troncos rectos y uniformes, como si los hubieran puesto con una mira láser. Inspiro lentamente, espiro lentamente y luego, me doy la vuelta.

Se ha quedado otra vez quieta y está apoyada en un árbol. Sé que está esforzándose, pero ¿tiene que detenerse cada quince minutos? Abro la boca para intentar un nuevo método para picarla y que siga avanzando, pero entonces veo que tiene la cara contorsionada por el dolor y no por el enfado.

—¿Qué tal esos zapatos? —pregunto.

Traga saliva y recupera suficiente compostura para mirarme con mala cara.

—Mis zapatos están bien.

Miro los tacones que se metieron por la rejilla metálica del suelo de la cápsula. Sé que está mintiendo y ella sabe que lo sé.

—Bueno —respondo con el tono calmado que sé que la irrita. Ojalá fuera lo bastante noble para no disfrutarlo, pero hace ya mucho tiempo que asumí mi falta de nobleza—, tal como yo lo veo, tenemos dos opciones. Puedo echarle un vistazo a sus pies e intentar hacer algún apaño para que siga caminando o puede seguir así, sufrir un dolor agónico, hacerse ampollas, sangrar, contraer una infección, perder desde un dedo del pie hasta su vida y terminar yendo

demasiado lenta para que ninguno de los dos llegue a una colonia o a la zona del accidente antes de morir de hambre. ¿Qué le apetece, señorita LaRoux?

Se estremece, aparta la mirada y se rodea la cintura con los brazos, apretándose fuerte.

—¿Esto fue lo que hizo en Patron? ¿Aterrorizarlos con amenazas gráficas?

«Mátame.» Está actuando como si me hubiera ofrecido a dispararle en vez de decirle la verdad.

—Puede decir que soy poco refinado si lo prefiere, señorita LaRoux, pero funciona.

Señalo a un árbol caído y ella se sienta a regañadientes.

Tiene los pies hechos un desastre y he de reprimir un silbido cuando los veo.

Las correas le han dejado la piel en carne viva y tiene los dedos inflamados, con ampollas. La piel está roja y brillante, y sangrará tarde o temprano. Tiene los dos tobillos hinchados.

Por suerte para mí, está ocupada mirando al vacío, como si estuviera demasiado avergonzada para bajar la vista a sus propios pies. Está bien, porque estoy bastante seguro de que no le va a gustar lo que viene a continuación. Voy con cuidado mientras deslizo las pequeñas correas fuera de las hebillas, desabrochándole los zapatos para quitárselos. Les doy la vuelta en mis manos —¡qué cosas más delicadas! Probablemente cueste el sueldo de un mes cada uno— y rompo los tacones.

Baja la mirada para ver qué estoy haciendo y suelta un grito ahogado al tiempo que con una mano se tapa la boca. Pero sea cual sea su realidad, hasta ella tiene que ver que los zapatos han cumplido su deber. Se queda callada mientras busco el botiquín de primeros auxilios y le envuelvo con cuidado las peores partes de los pies. Al final tengo que soltar las correas y atarle lo mejor que pueda los zapatos recién aplanados alrededor de los pies hinchados.

Le ofrezco mi mano y la ayudo a levantarse. Lo hace sin un quejido, sin un gimoteo. No estoy seguro de si yo podría haber llegado tan lejos con los pies tan dañados. Lila LaRoux ha aguantado la marcha forzada con más determinación que algunos de los reclutas que he tenido en los últimos años, aunque parezca hacerlo más por despecho que por cualquier otra cosa.

Le aprieto las manos.

—Así, ¿ve? Cuando llegue a casa, todas las chicas de Corinto se morirán

por tener zapatos de tacón sin tacón. Sé que sabe cómo empezar una moda.

Y ahí está, contra toda esperanza, como el sol asomando por detrás de las nubes. El pequeñísimo atisbo de una sonrisa.

portadella

—¿Tenía otro objetivo aparte de llegar a la zona del accidente?

—Lo dice como si hubiera conspirado para aterrizar en ese planeta.

—Y ¿por qué iba a hacer eso?

—A eso me refiero. No queríamos nada más que salir de allí.

—Muy bien. ¿Qué pasó luego?

DIEZ LILA

Me queda poco aliento para hablar y caminar a la vez. El comandante Merendsen sigue acelerando el ritmo, así que me veo obligada a resollar y avanzar con dificultad tras él, con muy pocas oportunidades de quejarme. Al final, después de la quinta o la sexta vez que tropiezo con una raíz saliente, dejo que la gravedad finalice su trabajo y me reclame. Choco contra el suelo con más fuerza de la que me gustaría, pero estoy demasiado cansada para que me importe.

Delante de mí, sus pisadas se detienen. Hay un larguísimo silencio antes de que hable.

—Haga una pausa. Descanse los pies, beba agua. Pongámonos otra vez en marcha en quince minutos.

De alguna parte saco la energía para incorporarme con los brazos. Mis piernas están hechas de plomo y a cada movimiento las correas de mis zapatos me rozan la piel en carne viva a pesar de las vendas. No puedo evitar preguntarme cuánto tiempo tardarán en desaparecer las ampollas y los callos de los pies cuando nos rescaten. ¿Cuándo podré volver a llevar zapatos adecuados sin mostrar mis heridas de guerra?

Está a cierta distancia, ni siquiera le falta el aire. ¿Tiene que restregarme lo fácil que es esto para él? Estoy decidida a no darle la satisfacción de que se compadezca de mí. Le demostraré lo mucho que puede aguantar una LaRoux.

Por lo que sé, mientras hablamos vienen hacia nuestra cápsula equipos de rescate, pero por su estupidez, estamos en medio del bosque en lugar de encontrarnos en algún sitio donde nos puedan ver.

Una vocecita en mi cabeza intenta señalar que él está mejor preparado que yo para este tipo de situaciones, que sabe mucho más que yo. Pero estoy harta de ser débil. Estoy harta de que me lleven. Estoy harta de que este soldado decida todos mis pasos. Soy Lila LaRoux.

—Comandante, tenemos que reconsiderar nuestro plan. —Intento no alterar la voz, pero no estoy haciendo muy buen trabajo—. La Ícaro cayó detrás de una cadena montañosa. No hay manera de que podamos hacer ese recorrido. Sé que le funcionó en Patron, pero allí tenía a un montón de soldados e

investigadores de campo. Solo porque funcionase una vez no significa que ahora sea la solución. Podemos hacer algo para que la cápsula sea más visible.

—No hay nada que podamos hacer que nos lo garantice —contesta, negando con la cabeza, rechazando enseguida mi idea—, pero podemos estar seguros de que hay una nave de rescate en el lugar del accidente.

—Si es que conseguimos llegar —digo bruscamente—. Tenemos que dar la vuelta. Es nuestra mejor opción.

—Yo prefiero elegir mi propia opción —me suelta, dándose la vuelta y mirándome de arriba abajo, como si yo fuera inferior a él—. Escuche, no puedo arrastrar su culo por el bosque. Tendrá que colaborar.

—Le agradecería que no hiciera nada en absoluto con mi culo —respondo, fulminándole con la mirada—. No es el dueño y señor de este planeta, y no es mi dueño y señor. ¡Mi opinión es tan válida como la suya!

—¿Vamos a discutir cada paso que demos?

Le he reducido a un rugido frustrado, pero no siento ni pizca de satisfacción. Estoy demasiado furiosa. Estúpido niño arrogante. ¿Cuántos años tiene? No puede ser más que un par de años mayor que yo, aunque actúe como si tuviera la experiencia de toda una vida, solo porque liberó una vez un minúsculo puesto de avanzada. Tiene el pecho lleno de medallas por la suerte de un día.

—¿Va a atenerse a razones, comandante?

—Si esas son sus razones, no.

—¡No! —repito, llena de frustración—. Eso es lo que siempre dice: «No, no puede volver a descansar», «No, tenemos que seguir subiendo la colina», «No, no puede usar el agua filtrada para lavarse».

Nos quedamos de pie, bloqueados, esperando a que el otro rompa el silencio.

—Señorita LaRoux —dice finalmente—, haré todo lo que pueda para protegerla si me lo permite. Mi deber me exige eso. Pero no voy a quedarme aquí sentado a morir por usted, esperando un rescate que quizá nunca llegue. Y por supuesto no voy a suplicarle para mantenerla a salvo, menos con esa actitud. Si se niega a venir conmigo, muy bien. Yo me voy. Usted puede acompañarme o no, como quiera.

—No. —Mi mano desea abofetearle, pero me obligo a quedarme en mi sitio, con la espalda bien recta—. Déjeme la mitad de las provisiones y una manta en la que llevarlas, y puede seguir su camino. Queda relevado de su

cargo —añado cruelmente.

—Muy bien —espeta.

Se quita la mochila con una fuerza innecesaria y sin un momento de vacilación empieza a sacar cosas para dejarlas sobre una manta. Hace dos montones uniformes con el contenido del botiquín de primeros auxilios, las barras y el cable que cogimos de la cápsula. Luego vuelve a meter en su mochila el montón con un pequeño estuche metálico, un mono andrajoso que había en la cápsula y una libreta que no había visto antes, y deja en la manta el otro montón. Me dan ganas de decirle que se quede con la barras, puesto que parecen gustarle tanto.

El comandante se pone derecho y me lanza una mirada despectiva.

—¡Que tenga suerte!

Está esperando que ceda. Ambos sabemos que no va a dejarme sola en esta jungla abandonada, es cuestión de quién lo admitirá primero. Puede que sea un imbécil, pero es caballeroso y no va a dejarme morir para demostrar que tiene razón. Yo lo sé, él lo sabe, y mientras nos miramos a través de la manta, debo admitir que me recorre un estremecimiento de placer. Este es un juego que conozco.

—Lo mismo le digo —respondo cortésmente.

Después de todo, puedo permitirme ser cortés ahora, ¿no? Me inclino para coger la manta por las esquinas. Me la echo al hombro con un movimiento torpe y desmañado, y mis pies maltrechos por poco tropiezan con el dobladillo andrajoso de mi vestido, pero una LaRoux no deja que este tipo de cosas le impidan dejar clara la situación. Si fuera mi padre, ya haría horas que habría salido hacia el bosque con la cabeza bien alta. Habría encontrado la manera de manejar esto.

Unos sonidos se alzan en el horrible y desordenado bosque a mi alrededor, y por un momento parecen voces, altas y angustiadas. Él ni siquiera parece oírlos —sin duda está como en casa rodeado de tanta mugre— y se queda ahí plantado, frunciendo el entrecejo mientras yo me doy la vuelta.

Espero que me dé tiempo a llegar a la cápsula antes de que se ponga el sol, pero sea como sea, probablemente él me alcance antes. No oigo nada detrás de mí, pero no puedo arriesgarme a mirar por encima del hombro para ver qué está haciendo. No importa, vendrá a por mí, lo sé. Me lo imagino ahí, mirando cómo me marcho, y deseo más que nada ver la expresión de su cara.

Me pregunto cuánto tardará.

portadella

—La situación era extraña para la señorita LaRoux.

—Sí, aunque usted tenía cierta experiencia tratando a civiles en el campo de batalla.

—Ah, sí. Los equipos de inteligencia e investigación en Patron.

—Sí.

—¿Cómo la veía usted durante esa parte del camino?

—Creía que lo llevaba bien.

—¿No hubo desacuerdos?

—No, congeniábamos.

ONCE TARVER

Me aseguro de llevar un ritmo lento cuando empiezo a caminar, rompiendo ramas y marcando la hojarasca para que hasta una chica de la alta sociedad sea capaz de saber por dónde he ido. Es importante no ir demasiado deprisa, de lo contrario nunca me alcanzará. Parte de mí quiere sentarse en un tronco a esperar, tal vez escribir algo en mi libreta o comer algo. Esperar para disfrutar la expresión de su rostro cuando se dé la vuelta y regrese con el rabo entre las piernas.

La pequeña insurrección se avecinaba y, aunque habría preferido que lo intentara en las llanuras, donde podría haberle echado un vistazo, era demasiado pedir que hubiera esperado a salir del bosque.

Esa arrogancia... ¿Cuántos años tiene? ¿Dieciséis? Es increíble que haya tenido tiempo de pasar por todo ese entrenamiento de supervivencia militar.

Llevo caminando diez minutos o así cuando la oigo. No está justo detrás de mí, donde la esperaba a estas alturas. Debe de haberse quedado en el claro o hasta haberse alejado en la otra dirección, porque está como a medio kilómetro.

Está gritando.

Echo a correr antes de saber que estoy moviéndome, con la bolsa rebotando en mi espalda, la Gleidel preparada en la mano, sin la decisión consciente de sacarla. Desarrollas instintos. Como mi sargento instructor solía decir: «Aprende rápido o no lo harás».

Las ramas me pegan en la cara y rasgan mi ropa mientras me abro paso entre la maleza, revolviendo el barro a orillas del arroyo al escoger la velocidad frente a la precaución.

Irrumpo en el claro sin pretender sigilo.

Lo veo inmediatamente: una criatura gigantesca, una especie de gato salvaje de músculos sólidos bajo un pelaje leonado, enseñando los dientes mientras ruga. No he visto nada parecido en mi vida, ni en ningún planeta. Unos largos colmillos y unos ojos oscuros e inteligentes. Me sobrepasa en peso con facilidad y acabaría con Lila de un bocado.

Tiene las patas delanteras apoyadas en el tronco de un árbol y gruñe bajo

mientras las desliza por la corteza, dejando una fila de rajadas paralelas. Lila está subida al árbol, gritando, aunque no sé cómo ha trepado hasta ahí. Levanto la Gleidel y la agarro con las dos manos. Cierro un ojo, inspiro y espero a no moverme. El chillido del láser se mezcla con los aullidos frustrados de la bestia mientras la pistola salta y se agita en mis manos.

La criatura cae al suelo con un estruendo, retorciéndose y rugiendo, mientras levanta hojas y nubes de tierra seca. Se sacude durante unos diez segundos, luego se queda inmóvil y el claro se inunda del horrible olor a carne y pelo quemado. Arriba, en el árbol, los gritos de Lila se transforman en jadeos entrecortados. Me quedo mirando al gato treinta segundos después de que deje de moverse.

Con la Gleidel en la mano, cruzo despacio el claro hacia donde la criatura yace inmóvil. Se oye un gemido de alivio en el árbol y me doy cuenta de que no ha podido verme hasta ahora. No puedo centrarme en ella todavía.

—Quédate ahí arriba —digo—. Está muerto si tiene el cerebro donde se supone que debe estar. ¿Te ha tocado?

No hay respuesta, pero no se ha caído del árbol aún, así que solo me queda suponer que está ileso.

Gasto otra descarga en la cabeza de la criatura por seguridad y la Gleidel vuelve a silbar. Me tomo mi tiempo, lo empujo con la punta de la bota, espero una respuesta y al final me acerco para examinarlo con detenimiento. Tiene los ojos vidriosos. El costado no se levanta ni se hunde. Está muerto.

¿Qué tipo de planeta terraformado es este con una cosa así corriendo por ahí? No hay motivo para introducir un depredador de orden superior en un lugar como este. Los felinos deberían tener un cuarto de este tamaño o menos. Su función en el ecosistema debería ser atacar a pequeños roedores, no perseguir hasta los árboles a miembros de la alta sociedad. Este tiene las mismas rayas en la cara que los que he visto, pero come carne humana.

¿Cómo llegó esta bestia aquí? La estudio durante unos instantes más y luego la dejo. Está muerta y eso es lo que importa. Cuando miro hacia arriba, Lila está blanca como la nieve, agarrada a la rama más baja. Se me queda mirando, con sus ojos azules abiertos de par en par, brillando. No está ni siquiera llorando, lo que me indica el susto que se ha llevado.

«En serio, señorita LaRoux, yo mismo estoy temblando.» Al levantar la vista, una oleada de alivio me inunda y la mano que sujeta el arma me tiembla.

Contengo las ganas de bajarla del árbol. Podría sacudirla. Podría besarla.

No puedo permitirme hacer ninguna de las dos cosas. No puedo creer que haya sido tan imbécil de dejarla marcharse sola después de haber visto esas huellas. Tengo que ser más listo, actuar con cuidado a partir de ahora. Trago saliva y me aclaro la garganta para tener la voz calmada.

—¡Sí que ha trepado! ¿Necesita que le eche una mano para bajar?

Ignora mi ofrecimiento, lo que me asegura más que nada que no ha sufrido ningún daño permanente. Estaría más preocupado si permitiera que la ayudase. En vez de descender, se deja caer. Se desliza de lado, se queda colgada unos pocos segundos y luego se suelta para llegar al suelo de un salto. Cae de culo en la tierra y después se aparta rápidamente de la criatura.

Conozco muy bien este momento, lo he visto en el campo de batalla. ¡Dios! Yo mismo he estado ahí. Podría restregarle que yo tenía razón y ella se equivocó, que le he salvado la vida y que me necesita para sobrevivir. Pero no tiene sentido. Lo sabe. No voy a obligarla a que vuelva arrastrándose. Yo soy el que tiene experiencia en el campo de batalla. Debería haber evitado que esto sucediera.

—Vamos —digo, escuchando su respiración entrecortada—, podemos recorrer un poco más de trayecto antes de acampar.

Una parte de mí quiere cogerla de las manos y sujetárselas hasta que se sienta segura. Pero no puedo. Si lo hago, empezará a llorar y no parará. Necesito que siga siendo dura. Es lo mejor que puedo hacer por ella. Así que hablo otra vez.

—¿Está preparada?

Asiente y se pone de pie, sin molestarse en sacudirse las manos. Me duele todo, odio hacer esto, pero maldita sea si no consigo llevar a esta chica hasta la zona del accidente. Podrá odiarme el resto de su vida cuando nos rescaten, pero al menos estará viva para hacerlo.

Dejamos al gato enorme y retrocedemos despacio para recoger sus provisiones abandonadas. Por sus pasos, me habría alcanzado si hubiera continuado corriendo. La bestia la perseguía en mi dirección. Si la hubiera llevado hacia el otro lado, tal vez no habría podido llegar hasta ella a tiempo.

Espero que Lila no se percate de esto, de que solo ha sido una coincidencia que le haya salvado la vida. Ya va saltando por las sombras mientras caminamos. De vez cuando, mira por encima del hombro como si oyera algo, como si viera algo. No parece consolarla que no haya nada. Espero que no esté pensando qué otras criaturas imposibles puede haber ahí, detrás de los

árboles.

Y yo de verdad espero que esa cosa no tuviera un compañero.

Cuando acampamos junto al riachuelo, calculo que hemos pasado la mayor parte del día andando y haciendo pausas, y que tal vez hayamos recorrido diez kilómetros. Así que si tenemos suerte, estamos a medio camino del límite del bosque. Después de llegar a las llanuras, tendremos que cruzarlas y subir de algún modo la cadena montañosa antes de alcanzar la Ícaro.

Lila está tumbada en una manta que he extendido para ella en el suelo, con los brazos estirados a ambos lados, con la vista clavada en el cielo que poco a poco se va oscureciendo a través de un hueco entre las copas de los árboles. Me pregunto qué opina del cielo. Nunca he visto estas estrellas, y he memorizado todos los mapas de las colonias. Esta es mi única esperanza: que el rescate tarde un poco más porque la Ícaro no estuviera donde se suponía que debía estar cuando tuvo el accidente.

Sacudo la cabeza, intentando deshacerme de la creciente sensación de equivocación. Vendrán a rescatarnos. Este lugar está terraformado, a pesar de lo distorsionado que parezca. Tiene que haber gente en alguna parte y no pueden haberse perdido la destrucción de una nave como la Ícaro.

Lila ha estado callada desde el incidente con el gato gigantesco y contra toda lógica me encuentro echando de menos el sonido de su voz, incluso cuando me insulta. Al menos estar enfadado con ella es estimulante. Esta nueva desesperación silenciosa es contagiosa.

—No es exactamente el alojamiento de cinco estrellas al que está acostumbrada —digo con la voz alegre que la pone furiosa. No se mueve. Nada. Voy a por la cantimplora que había apartado antes para filtrar el agua recogida del arroyo—. Le daré una hoja de reclamaciones cuando todo esto haya terminado para que pueda quejarse a alguien.

Se mueve y se incorpora, apoyada sobre los codos. Durante un rato largo me fulmina con la mirada.

—Espero que esté montando dos camas, comandante.

Su voz refleja cansancio, pero todavía tiene ese tono.

Contengo el breve y descabellado impulso de sonreír, agacho la cabeza y comienzo a dividir la hojarasca que estoy reuniendo en dos montones. Demasiado rápido, vuelve a caer en el silencio y la calma. Y sin ella sacándome de quicio, mi mente deambula por lugares a los que no debería ir.

No puedo permitirme pensar en casa demasiado rato. No puedo permitirme imaginar a mi madre oyendo las noticias sobre la Ícaro, el modo en que mi padre encontrará algo que decir.

Recuerdo cómo se cargó de dolor el ambiente cuando nos dijeron lo de Alec, cómo los tres pasábamos un día tras otro sin intercambiar más que un puñado de palabras. Mi madre no escribió un poema en meses y mi padre se quedaba mirando incomprensiblemente los montones de comida que tiraban por ahí los vecinos. Yo hacía novillos y salía todos los días a jugarme el pellejo subiendo a riscos prohibidos, metiéndome por el bosque descuidado hasta que me perdía y quedaba agotado. Aunque no lo suficientemente cansado para dormir por la noche.

Poco a poco aprendimos a cómo hablar de él —a veces— con algo más que tristeza. Mi madre cogió el bolígrafo y, aunque su poesía cambió irrevocablemente, volvió a escribir. Mi padre volvió a su clase, y yo volví a la mía.

Esperaba con impaciencia mi decimosexto cumpleaños para alistarme, como si de alguna manera al ponerme el uniforme y conseguir lo que mi hermano mayor no pudo, sobrevivir a las trincheras, pudiera traerlo de vuelta.

Todavía no sé si él creía en lo que estaba haciendo, si sentía que estaba marcando la diferencia controlando las sublevaciones en las nuevas colonias cada pocos meses. No sé si pensaba que los rebeldes tenían un motivo —de vez en cuando yo sí lo creo—, si simplemente le gustaba el ajetreo o si quería ver sitios nuevos. Yo era demasiado joven para pensar en preguntarle esas cosas cuando se fue, y cuando estaba cumpliendo una misión, escribía contando cosas cotidianas y triviales. No mencionas la muerte cuando se cierne sobre alguien a quien quieres. No deseas llamar la atención de la Parca.

Mis padres y yo nos peleamos cuando les dije lo que quería hacer y, aunque negociamos una especie de paz sobre mi decisión, sé que aún esperan un mensaje mío todas las semanas, las palabras que les aseguren que sigo vivo.

Tengo que volver a casa.

No puedo escuchar a la parte de mi cabeza que me dice que tal vez no vuelva.

No puedo permitir que les ocurra de nuevo.

portadella

—¿Ya habían llegado a las llanuras?

—No, acampamos en el bosque aquella noche. No avanzamos mucho los primeros días. ¿Puedo comer algo?

—A su debido tiempo, comandante. ¿Cuál era el estado emocional de la señorita LaRoux?

—Seguía estable.

DOCE LILA

Estoy segurísima de que sabe lo mucho que odio que salga a «reconocer el terreno». Lo más probable es que lo haga solo para provocarme. Supongo que sale a deambular para imaginarse lo bueno que sería no tenerme por aquí. Tal vez hasta esté deseando que ayer se me hubiera comido la bestia.

Estoy sentada en un sitio donde da el sol de la tarde sobre una de las mantas extendidas sobre el asqueroso suelo del bosque. No es que eso importe mucho, puesto que ya llevo la mitad de este bosque conmigo en el vestido. El dobladillo cuelga hecho jirones y la falda está llena de barro. Me imagino que tengo el pelo y la piel igual de horribles, pero como el comandante apenas mira en mi dirección en el mejor de los casos, y no hay nadie más por aquí que me vea, debo intentar llevarlo lo mejor que pueda.

Sé que volverá —siempre lo hace—, pero torbellinos diminutos de miedo se arremolinan en mi subconsciente. ¿Y si no regresa? ¿Y si se cae por una zanja que no ha visto, se abre la cabeza y me quedo sola? ¿Y si me he pasado con el último insulto?

El bosque está lleno de sonidos y movimientos que no puedo seguir, cosas que aparecen por el rabillo del ojo y desvanecen antes de que pueda verlas con claridad. El comandante no parece darse cuenta o, si se percata, no le preocupa. Pero es como si el bosque susurrara a nuestro alrededor, diciendo cosas incomprensibles a mis oídos. A veces casi creo oír voces, aunque la lógica insiste en que estoy buscando lo familiar en este mundo extraño. Estoy acostumbrada a estar rodeada de gente y mi mente convierte los sonidos de la naturaleza en sonidos que encuentro reconfortantes.

Salvo que ninguno de ellos es reconfortante.

Si mi padre estuviese aquí, me diría que me levantara y recobrarla la compostura. Me diría que no permitiera que nadie me viese derrumbarme. Me diría que encontrara la fuerza en esta situación y la recuperara.

Eso me hace sonreír, aunque débilmente. Solo saco fuerzas en medio de esta horrible jungla cuando molesto al comandante Merendsen. Es muy fácil minar su actitud de sabihondo y ganar un punto en nuestra batalla interminable.

Me imagino a Anna a mi lado, cerca y real por un instante. «Elige lo que les

dejas ver», me diría.

Se me hace un nudo en la garganta al pensar en ella.

La opinión del comandante sobre mí ya es una causa perdida. Años más tarde, cuando recuerde esta aventura, prefiero que me considere una bruja que una debilucha.

El sonido de las ramas quebrándose y las hojas susurrando me avisa de que regresa. Ahora pone empeño en hacer un poco de ruido, después de que la primera vez que apareció silenciosamente detrás de mí acabara en un grito y un golpe en la cara con una cantimplora. Se me acelera el latido del corazón y la cabeza me da cien mil vueltas para encontrar el modo de buscar pelea.

Pero justo cuando estoy a punto de hablar, veo su cara.

No me mira, pero la expresión de crudeza en su mirada al agacharse me despeja la mente de insultos. Se pasa la mano por la cabeza y recorre con los dedos su pelo oscuro, con los labios muy apretados. Se me van los ojos a la reveladora inclinación de sus hombros mientras está agachado, inmóvil.

Me equivocaba. Sí hay una cosa que puedo interpretar en medio de este extraño bosque.

Tengo miedo de preguntar, pero mis labios formulan la pregunta de todas maneras.

—¿Ha encontrado algo?

No responde de inmediato, se levanta, me coge la cantimplora y hace un gesto con la cabeza para indicarme que debería salir de la manta y dejarle que la guardara. Solo después de hacerlo y dejarme ahí de pie, incómoda, abrazándome a mí misma por el frío, es cuando habla.

—Sí. Vamos a tener que parar un poco para que pueda encargarme de ello, pero la quiero cerca para que, si grita, pueda oírla. Necesito que por una vez haga lo que le diga, ¿de acuerdo, Lila?

Cuando da órdenes, mi primer impulso es lanzarle algún tipo de insulto por su arrogancia. Pero ahora está tan triste, tan cansado, que el pensamiento apenas pasa por mi mente antes de descartarlo. Está observándome, inexpresivo.

Asiento y un poquito de tensión desaparece de sus hombros.

—Bien. Le buscaré un sitio un poco más allá de donde yo estoy. Puede seguir descansando los pies o si quiere puede ayudar recogiendo algunas piedras.

—¿Piedras? ¿Para qué?

Se da la vuelta para colgarse la mochila de los hombros.

—Hay otra cápsula de escape estrellada en la siguiente cresta montañosa.

Estoy a punto de empezar a caminar, dispuesta a seguirle, cuando sus palabras me dejan a mitad de dar un paso.

—¿Que hay qué? —El torrente de alivio y esperanza es tan tangible que casi me hace caer de rodillas. No tengo tiempo de analizar la pequeña punzada de desilusión (la compañía significa el final de esta colaboración extraña y privada) antes de que las palabras salgan de mí—. ¿Cuántas personas hay? ¿Era una cápsula de primera clase? ¿Conoce a alguien de los que estaban dentro? ¿Funciona su radiobaliza de salvamento?

Está negando con la cabeza y sujetando con fuerza su mochila.

—No, no —dice, interrumpiendo la avalancha de preguntas—. No hay nadie.

—¡A lo mejor podemos alcanzarlos! —grito, sacudiendo la suciedad del dobladillo de mi falda y yendo hacia él—. Deben de estar dirigiéndose hacia la nave como nosotros.

—No —repite.

—Bueno, ignóreles si quiere, comandante, pero yo voy a buscarles.

—No hay nadie a quien alcanzar —dice de manera cortante, con tono de enfado.

—¿Cómo sabe que no hay nadie?

—¡Porque no ha sobrevivido nadie! —responde, dándose finalmente la vuelta para que vea la furia en sus rasgos, la crudeza de las esperanzas frustradas y el agotamiento que las ha sustituido. Toma aire lentamente, no como suele hacerlo cuando intenta no morder mi anzuelo. Esta vez, en cambio, la tensión se libera cuando espira.

—Están todos muertos, Lila.

Las manos están empezando a secárseme, la piel amenaza con agrietarse. Las horas gastadas en sacar piedras de la tierra, llevándolas al montón en el límite del claro del boque, me han dejado exhausta, sudando el vestido a pesar del aire fresco. Nunca pensé que fuera posible estar tan destrozada en tantos sentidos.

Sigo mirando al cielo a través de los árboles, como si una nave de rescate pudiera pasar volando en cualquier momento, pero el cielo sigue vacío, azul y despejado.

Mi padre tiene que venir a por mí. Solo nos tenemos el uno al otro y así ha sido desde que tenía ocho años. Soy la única persona que tiene en el mundo, al igual que él es la única persona que tengo yo. Y cuando llegue aquí, la piel seca y agrietada será un recuerdo tenue y desagradable.

El comandante Merendsen se niega a dejarme ver el accidente y me exige que no me acerque más allá del límite del claro. Eso es a lo que se refería cuando me pidió que hiciera lo que me dijese. No quiere que vea los cadáveres.

Intento protestar que no puede haber mucha diferencia, que todo el tiempo que pasé viendo dramas médicos en la HV significaba que era inmune a todo ese tipo de impresiones. Seguro que todo el gore en tres dimensiones y el entusiasmo de ver la sustitución holográfica de un miembro y cirugías torácicas me prepararían para cualquier cosa que pudiera mostrarme un accidente. Pero mis protestas sonaban débiles incluso a mis propios oídos. No podía haberlo entendido antes, pero ahora sí. Es diferente.

Me pide con insistencia que descanse, me siente y evite estar levantada para que mis pies maltrechos no caminen. Pero cuando me siento, pienso, y no quiero facilitarle a mi imaginación que conjure horrores delante de mis ojos.

Así que estoy recogiendo piedras para usar como indicadores mientras él termina de cavar las tumbas.

Se ha vuelto una o dos veces para ver qué hago y beber de la cantimplora, con la cara sucia de polvo y sudor, y las manos tan rojas y en carne viva como tengo yo los pies. Nunca le había visto así. El senderismo no parece resultarle más difícil que dar una vuelta por la cubierta de paseo. Verlo sucio y sin aliento da que pensar.

El comandante Merendsen es humano después de todo.

Le paso la cantimplora en silencio y espero a su lado mientras descansa hasta que está preparado para continuar con la tarea.

Es última hora de la tarde cuando vuelve con la mochila en una mano y en la otra, su pala, un chisme que ha improvisado con una rama y un trozo de nave. Tira ambas cosas junto a mi montón y me hace señas para que me siente.

—Necesito que se ponga esto —dice mientras me siento a su lado y la piel se me eriza al notar la hojarasca mullida debajo, pero no estoy lista para pedir una manta.

Me siento confundida por su petición hasta que abre la mochila y saca un par de botas.

Estoy retrocediendo casi antes de darme cuenta de lo que está sugiriendo.

—No. Tarver, no. No voy a ponerme eso.

Se pasa una mano por los ojos, dejando una mancha de tierra en la frente.

—Por favor, no me lo discuta. No es posible que pueda llegar mucho más lejos llevando eso tan horrible.

Señala con la barbilla hacia mis pies, que prácticamente están envueltos en vendas, acurrucados dentro de las ruinas de mis Delacour.

Pero esto no es por lo práctico. Se me eriza la piel y cierro los ojos.

—Por favor —susurro—, no puedo llevar los zapatos de una mujer muerta. Por favor, por favor, no me obligue.

Se me revuelve el estómago y me entran náuseas a pesar de estar vacío.

Estoy preparada para uno de sus comentarios sarcásticos, pensado para ponerme en movimiento antes de que mi cerebro intervenga, como si fuera uno de sus soldados. Pero, en su lugar, me roza con suavidad la barbilla, de manera sorprendentemente dulce, y yo abro los ojos por el asombro.

—Si estuvieran vivas, estas personas le dirían que cogiera lo que pudiera —dice en voz baja, agachado a mi lado, con una mano en el suelo para mantener el equilibrio y la otra extendida para levantarme la cabeza—. Ya no pueden usar estas cosas. Nosotros, sí. No sé cómo ha caminado tanto sin unos zapatos decentes, pero eso, al menos, se puede cambiar ahora. Creo que vienen a rescatarnos, pero tenemos que estar bien situados para que nos encuentren. No voy a dejarla atrás, pero eso significa que debe hacer todo lo posible por llevar mi ritmo.

El mareo se me pasa, me ha dejado agotada, pero ya no estoy a punto de vomitar.

—Lo intento.

Su sonrisa repentina es tan sorprendente como el dulce gesto de levantarme la cabeza.

—Créame, lo sé. Venga, vamos a ver si son de tu número.

No me extraña que consiguiera manejar los restos de un puesto de avanzada de inteligencia en Patron y los pusiera a salvo. No hay ni una persona en los planetas centrales que no haya oído hablar de su heroísmo, pero la verdad es que nadie cree las historias que vienen de la frontera. De repente veo en el hombre delante de mí las cualidades del comandante Merendsen, héroe de guerra. Probablemente podría subir agua contracorriente por la montaña si quisiera.

Más tarde, cuando me ha ayudado a sacar los pies de la maraña de la venda y el zapato estropeado y a atarme las botas (no mencionó que tenía que llevar también los calcetines de la mujer muerta), bebemos los dos de la cantimplora. Juntos llevamos las piedras que he recogido al lugar del accidente. La tumba es un montículo grande, no hay manera de saber cuántos hay enterrados debajo, y yo no lo pregunto. Esparcimos las piedras por encima como indicadores. No hace falta que examine la cápsula para saber que su radiobaliza no funciona. Todo un lateral está destrozado, con los circuitos chamuscados y al aire donde se separó de la Ícaro cuando alcanzó la atmósfera. Estas personas probablemente estaban muertas cuando se desprendió de la nave. Es una cápsula de primera clase; no tengo ni idea de dónde salieron las botas. Tal vez algunos soldados se mezclaron con la alta sociedad en el caos.

De repente me pregunto si Anna estaría entre los ocupantes. ¿La habría reconocido Tarver? Quizá todos somos para él un borrón de colores y peinados, un rico muy parecido al de al lado. Incluso si la hubiera reconocido, ¿me lo habría dicho?

—¿Puedo decir algo? —pregunto, sorprendiéndome a mí misma.

Parpadea y me mira mientras mueve una de las piedras y se pone derecho.

—Adelante.

—Me refiero... a solas. A ellos.

Inclino la cabeza hacia la tumba.

—Oh —suelta, bajando la vista a la tierra removida y las piedras—. Por supuesto. Estaré junto a los árboles cuando esté preparada para marcharnos.

Escucho cómo se alejan sus pasos, con la vista en las piedras que he recogido y colocado. Como siempre, mis oídos están atentos al sonido de los motores, al zumbido de algún avión o al murmullo de un aerodeslizador. Pero no vienen nunca. Siempre está este silencio. Un mundo de tranquilidad interrumpida solo por mis pisadas y las de Tarver, y el susurro del bosque.

Sé que no tiene motivos para mentir. Sin embargo, cuesta relacionar este gran montículo con la realidad de las personas que descansan bajo él, de carne y hueso. El cielo está tan vacío como siempre, el mundo está callado. Mis oídos captan el viento, el susurro de las hojas, el lejano gorjeo de un pájaro. La calma de la naturaleza tranquila. No puedo evitar preguntarme cuánto tiempo tardarán los árboles y la hierba en devorar estas tumbas, cuánto tiempo pasará hasta que sea imposible saber si enterraron a alguien aquí.

¿Cuánto tiempo falta para que a nosotros también nos envuelvan por

completo?

—No sé quiénes sois —susurro, con los ojos empañados de súbitas lágrimas—. Ojalá lo supiera. Ojalá pudiera seguir fingiendo que nada de esto es real. Que mi padre vendrá enseguida, rescatará a todo el mundo y todo volverá a la normalidad. Que todo esto no es más que una horrible pesadilla.

Me agacho, alargó una mano hacia las piedras que se calientan bajo el sol que entra por el claro. La superficie es áspera y lisa al mismo tiempo, irregular pero reconfortante. Nada que ver con las piedras de nuestros jardines, pulidas y colocadas en perfecto equilibrio artístico. Tengo hambre y estoy cansada, y el sudor cae por mi espalda. Las lágrimas gotean por mi barbilla y salpican la piedra, dejando trozos desiguales de oscuridad en contraste con la roca gris.

—Podría haber metido a más gente en esa cápsula de mantenimiento. Quizá podríais haber sido vosotros. Lo siento.

Me pongo derecha y miro hacia atrás, hacia donde Tarver me espera en el límite del bosque, recolocándose la mochila. Desde aquí la caminata hasta la Ícaro parece interminable. Ni siquiera veo las montañas, y mucho menos las llanuras, o el resto de bosque que hay entre nosotros y nuestra única oportunidad de rescate. Tal vez habría sido mejor morir en esta cápsula que se estrelló. Más fácil que morir lentamente aquí, sola salvo por este hombre que me odia, tan lejos de la única persona que se preocupa por mí. Un miedo, glacial y escalofriante, me revuelve el estómago.

Tarver alza la cabeza como si notase mi mirada a través de la distancia entre nosotros. Si ha oído algo de lo que he dicho, no da muestras de ello, se limita a ponerse la mochila a la espalda e inclinar la cabeza para sugerir que nos pongamos en movimiento.

Trago saliva, mirando hacia abajo una vez más, a las tumbas recién cavadas.

—Creo que a lo mejor habéis sido los afortunados.

Caminamos.

Mis pies no son más que un leve dolor mientras Tarver me hace avanzar por el bosque. Me coge de la mano a veces para ayudarme a pasar sobre troncos y rocas, y me levanta por encima del arroyo cuando lo cruzamos. Otras veces, me hace beber de la cantimplora. Le dejo porque ¿qué otra cosa puedo hacer? El día se transforma en eternidad, una pesadilla de la que no puedo despertar.

Conforme avanzan las horas, ni siquiera los sonidos del bosque me sobresaltan. No veo nada más que el suelo delante de mis pies. No puedo darme la vuelta porque no hay vuelta atrás, solo el siguiente paso, y el siguiente y el siguiente.

Solía pensar que mi nombre siempre me mantendría a salvo. Que esas dos palabras —Lila LaRoux— serían la única contraseña que necesitaría, sin importar dónde terminara.

Estaba segurísima de que mi padre vendría a buscarme, pero ahora cuesta creer esa posibilidad. Esta jungla espera tragarme. Apenas dejaré un rastro intentando resistirme. No hay reglas que aprender, ni juegos que descubrir, ni puntos que ganar. Esto es un infierno que jamás habría imaginado.

Y creo que voy a morir aquí.

portadella

—¿No sucedió nada relevante cuando acamparon esa noche?

—Si me dice en qué tipo de cosa relevante está pensando, estoy seguro de que podré serle de más ayuda.

—¿Está diciéndome que no ocurrió nada fuera de lo normal?

—Nada en absoluto.

TRECE TARVER

La hoguera se ha hecho ascuas cuando me despierto. Abro los ojos de golpe y, como siempre, hay un breve instante de desorientación hasta que asimilo todo a mi alrededor, esperando saber dónde estoy.

Esta vez no tardo mucho en recordar. Nuestro campamento está cerca de la linde del bosque y el principio de las llanuras. Encendí un fuego alto antes de irnos a dormir, todavía pensando en el monstruo que casi mata a Lila.

Ruedo sobre mi espalda para encontrármela bloqueando las estrellas desconocidas, de pie, delante de mí, como un fantasma en la noche. Algo debe de haberla empujado a acercarse a mi lado de la hoguera —sigue insistiendo en la separación— y alargo la mano para coger mi Gleidel mientras la miro parpadeando.

—¿Señorita LaRoux? —la llamo en voz baja, con cautela.

No quiero asustarla y recibir una patada por las molestias. Suponiendo que sea real, porque parece un espectro ahí de pie. Hasta de fantasma, es digna de ver.

—Comandante, hay alguien ahí —susurra—. ¿Lo oye? Hay una mujer ahí, llorando entre los árboles.

Me recorre un escalofrío de temor e inclino la cabeza a un lado, sorprendido por que el ruido no me haya despertado. Por lo que sé, nada interrumpe el silencio. Cambio de posición, me siento y advierto que aún llevo las botas puestas. Creo recordar estar decidiendo si me las quitaba para dormir.

—Ahí está, comandante —insiste, todavía en voz baja.

—No la oigo —susurro, estirando los músculos, que protestan.

Abre los ojos de par en par, como si le costase creer que es verdad.

—¿En qué dirección?

Levanta una mano para señalar sin vacilar hacia donde los árboles se convierten en las llanuras; me pongo de pie y cojo la mochila para echármela al hombro. El truco más viejo del mundo: apartar a la gente de la hoguera para quitarles sus cosas. Yo mismo lo he usado más de una vez, en los planetas de la frontera, contra la última rebelión de los colonos. Si merodean por el

bosque y no se dirigen a nosotros directamente, no me fío de ellos.

Ahora me toca a mí levantar la mano y me llevo un dedo a los labios para indicarle que se calle. Ella asiente y obedece mientras yo me aparto del fuego.

En cuanto estamos a poca distancia de las llamas, me detengo en las sombras y la miro. La señorita LaRoux está concentrada en lo que tenemos entre manos y ni siquiera parece estar incómoda por ir descalza. Inclino la cabeza hacia ella. «Y ahora ¿qué? ¿Oye algo?»

Niega con la cabeza, perpleja, con el entrecejo fruncido.

—Ha parado —susurra—. Sonaba como si se hubiera hecho daño, comandante. Podría estar ahora inconsciente.

Abro la boca para responder —«o podría ser una trampa»—, pero no digo palabra. La señorita LaRoux ha decidido tomar cartas en el asunto.

—Hola —dice, apartándose del árbol—. ¿Está...?

No va más lejos.

Consigue pronunciar dos palabras solo porque estoy tan paralizado que tardo unos instantes en moverme. Me lanzo sobre la chica y le tapo la boca con la mano mientras tiro de ella hacia mí, cogiéndola más fuerte de lo que debería. Emite un sonido ahogado, luego se calla, asustada y tensa. Nos quedamos como estatuas, aguzando el oído para escuchar. Sigo sujetándola y, a pesar del peligro, hay una parte de mi mente que insiste en notar su proximidad, su cuerpo contra el mío.

En el bosque no se oye nada. Ni el chasquido de una ramita al romperse, ni el roce de una rama contra la otra.

Muy despacio, aprieta un dedo contra mi mano en una petición silenciosa para que la suelte. Cedo un par de centímetros y espira. Acerco la barbilla para susurrarle al oído:

—¿Sigue oyéndola?

Niega con la cabeza una fracción de segundo, inclinándose para susurrarme, y su aliento me hace cosquillas en la piel.

—No. ¿Y si se ha desmayado? Podría estar herida, podría...

Sé a lo que se refiere. Podría ser una de sus amigas. Podría ser una de esas chicas que me miraba como si fuera un espécimen. Si es que existe. No puedo creer que en un sitio como este, como estoy, con los nervios a flor de piel, no me haya despertado lo que ha oído Lila. Es más probable que se haya despertado de un sueño. Aun así, solo hay una manera de estar seguros.

—Quédese aquí —susurro, y mi mejilla roza la suya.

Todavía está sonrojada y tiene la piel caliente de dormir, mucho más suave que la mía. Seguro que no se ha encontrado nada tan poco sofisticado como un tipo al que le hace falta un afeitado. Pero se limita a asentir en silencio, comprendiendo. Está temblando mucho y me doy cuenta de que ha dejado la manta atrás. Me quito la chaqueta, le cubro los hombros, y ella se agacha para sentarse en la oscuridad a esperar.

No es la peor noche de mi vida. Estoy seguro de que el premio se lo lleva una noche concreta en Avon. La sección entera, yo incluido, estábamos tan verdes que prácticamente éramos brotes, y el entretenimiento de la noche era un grupo de rebeldes con un exceso de láseres. No es algo agradable en terreno acuoso. Para colmo, me perdí una cita con una de las chicas de la zona, y no es que los reclutas tengan muchas de esas haciendo cola.

No obstante, en mi lista de las peores noches, esta se acerca bastante.

Es casi imposible moverse entre la maleza sin hacer ruido, con unas grandes ramas espinosas enredándose en la tela de mis pantalones y palitos secos escondidos debajo de la hojarasca, esperando romperse y partirse como huesos en la oscuridad. En cualquier otro planeta estaría seguro, pero aquí sé que cualquier cosa podría hacerme daño, todo podría ser un poco distinto de como se supone que tiene que ser. Me veo forzado a moverme un poco cada vez, con una lentitud frustrante. El vello de la nuca se me eriza y sigo vivo porque no estoy acostumbrado a ignorar eso.

He pasado tres veces por delante de Lila en las tres horas que llevo buscando. Obedientemente está acurrucada al pie del árbol, envuelta en mi chaqueta, con las piernas recogidas dentro. Insiste en que aún oye la voz. Me quedo bajo la sombra de un árbol y miro la llanura iluminada por la luz de la luna, en dirección a donde jura que se oye la voz. Excepto que allí no hay nada. Hasta el bicho más pequeño proyectaría una sombra por la luz de las dos lunas.

Cuando vuelvo a ella por cuarta vez, me mira negando con la cabeza, el ruido ha desaparecido. Parece tan pequeña dentro de mi chaqueta... pero sé que intenta fingir que lo lleva bien. No quiere que deje de buscar.

Alzo una mano para advertirle que se quede en su sitio y ella asiente mientras me alejo. Ha llegado el momento de probar un acercamiento distinto. Camino cincuenta meticulosos pasos y después apoyo la espalda en un árbol, con la Gleidel en mi mano totalmente cargada.

—¿Hay alguien ahí? Somos amigos.

Mi voz parte el silencio. La habría oído cualquiera en un kilómetro a la redonda. Lila y yo nos quedamos quietos, cada uno en su sitio, escuchando mientras nuestros latidos cuentan los segundos. Nada.

Así que reanudo la búsqueda. Atravieso la maleza y paso junto a los troncos lisos de los árboles durante una hora más, antes de reconocer que si hay alguien ahí fuera, no voy a encontrarlo hasta que se haga de día.

Regreso adonde Lila, milagrosamente, está dormitando, apoyada en el árbol. Llevaba horas temblando, el esfuerzo debe de haberla agotado. Se sobresalta cuando me agacho a su lado y me mira parpadeando, pidiendo disculpas, o al menos eso parece, y yo elijo creer que así es. No hace falta que le diga que estamos lejos de la hoguera, que brilla en la oscuridad como un faro para cualquier cosa con intenciones siniestras que pueda haber ahí fuera.

Me siento despacio junto a ella, con la Gleidel en la mano. Todavía está medio dormida y cambia de posición para apoyar la cabeza en mi hombro. Parece que me han ascendido desde el otro lado del fuego, solo por una noche. La rodeo con un brazo y, con ella apoyada en mí —pequeña, caliente y viva—, reclino la cabeza hacia atrás para recostarla contra el tronco del árbol.

Me muerdo el interior de la mejilla para mantenerme despierto y contengo las ganas de apoyar la cabeza en la suya, ponerme cómodo y esperar a que amanezca.

portadella

—Así que ¿al final atravesaron las llanuras y siguieron hacia las montañas?

—Correcto.

—¿Qué pensaba en ese momento?

—Estaba claro que era poco probable que encontráramos otros supervivientes, pero yo permanecía alerta. No esperaba que se pusieran de parte de una LaRoux, si hubiera alguien por allí.

—¿Por qué?

—Su padre construyó la nave en la que viajábamos. Las empresas terraformadoras no suelen ser muy populares entre los colonos, y ustedes saben igual que yo que la Central envía tropas para apoyar los derechos de las corporaciones. Los colonos también nos odian.

—¿Pensaba en otra cosa?

—Estaba empezando a preguntarme por qué no veíamos naves de rescate.

—¿Se lo mencionó a la señorita LaRoux?

—No.

CATORCE

LILA

—Repítame lo que ha oído —me dice por décima octava vez después de que completemos otro de sus perímetros de búsqueda, en continua expansión, alrededor de nuestro campamento.

A la luz de la mañana, cuesta seguir insistiendo en que lo que ha sucedido sea real.

—Era una mujer llorando. Sonaba desesperada, asustada, quizá herida, no estoy segura. Sonaba...

Pero me interrumpo, apretando los labios.

—¿Sonaba? —me incita a continuar mientras se apoya en un árbol.

—Sonaba como yo —concluyo, dándome cuenta de cómo suenan las palabras... Incluso peor de lo que yo esperaba.

Permanece callado un rato, examinando el bosque.

—Bien —dice tras unos instantes, apartándose del árbol y agachándose para coger su mochila—. Si había alguien aquí anoche...

Hace una pausa, como si esperase que yo fuera a decir algo. Quiero interrumpir, insistir en que oí lo que oí, pero algo hace que me quede callada. He perdido el derecho, si alguna vez lo tuve, a poner peros a sus afirmaciones. Moriría ahí fuera si no fuese por él.

Al permanecer yo en silencio, él continúa.

—Sea como fuere, ya se ha ido. Tenemos que continuar moviéndonos. ¿Cómo están sus pies?

Quizá me la inventé. El hecho de reconocerlo, incluso para mis adentros, me provoca una tensión incómoda que se me instala en los hombros. Pero no tengo opción. Si está convencido de que es hora de seguir adelante, entonces tendré que seguir adelante con él. Lo peor es que debo admitir que tiene razón. No hay rastro de nadie, no hay pisadas en la tierra, ni siquiera una ramita partida que pruebe que alguien ha pasado por aquí.

—Están bien —mascullo, a pesar de las palpitaciones por las ampollas en los dos talones al recordármelos.

—En cuanto salgamos a las llanuras, podremos buscar un lugar para descansar y parar un poco más pronto hoy. Ninguno de los dos va a tener

mucho aguante después de la noche en vela.

Sé que se refiere a que yo no tendré mucho aguante. Se me tensa la mandíbula como protesta y por un instante quiero replicar. Pero entonces los oídos se me llenan del recuerdo del gruñido del gato cazando, huelo el pelo quemado y la sangre, y cierro los ojos.

La voz estaba moviéndose hacia las llanuras, en la dirección que Tarver propone tomar para llegar a la zona del accidente. Tal vez si empezamos a movernos, podamos alcanzar a quienquiera que haya oído.

—Bien.

Tarver permanece en silencio, un silencio que se extiende lo suficiente como para verme obligada a abrir los ojos. Me está mirando con una expresión extraña en la cara, no sé qué significa, no está mirándome a los ojos precisamente. Con sobresalto, advierto que todavía llevo la chaqueta que me puso anoche alrededor de los hombros.

Cuando empiezo a quitármela, forcejeando con el modo en que el material se me adhiere a las manos, él se despierta del trance en el que estaba.

—No —dice repentinamente—, por ahora quédesela.

Luego me da la espalda y se pone en marcha, seguro de que le seguiré.

¿Qué otra cosa puedo hacer?

En algún lugar en lo profundo de mi mente, una vocecita susurra sin invitación: «¿De verdad querrías hacer otra cosa?».

Parece que hoy llevamos un ritmo más ligero. Tal vez esté siendo más amable conmigo, pero sospecho que se debe a que estoy acostumbrándome a caminar.

Vamos más rápido en el suelo plano de las llanuras y solo nos detenemos a engullir una barrita cada uno. Al menos yo la engullo. Tarver se la come como si fuera una cena de tres platos con chuletón.

Paramos de nuevo después de otra hora y media caminando y echamos un vistazo por las llanuras en cada dirección. Detrás de nosotros el bosque es una mota verde grisácea en una cadena montañosa que baja hasta una amplia y dorada expansión de llanura. Jamás he visto nada tan inmenso como esto, una superficie de tierra vacía tan vasta. El riachuelo que hemos estado siguiendo se convierte en una red de afluentes plateados que marca las pequeñas inclinaciones del terreno. Todos son lo bastante estrechos para cruzarlos, pero lo bastante grandes como para que Tarver meta la cantimplora, la llene y deje que el filtro del agua haga su trabajo. El viento mece la hierba de las llanuras

formando olas, como las de los océanos que he visto en la HV. Al otro extremo de todo esto se encuentran las montañas que están entre nosotros y la Ícaro.

Pero no vemos ningún rastro de vida. No se oyen naves de rescate sobre nuestras cabezas, no hay tráfico colonial entrecruzándose en el cielo del mismo modo que dividen los riachuelos la llanura. No entiendo por qué no hay colonias aquí. ¿Dónde está todo el mundo? Ninguno de los dos pronuncia una sola palabra sobre el asunto, pero sé que no se le ha escapado.

Tarver monta el campamento más rápido que la noche anterior y yo tardo unos instantes en darme cuenta del motivo: esta vez no ha preparado una hoguera. No hay leña en las llanuras para un fuego de verdad.

¿Por qué no se me había ocurrido? Hasta que me apoyé en él anoche, estaba a punto de congelarme, incluso con el fuego muy cerca. Y después de apartarle de mí enseguida esta mañana, no puedo contar de nuevo con su calor. Tiemblo, con la cabeza en la horrible noche que tengo por delante.

Tarver reúne un montón de cable que sacó de la cápsula de escape, farfulla algo sobre poner trampas para conseguir comida y camina en línea recta por la llanura. Al menos aquí puedo verle, sin que los árboles del bosque me lo oculten a la vista, y sé que no estoy totalmente sola.

Le observo mientras exploro mi cara con las yemas de los dedos, deseando tener un espejo. Tengo la piel caliente y sonrojada, a pesar de que estoy quieta y sentada; algo me dice que me he quemado por el sol y me acuerdo de una experiencia en mi infancia cuando me perdí en una cubierta de simulación que emulaba unas vacaciones tropicales. Entonces, mi padre llamó a un médico, y las quemaduras desaparecieron gracias a sus cuidados. Ahora palpo los daños en mis mejillas. La piel alrededor del ojo me duele aún al tocarla y me imagino que al menos está un poco amoratada —han pasado cuatro días desde el accidente—. Por lo menos Tarver ha tenido la decencia de no burlarse de mí.

Oigo su voz no muy lejos, a mi espalda. ¿No acabo de verle en la distancia, agachado para poner una trampa? Me giro, sintiendo el pecho oprimido por la sorpresa, para encontrarme tan solo con una llanura vacía. ¿Cómo puede haberse puesto detrás de mí tan rápidamente? Miro con los ojos entrecerrados por encima del hombro y le veo levantarse, demasiado lejos para haberle oído hablar.

Se me eriza el vello de la nuca y oteo las llanuras a mi espalda. No hay rastro de nadie, pero, sin embargo, mientras estoy ahí de pie, con el corazón

latiendo con fuerza y aguzando el oído, oigo otro murmullo. No es la voz de Tarver después de todo, no es tan grave. Transmite una emoción que no sé identificar y no entiendo en absoluto lo que está diciendo.

Empieza a temblarme el cuerpo, siento un hormiguelo en las yemas de los dedos y se me acelera la respiración. «Miedo», me digo a mí misma, pero no disminuye incluso cuando me obligo a respirar hondo. La piel pasa de caliente a fría para volver a calentarse, y me pica por la inquietud hasta que siento que debo moverme o voy a estallar por la sensación. La cabeza me da vueltas como si me bajara el azúcar en la sangre, como si llevase un vestido demasiado estrecho y no me llegara suficiente oxígeno al cerebro.

Todavía estoy de pie cuando Tarver regresa. Oigo sus pasos por la hierba alta mucho antes de que llegue donde estoy, por lo que cuando anuncia con una alegría poco habitual «¡Hay madrigueras, estamos de suerte!», me las apaño para no sobresaltarme.

Miro por encima del hombro para encontrármelo allí sonriendo, con los brazos llenos de plantas y hierbas largas. La imagen distrae, pero no tanto como lo que he oído. Me vuelvo hacia las llanuras.

—¿Ha oído algo mientras estaba ahí fuera? —pregunto, entrecerrando los ojos por la luz de la tarde e intentando con todas mis fuerzas mantener al mínimo mi temblor.

—El viento —responde, interrumpido por un susurro mientras deja su brazada—. Algún bicho esporádico correteando entre la hierba. Aquí no habrá nada más grande, no hay nada para alimentarse.

—He oído a un hombre.

El sonido que hace su monstruosa arma cada vez que la saca de la funda comienza a resultarme familiar. Suspiro, negando con la cabeza.

—No creo que quiera hacernos daño. No sonaba enfadado.

Tarver se acerca a mí y mira detenidamente en la misma dirección que yo.

—¿Está segura? No hay mucho sitio donde esconderse ahí fuera.

—Sí. —Esta vez no puede acusarme de estar soñando. Estoy totalmente despierta, con los nervios a flor de piel—. Al principio creí que era usted, pero estaba demasiado lejos. Sonaba muy cerca, como si estuviese aquí al lado.

Tarver está ahora frunciendo el entrecejo. Le pillo lanzándome una mirada de reojo antes de dar unos cuantos pasos hacia delante para volverse lentamente en círculo, echando un vistazo a la zona.

—Supongo que el viento puede transportar una voz un buen trecho. ¿Qué decía?

Vacilo y aprieto la mandíbula para evitar que me castañeteen los dientes.

—No... sé. No sabría decirle. Era como escuchar voces a través de una pared. Sabes que hablan un idioma que entiendes y sabes que podrías oírlas si tan solo...

No sé cómo explicarlo.

Deja de mirar las llanuras y centra toda su atención en mí.

—Bueno, ¿cómo era? ¿Estaba lejos o justo a su lado?

—¡No lo sé! —El estallido de frustración escapa antes de que pueda controlarlo y mi voz tiembla por lo que sea que está apoderándose de mi cuerpo—. Estaba aquí mismo, pero se oía como apagado. Como... si los sonidos fueran claros, pero no tuvieran sentido.

Se me queda mirando y noto que la cara empieza a arderme.

—Soy consciente de cómo suena —susurro.

—No muy bien —dice. Pero entonces me sorprende, se da la vuelta para enfundar el arma y ahueca las manos alrededor de la boca para gritar por la llanura—. Ven aquí si estás ahí fuera. Estamos armados, pero jugaremos limpio si tú también haces lo mismo.

Baja las manos y gira la cabeza ligeramente para escuchar mejor una respuesta. Yo misma aguzo el oído y la piel me escuece a cada susurro de la hierba y el viento.

Entonces, a unos pasos de distancia, oigo una voz, más clara que nunca. Todavía no distingo lo que dice, pero esta vez sé que está entusiasmado.

—¡Ahí! —Corro para ponerme junto a Tarver—. Es la misma voz. Se lo dije.

No está sonriendo. No mira hacia la llanura, sino a mí, con una expresión más de preocupación que de enfado.

—No oigo nada —dice en voz baja.

Sus palabras son como un puñetazo en el estómago que me deja resollando. Incluso él no sería tan cruel.

—No tiene gracia.

—No estoy riéndome. —Con cuidado, Tarver me coge del hombro—. He sido demasiado exigente con usted. Está agotada. Sentémonos a descansar y mañana se sentirá mejor.

Aparto el hombro con tanta fuerza que me da un tirón el músculo, aunque

apenas noto el dolor. Siento un hormiguelo incómodo por la espalda.

—¡No estoy alucinando, Tarver!

Sonríe, aunque la sonrisa no llega a sus ojos, que permanecen serios, clavados en los míos.

—No pasa nada —se limita a decir—. A mí también me pasó una vez. Ven, siéntese, y veré qué encuentro para comer aparte de estas barritas.

—¡Sé lo que es real!

Quiero darle una bofetada, zarandearle, hacer lo que sea para convencerle de que sé lo que he oído. Mi temblor disminuye, mi mareo mengua. Al pasar una brisa y rozar mi piel húmeda, me doy cuenta de que he estado sudando.

—Lila —dice con una voz suave y cansada—. Por favor. Descanse.

Me pregunto si sabe lo fácil que puede ganar así. ¿Cómo iba a resistirme si está tan cansado, tan triste? El alivio de haber oído otra voz humana se ha deshecho hasta convertirse en un gran misterio, tan denso que apenas puedo respirar. Vuelvo a sentarme envuelta en mi manta, con los ojos ardiendo. Me niego a llorar, no mientras él me vea. Pero ¿era demasiado pedir probar que tenía razón, solo por una vez? En cambio, él cree que estoy volviéndome loca, que Lila LaRoux está tan traumatizada que no sabe distinguir los sueños de la realidad. Ojalá Tarver estuviera aquí solo.

Y lo peor de todo es que sé que él también piensa lo mismo.

portadella

—Un trauma repentino puede manifestarse de muchas maneras distintas.

—Eso es cierto. Recibimos una amplia formación.

—¿Notó alguna de esas manifestaciones en la señorita LaRoux?

—No. Bueno, solo que no comía bien, pero creo que sobre todo era una objeción a las barras. No estaba acostumbrada.

—¿No había nada más?

—Eso es lo que he dicho. ¿Tiene problemas para entender mis respuestas?

—Solo queremos estar seguros. Queremos ser exactos.

—¿Hay alguna posibilidad de que me digan cuánto va a durar esto?

—Hasta que consigamos las respuestas que necesitamos.

QUINCE TARVER

Se queda desplomada en la manta y yo me entretengo a propósito para darle tiempo a que recobre la compostura. Si he aprendido algo de Lila LaRoux en los últimos días es que no le gusta desmoronarse delante de la gente, ni siquiera cuando está justificado. Encuentro una maquinilla en la mochila y me afeito, retrocediendo un par de pasos hacia la civilización; tal vez le sirva de consuelo. El áspero raspar de la cuchilla en mi piel me mantiene concentrado y el silencio se prolonga.

Hay alguna buena noticia entre las malas. Es más fácil caminar en las llanuras, el suelo es llano. Estoy seguro de que hemos dejado atrás en el bosque a nuestros amigos felinos. He encontrado madrigueras que me dicen que algo terminará en nuestras trampas, y el puñado de plantas y hierbas desconocidas que he encontrado seguro que se revela como algo comestible. Espero que si Lila deja de comer barras por un tiempo, se animará.

Pero ahora tengo un peso horrible en la boca del estómago que no cambia. He visto cómo temblaba, cómo sudaba, lo dilatadas que tenía las pupilas. Las alucinaciones pueden ser señal de muchas cosas, pero no puedo evitar pensar que en el caso de Lila es que todo esto es simplemente demasiado. Solo necesito que aguante lo suficiente para cruzar las montañas y llegar a la Ícaro.

—Deme una hora o así y podré conseguir algo de variedad en su dieta, señorita LaRoux —digo enérgicamente al quedarme sin cosas que fingir hacer y me siento junto a ella—. Cuando terraforman, mucha de la flora que incluyen es más o menos comestible. En cuanto entras en una dieta constante de barras, diría que tu definición de «comestible» cambia radicalmente.

Alza la vista hacia mí, todavía con la mirada perdida, vidriosa. Sé que nuestra continua batalla no es lo que necesita ahora mismo y, ante tal sufrimiento, intento lo único que se me ocurre. Le dedico una sonrisita y, aunque no me la devuelve, me mira, absorbiendo el contacto humano.

—Las probaré —prosigo— y, si alguna es comestible, podemos recoger más para hacer una comida como es debido esta noche. Estas no son las plantas habituales que suelo ver brotar tras una terraformación, pero no veo por qué el procedimiento no pueda ser el mismo. Aquí hay hierba suficiente

para un pequeño fuego que caliente la cantimplora para preparar al menos un poco de sopa.

Asiente, lo que es una pequeña mejora. Mis esfuerzos también están empezando a calmarme. Me pongo a trabajar, rompiendo el primer tallo de hierba, firme y leñoso en la base, verde y jugoso en la punta, aproximadamente del mismo grosor que uno de sus dedos. No quiero recalcarle lo extraño que me resultaba no reconocer estas plantas; la flora y fauna de la terraformación son siempre las mismas. Las corporaciones no cambian una fórmula que funciona..., pero estas plantas están solo relacionadas indirectamente con aquellas que estoy acostumbrado a ver. Cuando empiezan a aparecer gotitas de savia en el tallo de la hierba cortada, la froto contra la piel sensible del interior de mi antebrazo.

—¿Qué estás haciendo?

Todavía está abatida, pero al menos está mirando otra cosa aparte del suelo que tiene delante.

—Comprobando si da alérgica. Si no se me pone roja o me pica, entonces pasa a la segunda ronda, la prueba del sabor.

Asiente con la cabeza, observa mi antebrazo un instante y luego aparta la mirada.

Vuelvo a probar.

—Al este hay una hondonada que parece un río. Lo cruzaremos y lo seguiremos por las llanuras para tener suficiente agua. Hasta podemos lavarnos, si quiere, ponernos presentables para cuando llegue la caballería.

Agacha la cabeza y respira hondo.

—Espero que lo compruebe a conciencia por mí, comandante. Con la suerte que tengo, habrá cocodrilos espaciales ahí escondidos.

¡Premio! Es una broma. Me quedo sonriendo como un idiota, más de lo que se merece su intento de humor. No parece advertirlo.

—Los cocodrilos espaciales no son un problema —digo—. Les haces cosquillas debajo de la barbilla y se ponen boca arriba. Me destinaron a Nueva Florencia el año pasado y conocí allí a un chico que tenía uno de mascota y se lo llevó a casa desde su destino en el equipaje. Hizo unos agujeros en la bolsa y el cocodrilo llegó bien.

Me regala un esbozo de sonrisa. Ahora estamos llegando a alguna parte. Si hallo la manera de mantenerla ahí un poco más, podremos dejar atrás las voces. Podrá descansar un poco, dormir, y luego seguiremos caminando.

Eso es lo que importa. Llegar a casa.

Siento un pinchazo repentino al pensar en casa. Debo intentar no acordarme de mi familia. Siempre he sabido que algo podría ocurrirme en el campo de batalla, pero nunca pensé que fuera algo como esto, con el tiempo suficiente para recordar el rostro de mi madre cuando vinieron a darnos la noticia sobre Alec.

—Contrabando de cocodrilos. ¡Menudas aventuras ha corrido, comandante!

—murmura, sonando extrañamente melancólica.

La sonrisa está desapareciendo.

—Bueno, he visto muchos lugares en los últimos años, pero no muchos tan bonitos como esta llanura. —Reviso mis montones de plantas—. Mire estas. —Levanto un puñado de flores pequeñas y delicadas con pétalos púrpuras que destacan entre un centro de amarillo brillante. La parte inferior es de un verde grisáceo como la hierba de las llanuras, para que cuando se cierran al ponerse el sol, puedan ocultarse—. Igual que nosotros, un poco arrugadas, pero todavía aguantan, ¿eh?

Espira despacio al ir a cogerlas.

—Cuesta creer que estas cosas crezcan aquí.

Coge una flor de mi mano y, al hacerlo, las yemas de sus dedos rozan las mías. La que ha escogido está torcida, dos de los pétalos han crecido juntos, asimétricos. Me doy cuenta de que probablemente jamás haya visto la belleza imperfecta del mundo natural.

—He estado en jardines cultivados —continúa—, pero me cuesta entender que haya cosas tan preciosas como estas de aquí, sin nadie que las cuide, que crezcan simplemente.

—Mi madre deja que la naturaleza se acerque a nuestra casa. Planta flores, pero crecen entre cualquier otra cosa que aparezca. —No tengo ni idea de por qué le cuento esto, pero me escucha, está absorta en mis palabras como nunca antes la he visto—. Hay un campo enorme de amapolas junto a la casa, un mar rojo. Las flores crecen por toda la casa como enredaderas. La inspiran.

—Inspirarían a cualquiera —asiente Lila con un suave suspiro, finalmente distraída.

La expresión de su rostro se ha suavizado y por primera vez en días, la primera vez desde que nos conocimos, ha bajado la guardia. Quiero que vuelva a sonreír. Cuando lo hace, parece alguien a quien podría conocer. Ambos necesitamos esto.

Voy a por mi mochila, veo el cable, las barras, el botiquín de primeros auxilios, la linterna de energía solar y el cuero endurecido de mi cuaderno lleno de poemas a medio escribir. Estoy buscando el pequeño estuche metálico que sé que estará al fondo. Noto el frío cuando lo rodeo con los dedos, mide la mitad de mi palma y es casi tan fino como la lámina de plástico en su interior.

—¿Pasa tu madre mucho tiempo en su jardín? —pregunta, y sé que quiere continuar con la distracción, este alto el fuego, tanto como yo.

—Va todos los días. —Saco el estuche—. Mi madre es poeta y mi padre es profesor de historia. Me crié rodeado de sonetos y pasaba la mayoría del tiempo trepando a árboles y bañándome en ríos. Resultó ser una buena práctica para alistarme en el ejército.

—Suena bonito —murmura—. ¿Han publicado la obra de tu madre? No estoy segura de recordar que haya leído nada escrito por una Merendsen, pero puede que lo haya hecho.

—Ese es el apellido de mi padre —respondo, abriendo el estuche metálico para sacar la fotografía. Ahora tengo que hablar un poco más despacio, separando mis palabras para no alterar mi tono, porque mi garganta quiere cerrarse al mirarla. Una oleada de nostalgia se alza en mi interior como una fuerza física—. Se llama Emily Davis.

Bajo la vista a la fotografía que tengo en la mano. Es mi hogar. La imagen está un poco manoseada tras dos años en varias mochilas y bolsas de viaje. Se ve la casa, las paredes blancas cubiertas con las flores azules que le encantan y las amapolas rojas que se extienden al fondo. Se ve a mi madre, menuda y pálida, con el pelo saliéndosele del moño como siempre y unas gafas, una de sus muchas excentricidades, apoyadas en la nariz. Mi padre está a su lado, con chaleco, como de costumbre. Sale Alec, desgarrado, conmigo en los hombros, y agarrándome a su pelo. Si no le conocieras, probablemente parecería que está sonriendo en vez de haciendo una mueca. Me duele mirarlos.

—No hablas en serio. —Su sonrisa está en su voz y, cuando alzo la mirada, sus ojos están esperándome. Al ver mi expresión, deja de hacerle gracia—. ¿Emily Davis? —repite como si tal vez me hubiera equivocado.

—Si hubiera sabido que te importaba, lo habría dicho desde un principio.

Salvo que no lo habría hecho. Voy a coger otra planta para abrir una hoja ancha y pasármela por el brazo. Sé que el nombre de mi madre impresiona, pero me niego a utilizarla como una contraseña. Fue una de las razones por las que accedí a ese estúpido viaje de relaciones públicas, dijeron que

mantendrían su nombre fuera de esto. No quiero que se me acepte por quiénes son mis padres o que su jardín se llene de paparazzi. Guardo el secreto de nuestro vínculo con tanta vehemencia como reservo mis propios escritos. Nadie que me mire ve en mí poesía. Pero de alguna manera este momento con Lila es distinto.

Bajo la vista a mi brazo. La tercera planta escuece un poco y con cuidado vierto agua de la cantimplora sobre el sitio, observando cómo se enrojece la piel, aunque no demasiado, no es tan malo.

Lila sigue mirando la fotografía de mi familia.

—Me encanta la poesía de tu madre —susurra, casi con reverencia—. Tenía un libro con sus poemas cuando era pequeña, un libro de verdad. Había uno sobre un arbusto de lilas, y ya sabes cuánto gusta ver cosas que llevan tu nombre cuando eres niño. Pero me hice mayor y las palabras... son tan hermosas y tristes... «Llora, pálida y perfumada, al final del estío». —Me mira con los ojos brillando—. ¿Hay de verdad un arbusto de lilas?

—¡Pues claro! —Ignoro el escozor del brazo. Ya se está yendo—. Por poco me lo cargo cuando me caí del tejado y aterricé en medio, pero era más duro de lo que parecía. Se da un aire a una Lila que conozco.

Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, el cumplido ignora totalmente mi propio juicio. Pero sonrío en vez de recibirlo con condescendencia. Parece la primera señal afectuosa del día y de pronto me pongo a hablar de nuevo. Quiero que siga sonriendo.

—La gente viene a nuestra casa para ver cosas de los poemas. La mitad del tiempo la valla está rota y las tejas se caen del tejado, pero mi padre hace que las visitas le ayuden a mantener la casa de una pieza hasta que mi madre termina su jornada laboral. Entonces baja las escaleras y los ve.

Está animándose mientras la observo, riendo de lo feliz que se siente.

—¡Oh, Tarver!

Todavía se me hace raro oír la pronunciación de mi nombre. No es extraño... me entusiasma. Es como si mantuviera una conversación real por primera vez en días.

Está negando con la cabeza.

—No me lo puedo creer. ¡Espera, no! El que trata sobre un soldado de plomo. Como me digas que eres tú, me muero. ¡Me lo aprendí para recitarlo!

Niego con la cabeza y me inclino un poco hacia delante para mirar la fotografía que sujeta en sus manos.

—Ese era Alec. —Y tal vez porque estoy mirando la foto, puedo sonreír al decir su nombre. Le señalo—. Es este, conmigo en los hombros.

—¿Está también en el ejército?

Se acerca para mirar con detenimiento su rostro.

—Estaba —digo, en voz más baja—. Murió en combate.

Me mira con los ojos muy abiertos.

—Lo siento mucho.

En este instante me doy cuenta de que esto es lo que quería. Esto es lo que quería aquella noche en el salón y es lo que he querido todas las noches desde entonces.

No está mirándome y viendo a un chico criado en el planeta equivocado. No está viendo a un soldado, ni a un héroe de guerra, ni un patán inculto que no entiende lo difícil que es esto para ella, ni un idiota que no sabe nada sobre lo correcto de cualquier cosa.

Tan solo me ve a mí.

portadella

—Los dos estaban cada vez más unidos.

—¿Y?

—¿Lo confirma?

—Ha hecho una afirmación, creía que ya sabía que era verdad.

—¿Puede desarrollar cómo llegaron a eso?

—Pensaba que el objetivo de este interrogatorio era hablar sobre mis impresiones del planeta.

—El objetivo de este interrogatorio es que conteste cualquier pregunta que decidamos hacerle, comandante. Estamos preguntándole sobre la señorita LaRoux.

—¿Puede repetir la pregunta?

—No importa. Ya volveremos después a ello.

—Lo espero con impaciencia.

DIECISÉIS

LILA

Conozco mil sonrisas distintas, cada una con su propia variedad de significado matizado, pero no sé cómo salvar la poca distancia que nos separa para tocar a la persona que está junto a mí. No sé cómo hablar con él. No cuando es real.

Me conformo con sonreír a sus historias y aplicarle una pomada del botiquín de primeros auxilios en la erupción que le han producido algunas plantas.

Ante la amenaza del anochecer, sale a comprobar las trampas. En cuanto se marcha de mi lado, el mundo parece más oscuro, más grande, y me preparo para oír otra voz que interrumpa la tranquilidad. Pero, en cambio, solo está el viento susurrando entre la hierba alta y, a lo lejos, los sonidos de Tarver moviéndose por la llanura.

Aparto la vista mientras se ocupa de las pequeñas criaturas peludas con las que ha regresado, los frutos de sus trampas. Estoy lo bastante hambrienta como para comerlas, pero eso no significa que quiera ver cómo las destripa. No deja de contar historias mientras trabaja para distraerme y cubrir los sonidos: anécdotas sobre su pelotón, cada una más escandalosa que la anterior. En la creciente oscuridad casi siento como si estuviéramos cómodos juntos, como si disfrutase de mi compañía en vez de solamente tolerarla, como si contara esas historias porque quiere hacerme reír, no solo que siga caminando.

Le observo preparar la hoguera, prestando atención para variar. Debería haber hecho esto desde el principio, por si me dejaba sola, pero ahora no le observo por miedo. Ahora solo quiero saber si puedo ayudar. Aquí no puede más que encender una pequeña lumbre debido a la falta de combustible, nada que nos dé calor esta noche. Pero es suficiente para cocinar los minúsculos trozos de carne y, por primera vez desde que nos estrellamos en este planeta, siento el estómago como si estuviera lleno de algo real.

Me pesan los ojos mientras me arrimo a los restos humeantes del fuego. Tarver está sentado escribiendo en su cuaderno con lo que queda de luz y la cabeza agachada, cerca de las páginas. El sol se ha puesto mientras cocinábamos y lo que era un frescor ligeramente desagradable por la tarde se ha convertido en un frío cortante que mi vestido verde hecho jirones no mitiga

en absoluto. Mi alegría ha caído en picado con la temperatura y con su ausencia; entonces deja su cuaderno y va a depositar los restos de nuestra cena lo bastante lejos como para no atraer visitas por la noche. No cree que los gatos gigantes salgan a las llanuras, pero, como dice, más vale prevenir que curar.

No puedo evitar preguntarme las veces que habría muerto aquí sin Tarver manteniéndome viva.

Cuando vuelve levanto la cabeza, pero estoy demasiado cansada para esforzarme más. Aunque noto que la dinámica entre ambos está cambiando, todavía no sé muy bien cómo hablarle. El orgullo herido y la seguridad magullada me impiden decir lo que me gustaría. Llevo de nuevo la cabeza hacia las rodillas.

—Señorita LaRoux. —Tarver se agacha a mi lado, un movimiento que conozco ahora tan bien que no me hace falta mirarle para registrarlo—. Lila. Hace mucho frío en las llanuras. No tenemos suficiente combustible para que el fuego siga encendido y el viento es mucho más frío que en el bosque.

—No fastidies.

Se ríe y me doy cuenta de que he usado su tono. Sueno como un soldado. Noto que las mejillas empiezan a calentarse.

—Si insistes —continúa, mirándome—, podemos dormir espalda contra espalda. Pero tendremos más calor si me dejas que te rodee con un brazo y nos envolvemos con las mantas. Prometo tener solo los pensamientos más puros.

Seguro que puede ver cómo se me enciende la cara en la oscuridad. Me doy la vuelta y dejo que el viento frío me refresque las mejillas, mientras el resto de mi cuerpo tiembla.

—No tienes que hacerlo.

—¿El qué?

—Fingir que soy...

Me encojo de hombros y sacudo la cabeza. No estoy enfadada con él, pero de todas formas mi voz transmite enfado. Por la traición de mi cuerpo, por no poder controlar ruborizarme. Lo torpe que me hace sentir, como si fuéramos pareja en un baile donde no supiera los pasos.

Como si yo fuese la ignorante.

Intento reunir algo de dignidad, un último esfuerzo. Al menos no tengo que parecer lo bastante tonta para pensar que es un admirador.

—Sé que no soy tu... compañía ideal. Esto me cuesta tanto a mí como a ti.

Al oír mis palabras, vuelve a reírse y esta vez no se molesta en hacerlo bajo. Es una carcajada, generosa y sin control, nada que ver con los refinados gorjeos y risitas de la alta sociedad. Mi boca quiere responder con una sonrisa, aunque el resto de mí se eche atrás, segura de que se está burlando de mí.

Se pone de pie, sacude las mantas y hace la cama. Una cama, esta noche.

—Señorita LaRoux, antes de que se martirice, debo advertirle que he tenido que acurrucarme con cabos grandes y peludos bajo ciertas circunstancias indeseables. Comparado con eso, una chica preciosa es como unas vacaciones.

¿Preciosa?

Siempre he sido razonablemente guapa, pero con el dinero suficiente hasta una vaca se convierte en un partido. Aun así, aparte de aquellos primeros días en la Ícaro, nunca me ha visto de esa manera. Ha dejado claro que mi posición social y mi dinero no significan nada para él. Más bien al contrario.

Doy las gracias por la oscuridad, por que no me vea la cara. ¿Que me vea incapaz de ocultar mi sonrisa por un mínimo cumplido? Eso sería la máxima humillación.

Me doy la vuelta y está arrodillado al borde de la cama, con las manos sobre los muslos. Me hace una seña para que me tumbe primero, apenas visible en la noche cada vez más oscura. La primera de las lunas comienza a ascender y las estrellas en el cielo son más brillantes a cada segundo que pasa. El aire es limpio, frío y cortante.

Tiene razón. Ninguno de los dos dormirá si insisto en estar separados. Parte de mí rehúye ese pensamiento, demasiado bien educada. Pero ¿quién va a enterarse? No hay equipos de rescate sobrevolando la zona, ni rastro de la caballería de mi padre en mi búsqueda. Puedo ceder, por una sola noche. Y es tan... tentador. Sentir calor, quiero decir.

Trago saliva y me acerco lentamente para meterme bajo la manta, encogiéndome tanto como me es posible.

—Solo mientras estemos en las llanuras y no podamos encender una hoguera.

Las palabras salen antes de que tenga ocasión de pararlas. Pensará que estoy menospreciando su gesto. ¿Por qué no puedo limitarme a aceptar su oferta?

Pero simplemente asiente y se prepara para echarse a dormir,

desabrochándose la pistolera para dejarla a un lado y colocar la linterna cerca. Cuando levanta el borde de la manta para tumbarse, entra una ráfaga de aire frío y me acurruco aún más.

—Lo siento —murmura con la voz no muy lejos de mi oído—. Cierra los ojos, entrarás en calor en un minuto.

No es sutil en cuanto a ponerse cómodo al pasarme el brazo por la cintura y acercarme a él. Su cuerpo está más caliente que el mío y al cabo de unos instantes levanta la mano para frotarme el brazo. Intento no estremecerme cuando me toca, por el calor de su palma en mi piel helada, expuesta al aire por mi estúpido vestido.

Al final vuelve a quedarse quieto, agachando la cabeza de modo que su nariz me roza la nuca y su aliento me mueve el pelo. Su respiración ya está calmándose, alargándose. Envidio su capacidad de dormir en cualquier parte, en cualquier posición, sin vacilación. Tengo todos los nervios activos, de punta, siento cada movimiento que hace.

Jamás he estado tan cerca de alguien como él. Cierro los ojos con dificultad, reprimiendo unas ganas locas de volverme dentro del círculo de su brazo para mirarle. Es una tontería pensarlo, y la culpa y el enfado surgen a continuación.

No es difícil ver cómo me mira, aunque ahora intente ocultar su molestia e impaciencia. ¡Qué rápido se derrumban las falsas ilusiones! Los soldados no miran a la alta sociedad deseando tocarnos. Se ríen de nosotras, vestidas con nuestros trajes deslumbrantes y nuestros parasoles, nuestros salones reproducidos de forma inmaculada. Y lo que era divertido en el deslumbrante mundo de la Ícaro es patéticamente ridículo aquí abajo, en el tipo de mundo en el que viven día a día. Ni siquiera me acerco a la clase de chica que él querría, del mismo modo que yo le he demostrado a la más mínima oportunidad que él es el último hombre en la galaxia al que querría tocar.

La única diferencia es que yo me equivocaba.

No estoy segura de cuánto llevo ahí tumbada, escuchando el lento latido de su corazón y el frenético baile del mío. Una de las lunas de este planeta ha comenzado a elevarse más allá de los árboles y arroja una luz fría y azul por la llanura, bordeando la hierba con un helado resplandor. El viento ha cesado, pero por encima del susurro del aliento de Tarver, que mueve mis cabellos, otro sonido interrumpe el silencio.

Mi respiración se condensa en el aire frío mientras espiro. Cierro los ojos

con más fuerza, como si de alguna manera, si pongo más empeño, pudiera bloquear el sonido de la voz incomprensible que retumba en la noche.

—Márchate —susurro a la oscuridad, con el cuerpo tenso, empezando a temblar.

Ya era bastante malo que esas voces invadieran mis pensamientos, pero ahora parecen invadir también mi cuerpo, destrozando mi control, dejándome como un amasijo tembloroso de confusión y miedo. Detrás de mí, Tarver lo nota y farfulla algo contra mi piel, abrazándome con más fuerza.

La voz continúa sin cesar. Sé que Tarver no la oye, de lo contrario se despertaría para coger su pistola al instante. Vuelvo la cara hacia la mochila que estamos usando de almohada e intento pensar en la música que solía escuchar en la Ícaro, hasta me tapo los oídos con las manos, tratando de hacerlos funcionar a pesar de la crispación de mis músculos.

Sigue susurrando en la noche y, a cada momento que pasa, se multiplica el tormento. Una lágrima se escapa entre mis pestañas, enseguida se vuelve gélida por el frío y traza un recorrido helado por mi sien para unirse al sudor frío que ha aparecido por todas partes. Esta vez también tengo un sabor extraño en la boca, metálico, que no se va a pesar de todas las veces que he tragado.

«Estoy volviéndome loca.»

—Tarver. —Mi voz apenas es más que un susurro, saliendo de una persona insegura y tensa en la que casi no me reconozco—. ¿Oyes eso?

Ni siquiera sé por qué lo pregunto. Ya sé que no lo oye.

Si hubiera sido una de mis amigas, habría tenido que zarandearla; con Tarver basta mi susurro. Se despierta al instante, y el cuerpo pasa de relajado y tranquilo a tenso y alerta.

—Perdona —responde, con los labios no muy lejos de mi oído—. Estaba dormido. ¿Qué ha pasado?

La voz sigue murmurando a cierta distancia, en dirección a las montañas que se encuentran entre nosotros y la Ícaro, como si me hiciera señas para que continuara. El significado se escapa como si hubiera olvidado entender el lenguaje.

—Ahora las oigo —susurro. Apenas registro el hecho de que mi cuerpo se agita violentamente. Estoy demasiado hecha polvo para preocuparme por que me vea tan mal—. Por favor —añado, con el corazón en un puño—, por favor, dime que tú también las oyes.

—Lila —empieza a decir, colocando la mano alrededor de la parte superior de mi brazo.

Está caliente. Es tranquilizadora.

—Por favor.

Me aparta el pelo de la cara, un gesto de una ternura inusitada. Mientras deja caer su pulgar hacia mi mejilla para secarla, murmura:

—Prométeme que, a pesar de lo que oigas, no irás sola a investigar. Dame tu palabra.

Hay un tono de mando en su voz, aunque sea suave.

Quiero decirle que marcharme de su lado es lo último que deseo hacer ahora mismo, pero la garganta se me ha cerrado completamente, y no puedo hacer nada más que acurrucarme contra él y asentir con la cabeza. Sigue rodeándome con su brazo, sujetándome mientras tiemblo. Debería estar escandalizada por su proximidad, exigirle que mantuviera la distancia, pero mi mente está demasiado llena de cosas que desearía decirle. Su contacto me parece bien.

—Encontraremos una solución —dice—. Hay un motivo para ello. Quizá cuando te diste un golpe en la cabeza en la cápsula... ¡Se te quedó el ojo bien morado! Al menos no tienes sabor a rata muerta en la boca, ¿hmm? A una soldado de mi pelotón le pasó eso en Avon. No pudo saborear nada más en semanas desde que se dio en la cabeza.

Reconozco su tono de voz. Está intentando animarme como antes. Necesita que me mueva y, para que continúe en acción, tiene que mantenerme cuerda. No sabe que noto un gusto a sangre y cobre en el fondo de la boca. Inspiro temblorosamente.

—Bueno —consigo decir, sacando una voz tranquila de Dios sabe dónde—, si solo tenía para comer esas barras, quizá era preferible que no notara bien su sabor después de todo.

Se ríe y el sonido es apenas una rápida espiración junto a mi oído.

—¡Eres la leche! —exclama en voz baja, y me da un pequeño apretón que sin embargo me roba el aliento que me queda.

Un escalofrío me recorre la espalda, una chispita que me recuerda que todavía no estoy perdida. Las lágrimas siguen ahí, ansiosas por derramarse, atascándose la garganta y la voz.

—Creo que lo estás haciendo increíblemente bien —continúa—. De veras, estás llevando esta situación mucho mejor que la mitad de los soldados que

conozco. Ambos seguimos en pie y avanzan en la dirección correcta. Nos mantenemos unidos. Por eso estaremos bien.

La mentira es tan descarada que me hace perder la determinación. No puedo soportar su lástima, no después de todo lo ocurrido.

—Lo siento —susurro.

Mis labios fríos pronuncian torpemente las palabras.

—No te disculpes. —Su voz es un bajo murmullo; el sonido se filtra por mis huesos, mucho más claro que cualquiera de las voces que he estado oyendo—. No tienes que disculparte por nada.

—Sí.

La oscuridad de la noche es como un escudo de anonimato, a pesar del hecho de que podemos ser las dos únicas personas en el planeta. Acurrucada en estas mantas, podría estar en un confesionario y, antes de poder contenerme, las palabras que han estado agitándose en mi corazón desde que me sacó de aquel árbol salen a borbotones.

—Siento no poder hacer algunas cosas, siento que hayas tenido que parar tantas veces por mí, siento que hayas tenido que sentarte a ver cómo me vuelvo loca. Siento haber dejado caer mi guante para que lo recogieras.

Por un momento me ahoga mi propia voz.

Pero ninguna de estas cosas son por lo que realmente me quiero disculpar.

—Siento haberte dicho esas cosas en la cubierta de observación porque Anna estuviera allí, por ser quien soy. Fue mezquino y lo dije únicamente porque no podía permitirme decir nada más.

No encuentro las palabras para lo que quiero expresar a continuación, que no soy lo que él piensa, que ojalá tuviera una fotografía para ayudarle a comprender igual que él me enseñó su vida en una imagen. Cojo una bocanada de aire y me quedo callada.

No me contesta enseguida y durante unos locos instantes pienso que tal vez su capacidad de dormir en cualquier parte se extiende a dormitar mientras tiene delante a chicas semihistéricas soltando disculpas.

Entonces su brazo me aprieta con más fuerza y siento su aliento cálido en la nuca. Las palabras enredadas que me ahogaban se relajan y me dejan respirar larga y temblorosamente.

—Agradezco la disculpa.

De cualquier otra persona me lo tomaría como un cliché, pero en su voz hay una sinceridad que me transmite que lo dice de verdad.

Me muevo, intentando ponerme cómoda, y mis ojos se posan en una de las lunas, que se ve en las llanuras. Es la primera vez que podemos distinguirla claramente, sin que la tape el follaje del bosque.

—Tarver.

—¿Hmm?

—Mira.

Levanta la cabeza y noto el instante en que la ve: sus brazos se tensan a mi alrededor y deja de respirar.

Lo que siempre había pensado que era una segunda luna más pequeña en realidad es un grupo de luces azules, demasiado constante para ser ningún tipo de nave, demasiado regular para ser ningún tipo de grupo de asteroides. Siete en total, dispuestas uniformemente en círculo, con una en el centro.

—¿Qué es eso?

Me tiembla la voz, pero esta vez no es por las voces.

Tarver se incorpora apoyado en un brazo y se queda contemplando el fenómeno sobre mí. No dice nada y al cabo de un rato me doy la vuelta para mirarle. Tiene la cara seria, la mandíbula tensa, pero no parece sorprendido. Se le ve pensativo.

—Mientras la cápsula bajaba —dice despacio— vi algo en órbita. Algo aparte de la Ícaro. Pasó demasiado rápido para distinguirlo bien, pero alcancé a ver lo suficiente para saber que estaba hecho por el hombre. ¿Cuánto debe de medir para que lo veamos así?

Inspiro despacio mientras lo calculo mentalmente.

—Cada uno de esos objetos debería tener al menos varios kilómetros de diámetro para reflejar tanta luz solar.

Tarver vuelve a tumbarse y me rodea la cintura con el brazo. Su voz es suave y cálida en mi oído.

—¿Qué es este lugar?

No tengo respuesta que darle, y observamos la luna falsa en silencio. Por un vertiginoso momento nos veo desde arriba, un minúsculo bulto en el negro mar de hierba, casi tragado por la inmensidad de las llanuras.

En algún instante mientras hablamos, la voz que sonaba en la noche se calla y los temblores que sacudían mi cuerpo se han calmado. Así que escucho la respiración de Tarver mientras se ralentiza, y sus latidos, y la brisa que se escapa entre la alta hierba a nuestro alrededor, y al final yo también me duermo.

portadella

—Todo planeta tiene sus excentricidades.

—Eso es cierto.

—¿Qué notó en este?

—La falta de compañía.

—Comandante, eso no ayuda.

—No es esa mi intención. Advertí que se trataba de un planeta terraformado sin rastro de población local. He participado en seis campañas en dos años y nunca había visto un planeta sin gente.

—¿Qué pensaba de sus posibilidades?

—Tenía una perspectiva realista. Ahora también soy realista respecto a mi panorama actual.

DIECISIETE TARVER

Me despierto porque está lloviendo. Una gota gruesa me cae detrás de la oreja, baja hasta encontrar de algún modo el camino hacia mi cuello y me deja helado. Tiemblo, me pongo boca arriba y me alcanza otra justo entre los ojos.

Lila está moviéndose mientras me aparto de ella y se da la vuelta con un ruidito de protesta, tratando de alcanzarme todavía dormida. Entonces empieza a ser consciente de las gotas de lluvia cuando le caen sobre la piel, y se incorpora con un grito ahogado. Estoy ocupado incorporándome también, porque cuando te vas a dormir abrazado a una chica guapa, hay algunas cosas que pasan a primera hora de la mañana que no quieres que estén precisamente en los titulares.

Así que me coloco en una posición ligeramente más diplomática e intento parecer despreocupado mientras ella me mira fijamente, llena de confusión, empezando a alarmarse.

Me doy cuenta para mi sorpresa de que he cogido la Gleidel, y ella cree que hay alguna amenaza.

—¿Tarver?

Alza la vista, con los ojos abiertos de par en par. Uno de ellos aún está un poco hinchado, la piel amoratada y oscura donde su cara se golpeó con el lateral de la cápsula de escape. Entonces una gota le cae sobre el rostro vuelto hacia arriba y se echa hacia atrás. Mientras veo cómo se estremece, se lleva los dedos a la cara y clava la vista, sorprendida, en las yemas mojadas, me doy cuenta de que nunca lo ha visto antes. En su mundo hasta el clima está controlado.

—Está lloviendo —digo, con la voz ronca por el sueño. Me aclaro la garganta y lo intento de nuevo—. No pasa nada. Cae directa de las nubes hacia ti.

Frunce el entrecejo, todavía acurrucada, intentando protegerse de ella.

—¿Directa de las nubes? ¿Eso es higiénico?

No puedo evitarlo. Empieza como una risita disimulada, pero estoy sonriendo, y hay una tensión en mi interior que se quiebra y se suelta, y un instante después estoy riéndome tan fuerte que no puedo parar.

Se me queda mirando, preguntándose si finalmente he perdido la cabeza. La cojo de la mano y entrelazo mis dedos con los suyos, dándoles la vuelta para que la lluvia caiga sobre su palma. Trazo allí un círculo con mi pulgar, alisando el agua contra su piel. Quiero demostrarle que no tiene nada que temer.

Entonces sus labios comienzan a arquearse lentamente y se deja caer hacia atrás para permitir que la lluvia le caiga en la cara. La miro, me empapo de su sonrisa y una parte de mí se da cuenta de que sigo cogiéndola de la mano, con nuestros dedos entrelazados. Advierto que está temblando y por un instante pienso que está llorando.

Entonces me doy cuenta de que también está riendo.

Paso exactamente diez latidos viviendo ese momento perfecto antes de que ella parpadee y levante la cabeza con brusquedad para mirar a lo lejos en las llanuras con una sacudida más fuerte recorriéndole todo el cuerpo. Se recupera un momento después y se gira hacia mí, intentando volver a sonreír, pero sé qué ha sido eso. Veo lo grandes que están sus pupilas y el temblor de sus labios.

Ha oído otra voz.

portadella

—Creía que había dicho que llovió al tercer día.

—No, esa fue la primera vez que llovió.

—Se está contradiciendo, comandante.

—No, ustedes están intentando confundirme. Sé cómo funciona esto. Los militares inventaron estas técnicas. ¿Cuál es la siguiente pregunta?

—¿Qué opinaba de su relación con la señorita LaRoux en ese momento?

—¿Qué significa eso?

—¿Cómo estaba desarrollándose?

—De ninguna manera. Soy un soldado. No tengo la familia adecuada. Creo que es más cómodo para todos cuando los chicos como yo nos quitamos de en medio.

—¿Cree eso? ¿Cree que no tiene la familia adecuada?

—Mi familia no estaba en el planeta conmigo. No veo que haga falta hablar de ellos.

—No hay necesidad de alzar la voz, comandante.

DIECIOCHO

LILA

Es increíble lo mucho que puede cambiar todo en pocas horas y con unos cuantos millones de litros de agua.

Odio la lluvia, odio este planeta, odio el frío y odio mi vestido estúpido, estúpido. Y odio a Tarver, por el modo en que camina a grandes zancadas sin preocuparse, como si no cayera agua del cielo, como si ni siquiera se diera cuenta. Odio cómo me ofrece la chaqueta precisamente cuando he pasado tanto frío que no puedo rechazarla. Solo por una vez me gustaría que pareciera que puedo hacerme cargo de mí misma.

La mañana se extiende en una llovizna fría e interminable mientras nos dirigimos al río que vio desde un terreno más elevado. Las montañas hacia las que vamos están ocultas tras una cortina gris empapada. Unas nubes más oscuras cubren el horizonte y Tarver mira por encima del hombro para seguir su movimiento. Yo también estoy mirando por encima de mi hombro, pero no deduzco nada de las condiciones meteorológicas. Simplemente no puedo evitar buscar el origen de los sonidos que continúo oyendo. Sigo volviéndome para escudriñar las llanuras detrás de nosotros antes de recordar que estamos solos aquí fuera.

«Es la lluvia —me digo para mis adentros—. El viento aplanando la hierba. Una de las criaturas de las praderas, como esa cosa que nos comimos anoche.»

Pero ¿lloran los animales?

Los sollozos que se elevan sobre la lluvia me rompen el corazón, suenan como si fuesen de Anna, como si fuera yo o cualquier otra chica de mi círculo. Con la lluvia cayéndome por las mejillas y un llanto desolado tan cerca, casi creo que soy yo la que lloro sin esperanzas. Me da vueltas la cabeza y me tiemblan los músculos de tal manera que apenas puedo poner un pie delante del otro. Ya no es una voz. Ahora estoy rodeada de un coro desesperado y desgarrador. Se me nubla la vista y tropiezo una y otra vez, embarrando mi vestido hasta que queda irreconocible. En más de una ocasión Tarver tiene que volver a ponerme de pie.

Le desprecio por lo fácil que le resulta, por cómo sobrevive gracias a su instinto a esta dura experiencia. Cuando me pilla mirando fijamente a las

llanuras, sonrío como si dijera: «Sí, no es nada. A mí también me ha pasado». Sus ojos, en cambio, transmiten otra cosa. Está preocupado. Preocupado de un modo que no había visto desde que nos estrellamos, ni cuando la cápsula empezó a descender hacia el planeta, ni cuando le dije que la radiobaliza no funcionaba, ni siquiera cuando vimos caer la Ícaro.

Y eso me asusta más que nada.

Aunque la luna extraña se ha puesto de nuevo, no está lejos de mis pensamientos. Tiene que ser una estructura construida por las corporaciones que terraformaron este lugar. Pero ¿qué es? Alguna clase de sistema de vigilancia, tal vez. Algo para seguirles el rastro a los colonizadores por si se rebelan.

Pero aquí no hay colonizadores. No hay nada a lo que seguirle el rastro.

Tan solo estamos nosotros, empapados y congelados, caminando sin cesar por este planeta, mientras nuestras vidas dependen de encontrar los grupos de búsqueda cuando alcancemos la zona del accidente.

Ninguno de los dos sugiere parar para comer, a pesar de nuestro agotamiento. No hay forma de encender un fuego bajo este chaparrón que aumenta constantemente, no hay forma de calentarse si dejamos de movernos. Ojalá hubiera escuchado su repetida sugerencia de ponerme el traje de mecánico que cogió de la cápsula de escape. Tengo el vestido tan andrajoso y empapado que es como si no llevara puesto nada. Lo peor de todo es que tengo tanto frío y estoy tan cansada que ni siquiera me importa cómo se pega a mi cuerpo y se me enrolla en las piernas, perfilando todas mis formas.

El río comienza a verse como una mancha negra a lo lejos. Tarver se detiene y levanta una mano para protegerse los ojos de la lluvia, la imagen de un soldado saludando a algún oficial comandante. Me agacho, me rodeo las rodillas con los brazos e intento no temblar de forma tan evidente. Estará haciendo algún cálculo mental sobre cuánto tiempo nos llevará llegar hasta allí. Esto no es un descanso, lo sé. Pero es lo único que tengo.

No abro los ojos hasta que siento sus manos en mis brazos, intentando calentar mi piel, tan fría que él me mira con una mueca.

—No falta mucho —promete mientras le cae el agua en cascada por la mandíbula, la nariz y la frente.

Sus rasgos se me han hecho muy familiares en estos cinco cortos días. Estoy mirando fijamente, desconcertada, las gotas que se encuentran bajo su barbilla cuando me zarandea un poco.

—¿Lila? ¿Estás ahí?

Parpadeo, intentando recordar cómo hablar. Mis labios, perezosos, se niegan a obedecerme.

—Sí. Al menos eso creo.

Tarver sonrío, con ese cambio de expresión rápido como el rayo, y me retira el pelo empapado de la frente. Está a punto de hablar cuando oigo algo detrás de nosotros, un suave susurro creciente, como mil voces distintas.

Me doy la vuelta antes de recordar que él verá más pruebas de mi descenso a la locura. Pasa medio segundo antes de que me dé cuenta de que él también mira en la misma dirección.

Abro la boca, se me contrae el corazón por la esperanza repentina, pero él se me adelanta.

—Más lluvia —murmura tan bajo que apenas puedo oírle.

No son mis voces, entonces. Vuelvo la mirada hacia el horizonte y esta vez veo la gruesa cortina gris avanzando por las llanuras hacia nosotros. Más lluvia. «Si llueve más que ahora —pienso—, nos harán falta branquias.» Podríamos nadar hasta el cielo y abandonar este lugar sin necesidad de esperar a la nave de rescate.

No deseo nada más que tumbarme en el barro pero, al fallarme las rodillas, me agarra fuerte de los brazos para sujetarme. Al levantarse, tira de mí con él.

—¿Puedes correr?

Su cara está cerca de la mía.

—¿Qué?

No puedo hacer otra cosa que quedarme mirándole.

—Vamos, Lila, céntrate. ¿Puedes correr? La lluvia es muy fuerte. Tenemos que refugiarnos.

¿Fuerte? ¿Cómo puede ser fuerte la lluvia?

Sé que tengo ampollas en los pies porque las he visto esta mañana, pero ahora mismo no las siento. No siento los pies en absoluto. Sigo mirándole fijamente, al agua que baja por su rostro, que nunca recorre el mismo camino dos veces. Debería seguir el mismo patrón una y otra vez, pero en cambio se separa en cascadas y cae por sus pómulos. Como si quisiera tocarle entero.

—Maldita sea —refunfuña Tarver, mirando por encima de mi hombro al monzón que avanza—. Pagaré por esto cuando te calientes lo suficiente para odiarme otra vez.

¿Qué?

No tengo tiempo para considerar sus palabras antes de que me rodee la muñeca con la mano y tire de mí hacia delante, obligándome a echar a correr antes de que me arrastre tras él como serpentinatas en la carroza de un desfile. Consigo mover mis pesadas piernas de alguna manera, buscando en mi interior la energía para un último esfuerzo.

Mis pies resbalan y derrapan en el lodo detrás de él, y los huesos de mis muñecas chasquean por lo fuerte que me agarra, pero no me suelta. Se dirige a la mancha oscura del río en el horizonte y, conforme nos acercamos, la oscuridad se convierte en árboles y ni siquiera me importa que estemos regresando al bosque otra vez, porque los árboles significan leña, la leña significa fuego y el fuego significa calor, y creo que he olvidado qué es eso.

Abro la boca para decir algo pero, antes de encontrar las palabras, el rugido de la lluvia que se aproxima nos alcanza y el cielo se derrumba sobre nuestras cabezas.

Tarver maldice, suelta improperios como jamás le oído antes. El repentino torrente de agua separa mi muñeca de su mano, mi piel se libera como goma mojada y me caigo al suelo. Estoy más sorprendida que herida, porque la verdad es que no siento las piernas y no me había dado cuenta de que no estaban moviéndose.

Me coge en brazos y me lleva los últimos metros hasta el refugio de los árboles que bordean el río para luego tirarme bruscamente en el suelo.

—Quédate ahí —grita, acercando su cara a la mía hasta que le aparto porque está goteando encima de mí.

El sonido del agua arrojándose contra el follaje es casi tan ensordecedor como el estruendo de la tormenta fuera, pero las ramas son espesas y mantienen el agua alejada de nosotros.

Lanza su mochila al suelo y rebusca hasta que saca el traje de mecánico para pasármelo.

—Póntelo —ordena, quitándome la chaqueta que me dio antes.

Luego vuelve a marcharse y saca la pistola de la funda mientras se va.

El traje de mecánico se queda donde lo ha dejado, apoyado la mitad en mi regazo y el otro medio tapándome los brazos cruzados. Tengo demasiado frío para quitarme el vestido, aunque esté mojado. Me reclino en el tronco del árbol y espero a que vuelva. Los susurros se elevan al borde de mi oído y de alguna manera se diferencian del sonido de la lluvia sobre los árboles encima de mi cabeza. Las voces ya no lloran, pero sigo sin entender las palabras.

Extiendo mi mano temblorosa delante de mí, pálida, húmeda, manchada de tierra. Nunca imaginé que la locura viniera acompañada de estas consecuencias físicas.

No sé cuánto tiempo ha transcurrido antes de despertarme y encontrar a Tarver dando golpecitos en mis mejillas.

—Voy a intentar hacer fuego —dice, y me doy cuenta de que ya no está gritando. La lluvia debe de haber amainado un poco—. Quítate el vestido.

—¡Vaya, comandante! —me encuentro susurrando con picardía—. Eso nunca.

—Que Dios me ayude —dice, pero esta vez está poniendo los ojos en blanco y sé que estaría riéndose si tuviera un poco menos de frío. Ese es un triunfo mucho más satisfactorio que el de fastidiarle—. Tú hazlo, ¿vale? No me lo discutas esta vez. Prometo no mirar. Sécate con la manta y después ponte el traje de mecánico.

Cojo la manta que me tira y me apoyo en el árbol para levantarme con los pies fríos y entumecidos. Las voces se han callado, pero sigo temblando. Cuando llevo un total de cinco minutos desatándome los lazos, me doy cuenta de que hace cinco días que no me quito el vestido, las cintas están empapadas y tengo las manos tan frías que apenas puedo aflojarlas.

—Tarver —susurro—. Necesito ayuda.

Todavía queda en mí una chispa de calor, porque noto las mejillas empezando a arder mientras se vuelve hacia mí, confundido. Lo comprende cuando sus ojos se posan donde mis manos intentan desabrochar torpemente el escote de mi vestido.

Masculla algo que suena mal en una lengua que no reconozco, salva la distancia entre nosotros de nuevo y me indica que me caliente las manos bajo los brazos mientras intenta desatarme las cintas. Al final se ve obligado a sacar el cuchillo y los corta mientras yo aparto la mirada y trato de pensar en otra cosa. El vestido de todas formas ya no se podía salvar. Esto no es más que otro pequeño sacrificio para sobrevivir.

Tenía la delicada flor púrpura que me dio en las llanuras metida en el corpiño y, mientras me quito los restos del vestido, la encuentro chafada contra mi piel, casi irreconocible. Debo deshacerme de ella, tirarla al barro.

¿Tanto he cambiado que ahora siento más la pérdida de una florecilla que la de un vestido?

Se da la vuelta para empezar a buscar madera que no esté empapada, sin

olvidarse de darme la espalda, y yo dejo caer el vestido al suelo. Lo dejo ahí, cojo la manta para envolverme en ella y resuello por el frío. Me pongo de rodillas para que la manta me cubra más mientras me acurruco.

Un pequeño titileo naranja en mis párpados cerrados me incita a abrirlos para ver a Tarver alimentando un fuego en ciernes con tanto cuidado que sus manos tiemblan por el esfuerzo.

Los árboles sobre nosotros tienen hojas amplias y gruesas, pero aun así, está lloviendo tanto que se filtra algo de agua. Apenas puedo detener el sonido inarticulado de alivio al ver que ha encontrado suficiente leña seca como para hacerla arder. Alza la cabeza al oírme y parpadea cuando me ve en la manta antes de apartar la mirada.

No debo de estar tan tapada como creo. Sin duda estoy entrando en calor, porque de pronto sí me importa, y me enrosco con más cuidado en mi capullo.

—Póngase el traje de mecánico, señorita LaRoux. Le prometo que estará a la última. Luego deme la manta para secarme todo lo que pueda.

Eso es lo que finalmente me convence para dejar de reclamar la manta. Todavía está chorreando y debe apartarse del fuego mientras lo enciende para no inundarlo. Nunca nos secaremos del todo con la lluvia que cae a través del follaje, pero estar mojado es preferible a estar empapado. Me pongo de pie y dejo caer la manta para meter las piernas por la mitad inferior del traje y subir la cremallera. Está hecho para un hombre e introduzco los brazos en la tela suelta para sostenerlos contra el pecho, dejando que las mangas cuelguen vacías. La tela es tan áspera que cuando llegue el momento de movernos, tendré que llevar el vestido debajo o arriesgarme a dejarme la piel en carne viva. Pero, por ahora, está relativamente seca y con eso basta.

Hasta que me siento junto a la diminuta hoguera, Tarver no vuelve a alzar la mirada, con prudencia. Añade otro palo a las llamas antes de levantarse para recoger la manta y empezar a quitarse su propia ropa. Yo no soy tan honesta como él. Mi mente se queda benditamente en blanco mientras le veo tirar la chaqueta y la camisa al suelo.

Las placas de identificación saltan y relucen en el escaso resplandor del fuego. Tiene la piel tirante por el frío y la carne de gallina, que se va enrojeciendo mientras se frota con energía con un trozo de manta.

Vuelve a ponerse la chaqueta y coloca la camisa al otro lado del fuego para que se seque antes de coger la manta del suelo. Me envuelve en ella y ya no me importa su aspereza. Está caliente a pesar de estar húmeda y, aunque lo

único que siento ahora mismo es el frío de mi propio cuerpo irradiando de vuelta hacia mí, sé que en pocos instantes estaré mejor. Sigo con los ojos a Tarver mientras comienza a preparar el campamento, con movimientos rápidos y entrecortados. No se une a mí hasta que pone la cantimplora a hervir sobre el fuego, se mete de pronto en mi capullo de mantas y me rodea con un brazo antes de que pueda reaccionar.

El fuego es demasiado reciente para que caliente, y silba, insatisfecho, por las gotas que se cuelan entre los árboles que nos protegen. Al cabo de un rato dejo de temblar, pero sin embargo él sigue rodeándome con el brazo. No se oyen voces sobre el crepitar del fuego y el salpicar de las gotas sobre el follaje, y enseguida mis noches de insomnio me alcanzan con toda la fuerza de un tren de levitación magnética. Debería separarme de Tarver e irme a dormir sola como corresponde. Debería esperar a que la cena hirviera. Debería dejarle descansar sin que tenga que cuidar de mí.

Pero he entrado en calor y por una vez no hay nadie diciéndome palabras que no entiendo. Por motivos que no me voy a molestar en analizar, la idea de apartar los brazos de Tarver Merendsen me revuelve el estómago por la tristeza, así que me quedo quieta, dejo caer la cabeza sobre su hombro, y si le importa el modo en que mi pelo mojado gotea sobre él, no dice nada, y me deja dormir.

portadella

—Nos ha contado que la señorita LaRoux sufrió algunas heridas leves en la cabeza como resultado del accidente.

—Es cierto.

—¿No hubo efectos colaterales? ¿Puedo viajar sin dificultad?

—Me gustaría verle cruzando un planeta con un vestido de noche y el tipo de zapatos que llevan esas chicas. Yo no diría que caminaba sin dificultad.

—Es una pregunta relevante, comandante Merendsen.

—¿Y?

—Y le agradecería que la contestara.

—No estoy al tanto de que tuviera dificultades como resultado del golpe que se dio en la cabeza.

—¿Y usted?

—Fue un paseo por el parque. ¿A usted qué le parece?

DIECINUEVE TARVER

Esta chica, que probablemente solía dormir hasta mediodía y se quedaba en la cama hasta las tres, se despierta temprano. Me doy la vuelta hacia el lado caliente que ha dejado, con los ojos cerrados, pero noto que está observándome. Aparta la tierra que usé para apagar el fuego, moviendo las brasas. El calor parpadea en mi cara mientras vuelve a encender el fuego con las astillas que recogí anoche.

Moviéndose despacio, probablemente agarrotada y dolorida por nuestra carrera pasada por agua de anoche, se agacha junto a mí y apoya una mano en mi hombro. Cuando abro un párpado para mirarla, parece cansada. Debajo de los ojos tiene unas manchas oscuras, azules y púrpuras, y uno aún está negro y amarillo mientras el enorme moratón va desapareciendo. Está pálida, con nuevas pecas por el sol que cae sobre nuestras cabezas y que resaltan como la puntuación de una página.

Pero también es cautivadora, tal vez más de lo que era antes, con la historia de nuestra supervivencia escrita en sus rasgos.

—Voy a por agua. —Su susurro es apenas audible. Quiere dejarme dormir —. No tardaré mucho.

Me aclaro un poco la garganta y ella se lo toma como una señal de que la he oído. Me pregunto por un momento si debería dejarla marcharse sola, pero ya no es la chica que se estrelló conmigo. Tendrá cuidado.

No vi ninguna huella cuando fui a buscar leña anoche. No creo que haya nada grande viviendo por aquí. Es una arboleda aislada junto a la orilla del río, rodeada de llanuras abiertas. Un depredador no haría un viaje tan largo ni sería capaz de subsistir con lo que podría encontrar aquí.

Mientras la observo a través de mis pestañas, se yergue y se da la vuelta, y yo me dejo llevar otra vez. Por lo visto, no me van a castigar por el hecho de que se haya despertado envuelta en mis brazos. Bien podría haberme dado de lado, pero al parecer ha aceptado nuestro arreglo para dormir como un mal necesario. El sueño me alcanza y dejo que se me lleve un rato más.

Cuando me despierto, no sé cuánto tiempo ha transcurrido, si segundos, minutos o más. La cosa en órbita alrededor del planeta se ha detenido, lo que

significa que han pasado una o dos horas desde el amanecer, pero ¿hace cuánto se marchó Lila?

El aire está tan húmedo que aún no se me ha secado la camisa. He dejado de intentar no oler a humo, aunque sé que ella arrugará la nariz, así que coloco la camisa directamente por encima del fuego. Cuando regrese con el agua, haré una sopa caliente para desayunar. Algunas de las plantas que sabían bien aportarán algo de sabor, y todavía quedan sobras de la última criaturilla que correteaba. No sé qué hacer con el hocico alargado o las orejas descomunales. Es como una parodia de la pequeña fauna que suelo ver en los planetas terraformados.

Entonces Lila regresa abriéndose paso entre la maleza como si alguien le hubiera dicho que hay zapatos rebajados en nuestro campamento. La verdad es que no se me ocurre que pueda pasar algo hasta que la miro a la cara.

Está blanca, respira entrecortadamente y lleva el pelo enredado. Tiene los ojos abiertos como platos y las rodillas del traje de mecánico están llenas de barro.

Se ha caído en el camino de vuelta.

Una parte de mí quiere dejar caer la camisa e ir al encuentro de Lila, pero mis manos son más listas y la dejan a un lado para que no caiga sobre el fuego, para luego ir a por la Gleidel.

Lila se estremece por el suave chirrido de la pistola al encenderse.

—No, no hace falta que... no es nada, está bien.

—Sí es algo. —Mantengo la voz baja y levanto un brazo para invitarla a acercarse. Como si hubiera bajado de pronto una barrera, da tres pasos para apoyarse en mí y parece que está cayendo. Me la acerco, sujetando el arma mientras aprieta la cara contra mi pecho. Mi camisa sigue en el suelo, pero ya no tengo frío—. Dime qué ha pasado, empieza desde el principio. Llevaste la cantimplora al río y...

Está temblando violentamente y agarra la cantimplora con los nudillos blancos. Veo que se le ha derramado un poco por la pernera del traje. Me da un vuelco el corazón. Ahora lo reconozco, su mirada dispersa, el modo en que tiembla su cuerpo. Anoche empecé a pensar que lo peor había pasado, cuando durmió sin interrupciones. Pero ahora parece peor que nunca.

—Tarver, vas a pensar que estoy loca. —Mira más allá de mí y yo me esfuerzo por mantener la expresión calmada mientras espero. Al final llenará el silencio, no le gusta la tranquilidad—. Más loca —se corrige, y después

vuelve a hundir su rostro en mi pecho, como si hablar con normalidad le hubiera costado.

Prácticamente estoy sosteniéndola.

—Cuéntamelo, da igual —digo en voz baja, apagando la Gleidel para enfundarla de nuevo. Ahora tengo los dos brazos libres para rodear a Lila y se mete debajo de mi barbilla como si ese fuera su sitio. Cierro los ojos—. No importa lo que piense, dime qué ha pasado.

Tarda un rato en responder y, aunque el temblor está empezando a desaparecer, no está tranquilizándose. Noto cómo respira, a trompicones.

—Las he visto —masculla finalmente—. A las voces. Y sí, sé cómo suena. No tienes que comentarlo.

Es como si algo se convirtiera en piedra dentro de mi estómago, pesado y doloroso. Tiene razón. Está más loca. «No, por favor.»

—¿Gente? ¿Has visto a gente?

Afirma con la cabeza, aunque es un gesto tan pequeño que solo lo siento contra mi piel. Una minúscula parte de mi mente advierte lo consternada que debe de estar al no darse cuenta de que estoy medio desnudo, abrazándola contra mí... que su piel está apoyada en mi piel al descubierto.

—Al otro lado del río. Estaba yo sola, cogiendo agua, y entonces...

—¿Cómo eran esas personas?

Sigo queriendo una explicación, algo que pueda comprender.

—Sé quiénes eran. —La voz se le quiebra. Ojalá pudiera pasar yo por esto y ahorrárselo—. Estaban todos mirándome y señalaban en esa dirección.

Inclina la cabeza en la dirección en la que hemos estado avanzando, hacia el puerto de montaña y la zona del accidente que hay detrás.

—Se podía ver la niebla a través de ellos y cuando les tocó el sol, desaparecieron. —Hace una pausa para tragar. Vuelve a tener la voz tensa y entrecortada—. Una de ellos no llevaba botas.

Tardo unos instantes en entender a lo que se refiere.

Entonces lo comprendo y la abrazo con más fuerza.

—No son reales, Lila. Creo que los has visto, pero sabes que te diste un golpe en la cabeza cuando aterrizamos. En cuanto regresemos a la civilización, te curarán en un momento. Por ahora, tienes que prometerme que no irás persiguiendo lo que veas. Podrías hacerte daño.

Se queda quieta. Me pregunto si esperaba que la creyera, que encontrara las visiones más convincentes que las voces en su cabeza.

—Tarver, ¿a cuántas personas enterraste de esa cápsula?

—No las matamos, Lila. Las tratamos con respeto. Si te sientes culpable por lo que ocurrió...

—Eran cinco, ¿no? —Se aparta para mirarme, con decisión. Tiene las pupilas enormes, el azul de sus ojos casi anegado por el negro. Su mirada es tan pura que asusta—. No me dejaste verlas. ¿Cómo podría saberlo? Tarver, ¿no te das cuenta? No estoy loca después de todo. Estoy embrujada.

No sé cómo enfrentarme a esto. No se puede razonar con la locura y no puedes gritar órdenes a una chica que no es un soldado. Mantengo la expresión calmada y paciente que solía sacarla de sus casillas y me permito inspirar despacio antes de volver a hablar.

—Estoy seguro de que te dije a cuántas personas enterré. —Pero ambos sabemos que no lo hice—. Aun así, cinco es un número razonable. Es casi la capacidad de la cápsula. Pongámonos en marcha, Lila. Quiero que tengamos tiempo suficiente esta tarde para encontrar un lugar cálido y seguro para acampar. Dame la cantimplora, calentaré un poco de agua.

Cuando voy a coger la cantimplora, se aparta de mí. Tiene la mirada firme al poner distancia entre ambos.

—Había dos mujeres —dice sin alterarse—. La que no llevaba botas tenía mi altura. Y había un soldado. Pude ver sus placas de identificación.

Algo me bloquea la garganta y, tal vez durante tres segundos, no puedo respirar, a mi pecho le cuesta recordar qué debe hacer a continuación. Es un error. Se lo está inventando. Ahora está viendo mis placas de identificación y de ahí ha sacado la idea.

Pero no ha terminado.

—Los otros dos eran hombres vestidos de gala.

Por fin consigo respirar y me atraganto. «No, es imposible. No puede saberlo.» Cuando puedo respirar otra vez con normalidad, hablo, manteniendo la mirada inmutable.

—Claro que has visto a una chica de tu misma altura, Lila. Calzaba tu mismo número de pie. Aunque no son las personas que enterramos, si es lo que estás pensando. En la cápsula solo había mujeres. No había hombres, no había ningún soldado.

Ni siquiera sé por qué estoy mintiéndole, salvo que mi mente está dejándose llevar, revolviendo todo en busca de cualquier cosa a lo que aferrarse y lo único que encuentra es esto: no puedo dar crédito a lo que está diciendo. No

puedo empeorarlo más de lo que lo está.

Nos quedamos mirándonos durante unos largos segundos. Tiene un poco entreabiertos los labios, como si la hubiera abofeteado, pero intenta ocultarlo. Sabe que estoy mintiendo. Entonces sus rasgos se sosiegan y su mirada vacía supera cualquiera de mis esfuerzos esta mañana.

—Vale —dice en voz baja—. Pues vamos.

Permanecemos callados mientras recogemos el campamento. Ninguno de los dos piensa ya en el desayuno.

No sé qué más podría haber dicho. No puedo alimentar lo que sea que le esté pasando en la cabeza.

No tiene sentido.

Colocó unas piedras sobre sus tumbas, pero nunca vio los cadáveres. Los cuerpos de los hombres vestidos de gala, de las mujeres con los trajes de mecánico, del soldado no mucho mayor que yo.

Tengo las placas identificativas del hombre en el fondo de mi mochila.

portadella

—Casi habían llegado a la Ícaro.

—Todavía teníamos que cruzar las montañas. La zona del accidente estaba al otro lado del puerto. Allí es donde vimos que había caído la nave.

—Los informes decían que había nieve en las montañas.

—Sí.

—Ya llevamos un rato con esto y hasta ahora no ha mencionado la nieve.

—¿Cree que miento acerca del tiempo?

—No sé qué está haciendo, comandante. Estoy intentando averiguarlo. ¿Había nieve?

—Sí. Si tiene los informes meteorológicos, no estoy seguro de poder añadir nada útil.

—Inténtelo, comandante.

VEINTE LILA

Tarver no me dijo que haría más frío en las montañas. Quizá siempre haga frío en las montañas, no sé. Quizá pensó que era cuestión de sentido común.

Al dejar el río para dirigirnos a la ladera de la montaña, me encuentro pensando en la chica del salón. La que flirteaba con tanta facilidad como respiraba, la que esquivaba a los guardaespaldas y se quedaba despierta toda la noche chismorreando. Me parezco ahora tan poco a ella que es como si nunca hubiera existido.

Y a pesar de lo odiosa que era, la echo de menos. Sabía dónde estaba. Sabía lo que tenía que hacer. Tenía un padre que no se detenía ante nada para protegerla, un mundo que se adaptaba a ella. Nunca tuvo que preocuparse por las opiniones de un humilde soldado. Y no solía importarle que alguien le mintiera, porque era lo que hacían siempre todos.

Lo que parecían nubes a lo lejos son, ahora, claramente picos cubiertos de nieve. Las montañas se interponen entre nosotros y los restos de la Ícaro, y Tarver dice que rodearlas nos llevaría más tiempo del que podemos permitirnos. Así que vamos a atravesarlas, sin importar la temperatura y el cielo amenazador, nos refugiaremos en alguna grieta para pasar la noche y, con suerte, llegaremos al valle por la mañana.

El puerto que propone atravesar no está blanco por la nieve pero, conforme el día avanza, la temperatura cae y las nubes se reúnen bajas en el cielo. Hasta Tarver alza la vista hacia ellas, preocupado, y acelera el paso de modo que yo tropiezo y me golpeo las rodillas con las rocas. Tengo las manos demasiado entumecidas para detener la caída.

Debería sorprenderme cuando los primeros copos empiezan a caer —lo más cerca que he estado de la nieve es viendo los especiales de Navidad en la HV—, pero no me queda energía para sorpresas. Otra Lila, tal vez la del salón, habría encontrado la nieve preciosa.

Con el sol retirándose tras las nubes, la temperatura está cayendo más rápido cuanto más subimos. Los copos de nieve se detienen en mis mejillas antes de derretirse. El traje de mecánico no abriga mucho, pero el tejido grueso de la tela me protege del viento. Gracias a estas malditas botas, los

pies son la parte que más caliente llevo.

Al menos sé que ya no estoy volviéndome loca. No, se me están apareciendo. ¿Es lo uno mejor que lo otro? Ya he sido antes la causa de una muerte. ¿Por qué no puedo ignorar las caras de esas cinco almas perdidas?

Si no hubiera visto la expresión de Tarver cuando describí lo que había visto, tal vez podría seguir creyendo que estaba alucinando. Pero tenía la cara de un hombre al que han herido mortalmente, paralizado en los pocos segundos de horror antes de caer. Sabía que no había manera de que yo supiera a quién había enterrado. Tal vez piense que está ayudándome de algún modo al hacerme creer que estoy loca. Pero Tarver no es dado a la mentira y no me engaña.

Quizá no sea la Lila del salón a la que echo de menos. Ni a la Lila de las llanuras, ni siquiera a la Lila antes de ver a la Ícaro caer.

Creo que a la Lila que echo más de menos es a la que confiaba en Tarver Merendsen.

portadella

—¿Qué?

—¿Comandante?

—He dejado de escuchar un momento. ¿Qué ha dicho?

—Le sugiero que haga un esfuerzo por seguir escuchando, comandante. Parece cansado.

—Rebosante de energía y entusiasmo. ¿Puedo beber algo?

—Se lo traeremos en un momento. ¿Está listo para continuar?

—Por supuesto. Estoy impaciente por facilitarles lo que sea que estén buscando.

—Buscamos la verdad, comandante.

—Eso es exactamente lo que estoy dándoles. Están buscando otra cosa.

VEINTIUNO TARVER

La mañana amaneció despejada y prometedor, y me he permitido tener la ligera esperanza de que el ascenso no sea tan malo como había anticipado. La nieve derretida baja a chorros por la ladera y aunque el agua está extremadamente fría, nunca me falta donde rellenar la cantimplora. Pero cuanto más alto subimos, más rápido baja la temperatura. La luz del sol parece pálida y fría, pero sé que es lo único que está entre nosotros y un problema mucho más grande. Un problema al que nos enfrentaremos en cuanto empiece a ponerse el sol.

Lila aguanta tenazmente y mi corazón tira de mí para que aminore el paso y la deje descansar. Pero sigo adelante, subo pasando por las rocas y las matas de hierba cada vez más escasas.

Mientras ascendemos, mi mente vuelve a pensar en lo increíblemente extraño que debe de ser esto para ella, en lo distintas que son de las mías tanto sus experiencias como su vida. ¿Cómo debe de haber sido crecer con la cara en la portada de todas las revistas de cotilleos de la galaxia?

No puedo soportar lo que dirían los paparazzi si la oyeran mascullar una de mis palabrotas o si la vieran acurrucada cerca de mí por la noche.

¿Qué opinarían de su fuerza?

Puedo oler la nieve aproximándose. No hay tiempo que perder para llegar a la zona del accidente, y la diferencia entre aminorar la marcha y seguir adelante podría significar una noche más aquí arriba. Así que continuamos subiendo.

Unas cuantas horas más tarde de que compartamos una barra para comer, empiezan a caer los primeros copos, tan diminutos al principio que casi parecen niebla. Detrás de mí, Lila emite un sonido suave y me doy cuenta de que probablemente jamás haya visto la nieve de verdad. Está teniendo más realidad desde que nos estrellamos que en toda su vida. Parte de mí quiere parar y apreciar el comienzo de la nevada con ella, pero sé que no tardará mucho en caer más cantidad y con más rapidez, así que la pongo bajo el abrigo de una de las enormes rocas que inundan nuestro camino, a la que me subo para ver mejor. Necesitamos una cueva o al menos un saliente. Las ramas de

los árboles retorcidos de aquí arriba son largas, finas y sin hojas, y no sirven para refugiarnos. Jamás he visto árboles como estos. Mezclados con el espeso musgo pálido de las rocas, hacen que este lugar sea fantasmal, inhóspito.

Solía hacer mucho montañismo con Alec cuando era pequeño. Yo y mi héroe. He estado pensando en él mientras subimos, y en mis padres. Ya deben de estar pensando que tienen dos hijos muertos. Él es una de las voces en mi cabeza que me hacen seguir adelante cuando quiero parar. Una fila de sargentos y oficiales superiores cobra vida en mi mente cuando estoy cansado. Los hombres grandes y salvajes que nos gritaban hasta que sus instintos se convertían en los nuestros. Siguen presionándome, enseñándome a encontrar el lugar adecuado para acampar, asegurándose de que me tomo un minuto más para hacer la cama lo más cómoda posible y que no pague por mi vagancia dando vueltas toda la noche. Pero la voz de Alec es más silenciosa, paciente, como solía sonar cuando venía a casa y me enseñaba las cosas que había aprendido.

No tardamos mucho en encontrar una cueva. La entrada es apenas un espacio entre dos rocas, con un techo de tierra y piedra, pero se extiende hacia el interior y servirá.

El frío me corta la cara y el viento que se está levantando tira de mi abrigo mientras me abro camino por la ladera para ir a buscar a Lila. Está acurrucada contra la roca y, mientras la guío por la pendiente hacia el lugar que he encontrado, noto sus manos heladas.

Entramos hacia el primer recodo de la cueva. Está oscuro, pero estamos protegidos del viento. Cuando alcanzo a ver su cara a la luz de la linterna, tiene la mirada apagada, sin esperanza.

Ojalá se animara y empezara a hacer una lista de mis defectos. La envuelvo en mantas, enciendo un fuego con las ramas secas amontonadas por un antiguo deshielo en la boca de la cueva y luego me meto bajo las mantas con ella. Está demasiado cansada para resistirse, quizá, porque se inclina hacia mí y apoya la cabeza en mi hombro.

—No te duermas —le digo suavemente, con la voz ronca por la falta de uso—. No hasta que hayas entrado en calor.

—Mmm—accede, tapándonos más con la manta—. ¿Por qué soy siempre el problema? Por una vez me gustaría ser útil.

—Da la casualidad de que nos hemos quedado atrapados en mi territorio —respondo—. A veces funciona así.

—Ojalá... —Se mueve un poco, para volver a ponerse cómoda, y se hunde contra mí con un suspiro—. Bueno, supongo que quiero muchas cosas.

—Yo también —digo en voz baja a la chica que tengo en mis brazos.

«Sé exactamente a lo que te refieres.»

—Ojalá tuviera una buena taza de té —dice, con un suspiro—. Y unos bollos, con mermelada y crema.

—Ojalá tuviera un bistec. —Ambos nos detenemos a pensar en eso un momento—. O algo que hervir. Hay un tipo en mi unidad que puede hacer comida con cualquier cosa. Hirvió una camisa cuando estuvimos en un aprieto en Arcadia. Pero dice que tiene que ser la camisa de un general, porque en esas utilizan un tinte de mayor calidad.

—Comandante.

Suena como si no supiera si reírse o reprenderme.

—Oh, no te preocupes, retiramos antes la insignia. De lo contrario sería irrespetuoso.

Hablar otra vez después de un día de silencio es como una tregua tras una larga campaña. Mientras nos ponemos cómodos y esperamos a entrar en calor, trato de evitar que mi mente se dirija a las personas que vio junto al río. Todas ellas señalando en esta dirección, hacia las montañas, o los restos de la nave, tal vez. Pero ¿por qué? No quiero hablar de ello, no quiero pensar en ello. De momento, volvemos a ser aliados y no voy a estropearlo.

Mi reloj interno me dice que llevo horas dormido cuando algo me despierta. El fuego se ha convertido en ascuas y el viento fuera aúlla como solo lo hace una tormenta de nieve en pleno apogeo. Pero llevamos puesto todo lo que tenemos, incluyendo las botas, y no tengo frío.

Entonces me doy cuenta de lo que me ha despertado. Lila se ha incorporado de golpe y tiene la mirada perdida. Los ojos desorbitados y ausentes. Ha estado soñando. Se está colando aire frío por donde ha apartado las mantas de mí y espero a ver si vuelve a tumbarse, manteniendo un ojo apenas abierto. La verdad es que quiero dormir y que ella también duerma.

No tendré tanta suerte. Aparta las mantas, se pone de rodillas y empieza a zarandearme el hombro.

—Tarver —me llama—. Sé que no estás dormido. Levántate.

«Maldita sea.» Abro los ojos. Sonrojada e insistente, se me queda mirando. La veo temblar, una gota de sudor baja por su sien a pesar del frío. Parece

angustiada por la pesadilla que la ha despertado.

—Lila, por favor. Me matas. —Dejo que oiga un poco de impaciencia en mi voz, con la que normalmente tengo cuidado. Pero estamos en mitad de la noche. Por fin había entrado en calor. Quiero dormir—. ¿Qué pasa?

Intenta calmarse, pero todavía veo la urgencia en sus ojos. Tiene la esperanza de que la escucharé si oculta la locura.

—Tenemos que marcharnos de aquí. —Se le corta la respiración mientras lo dice, como si se sorprendiera ella misma al oír esas palabras—. No es seguro.

—No me digas —contesto, tirando de la manta hasta llevarla debajo de mi barbilla—. Créeme, en cuanto vea la primera nave de rescate, nos subimos a ella. Pero, por ahora, estamos lo más seguros posibles aquí dentro. Nos congelaríamos ahí fuera. No se juega con las tormentas de nieve.

Echa para atrás las mantas y me agarra la muñeca, poniendo todo su peso en el esfuerzo. Siento los temblores que le sacuden el cuerpo. No ha sido solo un sueño, entonces, sino una de sus visiones. Sin duda escapa a la razón.

—Créeme —dice, con los dientes apretados por el esfuerzo. No la dejo moverme y, sin mi cooperación, ninguno de los dos se mueve—. Tarver, lo sé. Pero tenemos que marcharnos, tenemos que marcharnos ahora mismo. Por favor, aquí no estamos a salvo, va a pasar algo.

—Va a pasar algo si salimos ahí fuera —digo, tirando de mi muñeca, lo que acerca a la chica más a mí—. Vamos a empezar a alargar las palabras y a temblar, después dejaremos de temblar para volvernos locos y comenzaremos a quitarnos la ropa, dando trompicones, riéndonos. Luego nos desmayaremos y esa es la parte más compasiva, porque así no sentiremos que morimos congelados. Por una vez, por favor, facilítame las cosas y tumbate, ¿vale?

Esto es lo que me estaba temiendo. Por eso le hice prometerme que no saliera corriendo detrás de ninguna de esas voces que oye. Podría perderla.

—¡Por favor! —Su voz, áspera y desesperada, tiene un tono de crispación. Cree a pies juntillas en lo que sea que la haya asustado tanto—. No sé cómo, pero te lo juro, lo sé. —Cierra los ojos un momento para tranquilizarse, para coger fuerzas. Conozco esa expresión. Cuando vuelve a abrirlos, la voz le tiembla de pasión—. Sé que antes me mentiste y no me importa. He confiado en ti plenamente cada segundo, Tarver. ¿Puedes tú fiarte de mí un segundo? ¿Solo una vez?

Se me rompe el corazón y voy a cogerla de las manos, pero las retira.

—No se trata de confianza —le digo—. No sé qué está ocurriendo, no veo

lo que tú ves. Pero hay una diferencia entre hacer suposiciones sobre quién murió en aquella cápsula y pensar que puedes ver el futuro. Lila, si nos marchamos en medio de la tormenta de nieve, nos arriesgamos a morir de frío. Es una locura. No vamos a salir ahí fuera, aunque tenga que sujetarte yo mismo. Tómate unos segundos para calmarte y verás que tengo razón.

—¡No tenemos unos segundos! —Lila respira con dificultad, agitada—. Te equivocas. Sí tiene que ver con la confianza. No me crees y punto.

No sé qué decir y todavía estoy buscando las palabras cuando entra en acción. Se pone de pie, coge mi mochila y echa a correr hacia la entrada de la cueva.

Me oigo a mí mismo rugir de pura frustración. Las mantas parecen cobrar vida, envolviéndome, enredadas en mis brazos unos segundos esenciales antes de que consiga despejarme el camino. Salgo tras ella, dejando atrás el fuego y las mantas, el calor y la seguridad de la cueva.

Me topo con el frío como si fuera un muro y se cuele por mi chaqueta abierta. Le doy las gracias a quien esté escuchando por haber dormido totalmente vestido. No se filtra la luz de la extraña luna por entre las nubes y la nieve se arremolina en el aire. Por unos segundos largos y aterradores no la veo, la oscuridad drena el color de todo.

Entonces se produce un movimiento. Se está alejando de la cueva a trompicones, subiéndose por las rocas gateando y poniéndose en pie de nuevo. Me lanzo tras ella, respirando con dificultad, aplastando la nieve con las botas.

He estado moviéndome con tanta lentitud y cuidado estos días que por un instante casi me sienta bien estirar las piernas. Salto por encima de una roca y me lanzo tras ella, guiado por el miedo a que desaparezca en la noche, se caiga o la pierda de innumerables maneras. No soy delicado cuando la alcanzo. La agarro del brazo y doy un frenazo, de modo que la atraigo hacia mí, la sujeto fuerte y evito que vuelva a escaparse.

No forcejea y mi corazón se acelera mientras los dos estamos ahí de pie, resollando, mientras la nieve enseguida nos cubre la cabeza y los hombros.

Entonces un sonido comienza a elevarse sobre el aullido del viento, el manto enmudecido de la nieve y la fuerte aspereza de nuestras respiraciones. Es un estruendo que empieza como un susurro y crece hasta ahogar todo lo demás mientras el suelo tiembla bajo nuestros pies. Me veo obligado a soltarla para recuperar el equilibrio, pero la chica no se aparta. Mira más allá,

hacia la cueva, y cuando sigo su línea de visión, veo el débil resplandor de nuestro fuego desaparecer de este mundo mientras el techo de nuestro campamento se derrumba en una avalancha de roca.

Ambos nos quedamos unos instantes jadeando, mirando fijamente.

No queda nada más que un montón de escombros y nieve.

Nuestra cama y las mantas están enterradas bajo todo eso, como lo habríamos estado nosotros también si hubiésemos permanecido dentro. Lo sé, pero de algún modo estoy desconectado de ese hecho. Sé que nuestro acogedor refugio está en alguna parte bajo los escombros, pero no puedo imaginar que sea verdad.

O cómo ha sabido que debíamos echar a correr.

Cuando me doy la vuelta para alejarme, ella me acompaña sin pronunciar palabra. No podemos avanzar mucho en la oscuridad, pero encontramos un sitio donde meternos entre dos rocas y levantamos un poco de nieve para protegernos del viento. No sirve de mucho refugio pero, a falta de cualquier alternativa, nos acurrucamos juntos. Nos sentamos sobre la mochila y nos abrazamos el uno al otro. No creo que ninguno de los dos pegue ojo en las próximas horas hasta el amanecer.

El cielo está empezando a aclararse cuando deja de nevar. Mis brazos y piernas hacen ruidos que han sufrido la agonía de perder la circulación y ya han llegado al entumecimiento. La sensación viene en oleadas de fuerte dolor mientras le ordeno a mi cuerpo que se mueva.

Ella sigue mi ejemplo mientras me estiro, agotada pero impasible. Tiene que dolerle todo como a mí, pero advierto con una punzada de admiración que no se le nota más que en un ligero gesto en la mandíbula y una cuidadosa lentitud en los movimientos. En cuanto ambos somos capaces de dar un paso sin tropezar, nos apartamos de la cueva.

Las últimas estrellas brillan sobre nuestras cabezas, como siempre hacen después de la nieve, y la luna artificial está baja en el cielo. El mundo está despejado y es hermoso. Cada paso es prudente y difícil. Nunca se sabe qué hay debajo de la capa de nieve que se ha creado por la noche. Me hundo hasta los tobillos y la respiración de Lila tras de mí enseguida se vuelve fatigosa. Nuestro avance es lento.

No quiero pensar en lo que ha sucedido, pero mi mente insiste en repasarlo una y otra vez.

Vio a la gente que enterré.

Soñó y supo que teníamos que salir corriendo de la cueva.

Me dejo resbalar de forma controlada por una roca tan grande como un tanque, luego me doy la vuelta para levantar los brazos y que ella se deslice también para reunirse conmigo. La cojo, con sus manos en los costados, y cuando me muevo para soltarla, agarra la tela de mi manga para que me quede quieto.

La miro y, aunque tiene la piel pálida por el cansancio y sus ojos son dos círculos oscuros, desvelados, tiene la vista clavada en mí.

Quiere que lo que ha ocurrido sea su prueba. Una prueba de que las voces eran reales, una prueba de que está cuerda.

Está esperando que reconozca que no está loca, está esperando mi conversión.

Pero lo que pasó anoche es imposible. Nadie puede saber algo antes de que ocurra. No puedo explicarlo, no puedo permitirme obsesionarme con ello. Debo concentrarme en lo que tengo entre manos y sacarnos de aquí.

Me han enseñado a bloquear la mente para seguir funcionando. Me han preparado para que siga adelante.

Aparto mi mirada de la de ella y oigo cómo contiene la respiración mientras se pone tensa. Me imagino su cara acercándose, pero no puedo mirarla. Me suelta el brazo y yo me vuelvo hacia el camino.

Si pensaba que ayer era incómodo y demasiado silencioso, palidece en contraste con hoy. La desesperanza en sus hombros mientras camina fatigosamente por la nieve es desgarradora.

Avanzamos con dificultad por la nieve sin hablar, con las piernas de plomo y los brazos protestando en cada movimiento. Lo que no decimos se hace más denso entre nosotros y, cuando ya llevamos andando unas cuantas horas, el silencio se ha endurecido como si fuera cemento.

Al detenernos, busco la cantimplora y me percató de que no está. Alzo la vista y veo a Lila contemplándome, y nos damos cuenta al mismo tiempo. La cantimplora está con nuestras mantas, enterrada entre los escombros. Cierro los ojos por el impacto. Sin modo de transportar el agua, estamos atados a los arroyos y riachuelos, y esperemos que nuestras tripas no cojan las bacterias de la zona. Sin agua...

Lila vuelve a moverse, continúa bajando la pendiente. Quizá no se haya

dado cuenta de lo que significa perder la cantimplora. Quizá sí lo sepa y se haya puesto en marcha igualmente.

Cuando por fin acampamos, trabajamos juntos para despejar un sitio de nieve, buscamos los pocos montoncitos de hierba que haya para nuestra cama, recogemos ramas y piedras, y hacemos un agujero para los huesos de nuestras caderas. Sin las mantas, tendremos que enterrarnos en lo que encontremos.

Derretimos nieve en un trozo de tela que hemos arrancado de las mangas demasiado largas del traje de mecánico y sorbemos el agua mientras gotea. Es más bien poco, pero comer nieve solo aumentaría los efectos de la congelación. Busco la linterna dentro de la mochila para dejarla junto a la cama y veo el pequeño estuche que guarda dentro la fotografía. No puedo evitar preguntarme por qué cogió la mochila antes de echar a correr. ¿Por qué, presa del pánico como estaba, pensaría en coger las provisiones?

Entonces se me ocurre. No estaba segura de si iría tras ella a menos que se llevase mis preciadas pertenencias.

Unas palabras a medio formar se agolpan en mi garganta, pero ni siquiera me mira, y no sé qué decir.

Cuando me acurruco detrás de ella para dormir, la curva de su columna vertebral dice lo que ella no pronuncia. Tensa y triste, tan solo tolera nuestra proximidad. Si hiciera más calor, si tuviéramos las mantas, si tuviera otra opción, estaría al otro lado del fuego. Por un momento parece que está a punto de decir algo, tiene intención de hacerlo por cómo respira, pero permanece callada.

Ninguno de los dos ha hablado en todo el día. Pasa mucho tiempo hasta que nos dormimos.

Nos despertamos un poco más tarde de lo habitual por la mañana, pagando el precio de la noche anterior. Uno de los muchos precios. No tardamos demasiado en recoger el campamento: nos estiramos, guardamos las provisiones y compartimos una de las pocas barras que quedan.

Me estiro otra vez mientras se ajusta los cordones de las botas y, cuando nos ponemos en marcha está claro que está decidida a mantener el ritmo que llevo. Pero cuando alcanzamos la cima del puerto, está respirando rápido, quedándose atrás a pesar de todos sus esfuerzos, con la mirada clavada en el suelo delante de ella.

La vista de las colinas onduladas ante nosotros es espectacular. Se

extienden kilómetros antes de bajar y toparse con un bosque que solo es una línea oscura en la distancia. Entre la base de la montaña y el comienzo del bosque se halla la Ícaro.

Está desparramada a lo largo de una enorme distancia, destrozada por el descenso. Aunque algunos fragmentos se han desplomado por la gravedad del planeta, una gran parte de su casco está intacta, y un rastro muestra por dónde se deslizó al chocar contra el suelo. El corazón me late fuerte en el pecho mientras recorro con la vista la estela de desechos: cápsulas de escape arruinadas que no se soltaron hasta que la nave se hizo pedazos, trozos de metal, líneas ardiendo por las laderas, cosas medio derretidas que no sé identificar.

La Ícaro transportaba cincuenta mil almas. Ojalá pudiera creer que alguna ha sobrevivido a este desastre chamuscado. Ni una sola cápsula de las que veo está intacta y la nave en sí misma se encuentra más allá de toda redención.

Pero lo que casi me hace caer de rodillas es lo que no está ahí.

Debería haber equipos de rescate yendo de un lado para otro de la carcasa de la nave. Debería haber personal subiendo por la estructura como montones de hormigas. Debería haber gente, vida, salvación. Pero lo que tenemos delante no tiene más que el aspecto de un cementerio. Me he estado aferrando a la esperanza de que por algún motivo no les hayamos visto acercarse, que si nos aproximábamos lo más cerca posible a la zona del accidente, los equipos de rescate estarían esperándonos allí. Pero ni siquiera hay rastro de otros supervivientes.

Después de todo por lo que hemos pasado, finalmente reconozco lo que he estado evitando desde que aterrizamos.

No creo que nadie venga a por nosotros.

Y no sé qué hacer, excepto intentar sobrevivir. Entre los restos de la nave y las cápsulas destrozadas debajo de nosotros deben de estar los soldados con los que me entrené, la gente que conocí en las cubiertas inferiores. El hombre que se coló en el salón de primera clase para pedirle algo a Lila. Su grupo de amigas, su guardaespaldas, su prima.

Tomó aire y me doy la vuelta para empezar a bajar por la montaña.

—Espera... para.

La voz de Lila se quiebra tras de mí, ronca por la deshidratación y entrecortada por la emoción.

Tiene la vista clavada en los restos del accidente. Paralizada en el sitio,

está sonrojada o, lo más probable, se ha quemado por el reflejo del sol sobre la nieve; el pelo se le riza en la frente, mojado por el sudor. Cuando me lanza una mirada apremiante, me estremezco.

—Necesito que mires. Mírame, mira eso, Tarver.

—Lo veo. —Mi propia voz suena casi tan mal como la suya por no haberla usado en tanto tiempo—. Pero no podemos quedarnos aquí. Tenemos que seguir caminando. Puede que haya provisiones entre los restos o alguna clase de equipo de comunicaciones que podamos rescatar.

Se tambalea y luego se tira al suelo totalmente extenuada.

—¿Cuándo vas a dejar de castigarme por no estar loca después de todo? Te salvé la vida. No habríamos sobrevivido de habernos quedado en la cueva.

«Lila, lo sé.» Sé que no habríamos sobrevivido. Sé que viste u oíste algo antes de echar a correr, vi cómo pasaba. Sé que viste algo real junto al río. «Lo sé.»

Pero no puedo permitirme reconocerlo en voz alta. Esto va más allá de cualquier cosa para la que me han entrenado, y mi entrenamiento es lo único que tengo. Estoy mejor capacitado para arrastrar por la naturaleza a una persona loca que para enfrentarme a la posibilidad de que esté recibiendo mensajes de... ¿Qué? ¿Fantasmas? La idea es más que absurda; es imposible.

Si me permito creerla, entonces todo lo que conozco se va al traste. Y lo que conozco es lo que nos ha mantenido vivos hasta ahora.

Sigue mirándome con cansancio, su expresión refleja claramente dolor.

—No intento castigarte —digo finalmente—, pero solo funcionará si nos ceñimos a lo que conozco. No creo que lo sepa todo y, en un lugar como este, sé incluso menos que de costumbre. Pero lo que sí sé es que tenemos que seguir adelante.

Echa la cabeza hacia delante para apoyarla en las rodillas y mi corazón se queja por la presión. Ojalá supiera qué hacer o al menos qué decir. Ojalá supiera algo útil.

—Así que vas a volver a ignorarlo —masculla, clavando su mirada cansada en mí—. He estado esforzándome por encontrar algo que te demuestre que no estoy loca, incluso cuando mi propia lógica me decía que debía de estarlo, incluso cuando me mentiste descaradamente. Y ahora que ambos sabemos que no lo estoy, ¿vas a rechazarlo? —Está llorando, pero el duro tono de su voz muestra enfado—. Por una vez, Tarver, solo por una vez, me gustaría que vieras lo que yo veo.

Pronuncia las palabras como una bruja en una historia antigua, echándome una maldición. Aparto la mirada, que baja por la montaña a los restos de la nave a nuestros pies.

—Lo siento, Lila. No sé qué ver. Lo único que sé es cómo seguir adelante. No soy más que un soldado. En cuanto salgamos de este lugar, no tendrás que volver a verme jamás. Pero no puedo obligarme a ver lo que tú ves.

Empieza a ponerse en pie, lenta y dolorosamente, y si las miradas matasen, estaría muerto y enterrado.

—Espero que un día te veas obligado a creer en algo de lo que no tienes ni una sola prueba. —Su voz está tensa como un cable—. Y espero que alguien que te importe se ría en tu cara por ello.

Ella echa a andar montaña abajo, y me pregunto cuál de sus sofisticados tutores le enseñó esta habilidad, la de hacer salidas dramáticas sin necesidad de una puerta que cerrar de un golpe. Se abre paso por el camino cubierto de nieve con la espalda recta de pura indignación. Me pregunto de dónde saca la energía para ello.

—Yo no estoy riéndome de ti —susurro.

Me pongo bien la mochila y empiezo a ir tras ella.

Ha aprendido un par de cosas de exploración durante el tiempo que ha pasado siguiéndome, y al principio va a buen ritmo, aunque finalmente empieza a aflojar el paso por el agotamiento.

Casi puedo verme a mí cuando era más joven, marchando, intentando mantener el ritmo de mi hermano mayor mientras nos pegábamos una caminata cerca de casa. Pienso en mis padres y se me cierra la garganta al evocar nuestro hogar en mi imaginación. Mi santuario, el lugar donde siempre estoy a salvo. A pesar de que me concentre en lo que es real, en lo que tenemos delante, no puedo resistirme a pensar en mi casa.

El camino —bueno, quizá un camino— que estamos siguiendo dobla la ladera de la montaña. Cuando salvamos un saliente y vemos un valle apartado abajo, Lila echa la cabeza hacia arriba con brusquedad. Coge aire para hablar, con los ojos abiertos de par en par. Luego se le pasa, de golpe, y vuelve a estar tranquila mientras se da la vuelta para rodear otra roca. Echa un último vistazo anhelante por encima del hombro, como si lo que sea que viera fuese preferible a nuestra realidad. En ese momento empieza a temblar como si tuviera frío y se le crispan los dedos antes de meterlos en los bolsillos.

Otra visión, entonces. Me inunda una oleada de mareo, como una reacción

empática, y aprieto la mandíbula antes de que mis propios dientes empiecen a castañetear. Al menos ahora conoce la diferencia. Ignoro la parte de mi cerebro que señala que si sabe la diferencia entre las visiones y la realidad, no puede estar tan loca. Sigo sus pasos y echo un vistazo al valle que tenemos debajo.

Es como si me hubieran extraído el aire de los pulmones. Me falta el aliento y me aferro al fino viento para tener algo en lo que apoyarme.

Hay una casa en el valle. La casa de mis padres. Está todo: las paredes blancas, el púrpura intenso de las lilas, el sendero curvo y las flores rojas del campo que hay detrás. La apenas visible voluta de humo que sale de la chimenea, la mancha negra a un lado que debe de ser el huerto de mi madre.

El sendero serpentea hasta salir del valle y desaparecer en la distancia, a través de las colinas hacia los restos de la nave.

Es perfecto, hasta el último detalle. Es mi hogar. No está ahí de verdad.

Puedo oír su voz en mi cabeza. «Sólo por una vez, ojalá vieras lo que yo veo.»

Siento su presencia a mi lado y desliza su mano en silencio sobre la mía. No me doy cuenta de que yo también estoy temblando violentamente hasta que sus dedos se entrelazan con los míos.

Estoy volviéndome loco.

portadella

—Como miembro del ejército, ha sido entrenado para soportar cierto grado de shock.

—Si no nos entrenaran así, no creo que durásemos mucho en el frente.

—En algún momento, mientras estaba en la superficie de ese planeta, ¿le... falló el entrenamiento?

—No estoy seguro de comprender lo que me pregunta.

—¿Experimentó algún efecto secundario por estar expuesto a unas condiciones tan duras?

—Creo que perdí unos kilos.

—Comandante, ¿experimentó algún efecto psicológico?

—No. Como ha dicho, estamos entrenados para no permitir que ocurra ese tipo de cosas. Sólido como una roca, e igual de denso.

VEINTIDÓS

LILA

Jamás le des la mano a un hombre que está ahogándose. Lo vi una vez en un especial de la HV. Si lo haces, se agarra a ti y te arrastra a su pánico y desesperanza, metiéndose a ambos en la misma tumba acuosa.

Pero no me importa. Me acerco a él y deslizo mi mano hacia la suya. Sus dedos aprietan los míos con una fuerza que nace de la desesperación. No sé quién de los dos se sacude más, pero donde nuestras manos se juntan, estamos más firmes.

Está ahogándose. Y yo me ahogaré con él.

Pasa mucho tiempo antes de que hable.

—No puedo... —se interrumpe al quebrársele la voz.

Se le cierran los ojos ante la visión de la casa de su familia en el valle. Una visión que ambos vemos. La casa es igual a la de la fotografía.

Sé por experiencia que se sentirá mareado, desorientado, que notará un gusto a metal y telarañas por la cara. Sé por experiencia que creará estar loco. Mis propios oídos están zumbando, me tiembla el cuerpo, pero lo ignoro, me obligo a concentrarme. Me necesita.

—Estoy agotado —continúa—. He recibido entrenamiento para esto. La mente puede... cuando estás lo bastante cansado...

Cree que está alucinando. Quizá sea más fácil si piensa eso. Le aprieto la mano y le envuelvo con la otra el brazo.

—Debes descansar, toma un poco de agua. Me sentaré contigo.

Asiente y abre los ojos para clavarlos en la casa de abajo como un hombre hambriento miraría un banquete. Me deja quitarle la mochila de los hombros, no protesta mientras tiro de él para que se siente al borde del risco, con el rostro demacrado y crispado.

Nunca le he visto asustado.

Podría jactarme. Podría restregarle por las narices el hecho de que ahora no le queda más remedio que creerme. Hubo un tiempo en el que no habría dudado. Pero ahora, una mirada basta para matar ese deseo. No se lo merece. Y sé lo que se siente cuando crees que estás volviéndote loco.

Me siento a su lado, callada, esperando. Este no es como el silencio de los

dos días pasados. Por una vez, se trata simplemente de que no hay nada que decir, no de que no haya cómo decirlo. Quería que viera lo que yo veía, pero ahora ojalá pudiera retirarlo.

—No sé qué hacer.

La voz de Tarver, ronca por la emoción y el agotamiento, cae en el silencio.

Yo saco mi voz más firme.

—Yo sí. Pararemos hoy aquí y descansarás un poco. Montaré el campamento, te he visto hacerlo bastantes veces. Cenaremos algo, dormiremos y por la mañana nos dirigiremos a los restos de la nave. Seguiremos adelante y encontraremos la manera de salir de este planeta, para que puedas volver a casa de verdad.

Tarver se limita a tragar saliva y los músculos de su mandíbula se marcan ligeramente cuando la aprieta. Me suelta la mano y se pasa los dedos por el pelo con un movimiento rápido y brusco. Contengo las ganas de tocarle de nuevo y me pongo a trabajar en silencio.

No hago nada tan bien como él lo habría hecho.

Todavía estoy temblando por los efectos secundarios de la visión, todavía estoy luchando contra el mareo y las náuseas. La casa es la visión más vívida y duradera hasta ahora, y los efectos secundarios son peores. El fuego arde peligrosamente bajo porque no he encontrado mucho combustible y la cama está llena de bultos. Saco la comida que tenemos que no necesita hervirse, puesto que hemos perdido la cantimplora. Cena fría, agua fría de nieve derretida, y será una noche fría, sin mantas. Pero si tenemos una noche donde nada esté bien, al menos será una en la que Tarver no tenga que ser responsable de todo.

—Tú también la ves, ¿no?

Su voz después de tanto rato en silencio me sobresalta. Al mirarle, sigue contemplando el valle. La casa se ha debilitado y brilla como una imagen persistente mientras el sol se retira tras la cadena montañosa. Es una vista bonita, incluso más de lo que sugiere la fotografía de su mochila. Me habría encantado verla de verdad.

Recojo lo que he sacado para cenar y vuelvo junto a Tarver.

—¿La casa de tus padres?

—Entonces no es locura. No sé lo que es, pero si estamos viendo lo mismo, no estoy loco. Ni tú tampoco.

Por un momento me muero de ganas de recordarle que llevo diciéndoselo

todo el rato. Pero me limito a asentir y me siento junto a él, a pocos centímetros de distancia.

—Come algo.

Le ofrezco la mitad más grande de la barra y unas cuantas hierbas que saben bien crudas. Solo nos quedan dos barras.

Finalmente, aparta la vista de la visión y me mira parpadeando. Tiene las pupilas enormes. De pronto soy consciente de lo que le hacía mirarme de aquella manera, como si estuviera loca.

Permanece callado mientras le da unos bocados a la barra y nos quedamos en silencio con la naturalidad de lo familiar. Cuando vuelve a hablar, su voz es suave.

—Tenemos que enfrentarnos a un montón de chiflados que acusan al ejército de jugar con el control mental, con la telepatía. Como cadetes nos burlábamos todos de eso, que los mandamases estaban dentro de nuestras cabezas, diciéndonos que mantuviéramos ordenadas las literas. Pero tal vez no es una broma. Tal vez este lugar sea un experimento, tal vez haya algo en el aire, en el agua, que nos haga ver cosas. Que haya una conexión artificial psicológica.

Después de días en silencio, tan solo acompañada de mis propios pensamientos, se me ocurren unas cuantas ideas de lo que estamos viendo. Y no creo que sea tan simple.

Pero oírle intentar averiguarlo, sin sugerir que estoy loca, supone tal alivio que casi no quiero contradecirle.

—Pero ¿qué hay del derrumbe? Ninguno de los dos podía saber que iba a pasar.

—En más de una ocasión me he ido de un sitio que un segundo después estalló en mil pedazos. A lo mejor sí que lo sabías, subconscientemente.

Pero no suena convencido.

—¿Puedo compartir contigo una teoría?

He sabido que no se trata de una aparición desde el derrumbe, y ahora que Tarver también lo ve, no puedo ignorar los pensamientos, que no dejan de llegarme.

—Claro.

Me maldigo a mí misma. Va a volver a pensar que estoy loca. Pero al no responder enseguida, se da la vuelta para mirarme como si me viera por primera vez.

—Creo... que aquí hay algo. —Me humedezco los labios, ansiosa,

intentando articular—. Que hay vida. En ese planeta.

Arruga la frente. Escéptico. Pero no está llamándome loca, aún.

—¿Como el gato? No puede ser que esa cosa sea de aquí.

—No. Me refiero a vida inteligente. Tal vez algo que estuviese aquí antes incluso de la terraformación. Si fueran solo las visiones, quizá podría ser una especie de alucinación compartida. Pero ¿el derrumbe? Ninguno de los dos podría haberlo sabido. Creo que algo está observándonos. —Las palabras por sí solas me producen un escalofrío por la espalda y veo cómo mueve los labios como si quisiera desestimar lo que afirmo. Me apresuro a hablar antes de que lo haga él—. Hay rumores, todo el mundo lo sabe. Incluso aunque nadie haya demostrado nunca nada, siempre hay historias sobre lo que hay más allá del límite del espacio explorado. Han llegado hasta Corinto. Las corporaciones que construyeron este lugar lo deben de haber abandonado por un motivo. Algo tiene que haberlos ahuyentado.

Parece menos escéptico y más pensativo ahora mientras me observa. Por la forma que tiene de mirarme, ni siquiera estoy segura de que esté escuchando lo que estoy diciendo. La impresión de ver la casa de sus padres debe de haber sido peor de lo que he advertido. Se aclara la garganta.

—¿No crees que si una corporación hubiera descubierto aquí vida inteligente lo habrían emitido en todas las noticias?

—A menos que lo mantengan oculto por alguna razón.

Intento no pensar en mi padre, en las habitaciones y habitaciones de servidores y centros de datos aislados y secretos. Cuando era niña preguntaba con frecuencia por ellos, pero siempre se las apañaba para distraerme con un regalo o una historia hasta que al final ya no sentía curiosidad. Sus secretos eran parte de él.

Seguramente no era el único ejecutivo de una corporación que mantenía ocultas ciertas cosas de la atención de la opinión pública.

—¿Crees que los militares son los únicos que guardan secretos? —pregunta Tarver.

Respiro hondo.

—Tuve un sueño justo antes del derrumbe. Alguien que no veía me susurraba, previniéndome. Cuando me desperté, ese alguien seguía allí, seguía susurrando, pero no podía entender las palabras. Es como si ellos, sean lo que sean, estuvieran intentando comunicarse con nosotros, pero no supieran cómo. Sacan cosas de nuestras mentes, las cosas que más nos hieren. Creía que se me

aparecían fantasmas, pero si ven mis pensamientos, entonces saben lo destrozada que me quedé por la gente que murió en esa cápsula. Quizá era la única manera que sabían de comenzar una conversación, cogiendo lo que daba más vueltas en mi cabeza. Y quizá esto, la casa de tus padres, sea en lo que pienses tú.

El silencio sigue a mi discurso y mi corazón late con fuerza mientras intento recuperar el aliento. Sé que volverá a creer que estoy loca. En cualquier momento abrirá la boca para rechazar mis ideas, como siempre.

Pero en cambio dice en voz baja:

—Si estos susurros pretendían hacerme daño, se las han apañado muy bien.

Nos quedamos sentados un rato en silencio. Noto el calor de Tarver a mi lado, a un dedo de distancia. A pesar del consuelo de su presencia, se me pone la piel de gallina ante la sensación de que están observándonos. No le pregunto si él también lo nota, la tensión de su cuerpo lo deja bastante claro. Los susurros están ahí fuera y, aunque ahora no se oye nada, ambos sabemos que no estamos solos.

Al cabo de un rato se pone de pie, me ofrece la mano y volvemos a la hoguera. Añado unos escasos trozos de madera seca que he podido recoger y nos instalamos. Me rodea los hombros con el brazo, animándome a apoyarme en él. La distancia que había aumentado entre nosotros ha desaparecido y yo estoy más que dispuesta a acceder. Nos arrellanamos juntos en el silencio.

Mis párpados están cerrándose cuando su voz, apenas más que un retumbo contra mi mejilla, me despierta.

—No deberías sentirte culpable por las personas de la cápsula. Había bastantes cápsulas para todos. No tenías modo de saber qué estaba a punto de pasar.

—Quizá tengas razón —digo, con el pecho contraído, aunque tal vez no tanto como antes—, pero la nuestra es la que sobrevivió.

—Bueno, fuera la única o no, me alegro de haber acabado en ella contigo.

Resoplo, un sonido que no suelo hacer.

—Comandante, por favor. Conozco una rotunda falacia cuando la oigo. Soy la última persona con la que le gustaría estar aquí.

—Reflexione, señorita LaRoux. —Su voz está calmada, seria. Le conozco lo bastante bien para reconocer cuándo está mintiendo, y no es el caso—. Si no hubieras estado en la cápsula de escape cuando se atascó, no habría llegado hasta aquí.

Cambia de posición, lo que me hace levantar la cabeza, y le encuentro mirándome, con la cara a tan solo un par de centímetros de la mía.

Noto que empiezo a sonrojarme y aparto la mirada primero. Solo me queda esperar que tome la rojez como calor provocado por el fuego.

—Ojalá Swann estuviera aquí —digo enseguida—. Habría matado a ese felino con las manos. O Simon, él fue el que me enseñó electrónica, era... — Me callo. No puedo creerme que no que haya pronunciado su nombre en voz alta en casi dos años—. Era un chico que conocía —termino de manera poco convincente.

Todavía siento sus ojos en mí.

—Creo que me quedo con la chica que conozco, gracias.

El sol ha desaparecido y las estrellas han salido ya, una dispersión de luz en el cielo. Clavo los ojos en ellas, agradecida por algo a lo que mirar que no sea el soldado que me rodea con un brazo. No me había dado cuenta hasta ahora de lo desconocidas que pueden ser las estrellas.

—Si es cierto, entonces sabemos que no estamos locos.

Sin embargo, él parece más preocupado que aliviado.

—Los susurros no nos han hecho daño hasta ahora. Creo simplemente que no saben cómo llegar a nosotros salvo mostrándonos lo que hay en nuestros pensamientos.

—Si están intentando comunicarse —murmura Tarver, enroscando la mano en mi brazo, lo suficientemente posesivo como para que me arda la cara—, entonces la pregunta es: ¿qué intentan decir con tanto ahínco?

portadella

—Esta botella de agua que me ha dado está vacía.

—Sí. Pediré que traigan otra. Mientras tanto, ¿cuáles eran sus objetivos al llegar a la zona del accidente?

—Provisiones. Seguridad.

—¿Rescate?

—No habíamos visto ni una sola nave. No estaba seguro de que fueran a rescatarnos.

—¿Habló de esto con la señorita LaRoux?

—No. Estábamos cansados. Solo nos concentramos en lo básico.

—¿Qué era lo básico?

—Nos habíamos quedado casi sin comida y ella iba a estar encantada de encontrar ropa para cambiarse.

VEINTITRÉS TARVER

Por la mañana, el silencio entre ambos es ligero y se rompe por nuestros resoplidos y jadeos mientras bajamos por la ladera de la montaña nevada y nuestro aliento empaña el aire. Tengo la garganta áspera y la boca seca. Requiere mucha energía derretir la nieve en la boca y el frío nos da retortijones de barriga. Tengo la cantimplora bien presente. Perder la Gleidel habría sido un golpe menos importante.

Me meto en un hueco entre dos rocas y, antes de volverme para ayudar a Lila, miro hacia abajo para asegurarme de que tengo los pies firmemente plantados. Y allí está: la cantimplora militar. Está en perfectas condiciones, como el día en que me la dieron. Le quito el tapón y tiene el sistema de filtrado en su sitio, con agua limpia justo debajo. Siento un escalofrío entre los omóplatos que baja por mi columna vertebral.

Dejamos mi cantimplora en la cueva, aplastada por las rocas y la nieve. Y ahora, como si la hubiéramos hecho realidad, tenemos una sustituta justo en nuestro camino. No, no es solo una sustituta. Es la misma cantimplora.

—¿Tarver?

Es Lila, intentando ver lo que me ha detenido.

Me aparto para dejar que lo vea, pero tarda unos instantes en localizar la cantimplora. Cuando la ve, abre de par en par sus ojos azules y por poco se cae por el hueco. La rodeo con ambos brazos. Nos detenemos un momento mientras la sujeto contra mí.

—Estás tocándola —dice, llevando la yema de un dedo hacia la cantimplora—. Tarver, es sólida. No es una visión.

—Es la mía, pero está nueva.

Le doy la vuelta para enseñarle las iniciales y se le corta la respiración.

—¿Cómo puede ser? No, todos esos soldados a bordo... Alguien debe de tener tus mismas iniciales. Es una coincidencia.

Estoy a punto de señalar que no hay modo de que la cantimplora haya podido terminar aquí, en nuestro camino, si salió disparada de los restos, pero entonces veo su cara y las palabras mueren. Lo sabe. Pero ninguno de los dos quiere decir lo que está en nuestras mentes. Estos susurros son capaces de

proyectar más que visiones o premoniciones. ¿Qué más pueden hacer?

Pruebo el agua: dulce, fresca, limpia. Bebemos los dos, agradecidos por que no sea nieve, helada, y chorrea por nuestras caras mientras tragamos. Cuando Lila termina, sostiene la cantimplora en sus manos, mirándola fijamente. Sigue pasando la yema de los dedos por su superficie, como si fuese a cambiar al inspeccionarla. Luego levanta la mano, clavando la vista en sus propios dedos. Tardo un momento, pero cuando alza los ojos hacia los míos, lo entiendo. No está temblando. Esto no es una visión. No nos han sacado una imagen de la mente y nos la han mostrado los susurros.

Esto es real.

Ojalá pudiera tomármelo como una señal de amistad de estos seres, si es que eso es a lo que nos estamos enfrentando. Pero a pesar del alivio de volver a tener una cantimplora, en lo que único que pienso es: ¿por qué esforzarse tanto en mantenernos vivos?

¿Qué es lo que quieren en realidad de nosotros?

Llegamos a las laderas cubiertas de hierba al pie de la montaña a última hora de la mañana y es un alivio tremendo andar otra vez por un terreno llano, poder estirar las piernas, relajar los músculos un rato. Me doy cuenta mientras caminamos de que en poquísimos días me he familiarizado con este lugar: las flores silvestres que vimos al otro lado de la montaña ya no están y mis ojos identifican madrigueras donde puedo poner trampas más tarde. Aunque cualquier sensación de consuelo no dura mucho. Pronto recuerdo que estamos atravesando un cementerio.

Los desechos cubren las colinas. Pasamos junto a trozos de plasteno retorcido, del tamaño de mi mano, y grandes montones de metal fundido que se alzan por encima de nosotros.

La mayoría de las cápsulas están demasiado dañadas para poder aprovechar nada de ellas, pero solo nos queda una barra. Creo que podríamos sobrevivir con los bichos pequeños y las hierbas de por aquí, pero no sería lo ideal. Por eso me arriesgo a echar un vistazo dentro de la primera cápsula razonablemente intacta con la que nos topamos, cuyo único daño importante se halla en los paneles laterales, que salieron disparados cuando todavía estaba unida a la Ícaro. Es un alivio que tan solo haya una ocupante. La cabeza cuelga hacia delante y el pelo oculta su rostro donde está sentada, todavía sujeta al asiento por las correas, más o menos en la misma posición que Lila adoptó en

nuestra cápsula para mecánicos, más resistente. Está vestida con un traje de noche, un envoltorio rosa sedoso atado sobre lo que sea que haya debajo. Me imagino que murió por el impacto. Tiene el pelo castaño, no rojo, pero es fácil ver a Lila en su lugar. Mantengo los ojos apartados de ella mientras atravieso la grieta en la cápsula y rebusco en un compartimento bajo uno de los asientos. ¡Ahí está! Media docena de barras. Comida para un par de días más si lo complementamos con la flora local.

Al salir, Lila no me pregunta si había alguien dentro. Al echarle un vistazo a mi cara, sabe qué es lo que he encontrado allí.

Parece que alguien ha pasado un cuchillo por el lateral de la Ícaro para abrirla. Se ve su interior en casi un tercio de su longitud y la estructura quemada está al descubierto. El rastro tras ella muestra por dónde se deslizó al aterrizar, un surco dentro del cual podría perderse un pelotón. Hay un ligero olor químico en la brisa.

—En el ejército —digo— llamamos a esto proceder con precaución. Normalmente significa en código «deja que alguien vaya delante», pero puesto que somos los exploradores de avanzada esta vez, tengamos cuidado. No sabemos lo dañada que está la estructura interna. No sabemos las consecuencias de respirar esos productos químicos en el aire y no tenemos los recursos médicos en caso de que nos perjudicaran. Seamos prudentes, ¿vale? Comprueba cada paso.

No hay ninguna respuesta altanera ni una mirada cortante. Clava la vista en la nave, de manera solemne, y se limita a asentir con la cabeza.

—Podemos evitar completamente los daños más graves. Esa es la popa; consiste prácticamente en sistemas de propulsión, aparte de las cubiertas exteriores. —Hace una pausa. Tal vez esté pensando en nuestro encuentro allí, igual que yo. Esa era otra vida y entonces éramos personas diferentes. Continúa en tono formal—: La proa también es técnica. Ahí es donde estaban las comunicaciones.

Lo que no hace falta que me explique es que las comunicaciones claramente ya no están ahí. La proa ha quedado totalmente hecha puré por el impacto.

Está examinando los restos, con la mirada atenta.

—El tercio medio de la nave es, era, la zona de pasajeros y de carga. Ahí es donde probablemente encontraremos provisiones y parece que una parte no se ha abierto.

La luna falsa está elevándose cada vez más en el cielo, permaneciendo en lo

alto más tiempo para luego ponerse más tarde. Ahora está apoyada en el horizonte, visible incluso a plena luz del día. Lila me mira con la vista fija en el horizonte y se acerca a mi lado.

—¿Crees que tiene algo que ver con el accidente?

No puedo evitar recordar la horrible sacudida cuando la Ícaro intentó volver gradualmente al hiperespacio y fracasó. Atrapada por la gravedad o por cualquier fuerza que la arrancase de esa dimensión.

—Sería demasiada coincidencia si no estuviera relacionado —respondo.

Oigo cómo se le corta la respiración.

—No sé si tus escuelas se centrarían en esto, pero mi padre me enseñó interminables lecciones sobre la terraformación y su historia. Fue la única asignatura que se negó a dejar a mis tutores. Supongo que ser un pionero significa que no confías en que nadie más lo explique bien. Antes de la primera emigración, cuando todavía estaban tratando de averiguar cómo terraformar Marte, una de las ideas para calentar el planeta lo suficiente para obtener agua líquida fue construir un gran espejo orbital para dirigir más luz solar a su superficie.

Aparto los ojos de su cara para mirar la luna falsa.

—O una serie de espejos. Creo que recuerdo algo al respecto. Aunque nunca lo probaron porque era muy poco práctico. Si eso es lo que hay ahí arriba, ¿por qué ahora? ¿Por qué este planeta?

Niega con la cabeza, mirándome. No tiene respuestas, ni yo tampoco. Vuelvo la espalda a la luna, mientras baja hacia las llanuras, y me dirijo a la nave.

Resulta que parte del casco que no se ha abierto está sellado completamente por una aleación de metales fundidos que no estaba pensada para atravesar la atmósfera. El sellado es una buena señal, supongo. Quizá lo que esté dentro se encuentre intacto, pero eso sólo importa si encontramos la manera de entrar.

Sigo con la Gleidel en la mano mientras nos abrimos camino por el borde del casco roto, dos hormigas marchando por la base de una enorme pared metálica que se eleva hacia el cielo sobre nuestras cabezas. No vemos rastro de otros supervivientes. ¿De verdad somos nosotros los únicos? Rodeados por el silencio total de los restos de la nave, me doy cuenta de nuevo de que las acciones de Lila son el motivo de que estemos vivos. Puede que yo le salvase la vida cuando se topó con el monstruo felino, y puede que la haya traído hasta aquí, pero ninguno de los dos habría llegado tan lejos si no hubiera encontrado

la manera de desengancharnos de la Ícaro. No puedo evitar observarla mientras caminamos, mi atención está dividida entre lo que nos rodea y la chica que tengo a mi lado. Al verla con su ropa elegante en la nave, ¿podría haberla imaginado alguna vez así, resguardada en traje de mecánico manchado, con el vestido destrozado metido dentro y el pelo recogido hacia atrás con un trozo de cuerda sucia?

Es Lila quien encuentra la línea divisoria que nos permite entrar. Se ha retirado una fracción de chapa metálica de la pared intacta y los remaches solo revelan oscuridad en el interior. No hablamos mientras nos ponemos a trabajar y nos colocamos cada uno a un lado para sujetarla y echarla hacia atrás, forzando los músculos para doblarla y agrandar el agujero. Me dan ganas de decirle que descanse, pero cuando la miro, tiene tensa la mandíbula y el ceño fruncido. Quizá ella no sea tan débil como yo pensaba, y quizá yo no sea tan fuerte o tan pesado como cuando aterrizamos.

Un instante después de formular ese pensamiento, un dolor al rojo vivo me atraviesa la palma de la mano. Suelto la chapa metálica y retrocedo a trompicones, liberando mi mano. El metal vuelve a su sitio y Lila por poco se pilla los dedos. Debería haber estado concentrado, haciendo caso a mi propio consejo. Ahora hay una raya roja inflamada en mi palma y un instante después aparece la sangre, rezumando para luego fluir libremente.

—Tarver, ¿estás...? ¡Oh!

Maldice de forma admirable, luego vuelve a ponerse seria, me quita la mochila de los hombros y la tira al suelo para sacar nuestro pésimo botiquín de primeros auxilios. Lo único que puedo hacer es levantar mi mano ensangrentada por encima de la cabeza y utilizar la mano libre para apretarme la muñeca, intentando limitar el flujo sanguíneo, pero es un corte profundo. Ya lo sé.

—¿Dónde ha aprendido a decir eso, señorita LaRoux?

Intento mantener la voz suave.

—Espere a que sea mi padre el que haga la misma pregunta, comandante. — Saca el pequeño botiquín y empieza a abrirlo—. Entonces sabrás lo que es tener problemas de verdad. Ven aquí, voy a intentar vendarlo.

—Tengo pensado estar muy lejos para cuando salga el tema. —Me pongo de rodillas con cuidado—. Exiliado en alguna colonia lejana para luchar contra los rebeldes, como castigo por echarle miraditas a su hija.

—Échate una miradita a ti mismo.

La herida ahora sí está sangrando. Enrolla una de nuestras vendas con nuestra única gasa bien apretada contra mi palma y la ata con la otra venda. Hago una mueca cuando el dolor comienza a ser más intenso y me sube por el brazo.

—Bebé —bromea, enrollando el vendaje alrededor de mi palma.

A pesar de todos sus esfuerzos, empieza a verse la sangre a través de las vendas mientras todavía está guardando el botiquín de primeros auxilios casi vacío.

Resulta que hemos doblado el metal lo suficiente como para que pueda entrar y espero, ansioso, mientras se pone de lado y se retuerce para pasar centímetro a centímetro hacia la oscuridad.

—Sigue comprobando que puedes moverte de espaldas —digo, agachándome para ver mejor su avance—. No querrás quedarte atascada. Y comprueba con los dedos qué es antes de coger nada.

Sus piernas desaparecen y contengo la respiración mientras espero. El corazón me martillea en el pecho. Se oye un ruido metálico y la chapa tiembla cuando le da una patada y después otra desde dentro. Se dobla más fácilmente haciendo fuerza desde esa dirección y en cuanto el hueco es lo bastante ancho, me agacho para entrar tras ella.

El aire dentro de la nave es frío y está en calma, pero no huele mal. No está tan oscuro como temía. Unas pequeñas grietas en el casco dejan pasar la luz del día moteada, aunque no habrá mucha en cuanto entremos más. Mantengo la mano pegada al cuerpo, con la esperanza de que sangre menos.

—Deberíamos estar en la zona de almacenamiento. —Su voz me sobresalta—. La zona de carga, de equipaje, quizá. Algunos servicios también.

—Había muchas tropas a bordo. Me encantaría encontrar algunos de nuestros víveres. Saben a cartón, pero son completos nutricionalmente y duran para siempre.

Me dan ganas de morderme la lengua en cuanto termino. He intentado esforzarme por no mencionar la posibilidad de que «para siempre» sea justo el tiempo que vamos a estar aquí atrapados.

—Hay un pasillo ahí delante.

Vuelve a desaparecer de la vista y entonces me doy cuenta de que su cuerpo estaba tapando la luz mientras salía de la vía de servicio en la que estamos para entrar a un pasadizo. Está inclinado en un ángulo de cuarenta y cinco grados, pero podemos recorrerlo de pie si vamos con cuidado. Le sujeto

abierta la mochila para que pueda sacar la linterna, y de repente podemos ver.

Las dos primeras puertas que probamos están atascadas por la deformación de la nave, pero la tercera se abre. La sala está llena de cajas que se han caído y se han roto, y montones de circuitos inundan el suelo. No sirve de nada.

Lila abre la siguiente puerta y yo pruebo al otro lado del pasillo.

—Nada —dice mientras abro mi puerta.

Dentro hay tela por todas partes, sábanas y ropa a un lado de la habitación, amontonadas donde cayeron. Me he llevado el premio gordo. Debe de ser la lavandería. No sé si lo que hay aquí dentro está limpio o no, pero debe de estarlo más que nosotros.

—¿Recuerdas tu actitud refinada? —grito dejando que oiga la sonrisa en mi voz—. Es el momento para ello. Sin empujones, ni gritos, ni...

No voy más allá. Ha oído el cambio en mi voz y cruza el pasillo en un santiamén. Pierde un instante en quedarse boquiabierto y luego me aparta de un empujón para ir como una flecha hacia el montón de ropa, riendo.

—Tarver, Tarver. Hay... ¿Los ves todos?

Pasa la linterna por los regalos, revelando trozos de tela de todos los colores.

Tengo la boca medio abierta para responder cuando empieza a desabrocharse el traje de mecánico y entonces la boca termina de abrirse por sí sola. Está oscuro dentro de la habitación, pero alcanzo a ver fugazmente la piel pálida bajo los restos de su vestido antes de acordarme de mí mismo y decidir echarle un buen vistazo a mis botas. A juzgar por los sonidos al otro lado de la habitación, ha olvidado que existo. El traje de mecánico debía de ser muy incómodo, incluso llevándolo sobre el vestido, si está tan impaciente por quitárselo estando yo aquí delante.

—Hay vestidos —susurra, y capto un movimiento en mi visión periférica.

¡Oh, Dios, venga! Es el traje de mecánico y el vestido, a los que ha dado una patada en el suelo para apartarlos de ella. Así que ¿qué se supone que lleva puesto ahora? En realidad no ha dicho que no pueda mirar.

—No mires —me advierte, como si me hubiera leído la mente.

«Maldita sea.»

Me doy la vuelta y extendiendo la palma de la mano para examinarla bajo una rayita de luz que cae junto a la puerta. Las vendas están rojas y palpita con el ritmo habitual de mi pulso. Ojalá parase. El rasguño en sí no es nada y he sufrido peores en el campo de batalla, pero ninguno sin esperanza de

medicinas o puntos. Tengo que estar bien.

—Hay sábanas, podemos hacer una cama. Una cama como es debido, ¡imagínate! No sabremos qué hacer con ella.

Está riendo mientras habla.

«Oh, créame, señorita LaRoux. Yo sí sabría qué hacer con ella. Puedo hacer una lista entera, si quiere.»

—Ya puedes darte la vuelta.

Me vuelvo despacio, seguro de que voy a verla vestida con algo recargado y poco práctico, pero no veo nada porque me apunta con la linterna. Entonces cambia el ángulo de la luz para que pueda verla y me quedo con la vista fija.

Ha elegido unos vaqueros y una camisa azul claro y, ahí descalza, con el pelo retirado de la cara, las pecas espolvoreándole la nariz y las mejillas, parece perfecta. No tiene el aspecto de una princesa, pero sí es exactamente como las chicas que hay en casa. Sonríe, muestra los hoyuelos y las palabras se me atascan en la garganta.

Parece tomarse mi silencio de mandíbula floja como una aprobación y me pasa la linterna para cortésmente volverse hacia la puerta y que yo pueda elegir algo de ropa. Pienso un momento en el hombre que llevaría la ropa de trabajo que encuentro, pero estoy más cómodo de caqui y es más o menos de mi talla. Encuentro unos pantalones nuevos y una camiseta, y me los pongo con una sola mano. Luego la llamo para coger algunas prendas de repuesto y capas extra.

Le enseño cómo cortar una sábana para hacer vendas —ahora mismo mi mano no sirve de mucho — y preparamos un vendaje mejor para mi corte. Trabaja con cuidado mientras usa una funda de almohada para limpiar la sangre y luego vacía lo que queda de la minúscula botella de antiséptico sobre mi palma. Lo hemos utilizado casi todo en arañazos y rozaduras, y ahora lo estoy lamentando. En cuanto termina, coloca otra gasa sobre el corte y después me envuelve la mano con las vendas, de modo que mis dedos sobresalen por arriba.

Llenamos la cantimplora en uno de los tanques de agua de la lavandería, luego encontramos unas bolsas grandes y blancas y las llenamos hasta rebosar de ropa de repuesto y un montón de sábanas para hacer la cama. Llevamos una cada uno al salir de vuelta al pasillo.

—¿Tenemos bastante para cenar esta noche? —pregunta—. Supongo que comeremos las raciones que encontraste en la cápsula y luego podremos

acampar. Está oscureciendo.

Sigo su mirada y me doy cuenta de que tiene razón. La luz del día que se filtraba por las grietas en el casco de la nave se está yendo. Debería haberme percatado yo de eso.

Empieza a caminar hacia la puerta, arrastrando su bolsa de ropa, pero muevo la linterna hacia donde se vistió.

—¿Quieres que coja tu traje?

Sus ojos siguen el haz de luz de la linterna hacia el montón de satén verde y sucio. La comisura de sus labios se eleva en una sonrisa compungida y después niega con la cabeza enérgicamente.

—Déjalo —decide, volviendo la espalda a lo que queda de su antigua vida.

Empujamos y tiramos nuestras bolsas de ropa por la rampa de servicio una vez más y encontramos un lugar donde acampar al abrigo de una enorme y retorcida chapa metálica en el exterior. Hay un arroyo cerca y, si la nave ha contaminado el agua, el filtro de la cantimplora debería encargarse de eso.

No hemos visto ni un alma, pero cavo hondo para preparar la hoguera de todas formas, tratando en vano de mantener la mano limpia. Sigue palpitando. Lila se ocupa de hacer la cama minuciosamente, coloca la ropa en montones y cubre sus esfuerzos con una sábana. Al cabo de unos instantes de reflexión, mete algunas prendas en las bolsas blancas de ropa y nos hace unas almohadas.

No tenemos mucho combustible —un poco del que llevábamos encima y otro poco que hemos encontrado por aquí—, pero basta para calentar una cantimplora de agua y preparar un poco de sopa, que ayuda a hacer de las barras una comida algo más decente.

Hablamos de las cosas que queremos intentar rescatar de la nave —medicamentos, comida, ropa de más abrigo, hasta una olla— y contemplamos la silueta de los restos en contraste con las estrellas. Me pregunto si podremos subirnos a la estructura para poder ver mejor el terreno a nuestro alrededor.

Lila se queda dormida con la cabeza apoyada en mi hombro y con cuidado yo echo las sábanas sobre nosotros, intentando no usar más de dos dedos.

No hay rastro de los susurros. No puedo evitar pensar qué significa. Al llegar a la nave, ¿hemos hecho lo que intentaban transmitirnos? ¿O siguen observándonos, esperando? No entiendo sus intenciones, o más bien no me fío.

Supongo que algo podría estar impidiéndoles llegar a nosotros. Quizá ahora estemos solos.

portadella

—¿Había partes significativas de la nave intactas?

—Tiene las imágenes del reconocimiento.

—Le estoy haciendo una pregunta, comandante.

—Está haciendo muchas preguntas de las que conoce la respuesta. ¿Existe algún propósito?

—¿Existe algún propósito detrás de su negativa a cooperar?

—Estoy cooperando. ¿Van a traerme esa agua pronto?

—La nave. ¿Había partes significativas intactas?

—Había partes que no habían sido incineradas, pero no diría que estuviesen intactas.

—¿Llevó a cabo la búsqueda de provisiones sin ningún incidente?

—Me corté en la mano. Eso fue lo más emocionante.

VEINTICUATRO

LILA

Explorar la nave es una tarea muy aburrida. Aunque partes enormes de ella se hicieran añicos durante el descenso o quedaran aplastadas por el impacto, originalmente era lo bastante grande para llevar a cincuenta mil personas, con sitio de sobra. Atravesar tan solo un trozo de ella nos llevará días. Por cada habitación que encontramos con provisiones útiles hay un montón donde todo está destrozado o donde hubo un incendio que dejó solo plasteno arrugado y objetos chamuscados no identificados.

Tarver me ha estado ocultando su mano. Al principio, supuse que estaba protegiéndome del hecho de que no es invencible, por miedo a que me derrumbara.

Pero a la mañana del segundo día, sé que algo va mal.

Tiene la cara blanca con manchas rojas en cada mejilla y sus ojos tardan más tiempo en enfocar de lo que deberían. Está demasiado callado. Se mueve despacio. Ni siquiera hace ahora ningún comentario cuando le respondo con sus groserías. Solo gruñe y continúa moviéndose.

Hacemos una pausa para comer muy dentro de la nave y nos sentamos en un armario volcado donde una vez hubo una oficina administrativa de algún tipo. No hay luz del día y solo vemos con la ayuda de la linterna. Me ofrece dos tercios de su barra. Le devuelvo lo que me ha dado de más y niega con la cabeza, apoyando los codos en las rodillas, dejando que la cabeza caiga entre ellas.

—Tarver —empiezo a decir con prudencia—. Quizá deberíamos tomarnos un día de descanso. No tenemos mucha comida, pero aún nos queda como para posponer la búsqueda un poco.

Vuelve a negar con la cabeza, sin molestarse en levantarla.

—Como hicimos en las llanuras, cuando yo necesitaba un descanso. Nos tomamos medio día.

En esta ocasión sí levanta la cabeza y sus ojos vagan antes de posarse en los míos.

—No. Tenemos que seguir avanzando.

—Tarver. —En esta ocasión mi voz es más firme. No creo que pueda

intimidarlo, pero tengo que intentarlo—. Está claro que te hace falta descansar. Deberíamos hacer una pausa. Iré a buscar algunas de las hierbas que me enseñaste en las llanuras y nos las comeremos para alargar nuestras provisiones.

No responde esta vez, pero por su mandíbula sé que está decidido a seguir adelante. Entonces los dedos de su mano derecha tiran del vendaje mugriento que le cubre la izquierda y me doy cuenta.

No está desesperado por dar con los almacenes de comida. Necesita encontrar la enfermería. Necesita medicinas.

Vuelvo a mirarle la mano. Cuelga inútil de su muñeca, con los dedos hinchados y rígidos. El color de sus mejillas es visible en la penumbra y, a pesar del aire fresco, está sudando.

—Vuelve. —Hablo rápido, dominada por el viento candente—. Tarver, vuelve al campamento ahora mismo. Vete a la cama.

Esto provoca la primera sonrisa en horas.

—Suenas como mi madre.

Por una vez, no estoy de humor para sus bromas.

—Lo digo en serio. Muévete, soldado.

Aunque no se me da muy bien poner el tono de orden que él emplea cuanto intenta hacerme reaccionar, espero que las palabras basten.

Me mira, ojeroso, y después tensa la mandíbula mientras vuelve a desviar la mirada.

—No voy a dejarte deambular por aquí tú sola. Si te haces daño, no habrá nadie que te ayude. Tardaría siglos en encontrarte, si es que te lo hago.

Me levanto y me arrodillo en el suelo delante de él, alzando las manos para volver su rostro hacia mí, obligándole a que me mire a los ojos.

—Y yo no voy a dejar que te pongas enfermo por una infección porque seas demasiado estúpido como para cuidar de ti mismo. Tendré cuidado.

Tuerce la boca como un niño que se niega a tomar la medicina. Sabe que tengo pocas posibilidades de avanzar por mi cuenta. Si no estuviera aquí, ya habría muerto mil veces en este planeta dejado de la mano de Dios.

Y entonces se me ocurre cómo convencerle.

—Si mueres —susurro, mirándole a los ojos—, te juro que yo también moriré.

Para cuando regreso de la nave al campamento, se ha hecho de noche, y Tarver

está solo medio consciente.

No tardé mucho en encontrar uno de los almacenes de comida, pero ni siquiera el ver la pasta, las especias y el azúcar alivió el nudo de tensión que me oprime el pecho. Debería sentirme aliviada, nos quedaban pocas barras. Pero el hambre ya no es nuestro mayor problema.

Los paquetes llevan todos estampado el estilizado logo de mi padre, una *V* boca abajo, la lambda griega, por LaRoux.

Mi padre y su estúpida fijación con la mitología. Me contó todas esas viejas historias cuando era pequeña, sobre dioses y diosas enfrentados, y casi me imaginaba que él era uno de ellos. Todopoderoso, omnisciente. Alguien a quien adorar incondicionalmente. Pero ¿quién llama a una nave Ícaro? ¿Qué clase de hombre posee tanta arrogancia que la desafía a caer?

He dejado de esperar que venga a por mí. No hay naves sobrevolando la zona del accidente. Nadie está buscándonos. Con un sobresalto, me doy cuenta de que a estas alturas mi padre debe de pensar que estoy muerta. No hay naves de rescate, así que no deben de saber dónde cayó la Ícaro. Podría haber caído en cualquier parte de la galaxia al salir del hiperespacio.

Ya perdió a mi madre. Yo he sido lo único que ha tenido desde que tenía ocho años. Intento imaginármelo ahora, sabiendo que me he ido, y la mente se me queda en blanco.

Me pregunto si los ingenieros que diseñaron la Ícaro están aún vivos o si su venganza ya los habrá destruido.

Me estremezco al recorrer la forma del logo con las yemas de los dedos, como hice innumerables veces a lo largo de mi infancia. Sería más fácil si no relacionara este montón de desechos, esta enorme tumba, con la insignia de la empresa de mi padre.

Hago tres viajes al interior de la nave y en el último arrastro una olla llena de especias y cajas de caldo en polvo. Enciendo un fuego, caliento algo de sopa e intento que Tarver beba. Se despierta a regañadientes y solo después de apartarme todavía dormido. Consigo que trague un par de cucharadas de caldo antes de que vuelva a desplomarse. Preparo el campamento para la noche, comprobando que el fuego no sea visible más allá de nuestro pequeño hueco, que nuestras pertenencias estén todas cerca y que la pistola de Tarver esté en su costado, en su sitio.

Traigo un poco de agua del arroyo que hay cerca y uso tiras de sábana para limpiarle la cara y el cuello, que están ardiendo al tacto. Tengo miedo de

quitarle la venda de la mano porque no tengo nada esterilizado con lo que envolverla de nuevo, pero la piel alrededor de la venda está enrojecida y parece que le duele.

Al final me quedo sin tareas y me meto con él en la cama. Está tan caliente que, a pesar del frío, hace un calor incómodo debajo de las mantas. Sin embargo, me acerco a él para sentir los latidos de su corazón y oler su aroma, a hierba, a sudor y a otra cosa que no sé identificar. Familiar, reconfortante. Mientras duerme, me rodea con su brazo bueno, solo un poco.

Me despierto en la oscuridad porque alguien está empujándome bruscamente fuera del colchón improvisado hacia el suelo duro. Mi mente es lenta en despertarse y durante unos instantes solo se me ocurre que otro superviviente nos ha encontrado y está intentando ver si tenemos algo que valga la pena robar. Mi corazón bombea pura adrenalina y tengo todos los nervios a flor de piel.

Entonces me doy cuenta de que es Tarver el que me empuja. Mientras me levanto, le oigo murmurar para sus adentros y me da un vuelco el corazón. Está despierto. Seguro que es un buen indicativo. El cielo está parcialmente nublado y tapa la luz de la luna-espejo artificial.

Me arrastro hasta las brasas del fuego y echo unas ramas secas hasta que se reaviva y me permite verle la cara.

El alma se me cae a los pies.

Mira a través de mí, con ojos de loco, vidriosos, y está asustado, lo que me habría parecido imposible si no le hubiera visto encima del valle contemplando la visión de su casa. Masculla algo ininteligible, con los labios secos y agrietados.

—¿Tarver? —Me acerco a él—. Iré a buscar agua. Déjame...

Alargo la mano hacia su frente para comprobar la temperatura, cuando de pronto me derriba y caigo rodando por la tierra. Me zumban los oídos y la cabeza me palpita.

Las estrellas serpentean y tiemblan mientras se me nubla la visión y con un esfuerzo monumental vuelvo a la conciencia y me pongo derecha con una sensación de mareo.

Tarver está medio sentado con el arma apuntándome directamente a la cara, aunque tiene la mirada perdida. Su expresión es la de un gruñido mucho más fiero que cualquier cosa que podría haber imaginado de él. El lugar donde me ha dado en la mejilla con el dorso de la mano palpita e irradia calor con cada

latido de mi corazón.

—¿Tarver?

Es casi un susurro.

Parpadea y vuelve la cabeza hacia mí. El cañón de la pistola vacila y baja. Enfoca la vista y me da un vuelco el corazón. Traga saliva y habla con los labios secos.

—Sarah —dice con voz ronca.

—Soy yo —digo con voz lastimera. Sueno como si estuviera suplicando algo. Le estoy suplicando—. Por favor, Tarver. Soy yo. Soy Lila. Tu Lila, me conoces.

Gruñe y vuelve a desplomarse, dejando caer la mano con el arma.

—Dios, te he echado de menos.

—No me he ido a ninguna parte.

Debería acercarme, volver a comprobar si tiene fiebre, pero no servirá de nada. Sé que está ardiendo. La almohada improvisada debajo de su cabeza está empapada por el sudor.

—Sarah, me encuentro fatal.

Por la fiebre cree que soy otra chica. Su novia, quizá... ¿Le espera una en casa? Me doy cuenta de que nunca se lo he preguntado.

—Lo sé —susurro, dándome por vencida.

No puedo llegar hasta él. Lo único que puedo hacer es volver a meterme en los restos de la nave y abrirme paso hasta las partes menos intactas y más profundas para buscar la enfermería.

Farfulla otra cosa y me acerco lo suficiente para quitarle la pistola de la mano. Ni se mueve. Me la meto por la parte trasera de los vaqueros y siento un escalofrío en la piel ante su presencia. No tengo ni idea de armas, pero lo que sí sé es que no puedo dejarla aquí con él y arriesgarme a que me dispare en su delirio.

Respiro hondo, localizo la linterna y, tras un momento de vacilación, veo el cuaderno y el bolígrafo de Tarver. Necesito dibujar un mapa. En la completa oscuridad va a complicarse atravesar el laberinto de pasillos pronunciadamente inclinados y escaleras rotas, pero no puedo permitirme esperar. Tarver no puede permitirse que espere.

Está muy delgado. No me había dado cuenta al verle cada segundo de cada día, pero aquí, mientras está dormido, enrojecido y delirante, compruebo lo flaco que está. Le retiro el pelo húmedo de la frente.

—Volveré —murmuro—. Aguanta.

Llama a Sarah mientras vuelvo a dirigirme a la nave y me rompe el corazón. Me sentaría con él y sería su Sarah si pudiera, si hubiera alguien más para ir a buscar su medicina. Pero le dejo con sus fantasmas y entro en los restos de la nave, ignorando la voz tras de mí que me suplica que vuelva.

En la oscuridad, la nave es un laberinto.

En estos últimos días que llevo buscando, solo he encontrado un punto de entrada, así que cada vez que regreso tengo que volver sobre mis pasos, gastando un tiempo precioso recorriendo los mismos caminos en ruinas. He probado todos los giros posibles y cada intento termina en un suelo hundido o una habitación sin salida.

Encontré un parque de bomberos de emergencia unas cuantas horas después aquella misma noche, con una manta ignífuga, un hacha, un extintor... y un puñado de barras químicas luminiscentes. He descubierto que dan luz constante durante aproximadamente una hora y media antes de que empiecen a apagarse, así que he estado usándolas como cronómetros. Cuando pasa una hora y media, dondequiera que me encuentre, vuelvo a comprobar cómo está.

Tres horas en las que entro y salgo para asegurarme de que no está muerto.

He perdido la cuenta de cuántos viajes he hecho. La linterna está perdiendo intensidad después de tanto uso, así que la apago, confiando en la luz de las barras luminiscentes. Ya conozco este pasillo en particular de memoria, el modo en que está destrozado. No necesito luz aquí.

A la derecha está la lavandería. Sigo recto. Más adelante hay otros pasillos que se ramifican en dormitorios para los empleados. Descubro un pequeño gimnasio con un equipamiento tan roto que tardo un largo rato en averiguar qué es. ¿Qué esperanza hay de que, aunque encuentre la enfermería, haya algo que se pueda usar?

La oscuridad da vueltas y el agotamiento amenaza brevemente con robarme el equilibrio. Cierro los ojos, alargando una mano para agarrarme a la pared. No puedo permitirme no perder la esperanza.

Espero hasta que se me pasa el mareo y tomo nota mentalmente de comer algo en el siguiente viaje que haga al campamento. Cuando abro los ojos me doy cuenta de que he llegado a una intersección donde giré a la derecha la última vez. En esta ocasión sigo recto, hacia un nuevo territorio.

Barras de acero y cableado al aire imposibilitan pasar sin ir deteniéndome

y los escombros esparcidos amenazan con sepultarme a cada paso. Una vez vi la Ícaro así de desmontada, casi hace diez años. Por aquel entonces jugaba en ella, cuando no era más que una estructura metálica y un esbozo en la mente de los ingenieros de mi padre. Pero entonces era nueva y estaba limpia, llena de promesas y potencial. No tan hecha pedazos que hasta cuesta reconocerla.

Intento visualizar la nave en la que jugaba. ¿Sabía entonces para qué usarían las habitaciones? No me acuerdo. ¿Supe alguna vez dónde se hallaba el ala médica? ¿Alguna vez me puse enferma?

No. Pero Anna sí. Por primera vez el hecho de pensar en mi prima no me inunda de una culpa tan tangible que me entran ganas de vomitar. En cambio, el destello de un recuerdo me viene a la mente y lo acompaña algo similar a la esperanza.

Me acuerdo del aroma a jabón al llevar a Anna a la enfermería. Y no el olor astringente del desinfectante médico, sino el suave y ligero aroma a limpio del jabón. La lavandería.

Entonces no puede estar lejos, ¿no?

Ahora no huele a detergente, aunque me llega el olor a otra cosa. «Comida estropeada», pienso. Huele como si una cámara frigorífica se hubiera quedado sin corriente durante una semana. Pero muy poco.

La barra luminiscente está apagándose.

Tengo que moverme más rápido. Pronto tendré que ir a ver si Tarver sigue vivo. Mirarle las vendas, hacerle beber un poco de agua y esperar que no me confunda otra vez con una amenaza. El morado de mi mejilla palpita ante el recuerdo.

Puedo ver a un paso delante de mí por la luz mortecina de la barra luminiscente. Mañana tengo que acordarme de poner la linterna a cargarse con luz solar. «¿Mañana? Es de noche, ¿no?»

Quizá ya sea mañana.

«Regresa —me digo para mis adentros—. Regresa ahora mismo.»

Tengo la extraña sensación, casi una superstición, de que si le dejo más del límite arbitrario de tres horas, esos pocos minutos representarán su muerte. Y aun así, el tiempo que tardo en ir y volver para ver cómo se encuentra, en vez de estar buscando las medicinas, podría ser igual de mortal.

Sigo avanzando.

El camino está lo bastante despejado aquí para echar a correr lentamente. Tanta caminata ha tenido buenos resultados y aunque llevo un par de días en

los que solo he dormido una o dos horas seguidas, todavía me queda energía para esto.

Delante de mí se abre una súbita negrura, no hay rejilla en el suelo. Mi mente, aletargada por la falta de sueño, no termina de procesarlo. Antes de darme cuenta de que debo detenerme, me caigo.

Algo blando interrumpe mi caída con un chasquido amortiguado. Dejo caer la barra luminiscente, intentando respirar cuando una repentina ola de náuseas me sacude el cuerpo. Es el olor a cámara frigorífica, no la caída, lo que me da arcadas. El olor aquí es más fuerte.

Demasiado fuerte.

Me aparto rodando de lo que sea sobre lo que he aterrizado y me pongo de pie. Medio en shock, mi mente repasa una lista de verificación de mi cuerpo curiosamente distante para asegurarse de que todo sigue funcionando. Tarver me mataría si supiera que he sido tan imprudente. Si estuviera aquí.

Me vuelvo hacia la barra luminiscente, que se me ha escapado de la mano al caer. Me inclino para recogerla y me quedo paralizada.

Es una cara. Un minúsculo resplandor verde pálido ilumina las mejillas hundidas, los ojos fijos y vacíos, y se refleja en los dientes que asoman en los labios entreabiertos.

Grito, encogiéndome hasta que toco el suelo. Mi rostro se aprieta contra la rejilla e intento respirar, inspirar de forma superficial por la boca. El olor a cámara frigorífica —¡Dios, es carne podrida!, ¿no?— es tan penetrante que por un momento creo que voy a desmayarme. Noto el sabor en la lengua.

Me pongo de pie y echo a correr. En la oscuridad, presa del miedo, no dejo de chocarme con las paredes y rebotar en las esquinas. Me tropiezo con algo que cede bajo mi talón y me falla el tobillo, pero me mantengo en pie. Sé que si me caigo, sobre lo que sea, será mi fin. Cosas blandas. Cosas podridas. Cosas muertas.

Esta nave no es un laberinto, es una tumba.

Los escombros al descubierto me rasgan la ropa, me tiran del pelo y me arañan la cara. Sigo corriendo, cada vez más dentro de la parte muerta de la nave, impotente al saber que después de una caída tan larga, no podré volver a salir por donde entré.

Una barra de acero me golpea en el brazo y tira de mí de lado, lanzándome hacia una pared. Mi grito es un ruido ronco y desesperado.

Encuentro con la mano el pomo de una puerta y lo giro. Me meto en el

espacio que hay detrás, parecido a un armario, y cierro la puerta tras de mí. Me deslizo al suelo en medio del golpeteo de unos cubos y los palos de unas fregonas, y busco a tientas la linterna. Su haz de luz es cálido y dorado, aunque sea tenue, e ilumina el interior de lo que parece el armario de una portería. Está extrañamente intacto, con las fregonas y las escobas bien colocadas.

Mi corazón amenaza con atravesarme la caja torácica. Pongo la cabeza entre las rodillas y me concentro en respirar. Cualquier cosa para no pensar en lo que me aguarda fuera, los ojos muertos y los cadáveres hinchados.

«Uno. ¡Oh, Dios! Dos. Tres. Cuatro. Algo se rompió cuando caí sobre ese cuerpo. Le rompí algo. Era como una rama mojada. No. No. Cinco. Seis. Siete. Él me habría despreciado por echar a correr. ¿Y si uno de esos cuerpos era el de Anna? ¡Oh, Dios! No. Nueve. Diez. Once. Cállese, señorita LaRoux. Doce. No le sirves de nada a nadie escondiéndote por el miedo en el armario de las escobas. Trece. Catorce. No te subestimes. No conozco a muchos soldados que lo hayan hecho mejor. Quince.»

Llego a veinte antes de volver a abrir los ojos. La luz de la linterna se agita con cada respiración, el esfuerzo basta para sacudirme el cuerpo entero. Pero la oscuridad ya no intenta estrangularme.

Tarver es un mentiroso, pero me miente para que siga moviéndome y no puedo culparle por ello. Lo mínimo que puedo hacer es demostrarle que tiene razón.

«Me quedo con la chica que conozco, gracias.»

Me obligo a levantarme y abro la puerta de nuevo, con esfuerzo. Tomo una buena bocanada de aire a través del cuello de la camisa, tratando de filtrar el hedor a descomposición, y regreso al pasillo.

La linterna se apaga.

Un ruidito se me atasca en la garganta, pero evito volver a gritar. En cambio, me quedo quieta, mirando en la oscuridad y obligándome a respirar.

Me llega un olorcillo a algo más fresco, algo no contaminado por el hedor a muerte de alrededor. Me dirijo hacia allí, abriéndome camino cuidadosamente a través de la oscuridad, despacio, entre los cadáveres y los desechos del suelo.

Parece salir de una grieta en el lateral de la nave, donde algo hizo un corte largo y estrecho en el casco. Meto el cuerpo, con cuidado de no cortarme con el metal y los cables de medio metro de grosor de la pared.

Fuera es de noche, pero es como salir a la luz del día. El aire jamás ha

olido tan bien y el cielo jamás ha parecido tan lleno de estrellas. Las nubes se han dispersado y la luna espejo brilla, cubriendo al mundo con su luminiscencia azul claro. Caigo de rodillas, intentando coger aire, como si pudiera borrar mis recuerdos de lo que aguarda en el interior de la nave con suficiente oxígeno fresco. No voy a volver a entrar. ¿Cómo iba a volver a entrar? No puedo. Es una tumba. Sabíamos que no todo el mundo habría conseguido llegar a las cápsulas en aquel torrente frenético de gente, pero ahora, con la prueba delante, la idea de regresar a la nave me da arcadas. Debía de estar cerca de uno de los puntos de evacuación cuando me caí.

Me agacho en la oscuridad para contar hasta cinco, respirando hondo, antes de ponerme de pie y caminar por el exterior del casco de la nave para llegar al campamento.

Tarver está inconsciente. Es casi un alivio, aunque no sé si la inconsciencia es una mala señal o si el descanso es bueno para él. Pero significa que no me mira con esos ojos ardientes, no va a por mí con la mirada perdida, no grita tonterías, ni me habla como si fuera su madre, su amante, su cabo o cualquiera excepto yo.

Le lavo la cara y el pecho con agua fría, luego le levanto la cabeza y echo unas gotas de agua de la cantimplora en su boca. Traga unas cuantas veces, después gime y me aparta. Unas líneas rojas e irritadas han empezado a trazar un recorrido desde debajo de las vendas, subiendo por el interior de su brazo. Paso las yemas de los dedos por encima y me trago mi temor.

Está tan callado, tan quieto... Le retiro el pelo de la frente, paso el dorso de mis dedos por su mejilla, áspera como papel de lija por la barba incipiente de los últimos días. Parece más joven que de costumbre, no mayor que yo. Humedezco los dedos con agua y se los paso por la boca, que está seca y agrietada. Hasta los labios están calientes, enrojecidos.

—Tarver —susurro, ahuecando la mano en su mejilla ardiente—. Por favor, no... no me dejes.

Se me agarrota el cuerpo entero y las entrañas se me oprimen por un horror y una impotencia más profundos que los que he sentido al enfrentarme a los cadáveres del accidente. Incapaz de respirar, incapaz de moverme, me agacho sobre él e intento con las manos temblorosas hacer desaparecer la enfermedad de alguna manera.

—Por favor, no me dejes aquí sola.

Paso los dedos por el pelo húmedo de su nuca. Mis labios encuentran su

frente, luego su sien. Estoy temblando y hago un esfuerzo por detenerme, llevando aire a mis pulmones.

—Volveré —le susurro al oído.

Lo digo cada vez que me voy. Es tanto una promesa a mí misma como a él. Intento poner los pies en movimiento, hacer realidad esa promesa, pero estoy muy cansada. Lo único que quiero es acurrucarme a su lado.

Me aparto tambaleándome y, mientras me seco los ojos, veo algo iluminado por la lumbre. Algo que sé que no estaba ahí hace un momento, porque hace un momento he estado tumbada en ese sitio, junto a Tarver.

Es una flor.

La cojo, con dedos temblorosos, aunque ya sé qué es. Dos de los pétalos han crecido juntos, una mutación, una entre un millón. Es única. Salvo por que la he visto antes. Y esa flor no existe, la destruyó el chaparrón, se aplastó contra mi piel. Dejé los trozos donde acampamos junto al río.

¿Cómo es que ahora está aquí?

Sostengo la flor en mis manos y cierro los ojos durante un buen rato. Paso la yema de un dedo por los pétalos unidos y de repente veo la sonrisa tranquila de Tarver, la belleza del momento en que me la dio. El recuerdo se propaga como un fuego por mis extremidades y siento cómo vuelve a mí la fuerza. «Puedo hacerlo.»

Me doy cuenta de que quien sea o lo que sea que nos esté observando me ha hecho un regalo, al igual que lo fue la cantimplora. No sé cuál es su intención, pero sé lo que significa para mí.

No estoy sola. Tal vez nunca lo estuve, ni siquiera en las profundidades de los restos llenos de muerte. Estos susurros, quienes sean o lo que sean, ven mis pensamientos. Ven dentro de mi corazón.

Cierro los ojos, apartándome del espacio vacío a su lado.

Detrás del campamento se yergue la negra monstruosidad de los restos de la nave, más oscura que la noche, tapando las estrellas. La cámara frigorífica. Me obligo a no volver a mirar a Tarver dormido en nuestra cama. Sé que si lo hago, tal vez no me marche. Esta vez podría no conseguirlo, caerme y no volver a levantarme.

Entro de nuevo en la tumba.

portadella

—¿Cómo se repartieron el trabajo?

—¿A qué se refiere? ¿A la búsqueda de provisiones?

—Sí.

—La hizo casi toda ella.

—Su sarcasmo sobra. ¿Cómo se repartieron el trabajo?

—Según nuestros puntos fuertes, supongo.

—¿Cuáles eran los puntos fuertes de la señorita LaRoux?

—Peinarse, pintarse los ojos, ver una metedura de pata a cincuenta pasos.

—Comandante. Estamos tomando nota de su falta de cooperación.

—Podía traer y llevar cosas, pequeñas tareas como esa.

—¿Y usted?

—Lo encontré muy útil.

VEINTICINCO TARVER

Sé que es extraño cuando mi hermano Alec aparece a mi lado, pero no recuerdo por qué. Siento un cosquilleo en lo profundo del cerebro, como una pequeña comezón. Lo dejo por ahora y vuelvo a cerrar los ojos.

Antes estaba mirando a Lila, pero creo que se ha ido ya. Está todo el rato yendo y viniendo, yendo y viniendo, trayendo siempre cosas. Muchas cosas. ¿De dónde salen? Este mundo no tiene tantas cosas. No hay cosas, ni otras personas, ni idea, ni esperanza. Solo ella.

Tan solo espero que cuando llegue el momento, sea la primera en morir. Sería malo para ella que fuese yo.

—Ese es un pensamiento bastante morboso, T.

Alec está tumbado a mi lado en la cama, apoyado en los codos, como siempre hacía cuando nos tumbábamos al aire libre las noches de verano.

«Eso no lo hace menos cierto. ¿Qué otra cosa debería esperar para ella?»

—A mí no me mires, ella es tu empleada de confianza.

«No es mi empleada de nada.»

Entonces me llega como un jarro de agua fría en la cara, rápido e impactante, dejándome sin respiración. «Estás muerto.»

—Oye, no hace falta que me lo restriegues. —Alec sonríe con facilidad—. Nos pasa a los mejores, T.

Me concentro por un momento, esperando los temblores, el sabor metálico al fondo de la garganta, los susurros por mi piel. Pero tengo las manos firmes. «No eres una visión.»

—No, estoy en ti. Estás delirando, lo que significa que para mí hay vida después de la muerte durante un rato. Tengo que decirte que me esperaba algo peor. Puedo vivir con esto. No va con segundas.

«Fue espantoso.»

—Aunque te lo perdiste.

«Sí. Cada día.»

—Siento haberme marchado, T. No pretendía hacerlo. ¿Qué lugar es este?

«Ni idea. Un planeta abandonado.»

—¿Abandonado? ¿Después de todo el dinero invertido para germinar la

terraformación? ¿Qué tipo de cosa causaría que hicieran las maletas y se largaran?

«Ni idea, pero está pasando algo. Lila cree que alguna clase de forma de vida está tratando de comunicarse con nosotros. Sin ninguna mala intención hasta ahora. Tal vez sean inofensivos.»

—No parece probable, T.

«No, ¿verdad? No se lo he comentado. Las corporaciones no son el tipo de gente que se larga porque han montado el campamento en el salón de otros por accidente.»

—Hmm. ¿Qué hay de la chica? Tiene unas piernas estupendas.

«Me he dado cuenta.»

—La abrazas por la noche. Eso debe de ser divertido.

«He estado intentando no advertirlo.»

—¡Ja! Te compadecería si no fuera porque yo no puedo tocarla.

«Ni yo tampoco, en realidad. Es de las que me rechazan cuando averiguan quién soy.»

—Bueno, T, si alguna vez quisiste ir a por ella, diría que ahora es el momento. Apenas hay competencia, a menos que me cuentes a mí. Aunque por supuesto soy muy guapo, hasta muerto.

«No. Me rechazaría en cuanto pudiera. Sé lo que piensa de mí. No quiero volver a intentarlo solo porque no tiene más opciones.»

—¿Es eso lo que piensas de verdad?

«No.»

—Aunque es más seguro, ¿no?

«Mucho.»

—Entonces ¿qué harás?

«Ni idea.»

—Estás pensando eso mucho últimamente, T. Antes no te lo había oído nunca, ni una vez. ¿Cuándo aprendiste esas dos palabras?

«Cuando la infalible nave espacial que construyó su padre se precipitó a través de la atmósfera. Cuando Lila comenzó a ver el futuro, cuando la casa de mamá y papá apareció en un valle en mitad de la galaxia. No tengo ni idea sobre muchas cosas ahora.»

—Deberías besarla. Tiene pinta de que sería divertido.

«Espera, ¿qué? Vale, Alec. ¿Y qué pasará después de ese beso mágico?»

—¿A quién le importa lo que pasará después? Podrías morir mañana. ¿No

crees que deberías besarla hoy?

«Tal vez no debería besarla hoy porque moriré mañana.»

—Aburrido y también ilógico.

«Estoy delirando y alucinando. ¿Y quieres lógica?»

—Solo te pongo el nivel más alto, T. Si no vas a besarla, ¿le has escrito al menos uno de tus poemas?

«¿Estás de broma?»

—Lo has hecho, entonces. Solo que no se los has enseñado.

«No. Le gustan los de mamá.»

—¿Y los tuyos no estarían a la altura?

«Algo parecido.»

—Tonterías.

«Mmm...»

—Mmm...

«¿Alec?»

—¿Sí, T?

«¿Qué hago ahora?»

—Seguir intentándolo. Tienes que volver con ellos. No pueden perdernos a los dos.

«Nunca creí que fuese a pasar. No sé por qué. He estado a punto de morir muchas veces.»

—Yo nunca creí que fueran a perder un hijo. Tú sigue poniendo un pie delante de otro, T. Sé que puedes. Siempre lo haces.

Le miro, empañándome de su rostro familiar, sonriendo, no mayor de lo que era cuando murió, cuidando de mí con el mismo cariño indulgente que me permitió subir colinas y bajar montañas tras él en casa.

«No te vayas aún.»

—Me quedaré mientras duermes.

Sé que algo ha cambiado cuando abro los ojos. No me pesan los párpados. Inspiro por la nariz, preparándome para moverme, pero cuando cambio de postura, es más fácil. Sé que todo es distinto, pero no sabría decir por qué.

Parpadeo otra vez y cuando intento enfocar la vista, me encuentro a Lila inconsciente a mi lado. Al aclararme la garganta, se despierta con una sacudida y, sin abrir los ojos, busca a tientas mi muñeca para tomarme el pulso.

Entonces me aparta un codo para llegar a mi frente, con los ojos todavía cerrados.

Veo el momento en que se da cuenta de que mi piel está más fría: sus ojos se abren de golpe y se clavan en mí.

—Buenos días —Mi voz es un graznido.

Alargo los dedos para acariciar su mejilla. Tiene la cara llena de chorretones de tierra, manchada donde ha estado sudando, y tiene un morado oscuro en la otra mejilla. Los ojos están rojos del agotamiento y unos círculos púrpuras le marcan la piel por debajo de ellos.

Ni siquiera veo ahora dónde estaba el golpe en el ojo que se dio cuando nos estrellamos.

—Tarver.

Es más una pregunta que una afirmación.

—Eso creo —susurro—. ¿Qué demonios...?

—Has estado enfermo.

No puede apartar los ojos de mi cara. Coge la cantimplora sin mirarla y la lleva hacia mis labios con manos expertas —pero ¿cuándo ha practicado esto? — y doy un sorbo con cuidado.

—¿Cuánto tiempo?

Mi susurro es un poco más claro ahora. Tiene un aspecto horrible. La camisa azul está llena de mugre y hay una mancha marrón rojiza donde se ha limpiado las manos.

Pero ¿no cogió esa camisa de la lavandería anteayer? Creía que estaba limpia cuando nos fuimos a la cama.

—Tres días.

Le toca a ella soltar un susurro ronco.

Tengo la sensación de haberme quedado sin aire.

—¿Estás bien? ¿Hay alguien por aquí?

—No —responde, en voz baja—. Solo estoy yo.

No sé qué decir. Nos quedamos mirándonos mientras pasan los segundos: mi cabeza da vueltas, su respiración es lenta, controlada, dejando a raya ese aire entrecortado. Pendiente de una amenaza.

Entonces aprieta los labios hasta formar una línea fina y firme, y la veo tomando las riendas de sí misma.

—Te he traído una aspirina y una barra —dice, resuelta de repente—. Encontré antibióticos en la nave, en la enfermería. Eso es lo que lo cambió

todo.

Cuando se mueve para ponerse de pie, me doy cuenta de su agotamiento; lo veo en cómo alarga una mano para mantener el equilibrio, se tambalea una vez levantada y se muerde el labio demasiado fuerte.

Alzo la cabeza mientras se aleja, ignorando el mareo momentáneo para echarle un vistazo a nuestro nidito. Nuestras provisiones se han multiplicado. No tengo oportunidad de ver mucho más antes de que regrese; saca una barra de su envoltorio, observa todos mis movimientos —aunque sean pequeños— con una intensidad desconcertante. Casi resulta absorbente la manera que tiene de arrodillarse junto a mí para ayudarme a incorporarme, y sujeta la barra para que la coja con mi mano buena y pueda partir un trozo.

Sabe deliciosa. ¡Dios, sí que debía de estar muriéndome!

«Me moría. Alec. Los rostros de mis padres, una chica con la que salía en Avon. Recuerdo... ¿qué recuerdo?»

Aparto ese pensamiento y mientras va a buscar la cantimplora para que me tome la aspirina, nos quedamos mirándonos otra vez. Me muevo antes de reconocer el impulso. Aparto con cuidado el brazo bueno de mi cuerpo, extendiéndolo en una invitación silenciosa, y al cabo de un instante se recuesta contra mi costado y hunde la cara en mi hombro. La recorre un escalofrío, pero no llora.

—Me has salvado la vida —murmuro—. Otra vez.

—Tenía que hacerlo. No habría aguantado aquí ni un día sin ti.

Su susurro apenas se oye. Su brazo serpentea por mi pecho para apoyarse sobre mi corazón.

—Has aguantado al menos tres días, por lo que parece. —Mientras no está mirando, levanto la mano vendada. Tengo los dedos hinchados y, al moverlos un poco, descubro que no me duelen. El vendaje parece limpio—. ¿Me has vendado tú la mano?

—Mmm... No te gustó mucho. Tiene la boca más sucia con la que jamás me he topado, comandante. No reconocí ni la mitad de los idiomas en los que dijo palabrotas. Me alegro de no ser uno de sus soldados. Aun así, fue bastante instructivo.

—Me han destinado a demasiados sitios. Coges palabras de los lugareños, dondequiera que hayan sobrevivido las culturas antiguas. —Recorro el nacimiento de su pelo con mi mano ilesa—. Pero si me dice que ha entendido algo, señorita LaRoux, voy a tener que reevaluar mi opinión sobre usted.

—Bueno, el contexto ayudaba.

Nos quedamos callados un rato y le acaricio el pelo con la mano buena. Ella gira un poco la cabeza como respuesta y vuelvo a ver el morado que destaca en su mejilla, cárdeno en contraste con su piel clara. De hecho, veo la ligera marca de unos nudillos en su cara.

Soy el único por aquí que puede haberlo hecho. Me trago la culpa enfermiza que me sobreviene al saberlo y me concentro en otra cosa.

—¿Han aparecido los susurros? Recuerdo muchas cosas que estaban fuera de lugar, a menos que visitásemos un restaurante y no me hayas dicho nada. No sé si fue la fiebre o las visiones.

—La fiebre, creo. —Vacila, aparta los ojos de mí para mirar el fuego, como si viese algo que yo no veo. Quiero presionarla, preguntarle qué ha visto, pero entonces niega con la cabeza—. No he visto nada desde el valle y la casa de tus padres. Aunque tú sí. Me llamaste por el nombre de muchas personas diferentes. No me había dado cuenta de lo agradable que era que me llamaras solo Lila.

—¿Lila? —Vuelvo a acariciarle el pelo mientras se acerca más a mí. No quiero que se mueva—. Nunca me he tomado tantas confianzas, señorita LaRoux. Sería muy poco apropiado. Sé cuál es mi sitio y por lo visto es soltándote un montón de insultos, alucinando como un loco. Mi madre estaría muy orgullosa.

—Poco apropiado —murmura, y el deje crudo en su voz por fin se va suavizando. Parece hacerle gracia mientras se inclina hacia mi mano apoyada en su pelo—. Cuando llegue la caballería, espero que no sea de noche. Imagínate lo que dirían de esto.

«Sí, imagínate. ¡Qué idea más tonta que una chica como tú se fije en un chico como yo!» Soy un tonto aquí tumbado, abrazándola. Esta chica que, bajo cualquier otra circunstancia, jamás miraría dos veces a un chico como yo.

—Tengo que moverme, mañana.

Mi cuerpo se resiste a la idea, las extremidades se me han vuelto de plomo.

—¡Ni lo sueñes! —responde, rápida y cortante. Se expresa con una dureza como la que no había oído desde los primeros días de nuestra estancia aquí—. Vamos a quedarnos quietos. Volveré a entrar en la nave a ver qué puedo encontrar.

Noto algo en su voz cuando habla, una nota aguda, cargada de tensión, que me hace volver a mirarla.

—Podemos entrar ambos mañana o al día siguiente, en el peor de los casos. Cambia de postura, se incorpora, negando con la cabeza, y vuelve a morderse el labio. Me entran ganas de tirar de ella para que vuelva a tumbarse conmigo.

—No... lo de ahí dentro no está bien. Cuando pasen unos días más, no creo que puedas pasar mucho tiempo en el interior sin ponerte enfermo.

—¿Qué hay, Lila?

Pero la respuesta está instalada en la boca de mi estómago incluso mientras hago la pregunta.

—Bueno... ya sabes, no hay corriente eléctrica ni nada. Todo se ha estropeado, está podrido.

Apenas pronuncia esa palabra antes de interrumpirse, apretar la mandíbula y cerrar los ojos. Sus pecas destacan en contraste con la blancura de su piel.

Ese nudo en mi estómago tenía razón. No todos consiguieron salir de la nave.

—No puedes volver a entrar, Lila. Lo que sea que hayas sacado será suficiente.

—Calla. —Es un susurro forzado—. Me habrían devorado el segundo día de nuestra estancia aquí si no hubiera sido por ti. Me toca equilibrar la balanza. No tardaré.

—Ya lo has hecho. —Envuelvo su mano en la mía—. Nos salvaste a ambos al hacerle un puente a la cápsula de escape. Dejemos de intentar hacer un seguimiento de quién salvó a quién.

—Tarver, me lo estás poniendo más difícil. —Ahora tiene los ojos cerrados con fuerza—. Ahí dentro está oscuro, hace frío, y hay más silencio que en el propio espacio, y estar contigo aquí no es nada de eso. Pero ahí hay cosas que necesitamos. Si yo fuese la que estuviera enferma...

Veo que tiene mojadas las pestañas, pero se niega a parpadear y dejar que las lágrimas bajen por sus mejillas.

«¿Qué le ha pasado en esa nave?»

Espiro despacio e intento inyectar algo de calma en mi voz, aunque lo único que deseo sea abrazarla con tanta fuerza que se le quite de la cabeza la idea de volver a entrar ahí ella sola.

—Yo no entraría. Es un simple análisis de riesgo y recompensa. Sí, hay cosas ahí dentro que estaría bien tener. Pero es mejor que haya dos personas funcionando. Lo peor de todo es que estemos los dos fuera de combate. Es

preferible estar bien a tener más ropa o comida.

Despacio, a regañadientes, vuelve a ponerse a mi lado y luego se detiene. Saca la Gleidel de su cinturilla y me ofrece el arma.

—Supongo que debería devolvértela ya. Aunque tendrías que enseñarme a usarla. No habría sabido qué hacer con ella.

Me sorprende darme cuenta de que estaba tan enfermo que ni siquiera la eché en falta.

—¿Quieres aprender a usar la pistola? —pregunto, dejándola a un lado, al alcance de mi mano, para volver a rodear a Lila con el brazo—. Quizá cuando esté un poco mejor y pueda correr para mantener una distancia de seguridad.

—¡Anda ya! —Me da un golpecito en las costillas—. Sabes que corro más rápido que tú. Entonces ¿me enseñarás?

—¿Después de haber recalcado que eres lo bastante rápida para alcanzarme y dispararme cuando te moleste?

La abrazo con más fuerza y giro la cabeza para meterla bajo mi barbilla.

—Soy testaruda —advierte mientras cierra los ojos—. No creas que si esperas hasta mañana voy a olvidarme.

—Por supuesto que no, señorita LaRoux. Me dispararías si lo intentara.

Continúo tumbado allí hasta que su respiración se ha estabilizado. Alec vuelve a aparecer en mi mente y puedo oír nuestra conversación. «Espero morir yo primero.»

¿Ha estado ella también pensando eso? ¿Qué sería de ella? Se me cierra la garganta cuando me doy cuenta de que no se refiere a aprender a defenderse si algo me sucede.

Debería haberle dado una lección. Si al menos le enseño cómo configurarla, tendrá opciones. No se me ocurre nada aparte de eso.

Giro la cabeza para poder verla mejor ahora que está dormida.

Un siete en la pernera de los vaqueros que baja por su rodilla le deja al descubierto la piel, que está manchada de tierra. Tiene la camisa azul por fuera del pantalón, manchada de mugre negra.

El pelo se le ha escapado del trozo de cuerda que se lo recoge hacia atrás, enmarcando su rostro en un halo de rizos finos que me recuerdan cómo flotaban a su alrededor en gravedad cero durante el descenso de la cápsula.

Tiene manchas de suciedad que se le mezclan con las pecas por toda la cara y el morado de la mejilla. Hasta dormida, su boca forma una línea recta y determinada.

Tiene ojeras marcadas, está sudada, magullada y completamente agotada.
Nunca la había visto tan hermosa.

portadella

—No se quedaron en la zona del accidente.

—Ya lo sabe. No nos quedó más remedio que marcharnos.

—¿Su razonamiento?

—No había naves de rescate a la vista. Había riesgo de enfermedad por todos los cadáveres que teníamos cerca. Necesitábamos otra opción.

VEINTISÉIS

LILA

Durante la tarde del segundo día, tengo que amenazar a Tarver con sentarme en su pecho para impedir que salga de la cama. Más que nada, la mirada especulativa —y el silencio reflexivo— que hay a continuación me confirman que se encuentra mejor. No me importa. Después de oírle llamar a su exnovia cuando deliraba, no hay mucho más que me sonroje. Le dejo incorporarse para afeitarse, como una solución de mutuo acuerdo. Es agradable verle un poco más como él mismo.

A la mañana del tercer día acordamos que nuestra mejor opción es subir a un punto estratégico y explorar la zona. Por primera vez desde que nos estrellamos estamos hablando a largo plazo. Si supieran dónde estamos, habría alguien aquí, cerca de la nave, para rescatarnos. La Ícaro no debió de transmitir su localización antes de quedar destruida. Ni siquiera el todopoderoso Monsieur LaRoux podría encontrarnos ahora, aunque no me cabe duda de que habrá puesto patas arriba la galaxia intentándolo, aunque solo fuera para señalar mi tumba.

Necesitamos un lugar cerca de la Ícaro, en caso de que apareciera alguien en un futuro, pero no podemos quedarnos tan pegados. No con todos esos cadáveres, no con el aire lleno de productos químicos quemados y el suelo plagado de metralla.

Subimos por el exterior de la nave y nos dirigimos al punto más alto. Se ha levantado viento, y la Ícaro suspira y gime en señal de protesta. Tarver dice que ya debe de haberse asentado casi del todo y que es lo bastante segura. Gracias a cómo se ha dividido el casco, el camino es relativamente fácil, con asideros y sitios donde descansar. Aun así, Tarver está pálido y sudando para cuando nos acercamos a la cumbre.

No se me ocurre hasta que me pongo sobre la superficie inclinada en la parte superior de la nave y mantengo el equilibrio agarrándome al sistema de comunicaciones destrozado.

Estamos buscando un lugar donde vivir.

Y la idea no me hace daño.

No podría admitirlo delante de él, pero aquí, bajo el sol, acalorada por la

subida, esperando que Tarver me alcance, no preferiría estar en ninguna otra parte. Al fin y al cabo, ¿qué me espera al otro lado del rescate? Mis amigos apenas me reconocerían ahora y la idea de pasar mis días chismorreando y asistiendo a fiestas me deja indiferente. La mejor comida de seis platos nunca me supo la mitad de bien que una barra compartida después de una larga caminata, regada con agua fresca de la montaña. Aunque no le diría que no a un baño caliente, estoy lo bastante abrigada por la noche con Tarver a mi lado.

Tan solo me duele al pensar en mi desconsolado padre.

Dejo en el suelo la mochila y busco la cantimplora. Cuando Tarver me alcanza, se la ofrezco. Le permite esconder su respiración dificultosa, le da algo a lo que aferrarse para que no vea cómo le tiemblan las manos.

Al este se encuentran las montañas que atravesamos, ominosas, cubiertas de nieve, y me pregunto cómo Tarver consiguió convencerme para ir hasta ellas. Quizá es que yo era demasiado ingenua para darme cuenta de lo difícil que sería el viaje.

El campamento a nuestros pies parece de juguete. No veo los vendajes sucios ni los envoltorios de las barras. El río y su franja de árboles se alejan de las montañas y se pierden en la distancia. Al protegerme los ojos del sol, casi distingo lo que parece un océano o algún tipo de salina, solo visible en el horizonte. En la otra dirección, las colinas ondean como olas, empequeñeciéndose y suavizándose hasta que se ponen al mismo nivel que un inmenso bosque. Es como un cuadro, algo sacado de un museo polvoriento. Jamás he visto tanto espacio abierto en mi vida. Por un instante me siento mareada, perdida en el retablo, esforzándome por respirar el aire que de repente es demasiado rico. Una mano me toca los riñones y yo me agarro con más fuerza al metal del sistema de comunicaciones inutilizado. Me vuelvo y veo a Tarver, pálido pero sonriente.

—La brisa aquí es más fuerte. ¿Tienes frío?

—¿Qué harías si respondiera que sí? —Le sonrío—. ¿Ofrecerme un poco de fiebre?

—Compartir es preocuparse.

Se acerca más y el pecho se me oprime convulsivamente, pero solo está alargando la mano para agarrarse también al metal y mantener el equilibrio en el viento.

No tiene buen aspecto. A pesar de su sonrisa, de su despreocupación, se agarra con demasiada fuerza a la barra metálica para apoyarse en ella.

Me arrodillo junto a la mochila y saco su libreta.

—¿Sabes cómo dibujar mapas?

—Pues claro —responde Tarver.

Me está observando y al cabo de un rato se mueve para acercarse a mí. Intento no mostrar alivio cuando se sienta y se relajan algunas de las arrugas alrededor de sus ojos, marcadas por el dolor. Ojalá me hubiera dejado subir sola. Pero desde que se despertó, es reacio a que me aleje demasiado de él. Tal vez tenga miedo de que vuelva a entrar en la tumba de la nave, a pesar de que le he prometido que no lo haría.

«Quizá solo le gusta mi compañía.» Me doy una sacudida a mí misma para quitármelo de la cabeza antes de empezar a sonrojarme de nuevo.

Me quita la libreta, pasando las hojas. Recuerdo con retraso que he metido entre dos de sus páginas la flor duplicada para conservarla y mantenerla a salvo; todavía no se lo he contado. Pero sigue hojeando la libreta sin verla, hasta que se detiene en las páginas que he usado mientras estaba enfermo.

—¿Has dibujado tú esto?

No sé cómo interpretar su expresión mientras mira los mapas que he hecho de las cubiertas rotas y retorcidas.

—Después del primer día comencé a olvidar dónde había estado. — Mantengo la vista en el horizonte, descansando sobre los talones—. En la oscuridad todo se confunde.

Me doy cuenta de que ha ido a la última página que escribió antes de que empezaran mis mapas, una página que contenía solo fragmentos de un poema a medio escribir. Frases y palabras dispersas sobre las flores púrpuras que encontramos, algo hermoso en un mar de soledad.

Cuando estaba enfermo intentaba imaginarme que escribía sobre mí. Ahora, a la luz del día, parece ridículo. Pero tiene la mirada fija. Sabe que lo he visto. Leerlo todo habría sido como aceptar que estaba a punto de morir, así que podía mirar sus cosas, pero noto que quiere preguntarme si lo he leído. Si violé su privacidad mientras no podía detenerme.

Esperaba informes de campo, notas sobre la vida salvaje, pero todas las páginas estaban llenas de poesía.

Está callado y trago saliva, jugueteando con la raja en mis pantalones, haciéndola más grande al tirar de cada hilo. A diferencia de nuestros silencios habituales, este pide que lo llenen.

Intervengo la primera.

—Mis clases de pintura estuvieron siempre más enfocadas a las flores y las vistas a orillas de un lago, pero mis mapas sirvieron para su propósito.

Tarver gruñe y va a una página nueva. La punta del lápiz se queda sobre el espacio en blanco. Sus ojos están muy lejos, clavados en la página. Los restos de la nave a nuestros pies emiten un chirrido particularmente desgarrador, él parpadea y el momento pasa. Vuelve su atención hacia el horizonte y empieza a esbozar los puntos de referencia visibles, de manera rápida y experta. Me pregunto adónde iremos, si sugerirá el bosque, las colinas, el río... Me pregunto si nos dirigiremos al mar.

Sus ojos suben y bajan del paisaje a la página. Los míos se quedan sobre él. Si advierte mi mirada, no dice nada, concentrado en su tarea, dejándome que observe su perfil ininterrumpido.

Está aún demasiado pálido, pero parece que hay menos probabilidades de que se desmaye. Está tan delgado que me duele, pero he sacado de la cocina algo de pasta, harina y manteca, todas las cosas que no nos puede dar la tierra. Comeremos mejor. Se pondrá más fuerte.

Se sorbe el borde del labio mientras se concentra. El hoyuelo allí es hipnótico, me fascina. Estoy tan concentrada en ese minúsculo detalle de él que no me doy cuenta de cuándo deja de dibujar y se queda mirando fijamente algo.

—Lila.

Empiezo a salir de mi trance, sintiéndome culpable.

—¡No fui yo!

—Hay algo... ven a ver esto.

La voz le tiembla, tiene la mirada fija enfrente.

Me vuelvo hacia las colinas, esperando un animal, otros supervivientes, hasta una nave de rescate. Lo que veo en su lugar es electrizante.

Ante nuestros ojos surge una oleada de flores púrpuras, como las de aquella primera noche en las llanuras, cuando Tarver intentó distraerme del hecho de que estaba volviéndome loca. Como la florecilla lila escondida en su diario. El estrecho pasillo de flores se extiende mientras miramos, abriéndose camino, serpenteando por aquí y por allá, a través de las colinas, hacia el borroso verde del bosque a lo lejos.

A mi lado, Tarver está temblando. Yo misma noto el mareo, el hormigueo en la piel, caliente y fría al mismo tiempo.

—No es real —digo jadeando, parpadeando con fuerza para volver a abrir

los ojos. Las flores siguen ahí—. No es más que una visión.

—La cantimplora... la hicieron ellos, ¿no?

Trago saliva. La flor fue algo que hicieron para mí —y solo para mí—, contárselo sería explicar lo que significó para mí en ese momento de completa oscuridad. Que me recordaba por qué regresaba a esa nave de los muertos. Que solo hay una persona en la galaxia por quien lo hubiera hecho. Pero no puedo decirle esas cosas, todavía no.

La fila de flores continúa, es más espesa y brillante por momentos, hasta que el pasillo entero del valle reluce de púrpura bajo la luz del sol, guiándonos hacia el bosque. Es una franja estrecha y concentrada, que parece un río púrpura serpenteante o una carretera.

Doy un grito ahogado.

—¡Tarver! Están... guiándonos. Eso es lo que han estado intentando...

Pero la voz se me atasca y el corazón me late con fuerza.

Él aparta los ojos de las flores para mirarme.

—¿Intentando qué? ¿De qué estás hablando?

—Las personas que vi... estaban señalando. La voz que oí estaba alejándonos del bosque, hacia las llanuras. Incluso la casa de tus padres, el camino del jardín nos conducía... hasta este lugar. Y ahora estas flores... No sé, tal vez esté esforzándome demasiado en encontrarle sentido a todo esto.

—Crees que nos están mostrando el camino. —Se vuelve hacia las colinas—. ¿Hacia qué?

Nos quedamos mirando el sendero ante nosotros, tan claro y brillante. Lo único que quiero es comprobar si son reales, si son tan sólidas como la flor de su diario. Si todo esto es un sueño donde las leyes de la física no existen.

—¡Lila! —La voz de Tarver es apremiante y me saca de mi aturdimiento—. ¡Mira!

Parpadeo, intentando recuperar el aliento mientras él se acerca a mí. Su mejilla, áspera por la barba incipiente, roza la mía mientras su línea de visión se une a la mía. Estamos tan pegados que puedo olerle, que siento la electricidad ahí donde nos tocamos.

Esto no es un sueño.

—Mira mi brazo, hacia donde estoy apuntando. —Extiende un brazo, hacia los árboles—. Hay algo allí. ¿Ves ese destello?

Es todo lo que puedo hacer para no volver mi cara hacia la suya, como una planta crece hacia la luz. Respiro profundamente y me obligo a concentrarme.

No lo veo enseguida y fuerzo la vista hacia la franja de bosque que bordea las colinas en el extremo oeste.

Y entonces, tan súbito como un rayo, lo veo. Un diminuto destello de luz solar reflejada que me dedica un guiño desde el límite forestal.

—Restos de la nave —susurro, con la mirada fija, intentando no creer lo que pienso que es—. Hay un trozo que cayó allí. Otra cápsula de escape que se estrelló.

Tarver deja caer el brazo lentamente, pero no se aparta. Él también tiene la vista clavada en esa cosa.

—No lo creo —dice con voz tranquila, apenas audible sobre el viento—. Es difícil de saber, pero creo que los árboles a su alrededor están despejados, son uniformes.

Me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración.

—Creo que es un edificio.

No hay combustible para encender un fuego en las colinas onduladas y hace un frío glacial, pero no me importa. Tarver calculó un viaje de dos días hasta llegar a la linde del bosque y, cuando el sol se puso delante de nosotros el primer día, pude ver los árboles en el horizonte, a lo lejos. El mar de flores se desvaneció en la niebla al volver a bajar de los restos de la nave, pero ahora sabemos hacia dónde nos dirigen. No podemos suponer con qué fin, con qué objetivo, pero si es un edificio —y es real—, podría ser la clave de nuestro rescate.

—¡Agua caliente! —exclamo alegremente mientras como pasta fría sin nada, con los dedos. Jamás había probado nada tan delicioso.

—Un techo —contesta Tarver, masticando su propio puñado de pasta, que he cocinado antes de marcharnos. La despensa de la cocina en los restos de la nave fue mi mejor hallazgo, al menos después de la enfermería.

Le miro y la luz que queda le da algo de color falso a su cara, que sigue pálida. Estamos acampados al abrigo de una colina, tan protegidos del viento como podemos. Aun así, será una noche fría, aunque estemos juntos.

—Una cama —es mi respuesta—. Una de verdad.

—Tú ganas —dice, tragando lo que le queda de pasta y recostándose sobre los codos. Todavía se mueve despacio, con cuidado. Pero parece que está mejor, a pesar de todo lo que ha caminado hoy—. No puedo superar eso.

Me apresuro a terminar el resto de mi cena y voy a toda prisa hacia donde

él está apoyado sobre la manta, ansiosa por su calor y compañía. Me rodea con su brazo bueno, de forma natural, cómodo. No creo que la antigua Lila hubiera pensado que olía muy bien, pero vuelvo mi cabeza hacia él de todas formas y rozo con la mejilla la tela de su camiseta.

Nos quedamos un rato callados, tal vez cada uno imaginando qué nos aguarda en ese edificio que Tarver vio en el horizonte. Le ha cambiado la cara, tiene una chispa de esperanza donde solo había una desalentadora determinación. ¿Cuánto tiempo llevaba viviendo con la creencia de que no iban a venir a rescatarnos? Es evidente que, desde que llegamos a la Ícaro, su único objetivo ha sido sobrevivir. No el rescate.

Ahora hay muchas posibilidades de que podamos enviar una señal de ayuda. No habría ningún edificio tan alejado sin algún método de comunicación.

Cambio de postura y me acerco más a él. Inspira profundamente, y la subida y la bajada de su pecho me mueven la cara pegada a su cuerpo.

—¿Cuánto tiempo crees que llevamos aquí?

—¿Contando el tiempo que he estado enfermo? —Tarver hace una pausa, calculándolo rápido, mentalmente—. Creo que dieciséis días.

¿Tanto? Me deja sin aliento. Dos semanas y contando. Parecen solo dos días y toda una vida.

—Fue mi cumpleaños —digo de pronto, con una voz extraña—. Cumplí diecisiete hace unos días.

«El día en que volviste a mí al bajarte la fiebre.» Pero no puedo pronunciarlo en voz alta.

Tarver contiene la respiración y después espira.

—Feliz cumpleaños, señorita LaRoux.

Oigo la sonrisa en su voz.

Me he hecho un año mayor atrapada en este planeta. Trago saliva.

Tal vez al percibir el cambio en mi humor, Tarver alza la mano vendada para pasarme las yemas de sus dedos por el brazo. Sospecho que ese movimiento le duele, pero si es así, no se queja.

Me aclaro la garganta.

—¿Cuál será la primera cosa que hagas cuando nos rescaten? ¿Comer de verdad? ¿Llamar a tu familia? —Sonrío apoyada en él, tirando de su camiseta por el desagrado—. ¿Ducharte?

—Mi familia —responde de inmediato—. Luego probablemente me limpien con una manguera y me interroguen durante unas cuantas semanas. Me refiero a

los militares. No a mis padres.

—¡Caramba! —Intento deshacerme de la imagen mental de alguien limpiando a Tarver con una manguera. Al menos ya no estoy pensando en mi cumpleaños—. Espero que nadie intente hacérmelo a mí.

Me he ganado una carcajada y mi cabeza salta un poco mientras el cuerpo de Tarver se agita bajo mi mejilla.

—Dudo que alguien intente algo así contigo. La manguera de alta presión está reservada para los soldados y los criminales.

Hasta en el reino de la imaginación, ya estamos separados. Él en sus interrogatorios e informes, y a mí se me llevarán a algún sitio para arreglarme y mimarme. El corazón me da una punzada y late rápido y fuerte contra las costillas de Tarver.

No es que no quiera que me rescaten. Sí. Quiero ver a mi padre otra vez. Y más que eso, quiero que Tarver vuelva a encontrarse con su familia, que no pierdan a otro hijo. Pero había empezado a imaginarme una vida aquí, solos él y yo. Una vida fría, hambrienta, apenas sobreviviendo cada semana, pero una vida juntos.

Antes de poder detenerme, las palabras salen de golpe:

—¿Y yo qué?

—¿Tú qué? —repite Tarver, encogiendo un hombro—. Tu familia te recogerá y te preguntarán si he comprometido tu virtud. Te arrancarán esa ropa y te meterán en uno de esos extraordinarios vestidos, y será como si nada hubiera ocurrido.

Tengo la boca seca y me pesa la lengua. ¿Por qué no entiende lo que estoy preguntando? Si nos rescatan, no quiero que sea antes de que averigüemos qué está pasando entre los dos aquí. Puede que no tenga muchas más oportunidades.

Respiro hondo y me incorporo sobre un codo. Está oscuro, pero aún puedo distinguir sus rasgos en la penumbra.

—Quieres decir que nunca más nos volveremos a ver.

Por un momento se limita a mirarme, con una expresión indescifrable, como siempre. La luna espejo le ilumina la cara, tiñe de plata su piel, sus ojos. Mi corazón amenaza con salirse del pecho.

—Quizá no.

Hay un tono más suave y menos seguro en su voz.

La idea de que alguien se lo lleve de mi lado, a luchar en alguna guerra

lejana en un sistema lejano, me hace sentir como si tuviera los pulmones llenos de agua. No sé cómo llegar hasta él, cómo hacerle ver mis sentimientos. No sé qué pasa detrás de esos ojos castaños que ahora conozco tan bien. No sé qué piensa mientras me mira.

Pero de repente sí sé que nunca me lo perdonaré si nos rescatan antes de hacérselo entender.

—Eso es lo que me da miedo —susurro.

Me inclino, mi pelo cae hacia delante alrededor de su cara y dejo que mis labios encuentren los suyos.

Por un instante siento que se acerca a mí y lo único que quiero es apoyarme en él, dejar que me abrace, que me mantenga pegada a él. Lo único que quiero es que nadie lo aparte de mí.

portadella

—¿Qué esperaba ganar al dirigirse hacia esa estructura?

—Un refugio mejor, al menos. Algún método de comunicación, a lo sumo.

—¿Con quién quería comunicarse?

—¿Es una pregunta trampa?

—Todas nuestras preguntas son extremadamente serias, comandante.

—Con cualquiera que pudiera oírnos. Tenía a Lila LaRoux conmigo. Sabía que su padre organizaría un rescate a

cualquier precio si se enteraba de dónde estábamos.

—Tenía en mente que era la hija de Monsieur LaRoux.

—Apenas podía ignorarlo.

—Únicamente estaban ustedes dos, solos.

—De eso también me di cuenta.

VEINTISIETE TARVER

Quiero ponerme sobre ella, enredar mis dedos en su pelo, tirar de ella para que se pegue a mí... y por un instante me encuentro acercándome a Lila, incapaz de resistirme. ¿Cuánto tiempo llevo deseando tocarla así? La electricidad sale de sus dedos hacia mi piel y todo el cuidado autocontrol comienza a derrumbarse en cuanto siento el calor de ella cerca de mí. Quiero perderme en ella, dejar que este momento me domine completamente.

Mis dedos encuentran el borde de su camisa y Lila emite un sonido bajo mientras mi mano se curva contra sus riñones. Se mueve y me doy cuenta de que es por mi mano vendada en el mismo instante en que un dolor candente me sube por el brazo. Dejo escapar un gemido al tensarme y la aparto con mi mano buena.

Nos quedamos jadeando, mirándonos el uno al otro. Ella, confundida, sin saber por qué he parado; yo, intentando respirar, rehuyendo la necesidad que me recorre todo el cuerpo a pesar del dolor en la mano.

Sé qué es esto. Reconozco el deseo desesperado en su expresión. Lo he visto antes, en el campo de batalla. Lila casi se queda sola en este planeta y está confundiendo el alivio con otra cosa.

Una chica como ella nunca se fijaría en un chico como yo en otras circunstancias. Si ese edificio en el horizonte es nuestro billete de vuelta a casa, no estoy seguro de poder soportar verla marcharse a su antigua vida y dejarme atrás. No si me dejo... no.

No puedo permitirme mostrarle cuánto la deseo.

No cuando no soy yo en realidad lo que quiere.

Su expresión cambia a cada instante que la mantengo a un brazo de distancia, los ojos se le oscurecen y la confusión se transforma en duda.

A una parte traicionera de mí no le importa que esté confundida, quiere besarla desesperadamente de todas formas. Quizá merecería la pena por un momento, aunque después todo se quedara en nada, como nuestro camino de flores lilas.

«Podría estar equivocado. Quizá sí que quiere... quizá...»

Estoy respirando de nuevo cuando se aparta bruscamente y se pone de pie

para marcharse airada hacia la oscuridad. Hay ira en sus movimientos bruscos, en la línea tensa de sus hombros.

Mi mente retumba con todo lo que debería decir, las palabras se me enredan en la garganta. «Espera. Vuelve. Dime que no desaparecerás en cuanto nos encuentren. Dime que si te toco, no voy a perderte.»

—No te vayas lejos —digo en cambio, y en silencio maldigo mi propia cobardía.

No vuelve, pero sí se detiene donde aún puedo verla, prefiriendo el vacío frío y ventoso de la oscura llanura a regresar conmigo. La luna espejo desprende suficiente luz como para que no se tuerza un tobillo, pero ojalá supiera cómo hacerla volver.

Al final desenrollo las mantas y me estiro sobre ellas. Estoy demasiado débil, demasiado cansado para esperarla incorporado. Cuando regresa para tumbarse a mi lado, se coloca al borde de la manta, tan lejos de mí como puede.

Tengo que decir algo. Esto empeorará a lo largo de la noche. Busco dentro de mí y encuentro la parte acostumbrada a arrastrar las reticencias por todo tipo de paisajes intransigentes, e intento hablar con un tono más suave.

—Deja esa actitud y ven aquí. Soy un inválido y necesito que me des calor.

Si puedo rodearla con los brazos, a lo mejor lo entiende.

Permanece callada tanto tiempo que no parece que vaya a responder. Cuando por fin lo hace, su voz es ronca y hostil.

—Sobrevivirás.

—Probablemente —estoy de acuerdo—, pero preferiría estar cómodo.

Sigue de espaldas a mí, inclinada hacia delante mientras se hace un ovillo.

—Tarver. —Ahora es ella la que suena como si hablase con los dientes apretados—. Me siento humillada. Estaré bien por la mañana, seguiremos adelante, nos rescatarán y entonces esto habrá terminado. Pero ahora déjame sola.

—Lila...

Se aparta aún más de mí, enroscada en sí misma, con la cabeza gacha, como si pudiera bloquear así mis palabras. Al final dejo de esperar que se acerque a mí. Me coloco boca arriba para contemplar las estrellas desconocidas y la luna blanca azulada y brillante en lo alto, mientras espero que me entre sueño.

Hace mucho frío sin ella.

Se despierta antes que yo por la mañana. Todavía me siento como un muerto viviente y eso me pasa por intentar forzar una marcha tan pronto después de haber guardado cama.

Nos comemos una barra cada uno en silencio. Estoy seguro de que el hecho de darme una entera en vez de partir la suya es su manera de cuidarme mientras estoy enfermo, lo que tal vez signifique que vamos a actuar de forma civilizada respecto a lo que sucedió anoche. No es que tengamos el lujo de encontrar a otra persona con la que hablar.

Sé que ha vuelto a oír los susurros. Se agita como una hoja cada vez que aparecen. Pero han rehusado incluirme otra vez en sus secretos y, si le dicen algo, no lo comparte conmigo. No estoy seguro de que me guste la idea de que estén centrándose en ella o que sea su objetivo.

Me cuelgo la mochila en los hombros y nos marchamos en silencio, pero conseguimos hablar un poco conforme avanza la mañana. No es mucho, pero el contenido de la conversación no es lo importante, sino el gesto, por parte de los dos. Nuestra manera de decirnos que vamos a encontrar el modo de seguir colaborando.

Hace diecisiete días me habría arrancado los dientes con unos alicates antes de buscar una conversación con ella voluntariamente. Ahora me siento aliviado de que no vayamos a excluirnos del todo el uno al otro.

Es media tarde cuando llegamos a los árboles. Vuelven a ser en su mayoría árboles poste, como en el bosque donde nos estrellamos. Este paisaje inexplicable, distinto a otros planetas terraformados, me está empezando a resultar normal.

Lila alarga la mano cuando tropiezo con una raíz. Estoy tan cansado que no levanto bien los pies, una combinación de tres días de fiebre y casi tres semanas de comidas racionadas. Al menos comencé en condiciones bastante buenas. No tengo ni idea de cómo sigue moviéndose Lila, pero en cierta manera la verdad es que parece más fuerte de lo que era antes.

De pronto salimos de los árboles y ambos nos detenemos en seco en el mismo momento.

Un edificio cuadrado, de una planta, ocupa el centro del claro. La esperanza aflora dentro de mí.

Está absolutamente intacto. No está destruido ni dañado. Es real. Es una estación de control, como las muchas que he visto antes en planetas recién terraformados.

Mientras nos quedamos plantados en el sitio, una alfombra de flores púrpuras se despliega ante nuestros pies, alejándose a toda prisa de nosotros para rodear el edificio. El camino que nos guiaba desde la nave termina aquí.

Y entonces, al instante, siento una gran decepción. Vuelvo a mirar y me doy cuenta de que el claro está salpicado de árboles jóvenes y unas gruesas enredaderas suben por los laterales del edificio.

Hace años que no ha habido nadie aquí.

portadella

—¿Se muestra reacio a contestar nuestras preguntas, comandante?

—Por supuesto que no. Es un placer ayudarles. Veo que no pierden detalle de todo lo que digo.

—Parece poco dispuesto a colaborar, comandante. Es un soldado altamente condecorado. Su conducta no se corresponde con los informes favorables de su expediente.

—Supongo que las apariencias engañan.

VEINTIOCHO

LILA

Por un momento nos olvidamos de lo que pasó anoche y exploramos juntos el edificio. El hecho de ver una estructura intacta, algo construido por el hombre, es emocionante. Intento imaginar el aspecto de mi hogar, de mi ciudad, los edificios que tocan las nubes y los coches en las vías aéreas, y la mente se me queda en blanco. Creo que si estuviera ahora allí, en algún medio de transporte, sería abrumador.

Debe de haber un generador dentro de este edificio, en alguna parte, y si conseguimos que funcione, podré hacer que todo lo demás también lo haga. Tarver insiste en que habrá un sistema de comunicaciones. Aunque jamás he estado en un planeta en ninguna fase anterior a la de colonización avanzada, me asegura que las estaciones como esta son comunes y todas se parecen.

Un equipo de comunicaciones sería un medio para enviar una señal. Un modo de que Tarver volviera con su familia, donde pertenece, aunque yo ya no esté segura de querer volver a mi mundo. Y si existe justicia o decencia en la galaxia, llegará a casa de una pieza.

Me muerdo de ganas de contarle por qué dije lo que dije la primera vez que nos vimos. Por qué alejar a la gente es uno de mis mejores talentos. Pero si se lo cuento, traicionaría a mi padre. Le enseñaría a Tarver lo monstruosa que soy. Así que me muerdo la lengua e intento ignorar el modo en que la verdad crece en mi interior como agua bajo presión.

Que me odie, que piense que yo también le odio. Es más seguro para ambos. No hablamos, pero el silencio es aún más fácil de lo que ha sido. Ninguno de los dos pregunta por qué han abandonado este lugar o para qué se construyó originalmente. Es lo bastante grande para alojar algo más que un equipo de control. Tuvo que albergar a gente en algún momento.

Tiramos de las puertas, intentamos abrir las contraventanas y vamos tan lejos como para abrirnos camino arrojando una piedra. El edificio es sólido, a pesar de su abandono, y está cerrado a cal y canto. Descubrimos un cobertizo no muy lejos con un aerodeslizador roto en el interior. Un vistazo rápido me dice que tal vez ya lo estaba cuando este lugar estaba ocupado. Curioseamos bajo el capó un poco, comprobando las bujías y los cables totalmente

estropeados; después Tarver hace un inventario del resto del cobertizo, mientras me deja a mí examinar el sistema de circuitos.

Me va transmitiendo lo que encuentra: herramientas oxidadas, cuerda, latas de aceite y pegamento, y tanques de combustible al fondo. Botes de pintura y una pala en un rincón. Taladradoras y sierras eléctricas. Entonces, este lugar tuvo electricidad, lo que confirma mi sospecha de que debe de haber un generador por algún sitio.

Me pregunto si una parte de mi cerebro a partir de ahora siempre tratará de encontrar la utilidad de las cosas. Si merece la pena cargarlas desde las ruinas. No puedo evitar preguntarme si siempre pensaré de qué forma podría salvarle la vida a alguien una cuerda, el aceite o unos martillos oxidados.

Cuando por fin levanto la tapa de la placa de circuitos para comprobar que faltan la mitad, tardo solo unos instantes en darme cuenta de que no sirve para nada. Cierro de golpe el capó del aerodeslizador y cuando Tarver me mira, ve la frustración en mi rostro y no pregunta. Vuelve a dirigirse al claro, rodeando de nuevo el edificio, esta vez armado con herramientas. Nos ponemos a atacar las contraventanas, tirando, intentando encontrar un punto débil.

—Al menos eres humana después de todo —dice Tarver en voz baja. Todavía estoy atendiendo las heridas de su rechazo mientras le miro, esperando que sea una burla. Me devuelve la mirada, intentando una media sonrisa, y me percató de que se trata de un gesto de paz—. Por fin hemos encontrado circuitos que no puedes arreglar.

Parece cansado, agotado, a pesar de su débil intento de salvar el abismo entre nosotros. Supongo que yo también lo haría, si fuese él.

Suspiro, frotándome los ojos con una mano.

—Ojalá supiera más. En tal caso, a lo mejor podría arreglarlo.

—Todavía no entiendo cómo sabes de esto. Tu padre es el genio ingeniero, no tú. Quiero decir que no eres el tipo de persona que habría estudiado física y electrónica en el colegio. Quiero decir... ¡Oh, a la mierda!

Demasiado para un gesto de paz. A pesar de la tentación de dejarle tropezar con sus palabras, no puedo llevarme el mérito por lo que sé.

—Cuando era pequeña, tras la muerte de mi madre, solo quería ser como mi padre. Incluso entonces sabía que yo era lo único que él tenía, así que quería... merecerlo, supongo, y le pedí a alguien que me enseñara.

Trago saliva, al sentir los ojos de Tarver en mí y saber que percibe la tensión en mi voz.

—¿A quién?

—A un chico llamado Simon.

Los ojos de Tarver vuelven a la contraventana en la que está trabajando y se concentra en su tarea, sin mirarme.

—Ya le has mencionado antes. ¿Quién es?

Se me estrecha la garganta. ¿Cómo voy a contarle a Tarver, precisamente a él, las partes más oscuras de mi pasado? ¿Por qué darle otra razón para apartarme de su lado? Pero, sin embargo, quizá se merezca saber por qué dije aquello a bordo de la Ícaro.

Y quizá yo me merezca revivirlo.

—Si te lo cuento, ¿te limitarás a escuchar? No me interrumpas, no digas nada, tú déjame... continuar. ¿Podrás?

Su postura cambia sutilmente, pero permanece donde está, agarrando una palanca que cuelga a su lado.

—Vale.

Respiro hondo unas cuantas veces, como un nadador a punto de saltar.

—Simon era un chico que se crio cerca de nuestra casa de verano en Nirvana.

No puedo mirarle mientras hablo. No quiero ver el momento en que se dé cuenta.

—Su familia no estaba tan bien relacionada como la mía, pero ¿la de quién lo está? Era absolutamente brillante y no solo en las asignaturas que se esperaba que aprendiéramos. Él es quien me enseñó todo lo que sé sobre electricidad y física. Mi padre hizo la vista gorda el tiempo que pasamos juntos porque creyó que era inofensivo, que era demasiado joven para cogerle auténtico cariño. Tenía catorce años entonces, pero le amaba. —Paso los dedos por el borde del destornillador, deteniéndome con las yemas en las partes planas y el esculpido mango de plástico—. La noche antes de cumplir los dieciséis me pidió si podíamos dejar de escondernos y ser una pareja de verdad. Dijo que iba a ir a ver a mi padre por la mañana ahora que era adulto y le iba a pedir un puesto de trabajo en su empresa. Para ganarse el derecho a estar conmigo.

El pelo rubio rojizo y los ojos verdes de Simon aparecen ante mí y el corazón se me cierra en un puño incluso ahora. «Tú sigue hablando. Continúa.»

—Dije que sí. Cuando me desperté prácticamente bajé volando las

escaleras a la expectativa pero, al llegar, era como si nada hubiera cambiado. Mi padre me dijo que no le había visto, ni siquiera apartó la vista de la pantalla con las noticias. Fui a su casa y me encontré a sus padres destrozados. Todos los hijos de los nobles están en la reserva, ya lo sabes. Como una cuestión de honor, supongo, aunque nunca se ha probado. Es todo por aparentar.

Me escuecen los ojos y el mango del destornillador rojo y amarillo se nubla. «Todavía no. Aguanta.» Doy vueltas a la herramienta una y otra vez en mis manos.

—Habían llamado a filas a Simon. Fui a la oficina de reclutamiento pero, debido a un error administrativo, le enviaron al frente con un grupo de soldados que llevaban entrenándose un año. Para cuando acabé con todo el papeleo y averigüé dónde estaba, ya había muerto.

«Y yo debería haberlo sabido.»

Tarver se mantiene fiel a su palabra y sigue callado, sin ni siquiera moverse. Pero noto sus ojos en mí y sé que está escuchando. Trago saliva, insegura de repente. ¿Entenderá por qué le cuento esta historia que nadie de la galaxia conoce, aparte de mi padre y yo?

—Vivo una vida totalmente privilegiada. Lo sé. Lo acepto. —Mi voz se quiebra un poco y me humedezco los labios—. Pero nada es gratis. Eso también lo acepto. Mi padre tiene expectativas sobre dónde pasaré el tiempo, las compañías que tendré, las relaciones que estableceré para promover sus intereses. Siempre dice que fue difícil ganarse nuestro nombre y se requiere sacrificio y trabajo para mantenerlo, pero, aunque protegida, ha sido lo único que he necesitado en cualquier lugar de este mundo. Pero a veces... a veces me escapo.

Me obligo a mirarle. Está en el mismo sitio, con el rostro inexpresivo, tan impasible e indescifrable como siempre lo he visto. Me desmorono un poco a pesar de mi determinación. Esto no es solo sobre cómo me ve; esa nave despegó hace mucho.

Es sobre cómo cree que le veo yo a él.

—En el salón, cuando tiré el guante, ¿de verdad crees que no sabía quién eras? —Mis dedos sujetan con fuerza el destornillador como si fuera un salvavidas—. Eras un héroe que aparecía en todas las noticias. Sabía quién era tu familia, que eras un becado, todo. Sabía exactamente quién eras. Solo... olvidé, por unos segundos, quién era yo. Porque quería hablar contigo. Porque

no me mirabas como si fuera Lila LaRoux.

»Así que sí, fui cruel después. Soy cruel porque es la manera más rápida de que un hombre pierda interés y, créeme, he aprendido cómo hacerlo. Mi padre me enseñó bien. —Trago saliva para asegurarme de que mi tono de voz es tranquilo. Estaría orgulloso—. Tarver, tienes que entender que todo aquel que se acerca a mí, todos, quieren algo. Los hombres van detrás de mi dinero. Las mujeres van detrás de mi posición social. Y los hombres sufrirán mucho por las atenciones de una chica, pero no hasta ese nivel de humillación. Tuve que aprender a usarla con el paso de los años. Y tal vez soy cruel porque es fácil y porque es algo... es algo que se me da bien.

Todavía sigue ahí, inmóvil. Me he quedado sin nada que decir y me callo. La mano se mueve nerviosamente, como si quisiera tirarle el destornillador. Cualquier cosa que le haga moverse, hablar. Di algo. Está ahí como si le hubieran dado en la cabeza con la cantimplora, mirándome fijamente, con la mandíbula tensa y en silencio.

Dejo caer el destornillador.

—Buscaré un sitio para pasar la noche.

Siento sus ojos en mí mientras cojo la bolsa de provisiones y me dirijo hacia el riachuelo.

El arroyo está turbio por donde lo cruzamos antes, por lo que lo sigo, buscando un sitio donde rellenar la cantimplora y lavarme un poco. Me ronda el esbozo de el hilo una idea, pero lo aparto, con la mente agitada.

¿Por qué, por qué se lo he contado? ¿Por qué iba a interesarle la triste historia de una pobre chica rica a la que le quitaron el novio? Será una buena anécdota para él cuando se vaya, algo de lo que reírse con su pelotón. Me lo imagino describiendo cómo esa chica rica y lunática intentó asaltarlo por sus problemas con su papá. Algo se retuerce inquieto en mi interior. Tarver no es el tipo de persona que contaría la historia. Pero, aun así, le debo de parecer una egocéntrica. Ha visto volar en mil pedazos a muchos de sus amigos en el frente y yo estoy llorando porque a un chico que conocía lo enviaron a la guerra.

Bueno, ahora lo sabe. Sabe lo que es mi padre. Lo que soy yo. Que soy responsable de la muerte de un chico cuyo único crimen fue enamorarse de mí. Ahora sabe lo tóxica que soy.

Estoy tan inmersa en mis pensamientos que casi no advierto la cueva. La

entrada es estrecha, casi lo bastante ancha para los hombros de Tarver. El nacimiento del río debe de estar dentro, pero no oigo el burbujeo, solo el ligero goteo del agua bajando por la roca. Busco en la mochila la linterna, me subo a las rocas mojadas y meto los hombros.

El riachuelo continúa en la penumbra hacia otra grieta más ancha. Me detengo el tiempo suficiente para dejar una camiseta de color rojo intenso que guardaba en la mochila atada a un peñasco, como señal en caso de que Tarver viniera a buscarme. Luego vuelvo adentro, más hacia el fondo de la cueva para ver si es lo bastante grande para que durmamos los dos.

portadella

—¿Estuvieron la señorita LaRoux y usted separados alguna vez un periodo de tiempo importante?

—Defina «importante».

—¿Puede dar cuenta de su localización y sus acciones durante toda su estancia en el planeta?

—Hace que suene como si estuviéramos de permiso.

—Comandante.

—Estuvimos juntos todo el tiempo.

—Y ¿no le ocurrió nada extraño en ese tiempo? ¿No cambió de alguna manera?

—Creo que estrellarse en un planeta desconocido es bastante extraño.

—Comand...

—No. No hubo cambios notables.

VEINTINUEVE TARVER

Cojo una piedra y elijo dónde lanzarla contra la base de las contraventanas metálicas. Se oye un ruido hueco, lo que significa que no hay nada detrás, así que vuelvo a lanzar la piedra, torciendo el cuerpo y encontrando un ritmo. Me da vueltas la cabeza.

¿Error administrativo? ¡Y una mierda! No se envía a nadie a la guerra por accidente y menos al hijo de un rico. Conozco veinte cosas que lo evitarían.

A menos que tuviera una novia con un padre al que no le gusta la idea de su relación. A menos que la chica a la que amase fuera Lila LaRoux.

Entonces puede pasar.

«Pobre Lila.» Lleva viviendo con este secreto tres años. Nunca la había oído tan perdida, como si de verdad creyera que es culpa suya que mataran a ese chico. ¿Qué tipo de padre carga con eso a una chica de catorce años y la deja vivir pensando que tiene las manos manchadas de sangre?

Ojalá me lo hubiera contado antes. Pero ¿qué habría hecho si me hubiera dicho en la Ícaro que era demasiado peligroso perseguirla? ¿Habría sido lo bastante listo como para alejarme?

Me doy cuenta de que llevo golpeando la piedra contra el mismo sitio sin resultados al menos dos minutos. La dejo, abandono mi vano intento de abollar las contraventanas y subo por el riachuelo para reunirme con Lila.

«¿Qué voy a decirle?» Solo sé que tengo que ir con ella mientras la electricidad recorre de arriba abajo mi columna vertebral.

Un destello rojo me salta a la vista, hay una tela atada a un peñasco. Estoy tan cansado, tengo la cabeza tan llena de disculpas a medias que tardo un momento en localizar la entrada de la cueva.

A la Lila con la que me estrellé jamás se le habría ocurrido eso. Habría desaparecido dentro sin pararse a pensar cómo iba a encontrarla. Pero mi chica ha cambiado mucho desde que aterrizamos.

La entrada es estrecha, pero me meto por ella, chapoteando en el arroyo. La luz del sol está desapareciendo cuando veo la linterna delante. El estrecho pasillo se ensancha hasta convertirse en una cámara más grande, como una burbuja dentro de una roca, y por poco no veo el gran escalón que hay para

bajar.

Interrumpo la caída justo a tiempo al agarrarme al borde de la abertura. No me ha visto todavía. Está en medio de la cueva, sacando nuestras cosas de la mochila y colocándolas con cuidado. Ha encendido un fuego justo debajo de una grieta en el techo para que salga por ahí el humo. ¿Se lo he enseñado yo o se le ha ocurrido a ella sola? Ya no me acuerdo.

Está preparando dos camas. Su boca es una línea fina y fija, y tiene los hombros derechos y decididos. Está recurriendo a la misma fuente de disciplina que encontró cuando estaba enfermo, supongo. La misma fuente que la empujó hacia la nave llena de muertos para ir a buscar mi medicina.

«¿Cómo pude pensar alguna vez que no podía juzgar la profundidad de sus propios sentimientos?»

Bajo con cuidado a la cueva, haciendo chocar dos piedrecitas adrede. Levanta la vista al acercarme y luego sigue con su trabajo, empujando una camiseta dentro de la almohada que está haciendo.

—¿Sabes lo que pensé la primera vez que te vi, cuando estabas dando órdenes a aquellos oficiales?

Hay un deje en mi voz, un titubeo... Sueno nervioso. Aunque no lo estoy. Jamás he estado tan seguro.

Vuelve a levantar la vista para mirarme y el cansancio se refleja en todo su rostro. Alza la barbilla un poco como si se preparase para un golpe.

—¿Qué pensaste, Tarver?

—Pensé que ese era mi tipo de chica.

Su expresión no cambia.

Me permito sonreír un poco mientras me arrodillo delante de ella y todos mis músculos cansados protestan al moverse.

—Y Lila, tenía razón. Olvida todo lo demás. Olvida a todos los demás. Eres justo mi tipo de chica.

—Tarver, tenías razón antes al detenerme. —Sus ojos azules son oscuros y profundos, y su pelo resplandece a la luz del fuego—. Esto no puede ocurrir.

La culpa está grabada en sus rasgos con tanta claridad que casi se me rompe el corazón. Contiene el aliento cuando voy a cogerle el brazo para ponerla de rodillas, a mi altura.

—Lo que le pasó a Simon no fue culpa tuya. Fue tu padre el que lo hizo, no tú. No tienes que echarte la culpa por que alguien te quisiera.

Traga saliva y me mira a los ojos, vacilante.

No puedo soportarlo más y, antes de ni siquiera darme cuenta de lo que estoy haciendo, me inclino para besarla. Me recorre una sacudida cuando se encuentran nuestros labios y ella deja caer la linterna con un repiqueteo. Duda por un momento y luego se aparta de mí. Quiero ir tras ella, pero me contengo, con el corazón latiendo con fuerza.

—Pero... en las llanuras te comportaste como si ni siquiera te gustara —susurra.

—Si de verdad creíste esa actuación, estás más loca de lo que yo pensaba. Me has gustado desde el principio. Creía que era mejor mantenerme alejado, concentrarme en sacarnos de aquí. —Tengo la voz ronca ahora—. Tenía miedo de tenerte y luego volver a perderte. Pero merecía mil veces la pena. He sido un idiota, lo siento.

Tiene la cara colorada, los labios enrojecidos, y su piel clara lo destaca aún más. El deseo de volver a besarla es irresistible. Esta vez, cuando me inclino, ella no se separa. Bajo la cabeza hacia la de ella y deslizo una mano hacia el final de su espalda para atraerla hacia mí. Tiro de su labio inferior con mis dientes y ella jadea con la respiración entrecortada.

Me retiro un poco y esa minúscula distancia requiere un esfuerzo monumental por mi parte.

—Si quieres que pare —consigo decir, sin apenas reconocer mi propia voz—, avísame.

Tardo un momento en darme cuenta de sus ojos oscuros, sus labios entreabiertos, el modo en que se inclina hacia mí. Su mano se curva alrededor de la manga de mi camisa, temblando. Y es entonces cuando advierto que mis manos tampoco están demasiado firmes.

—Para ahora —susurra— y jamás te lo perdonaré.

Se oye un suave gemido cuando nuestros cuerpos se unen, pero no estoy seguro de quién de los dos ha emitido el sonido.

Si una nave de rescate aterrizara en el claro en este momento, seguiría escondido en esta cueva.

portadella

—¿Qué hay de los cambios físicos?

—¿Disculpe?

—¿Sufrió la señorita LaRoux algún... cambio físico en su persona mientras usted la acompañaba?

—Creo que se puso un poco más fuerte por todas las excursiones.

—Comandante, ¿hasta qué punto se dejó llevar por sus sentimientos respecto a la señorita LaRoux?

—A la mitad.

—¿Disculpe?

—¿Cómo se supone que debo responder a esa pregunta?

—Estamos intentando descubrir qué sucedió. Lo mejor para todos es que conteste con la verdad.

TREINTA LILA

—¿Estás bien?

Levanta la cabeza de mi cuello y los labios me rozan la mandíbula.

Me estremezco y elijo responder con un murmullo, contenta. Al cabo de un rato, abro los ojos para encontrarle mirándome. Tiene el pelo pegado a la frente, visible por la penumbra del fuego que está apagándose.

—Feliz —añado justo cuando veo la línea de su boca curvarse hacia arriba, resaltada por el tenue resplandor de las brasas.

—Bien.

Se inclina para besarme, apoyándose en un codo. Echo la barbilla hacia arriba, descubriendo cómo le hace inclinarse para besarme más fuerte, emitiendo un sonido que mezcla satisfacción y sorpresa.

Cuando vuelve a levantar la cabeza, quita la mano de mi cintura para recorrer con la yema de un dedo el borde de mi frente, bajar por la mejilla y retirar de mi cara unos cuantos pelos sueltos.

—No tienes ni idea de cuánto hace que quería hacerlo.

Su voz sigue algo ronca y a mí me da un vuelco el corazón.

—Te has tomado tu tiempo.

Intento un aire despreocupado e indiferente, pero sé que mi actuación no es convincente.

Se ríe y observo su boca, distraída, y casi me pierdo lo que dice a continuación:

—Estoy seguro de que si hubiera intentado besarte mientras te arrastraba por el bosque el primer día, me habrías lanzado uno de esos ridículos zapatos a la cabeza.

Espero que vuelva a la actividad cuando llegue la mañana y sugiero, con cierta añoranza, que nos tomemos un día de descanso. No quiero abandonar nuestra cama, no quiero ir a buscar la ropa, no quiero apartarme de él. Ahora me mira de forma muy distinta. Sin reservas, de manera clara, cariñosa. No sabía que había un muro entre nosotros hasta ahora, que lo he visto desaparecer.

En vez de poner su voz de soldado y decir algo sobre emprender la marcha, se limita a estirarse y me acerca a él con un brazo. El otro lo mete debajo de

su cabeza, mientras mira al techo de la cueva, donde se filtra un poco de luz por una grieta. La luz juguetea por las paredes de la caverna, revelando formaciones esculpidas con el paso de los años, estalagmitas que se alzan desde el suelo hacia las gemelas que hay encima, inmensas cortinas de reluciente piedra caliza que gotean desde el techo.

—No se me ocurre cómo entrar a ese edificio. De momento, no tenemos que hacer nada que requiera una atención inmediata.

Me incorporo sobre un codo y me quedo mirándole.

—¿A qué te refieres con que no tenemos que hacer nada?

—Lo que he dicho, preciosa. —Me sonrío y me estremezco. En mi antigua vida no se le permitiría a nadie sonreírme así—. ¿Crees que tengo un deseo ardiente por levantarme de la cama hoy?

No puedo evitar responderle con una sonrisa. Se inclina para besarme, un breve gesto antes de que empiece a apartarse de nuevo. Se detiene, con los ojos medio cerrados, reflexivo, antes de inclinarse otra vez, tomándose su tiempo, con su boca caliente pegada a la mía. Cuando se aleja, mi corazón late con fuerza.

—Iré a por el desayuno —dice, saliendo de nuestro nido y arrojándome de nuevo con las mantas.

Se pone los pantalones, pero no se molesta en coger el cinturón, dejando que le caigan hasta las caderas. Me acurruco en el espacio que ha dejado caliente a mi lado y le observo mientras se mueve por el campamento. ¿Cómo puede ser que tenga tantas ganas de estar con él cuando no hace más que un minuto que se ha ido?

Busca en la mochila unas barras. Al cabo de un rato hace una pausa y se queda mirando algo dentro de la bolsa. Yo solo distingo un destello plateado cuando lo coge y cierra la mano a su alrededor, pero sé lo que es: el estuche que contiene la fotografía de su familia.

Entonces advierto algo que empezó a arraigar el día que subimos por los restos de la nave en busca de nuestro próximo movimiento. Cuando descubrí que la idea de vivir aquí no dolía. La verdad es que no quiero que nos rescaten. Ojalá pudiera quedarme aquí, con Tarver, para siempre, aunque para siempre fuese tan solo unos años, unos meses o unos días, antes de que el salvajismo de este planeta nos supere. Porque en el momento en que las naves de rescate aterricen, no volveré a ver a Tarver Merendsen.

Y eso es con lo que he intentado luchar, porque sé que no es lo mismo para

él. Sé que aquí no podría ser feliz, no cuando su corazón está en una casa con jardín, con un profesor, una poetisa y el recuerdo de su hermano.

Miro cómo deja el estuche a un lado, con cuidado, con ternura. Vuelve a su búsqueda, pero sigo viendo el dolor en su expresión.

No importa que el rescate signifique el fin de lo nuestro, que para mí sea la vuelta a una vida no vivida, vigilada en todo momento y apartada de cualquier cosa que pueda tocarme. Lo único que importa es que él llegue a casa. Que sus padres no tengan que sufrir la pérdida de su segundo hijo.

Tenemos que entrar en el edificio. Cuando Tarver vuelve, estoy sonriendo y le envuelvo en un abrazo. Pero incluso mientras me murmura al oído, me besa en el hombro y enrosca los dedos por mi pelo, le estoy dando vueltas a la cabeza.

Se me ocurrirá la manera.

No salimos de la cama hasta media tarde y solo porque necesitamos rellenar la cantimplora en el manantial. Localizamos la ropa y después damos un paseo por el bosque para dirigirnos al edificio.

Vuelvo a intentar abrir las contraventanas y él le da unos toques a la puerta para calcular su grosor. Compartimos unas cuantas ideas, cada una más improbable que la anterior. Dudamos si usar una especie de ariete, pero aunque utilicemos las herramientas oxidadas para talar un árbol, no hay modo de que los dos podamos levantar y mover un tronco lo suficientemente grande como para abrir una puerta de acero. Sean cuales sean las provisiones o el equipo que pueda haber en el edificio, están encerrados dentro.

Oigo susurros distantes, que se alzan por la hierba hacia mí como el sonido de la lluvia. Hay urgencia en las voces que gimen en mi oído, suplicando, afligidas. Vienen de la misma estación. No somos los únicos que desesperadamente quieren encontrar el modo de abrir el edificio. Los susurros han estado dirigiéndonos aquí todo el tiempo y ahora nos están rogando que entremos.

Finalmente, al acercarse el anochecer, lo dejamos y volvemos a nuestra cueva para reavivar el fuego y hacer otra vez la cama, que, en el transcurso de la noche pasada, se esparció por todos lados. Mientras estoy volviendo a rellenar las almohadas y colocando las mantas, Tarver está agachado junto al fuego. Esta noche está haciéndolo crecer. Es más fácil estar desnudo, dice, cuando no estás congelado.

—Vivir como un pobre no está tan mal, ¿no, señorita LaRoux? —bromea, echándose en la cama improvisada y tirando de mí para que caiga sobre él.

Estalla la frustración, a pesar de las ganas de ignorarla bajo estas circunstancias.

—¿De verdad tienes que hacer eso después de lo que ha ocurrido? ¿Actuar como si estuvieras por debajo de mí?

Sonríe encogiéndose de hombros, quitándole importancia.

—El universo entero sabe que estoy por debajo de usted, señorita LaRoux. No me importa.

—Cincuenta mil personas en esa nave, más o menos. —Escojo mis palabras con cuidado—. Tres mil de ellas soldados. Al menos una docena de condecorados de guerra. Y me fijé en ti.

Empieza a hablar, pero le paso la mano por el brazo y basta para hacerle vacilar, atascándosele la voz en la garganta ante mi contacto. Este poder recién descubierto es embriagador.

—¿Crees que me gustas solo porque me salvaste la vida? ¿Porque sabes qué hacer y yo no, porque te aseguras de que coma lo suficiente y evitas que pierda la razón? ¿Porque eres el único hombre de este planeta?

Protesta, pero lo veo en su rostro. No estoy totalmente equivocada.

—Sí —susurro—. Es por todos esos motivos. Es por tu fuerza, pero también por tu bondad y tu ternura. Actúas como si no hubieras heredado nada de tu madre, pero eso no es cierto. Hay... hay poesía en ti.

Inspira bruscamente, el brazo que me rodea me aprieta y los dedos se enroscan en mi pelo, tirando de él, tirando de mí para acercarme. No puedo respirar... no quiero. Cuando habla, su voz tiembla un poco, como cuando me besó por primera vez.

—A veces te llevas todas mis palabras.

Se recuesta sobre un codo, después me lleva hacia él para que pueda detener mi respuesta con la presión de sus labios. Cuando interrumpe el beso, termino mirándole pestañeando, sin aliento.

—Sigo sin estar seguro de si tiene razón, señorita LaRoux —murmura—. Sí estoy por debajo de usted.

Mientras me mira, tardo unos segundos en ver en sus ojos que le hace gracia. Me doy cuenta de que está riéndose a su manera, no a mis expensas sino porque también está contento. Así que suelto una de las palabras que aprendí de él cuando tenía fiebre y cojo la bolsa de la ropa que nos sirve de

almohada para tirársela a la cabeza.

Me coge de la muñeca antes de acercarme, moviéndose con tanta rapidez que me deja boquiabierto, y me río mientras tira de mí para que vuelva al nido. Detiene mi risa con la boca, lo que envía electricidad por mi espalda, como las chispas que descansan en mi vientre.

Tarver inclina la cabeza para besarme detrás de la oreja, martirizándome. Alzo la barbilla y sigue bajando por la garganta al tiempo que la suavidad de su boca contrasta con la aspereza de su barba incipiente.

«Chispas», pienso, y algo se mueve en el fondo de mi cerebro. La simiente de una idea, la que he estado tratando de ignorar, se convierte en un plan hecho y derecho.

—Deberíamos volar las puertas de la estación.

Tarver se detiene a medio beso, alzando la cabeza y mirándome totalmente perplejo.

—¿Que deberíamos qué?

—¡Las puertas! Son demasiado gruesas para abrirlas con cualquier ariete que pudiéramos levantar. Pero ¿una explosión? Eso funcionaría, ¿no?

Me mira parpadeando, medio confundido, medio malhumorado. No le gusta que le interrumpan.

—Estás siendo más desconcertante que de costumbre.

Me río, pasándole los dedos por el pelo.

—El aerodeslizador, en el cobertizo... Hay depósitos de combustible en la parte trasera. Ponemos unos cuantos en la puerta, hacemos una mecha con alguna cuerda y empezamos la fiesta.

Su expresión cambia de malhumorado a cautelosamente asombrado, y no puedo evitar emocionarme al ver que le he dejado impresionado. Sin compasión ni sorpresa. Como iguales.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi Lila? —dice finalmente.

«Mi Lila.» Quiero detenerme y deleitarme en esas palabras, pero estoy demasiado entusiasmada con mi idea.

—Anna tenía unos hermanos mayores y cuando yo era pequeña hacíamos volar cosas por los aires todo el tiempo en nuestra pista de tenis. Mi padre tuvo que volver a pavimentarla muchas veces.

Siento una punzada por el recuerdo y se me cierra un poco la garganta. Por la pérdida de mi prima, por la pérdida de cómo eran las cosas cuando éramos niñas... por la pérdida de mi propia infancia.

Los ojos de Tarver se suavizan al ver mi cara.

—Debemos tener cuidado. Despejar los árboles de la puerta, minimizar los escombros y el peligro de incendio que pueda haber después.

Hay electricidad en el ambiente, con la meta casi tangible. Ignoro el dolor que me atraviesa, ahora que nuestro tiempo juntos tiene un límite.

Una cuenta atrás que empieza en una cantidad finita que no veo. Cada momento es uno que no volveremos a pasar juntos.

—¿Podemos usar tu arma para detonarlo?

Frunce los labios, pensativo.

—La Gleidel fue diseñada para interactuar con materia orgánica, no metálica. Para impedir que ningún imbécil la disparase dentro de una nave y abriera el casco. No le haría más que un rasguño al depósito.

Alarga la mano para pasarme los dedos por los labios.

—Una mecha, entonces. Como las que usaba de pequeña. —Cierro los ojos y le beso los dedos mientras se pasean por mi boca—. No he usado nunca combustible como explosivo, pero el principio es el mismo. Un impacto súbito como ese volaría las puertas y dejaría el resto de la estación intacta.

Tarver hace un sonido grave con la garganta que me hace estremecer.

—Sigue hablando de hacer explotar cosas —sugiere, inclinando la cabeza para retomar lo que estaba haciendo antes de que le interrumpiera.

Tardamos casi un día entero en despejar la zona delante de las puertas del edificio. Las herramientas eléctricas hace mucho tiempo que están descargadas, así que estamos utilizando sierras oxidadas y un par de tijeras de podar que hemos cogido del cobertizo. Probablemente habríamos terminado antes, pero no dejo de colocarme a su lado sin recordar el impulso que tengo de ir hacia él. Sigo pidiéndole besos y él deja lo que está haciendo con gusto. No hacemos muy buen equipo al distraernos constantemente el uno al otro de lo que deberíamos estar haciendo. Cortamos los árboles jóvenes, quitamos las zarzas y amontonamos cuatro depósitos de combustible contra las puertas.

Le echo un vistazo a las abolladuras y los daños en los tanques, y paso la mano por la cuerda que hemos encontrado para la mecha. De repente no estoy segura de que sea tan sencillo como me imaginaba. Podría salir mal de muchas maneras distintas.

Mientras el sol empieza a bajar, cerca del horizonte, Tarver aparta arrastrando el último de los árboles jóvenes y después arquea la espalda hasta

que cruje. Me acerco a él y levanta el brazo sin mirar, pues sabe que estoy ahí. Me meto debajo y le envuelvo la cintura con los brazos.

—¿Lo hacemos ahora?

Apoyo la boca contra su pecho, con los ojos hacia arriba para mirarle. Que juzgue él cuándo empieza nuestro rescate. Yo no lo veo objetivamente. Lo deseo con todas mis fuerzas y a la vez no lo quiero. Estoy atrapada entre quedarme y marcharme.

—Depende de a qué te refieras —responde, deslizando los dedos sigilosamente por mi brazo hasta el borde de la manga de mi camiseta.

—Calla —replico, aunque dudo que me tome en serio con la risa de mi voz.

—Esta noche no —dice antes de inclinarse para besarme. Pasa un largo rato hasta que vuelve a hablar—. Esperaremos a que haya buena luz, cuando estemos seguros de estar preparados. Mañana.

—Si hubo gente destinada aquí, puede que haya comida dentro. Agua caliente, quizá, si es que hay un generador. Y camas. —Le sonrío—. Aunque supongo que el hecho de no tener cama no ha sido un problema para nosotros hasta ahora.

Tarver levanta una ceja, cambiando el peso del cuerpo y envolviéndome con sus brazos.

—No, pero el suelo tiene sus limitaciones.

Se inclina para besarme de nuevo y su mano vendada se desliza hacia arriba, debajo de mi camisa. Al acordarme de su herida, lo cerca que estuve de perderle, me estremezco. No puedo dejar que esto lo haga él.

No sabemos lo volátiles que pueden ser los depósitos de combustible o lo rápido que arderá la mecha.

Le dejo que me bese un rato y espero a que emita el gruñido suave que suele hacer antes de intentar quitarme alguna prenda de ropa. Que se distraiga todo lo posible antes de intentar hacer esto. Porque no le va a gustar.

Aparto la boca un poco y murmuro:

—Empezaré a probar mechas mañana por la mañana. No me hace ni pizca de gracia la idea de perder una mano encendiendo esto.

Tarver empieza a inclinarse hacia mí de nuevo, pero entonces se detiene, frunciendo el entrecejo ligeramente.

—A mí tampoco me hace ni pizca de gracia la idea de que pierdas una mano. Me gustan las dos. Lo haré yo.

—No seas tonto —digo, dedicándole mi mejor sonrisa, la más competente.

No puedo dejarle ver lo desesperada que estoy por que me crea. Lo mucho que necesito que no se haga daño si algo sale mal—. Cuando era pequeña me pasaba el día haciéndolo, sin que mi padre se enterara.

Sigue frunciendo el entrecejo, algo vaga por su expresión. ¿Miedo? No lo distingo.

—Sé cómo recibir un golpe —afirma—. Cómo tirarme al suelo y protegerme de una explosión.

—Pero yo no tendré que hacerlo porque sé lo que me hago. No intento hacerme la heroína ni nada por el estilo. Estaré perfectamente. Y si algo saliera mal, si algo te pasara, no duraría aquí ni diez segundos en total sin ti. Pero si algo me sucediera a mí, tú estarías bien.

Está mirándome como si le hubiera apuñalado en el vientre. Casi veo su lucha interna. Pero tengo razón y por lo menos tiene que aceptar mi convicción. Me imagino su rostro febril y la garganta se me estrecha al recordar lo cerca que estuve de perderle. No puedo permitir que vuelva a ocurrir.

—Es un simple análisis de riesgo y recompensa —murmuro—. Tú me lo enseñaste.

Tarver levanta una mano para tocarme la cara, trazando la curva de mi mejilla.

—Lila, si algo te ocurriera —susurra—, no estaría precisamente bien.

Alzo la mano para cogerle la suya y entrelazo mis dedos con los suyos.

—Lila, ¿estás segura?

Le aprieto la mano, mirándole, dejándole ver mi seguridad, que estoy convencida. Puedo hacerlo. Se lo haré ver con todas las fibras de mi ser. No puedo dejar que encienda la mecha. No puedo mirar cómo se pone otra vez en peligro.

—Sí.

Su mirada busca la mía durante unos momentos mientras contengo la respiración. Entonces agacha la cabeza para besarme en la frente y se da la vuelta en dirección a la cueva.

No hay muchas cosas para las que me preparara mi antigua vida. No se desarrollan muchas habilidades en el mundo de la alta sociedad, de los bailes, los vestidos y la intriga, que se apliquen en la naturaleza, con este hombre al que no habría conocido si no fuera por este extraño giro del destino.

Pero al menos sigo siendo una buena mentirosa.

portadella

—Les encontraron no muy lejos de la estructura. ¿Puede aclararnos qué le pasó?

—Intentaba entrar. El último en marcharse tuvo la desconsideración de cerrar las puertas con llave, así que tuvimos que ser creativos.

—¿Y la señorita LaRoux participó en este acto de vandalismo?

—¿Vandalismo? Intentábamos sobrevivir.

—¿Tengo que repetir la pregunta?

—Por supuesto que no.

—Y, aun así, asegura que estuvieron juntos todo el rato.

—La señorita LaRoux no es el tipo de chica que se mancha las manos. Esperó en el bosque, fuera de peligro.

TREINTA Y UNO TARVER

—Me pregunto si todavía funcionará la cocina. Imagínate, al otro lado de esa puerta podría haber comida de verdad.

Quiere distraerme esa noche, evitar volver a la conversación sobre la mecha. He considerado decirle que si quiere distraerme, lo único que tiene que hacer es quitarse la camisa.

—Eso espero.

Me duele la cabeza por las dudas. Sé que es más inteligente dejar que ella la encienda. Lo ha hecho antes. Si se hace daño, puedo ayudarla a recuperarse. Es menos probable que ella se haga daño.

Pero aun así...

—Una cama también, se acabó dormir en el suelo.

La aprieto.

—Siempre terminas volviendo a la cama. Está obsesionada, señorita LaRoux.

—¿Alguna objeción?

Actúa con picardía, pagada de sí misma, mientras sube una mano por mi brazo. Si llevase una camisa puesta, me tiraría de la manga, para darme un beso, como si ya no soportara estar apartada de mí. Se ha dado cuenta de que puede hacerme olvidar las palabras a mitad de una frase.

—¿Objeciones? ¡Dios, no! —Me siento muy tentado a dejarla continuar, a ceder ante sus intentos de distraerme. Me desconecta la mente más rápido que nadie que haya conocido. Pero continúo sin estar seguro—. Quizá deberíamos dejar el edificio —sugiero en voz baja—. Y que siga todo como está. ¿Realmente nos hace tanta falta entrar?

Detiene la mano y se retira lo suficiente para mirarme.

—¿Hablas en serio?

—No soy idiota, Lila. —Recorro su pómulo con las yemas de los dedos y observo cómo brota el color en su piel clara cuando la toco—. Sé lo peligroso que es esto.

—Es la única oportunidad que tenemos de que nos rescaten. Dentro debe de haber un equipo de comunicaciones, algo que podamos utilizar para enviar una

señal de socorro.

«A lo mejor ser rescatados ya no es mi máxima prioridad.»

Las palabras están ahí, pero no tengo el valor para decirlas. En su lugar, la acerco más a mí y aprieto el brazo con el que le rodeo la cintura.

—Eso espero. Ni siquiera sabemos por qué abandonaron este lugar. Supongo que tuvo algo que ver con los susurros, pero ¿qué exactamente?

—Secretos y más secretos —murmura Lila. Antes de poder preguntarle a qué se refiere, inspira lenta y cuidadosamente como cada vez que está organizando sus ideas antes de hablar—. Dijiste que había rumores sobre la experimentación de los militares con el control mental y la telepatía. Quizá también estén implicadas las corporaciones. ¿Y si es eso?

Es un poco desconcertante que a Lila se le ocurran mejores ideas en la cama. A mí se me queda más bien el encefalograma plano bajo las mismas circunstancias.

—Crees que descubrieron a estos seres y después ocultaron este lugar al resto de la galaxia para poder estudiarlos.

—No sé qué hay en este planeta, Tarver, pero sea lo que sea, o quien sea, pueden hacer cosas. Ver en nuestros corazones, modificar nuestros sueños, hacernos pensar cosas. Pueden crear objetos de la nada. ¿Quién sabe qué más pueden hacer? Sé que cualquier corporación, o el ejército en realidad, no se detendría ante nada por un poder como ese.

Intento ignorar la sensación de malestar en mi estómago, pero sé que tiene razón. No hay muchas corporaciones con los recursos para terraformar planetas que sean conocidas por su compasión y principios morales.

—No sé qué estará pasando —continúa Lila—, pero los susurros nos trajeron aquí. Las respuestas están dentro del edificio. Lo averiguaremos mañana.

Encuentro una sonrisa.

—Mañana —repito, dándole un apretón.

Se acurruca contra mí, encajando perfectamente en mi costado.

—¿Qué haremos, si nos rescatan? ¿Después de terminar de comer y beber y sonreír a las cámaras?

—Serás tú la que estará sonriendo a las cámaras —la corrijo, riéndome.

—Tú también tendrás tu parte —me dice—. Eres el que le salvó la vida a la única hija de Roderick LaRoux. Será difícil escabullirse.

—Mi oficial superior lo resolverá. Me darán una semana para que vaya a

casa y les enseñe a mis padres que estoy entero, y luego me destinarán a algún sitio tranquilo por un tiempo. Muy tranquilo, si es que hemos visto cosas que se suponía que no debíamos ver.

Tiene la piel increíblemente suave. Mis manos parecen ásperas en comparación cuando paso la palma por su costado.

Se queda callada un instante, pegada aún a mí, pero no se inclina hacia mi mano como suele hacer. Espero y le dejo que le dé vueltas a ello en la cabeza. Al final habla de nuevo.

—¿Desaparecerás? —pregunta en voz muy baja—. Y ¿qué hay de ti y de mí? ¿Qué pasará con nosotros si te esfumas?

No tengo una respuesta frívola para ella, no hay forma de desviar el tema esta vez.

No sé qué pasará con nosotros. Es la pregunta que he intentado evitar cada día desde que vimos el edificio en el horizonte y descubrimos la posibilidad de que nos rescataran después de todo.

—Ya no tengo catorce años. —Se incorpora sobre un codo, mirándome—. Mi padre es poderoso, cambia la galaxia a su antojo, pero no va a cambiar esto. Es fuerte, pero me enfrentaré a él. —Sus ojos azules están serios, tienen determinación... tranquilidad—. Lucharé por ti.

Me ha dejado sin aliento. Mi mano le aprieta la cintura hasta que emite un ligero sonido de protesta y tardo un momento en darme cuenta de que estoy haciéndole daño. Quiero besarla hasta que esté tan perdida como yo. El corazón me llena el pecho.

Pero he visto lo que sucede cuando la gente vuelve al mundo real. He visto lo que pasa cuando se reúnen con sus amigos, con sus familias. Cuando los ritmos diarios se reafirman, como corrientes tirando de ellos hacia el río de la vida. Ahora mismo esto es lo que quiere, pero ¿y cuando vuelva a una vida donde no hay sitio para mí? Si le permito hacer estas promesas y luego tengo que verla regresar a su antigua vida, dejándome atrás a mí y todo por lo que hemos pasado... No estoy seguro de poder sobrevivir a eso.

Con un esfuerzo me obligo a respirar de nuevo.

—Lila. —Mi voz me suena débil incluso a mí—. Ninguno de los dos debería hacer promesas como esa.

Ella traga saliva.

—¿Estás diciéndolo porque tú no estás seguro o porque crees que yo no lo estoy?

—Estoy diciendo que no es tan sencillo como a cualquiera de los dos nos gustaría que fuera.

—Es lo más sencillo del mundo —susurra, inclinándose para rozar sus labios contra los míos—. Pero no me importa esperar hasta que tú estés seguro. Te convencerás.

Quiero decirle que ya estoy convencido, que ya lo estaba antes que ella, que me enfrentaría a un ejército de paparazzi y también a su padre si ella me lo pidiera.

Pero no sabe cuánto puede cambiar todo cuando vuelves a la civilización. Y no me aferraré a promesas que no puedo cumplir.

Se toma su tiempo para los preparativos de la mañana. Al menos eso era verdad, parece saber lo que está haciendo en lo referente a volar cosas por los aires. No me extraña que mantuvieran esa parte de ella en secreto, esto no es un hobby muy aceptable para los bien educados.

Me hace colocar los depósitos de combustible de seis maneras diferentes, mide las distancias y prueba distintas mechas. Tira un poco de combustible, a fin de dejar espacio en los tanques para los vapores, dice. Paso el tiempo quitando cualquier cosa que pueda causar daños si sale volando por los aires, hasta que me pongo a peinar la zona en busca de ramitas y piedrecitas, y hasta eso tengo que reconocer que no le haría más que un cardenal. Después me siento al pie de un árbol y la observo.

Es increíble. Está tan serena, tan decidida... y tuerce la mecha con los dos dedos para cambiar un poco el ángulo. Hay momentos como este cuando de verdad me la imagino en la casa de mis padres. La veo recogiendo leña con el resto de nosotros, cortando verduras y dando largos paseos para entretenerse. Creo que a mis padres les gustaría.

Puedo verla feliz allí. Ojalá supiera si estoy solo viendo lo que tengo tantas ganas de ver.

Agachada junto al extremo de la mecha, mira por encima del hombro, me sonrío y yo le devuelvo la sonrisa, impotente.

Entonces me doy cuenta de que está agachando la cabeza para encender una cerilla y algo hace clic en mi cabeza. No puede hacerlo. No debe hacerlo. Mis fantasías se dispersan y me pongo de pie demasiado lentamente, torpe. No sé cómo lo sé, pero todos mis instintos me avisan a gritos mientras ella se inclina para tocar la mecha con la llama.

La pequeña chispa sube corriendo por la cuerda de la mecha, demasiado rápido. El viento se levanta y la mecha arde más deprisa, ascendiendo hacia los barriles.

Lo ve igual que yo y se aparta. Yo me quedo sin poder hacer nada junto al árbol. No puedo moverme.

Da siete pasos antes de que los depósitos de combustible exploten.

Las llamas se alzan tras ella y el estallido llega un instante después. El edificio se abre como una lata y Lila sale disparada por los aires como si no pesase nada en absoluto. Cae al suelo con un golpe seco, rodando sin parar mientras una lluvia de escombros la rodea. Me falla el cuerpo, se me bloquea, lo que me impide llegar hasta ella. Arranco los pies de donde estoy enraizado al suelo y finalmente empiezo a moverme. Está boca abajo, inmóvil, tumbada entre un montón de trocitos de hierba ardiendo mientras las últimas partículas en llamas caen a nuestro alrededor.

Me tiro a su lado, le doy la vuelta poniéndole una mano en el hombro y otra en la cadera. Tengo la garganta congelada, incapaz de pronunciar ni siquiera su nombre. Me deja moverla sin protestar, con un brazo sobre la cintura y el otro estirado hacia mí.

Tiene la cara blanca pero, aparte de las manchas de tierra y el morado en la mejilla, parece ilesa. Por primera vez desde la explosión, siento cómo respiro con normalidad.

—Ha sido emocionante. —Su voz es casi inaudible—. Tarver, necesito que...

Se interrumpe para gemir suavemente, con la boca tensa y los ojos muy apretados por el dolor.

Se me contrae el corazón.

—Lila, dime qué te duele.

Su mano se enrosca en mi manga, como suele hacer cuando me pide un beso. Abre los ojos con un esfuerzo evidente y parpadea hasta poder enfocarme.

—Tú escucha, ¿vale? Cuando entres, debería haber un generador. Tienes que... conseguir bastante energía para enviar la señal.

—Lila, calla, eso no importa. —Le duele en alguna parte, aunque no veo dónde. Me tiemblan las manos mientras le desabrocho la camisa—. Nos ocuparemos de eso cuando entremos.

—No creas que lo haremos —susurra, con voz ronca.

Entonces levanta la mano de la cintura y me muestra lo que está

escondiendo, lo que está sujetando. Una maraña de piel y camisa manchadas de sangre, y el destello del metal incrustado dentro.

No oigo, no veo, no pienso.

Aunque mi cuerpo sabe lo que hacer.

—Sigue apretándolo, no quites la mano de encima. —Mi voz grita órdenes como si estuviera en el campo de batalla. Voy a buscar la mochila para sacar el botiquín de primeros auxilios que rescató de la Ícaro y hago volar botes y vendas en todas las direcciones mientras busco el único frasco que importa—. Mantén la mano ahí, tenemos un coagulante.

—No. —Tiene la voz débil, aunque presiona con la mano la herida—. Te hará falta más tarde, hasta que venga ayuda.

—Me hace falta ahora.

Por fin lo encuentro, le quito el envoltorio a una aguja y vuelvo a ella a gatas. Inspiro... uno, dos. Espiro... uno, dos. Ahora tengo firme el pulso. Meto la aguja en el bote, observo cómo se llena, levantándola, y le doy unos toquecitos para que no se formen burbujas.

No es suficiente. Lo sé en cuanto deslizo la aguja en su piel. No puede detener este tipo de hemorragia. La metralla le ha atravesado el vientre. Esta inyección no puede coserla.

—Por favor —susurra, estremeciéndose.

Tiro a un lado la aguja vacía, me saco la camisa por la cabeza, le levanto la mano y presiono su abdomen con la tela.

—Estoy aquí, Lila, estoy aquí. Te lo prometo. Estoy justo a tu lado.

Me empuja el brazo con debilidad y la sorpresa supera a la razón mientras su mirada se dirige más allá, hacia el cielo.

—Por eso es mejor. Yo estaría hecha trizas, si te hubiera ocurrido a ti.

«Yo estoy hecho trizas, Lila.»

Pero mi cuerpo sigue moviéndose, mi boca sigue hablando.

—Calla, ya he visto esto antes. Podemos arreglarlo.

Presiono la herida y con la otra mano le toco la mejilla, intentando guiar su mirada de vuelta a mi rostro. Quiero que me mire.

Gime y el sonido me rompe el corazón.

—Tarver, no pasa nada. No empieces a mentirme de nuevo. No tengo miedo.

Pero está llorando, las lágrimas salen por el rabillo de los ojos y bajan por sus sienes, dejando un rastro pálido en su cara sucia.

No sé qué decir. Las palabras me abandonan.

—Dile a mi padre...

La interrumpe la tos y le sale un poco de sangre por la comisura de su boca. Veo cómo la confusión comienza a apoderarse de ella. Esto también lo he visto antes.

«No. Por favor, no.»

Levanta la mano para agarrarse a mí, encuentra mi brazo y lo sujeta con firmeza.

—Tarver. —Su susurro es un gorgoteo, ahora hay sangre en su garganta—. Te mentí. Yo no... No quiero morir.

Sus ojos azules están abiertos de par en par, aterrorizados cuando mira detrás de mí.

Estoy temblando cuando me agacho para estirarme a su lado, aprieto mi frente contra su sien y susurro mis palabras contra su piel.

—Estoy aquí. —Apenas puedo hablar en voz alta, pero creo que me oye—. Te lo prometo, estoy aquí, Lila. No me voy a ninguna parte. No te dejaré.

Se esfuerza por respirar, alarga la mano para tocarme la cara y me pasa los dedos por la mejilla.

—Creía...

Su mano se queda muerta y siento el momento en que la vida la abandona.

Por un instante nos quedamos tumbados juntos, totalmente quietos, sin respirar. Y entonces mis pulmones, traidores, se contraen y me hacen coger aire aunque yo intento evitarlo.

Ella permanece quieta, callada. Sus ojos, como espejos de agua, me muestran los árboles, las hojas, el cielo.

portadella

—¿Está bien, comandante? Su garganta parece un poco seca.

—Lo siento. ¿Puede repetir la pregunta?

TREINTA Y DOS TARVER

Me encuentro en estado de shock, lo sé por mi entrenamiento militar. Tengo la boca seca y empiezan a temblarme las manos. Tengo frío.

Me quedo mirando su cara, pero es como si la observara a través de un cristal que han retirado. Me hallo fijándome en trivialidades: la longitud de sus pestañas y las pecas nuevas que destacan en sus pálidas mejillas. Nunca fue consciente de ellas.

Pero yo las vi y me encantaban, me encantaba...

Debería cerrarle los ojos. Hay pasos que han de seguirse. Mi cuerpo trata de moverse, intenta hacer lo que ha hecho antes, pero no puedo dejar de temblar. Me fijo en los diminutos cortes, en las uñas ennegrecidas de mi mano, y espero a que me deje de temblar para rozarle los párpados, pero no para. Empeora y me quedo mirándola, fascinado.

El cerebro da importancia a estas minucias para distraerse del trauma arrollador. El instinto provoca que se empiecen a memorizar detalles febrilmente cuando está en peligro. Me han entrenado para esto.

No. Nadie me ha entrenado para esto.

Sé que hay otra cosa en la que debería estar pensando, la otra cosa que sé, pero cada vez que intento acercarme, mi mente retrocede, estremeciéndose. No puedo pensarlo. No puedo saberlo.

La bilis me sube por la garganta de repente y me aparto de ella para plantar las manos en la hierba mientras toso, me entran arcadas y luego trago con esfuerzo. Estoy resollando, pero contengo las ganas de vomitar. Los codos empiezan a doblármese y los mantengo en su sitio.

Sé con total certeza que si me permito caer al suelo junto a ella, me quedaré allí para siempre. Las lecciones con las que me taladraron me lo prohíben.

Me pongo en pie tambaleándome, con movimientos torpes. Cuando me levanto, me balanceo, buscando algo en el claro —cualquier cosa— que me diga qué hacer. Los pequeños incendios por la explosión están apagándose. El tiempo debe de haber pasado. No lo recuerdo.

Y no sé qué hacer. No hay nada aquí. No hay protocolo, no hay notificación, no hay informe, no hay... nada. Solo estoy yo, en medio del claro, con Lila a

mis pies.

Del edificio todavía sale humo, una pared ha estallado hacia dentro, hay escombros esparcidos y metal retorcido. Los árboles alrededor del límite del claro se inclinan hacia dentro y el bosque se halla en un silencio desmedido. Los pequeños detalles de la escena obstruyen mis pensamientos, apartan mi atención de esta cosa que no puedo entender.

Intento de nuevo atravesar el gran muro de resistencia en mi cabeza.

«Lila está muerta.»

Nada.

«A Lila le alcanzó metralla. Lila se desangró.»

Nada. Me lo digo a mí mismo, pongo las palabras en mi mente, pero no reacciono ni con una sacudida. No son más que palabras. Palabras estúpidas, imposibles... tan ridículas que las ignoro.

Vuelvo a intentarlo, con algo más pequeño, como preocuparme por un diente suelto o levantarme una costra.

«Lila no volverá a hablarme.»

Hay un temblor.

«Lila no volverá a besarme. No oiré su risa.»

Mis pulmones se contraen.

¿Por qué estoy haciéndome esto?

No sé cómo apenarme. He visto antes la muerte. La he visto de cerca, he sentido su calor en mi piel. La he visto desde una distancia fría y segura, en las estadísticas de mis informes de inteligencia. He visto morir a pelotones enteros, demasiados para entenderlo significativamente.

He visto morir a mis amigos, he presenciado sus últimos momentos y aceptado sus mensajes para los seres queridos a los que jamás creyeron realmente que dejarían.

Cuando murió Alec, mi madre me necesitaba, y por eso me negué a sucumbir, pero eso no significó que dejara de intentar lidiar con lo que había sucedido. El alma de un poeta, decía ella siempre. Pero lo superé en silencio, guardando la pena para mí, en algún sitio seguro. La emoción no tiene lugar en mis informes. En el campo de batalla era simplemente peligrosa. La recluías y llorabas más tarde, en silencio.

Esto es distinto. Esto es ensordecedor, arrollador. No hay nada que hacer a continuación. No hay otros soldados a los que atender. No hay padres que me necesiten.

Tan solo mi Lila, con la sangre aún filtrándose por la camisa, incluso tras habersele parado el corazón. Su piel está todavía caliente, los ojos, abiertos, y la cara, flácida.

Esto va más allá de toda comprensión. Es demasiado. Aún oigo su voz.

«Y si algo saliera mal, si algo te pasara, no duraría aquí ni diez segundos en total sin ti. Pero si algo me sucediera a mí, tú estarías bien.»

Le respondí.

De eso también me acuerdo. «No estaría precisamente bien.»

De hecho, no soy nada. No existo. Estoy perdido.

Me apoyo en una rodilla para cogerla en brazos y cae de forma horrible contra mí, con la cabeza echada hacia atrás, y se le desliza el brazo hasta colgar muerto. Su piel ya parece diferente.

La acerco más a mí, de modo que la cabeza se inclina contra mi hombro. La sangre me mancha la piel. La llevo por el camino hacia la cueva.

No puedo enterrarla hoy. No estoy lo bastante fuerte como para cavar el hoyo. Una parte de mí, práctica y horrible, sabe que cavaré hasta estar agotado y no será lo bastante profundo. Tendrá que ser mañana. Y todavía no estoy preparado para no volver a verla.

La tumbo en nuestra cama, colocando recto el cuello, con cuidado, y le cruzo las manos. Le coloco la almohada debajo de la cabeza.

Me acuesto a su lado en el suelo de piedra de la cueva y me pongo boca arriba para clavar la vista en la luz que se cuelga por la abertura en la roca que nos sirve de chimenea. Rodeo con mi mano la suya, fría.

Un rato más tarde, advierto que la luz ya no atraviesa la grieta del techo.

La enterraré por la mañana. Todavía no.

Parece como si estuviera observando los acontecimientos que están teniendo lugar, sin aparecer, ni participar. Estoy contemplando a un chico tumbado en el suelo de una cueva junto a una chica. En la oscuridad parece que están dormidos.

La idea del edificio entra al final en mi cabeza. Visualizo la pared, forzada por la explosión. Mi recuerdo está confuso por el humo y el polvo, así que no veo el interior. Sé, de alguna manera extraña, que debería ir a explorarlo mañana. Salvo que no puedo imaginarme atravesando la puerta rota.

Unos minutos más tarde, o a lo mejor unas horas, noto la Gleidel clavándoseme en la espalda. Tuerzo un brazo para sacarla, con los dedos adoptando la postura familiar para sujetarla, deslizándose en su sitio. La

levanto y coloco el cañón bajo mi barbilla. Empujo el cañón hacia la izquierda para colocarlo en el sitio adecuado.

La urgencia recorre mi ser, empezando por algún lugar de mi vientre. Sube por la columna vertebral, baja con un hormigueo por mi brazo hasta que mi dedo se tensa un poco. Sería muy fácil dejar que se tensase un poco más. Nadie viene. Nadie nos encontrará. Ya piensan que estamos muertos.

Nadie sabrá jamás lo que he elegido hacer.

Está oscuro cuando me despierto, hace frío. Me duelen los huesos y estoy sobre la piedra, no en la manta. ¿Dónde demonios está Lila? ¿Me ha echado de la cama y me ha robado las mantas?

Sonríó levemente para mis adentros. Poco probable. Es muy insistente por la noche, acurrucándose contra mí, bromeando con que me robará todo el calor, que lo absorberá. Aprieta su espalda contra mi parte frontal y la envuelvo con mis brazos para hundir mi rostro en su pelo, entonces...

El recuerdo me cae como un duro golpe. Se me cierra la garganta, se me tensan los músculos y la cabeza me da vueltas. No me acuerdo de cómo moverme... tengo las extremidades entumecidas. Entonces, despacio, a regañadientes, vuelvo a habitar mi cuerpo.

Me incorporo sobre un codo y mi espalda grita una protesta por haber dormido tanto tiempo sobre el suelo frío.

Me pesan los párpados, se niegan a abrirse, pero parpadeo para aclarar mi visión.

Lila está sentada enfrente de mí, con las piernas cruzadas, sonriendo.

La respiración se me atasca en la garganta y ruedo sobre un costado, tosiendo, tratando de coger aire.

Lila yace junto a mí, muerta.

Solo tardo un instante en darme cuenta de que el cuerpo a mi lado apenas es visible, una silueta en mi visión nocturna. La chica sentada con las piernas cruzadas ante mí está iluminada por el sol, llena de vitalidad. Es imposible. Temblando, atragantándome con el sabor metálico que la visión lleva al fondo de mi boca, me pongo derecho. Mientras la observo, una imagen aparece por la pared de la cueva. La casa de mis padres cobra vida: las paredes blancas, las hojas verdes y las flores púrpuras que comparten el nombre de Lila.

Veó la puerta principal de madera, las ventanas con macetas, llenas a rebosar de hierbas y flores amarillas. Mientras miro, aparece un camino, con

la hierba meciéndose a cada lado. Traza su recorrido hasta donde ella está sentada y pasa serpenteando por su lado, puesto que ahora está relajada en el jardín de mi madre.

«No puedo hacerlo.»

Me doy cuenta de que todavía tengo la Gleidel en la mano cuando la levanto, apuntando al techo. El láser chilla cuando aprieto el gatillo y todo se ilumina un instante por la descarga de energía, como un rayo. La imagen parpadea y luego se solidifica una vez más. ¿Cómo se atreven a enseñármela? ¿Cómo se atreven a tocar su recuerdo?

—¡Fuera! —Tengo la voz ronca, hecha polvo, y siento que se me desgarran con el grito—. Largaos, apartaos de ella. Marchaos.

Alzo la pistola una vez más y el estallido retumba de nuevo mientras el disparo desplaza una lluvia de arena y piedrecitas.

—No la toquéis. ¿Dónde estaba vuestra maldita advertencia esta vez? ¿Qué sentido tuvo sacarla de aquella cueva? ¿Para qué hacerla arrastrarse por la mitad de este planeta abandonado, si acababa en esto? ¿Para dejarla desangrarse? Deberíamos haber muerto en nuestra cápsula, como todos los demás. Nos deberíais haber dejado morir juntos.

No se me ocurre por qué están enseñándomela ahora, qué propósito debe de haber tras esta tortura. Me falla la voz, las palabras se entrecortan y me parten la garganta.

—Marchaos. —Cierro los ojos—. Podríais haberla salvado. Podríais haberla advertido. Vosotros habéis hecho esto.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, ha desaparecido la visión y estoy solo en la oscuridad.

Me acerco a la mochila, saco la última manta y me enrolló en ella para volver a tumbarme. Cierro los ojos, espiro lentamente y espero a que pare el temblor.

Por la mañana mi cuerpo está agarrotado y dolorido por pasar la noche durmiendo sobre la dura piedra, y en silencio estiro mis extremidades contraídas.

Vuelvo caminando al claro y mantengo la vista apartada del condenado agujero en la pared del edificio. Mantengo la vista apartada de la sangre que empapa la hierba. Entro en el cobertizo donde estaba almacenado el combustible y dejo atrás los botes de pintura para coger la pala. La llevo a

cierta distancia de la entrada a la cueva y empiezo a cavar. El suelo es arenoso por arriba y el agujero se desploma sobre sí mismo mientras la corteza de la parte superior sigue derrumbándose. Más en profundidad la tierra es más oscura, más densa. Coloco el borde de la pala en ella y luego la empujo hacia abajo con el pie. Necesito las dos manos para hacer palanca con mi peso.

Tres horas más tarde, es lo bastante profundo.

Me lavo las manos y la cara en el riachuelo antes de volver con ella. A veces, un día después, el cuerpo sigue rígido. Aunque ya casi ha pasado y la levanto sin problemas.

Bajo a la tumba, la dejo con cuidado y la envuelvo con una manta. Me agacho junto a ella, mirándola a la cara, deseando tener palabras, o lágrimas, o algo que ofrecerle. Pero esto va más allá de todo eso.

Coloco con cuidado la tela en su cara para que la tierra no la toque. Luego apoyo las manos en el borde del agujero y me impulso hacia arriba.

Nunca he estado en un funeral que no fuese del ejército, y aquel discurso no pega. No sé ninguna oración. Al final, pensando en Alec, al sentirlo a mi lado, empiezo a echar de nuevo la tierra hacia la tumba, cerrando mis oídos al modo en que golpea la manta al caer.

Hay flores creciendo por todas partes en el bosque.

Había estado planeando que en cuanto entrásemos en el edificio, cogería unas cuantas y las echaría por encima de la cama para darle una sorpresa cuando se despertara.

Ahora me lleno los brazos de ellas y cubro el montículo de tierra hasta que no se ve ni una pizca de marrón. Así no parece distinto a un montón de flores silvestres que crecen en el bosque. Podrías pasar por delante y no saber jamás que estaba allí.

Salvo que yo sí lo sé. Ahora es mi punto de referencia. Siempre sabré lo lejos que estoy de este lugar. De ella.

Duermo tumbado a un lado de las mantas, como si hubiera otro cuerpo compartiéndolas conmigo. Me doy cuenta de que su olor sigue en la almohada y hundo el rostro en ella por la noche.

Camino en el lado izquierdo del sendero que atravesaba los árboles, dejando espacio para ella a mi lado.

Como, partiendo la barra por la mitad automáticamente antes de advertir que no tengo a nadie a quien entregársela.

Vuelvo al montículo de flores para poner unas frescas y retiro cada día las que se han marchitado.

No puedo contar los días.

No puedo pensar.

No puedo concentrarme.

No puedo entrar en el edificio. No puedo marcharme.

Vuelvo a dormir. Vuelvo a comer.

Me quedo dormido cada noche con el cañón frío y metálico de la Gleidel contra mi garganta.

La veo otra vez cuando me escabullo de la luz de la tarde y entro en la cueva, con los brazos cargados de leña. Está de espaldas a mí, junto a nuestra cama, donde su cuerpo yace de noche. Esta vez no hay luz solar falsa, ni ninguna visión de la casa de mis padres. Lleva puesto el mismo vestido verde que llevaba cuando nos estrellamos, tan destrozado y hecho trizas como estaba cuando lo cambió por ropa de la nave. En mi recuerdo siempre lleva ese vestido.

Vuelve la cabeza y tengo una sensación extraña. Están haciéndolo otra vez. No estoy enfadado. Solo harto y herido. No quiero esta visión. Es como si intentaran obligarme a que siguiera adelante, como si intentaran evitar que me rindiera. «No dejes que su muerte no sirva para nada», dicen. Pero no ha servido de nada. Yo no soy nada, sin ella.

—Os dije que pararais. —Mi voz es un gruñido ronco debido a la falta de uso. Han pasado días desde la última vez que hablé. No sé cuántos—. No voy a hacer nada por vosotros.

Se pone tensa ante el sonido de mi voz y se da la vuelta de repente para mirarme. Su rostro es una mancha pálida en la oscuridad, pero oigo su grito ahogado y su respiración entrecortada. No habla. Estas visiones nunca lo hacen. Las voces solo las oía Lila en el viento, incorpóreas, incomprensibles. Yo nunca las oí.

—Por favor, parad.

No sé si me entienden cuando hablo, pero quizá comprendan mi dolor a través de mis pensamientos.

Se tambalea hacia atrás, tropezando con un montón de provisiones y volcando la cantimplora, que choca contra una roca. Se tapa las manos con los oídos, chilla mientras retrocede hasta pegarse a la pared de piedra, con la

respiración dificultosa, audible sobre los ecos.

Algo va mal. Algo es distinto. Mi mente va lenta, se esfuerza por comprender qué ha cambiado. La cantimplora. El ruido. Esta visión es sólida, puede tocar cosas.

—¿Cómo lo hacéis? —les pregunto, pero ella es la única que se encoge.

Entro más en la cueva, despacio, con prudencia.

Se estremece a cada paso que doy y pega la espalda contra la pared de la cueva. Está mirándome como si fuese un animal atrapado, sus ojos me rehúyen y luego vuelven a mí, como si no pudiera mirarme ni tampoco apartar la mirada del todo.

Quiero cerrar los ojos para no verla. Quiero empaparme de ella.

—Por favor.

No estoy seguro de lo que estoy pidiendo.

Estoy solo a unos pasos de distancia cuando grita como si le doliera algo, se echa hacia un lado y se aleja de mí tambaleándose. Se tropieza con una estalagmita y cae, a gatas. Se pone en pie a una velocidad desesperada y yo salgo detrás de ella cuando desaparece por la entrada de la cueva.

Entonces me doy cuenta y el impacto me recorre todo el cuerpo. Hay una mancha de sangre donde se ha escurrido para salir por la estrecha abertura.

«¿Cómo va a sangrar una visión?»

El cansancio disminuye mientras el instinto envía adrenalina a todas mis extremidades y esquivo los árboles tras ella mientras corre a orillas del riachuelo. No me doy cuenta de adónde se dirige hasta que estamos cerca.

Tan solo se detiene al llegar al centro del claro, parando bruscamente en el lugar manchado de sangre donde murió Lila. Allí, cae de rodillas y se le hincha el pecho al esforzarse por respirar, con una mano levantada para protegerse los ojos de la luz pálida del sol.

Me detengo en el límite del claro, apoyando una mano en un árbol a mi lado. La corteza es áspera debajo de mis dedos en contraste con la suavidad de la Gleidel en mi otra mano.

—¿Qué eres? ¿De dónde has venido?

Vuelve a contener el aliento y su larga sombra se agita cuando ella tiembla. Solo entonces me doy cuenta de que mis manos están firmes y veo con normalidad. Esto no es una visión.

Levanta la cabeza para mirarme. Tiene la cara roja por el esfuerzo, surcada de lágrimas. Los ojos que miraban sin vida al cielo están abiertos ahora de par

en par por el miedo. Mueve la boca despacio, titubeando, como si le costase mucho hablar.

—¿T-Tarver?

portadella

—Y ¿no se percató de nada fuera de lo normal?

—¿Fuera de lo normal?

—Sobre la estructura, comandante.

—Oh. No. Nada fuera de lo normal.

—Entonces ¿por qué usted y la señorita LaRoux se quedaron en la estación?

—Ella creía que los equipos de rescate estarían al tanto de la ubicación del edificio y nos buscarían allí.

—¿Y usted?

—Estaba harto de proponer nuevos planes.

TREINTA Y TRES

LILA

Demasiado brillante, demasiado alto, muy duro para mi piel, para mis ojos. El mundo sabe a cenizas y ácido, y me ahogo en este ambiente.

Está sentado enfrente de mí, apoyado en la piedra. Me ha traído hasta aquí, a esta cueva, y me hace sentarme donde pueda observarme. Fuera se ha ido el sol mientras me mira fijamente y nos hemos quedamos a oscuras. Todavía sigue esa cosa en su mano. «Una pistola», dice mi mente. Su mirada me quema.

Aprieto los omoplatos contra la pared a mi espalda y tenso la mandíbula por el dolor. Cada centímetro de mi ser está en carne viva. La tela sobre mi cuerpo me escalda, como si no tuviera piel, como si solo fuera sangre, hueso y dolor.

Y él no deja de mirarme, fijamente, vigilándome, esperando algo.

«Tarver.» Sé cómo se llama, le conozco. Sé...

Cambia de postura, y el susurro de su zapato en la piedra chilla en la distancia entre nosotros. Doy un grito ahogado e intento retroceder. Pero soy de carne y hueso y no puedo atravesar la pared.

Se sobresalta cuando me estremezco, el cañón de su pistola me apunta, un ojo frío y metálico en la oscuridad.

—¿Qué eres?

Su voz... No puedo oírla. Todo va mal. Se supone que no...

—Responde.

Está muy enfadado. Tiene miedo. Recuerdo... Quiero quitarle ese miedo. Pero no sé cómo. No puedo moverme, estoy sujeta a la pared por su mirada penetrante. Le noto analizándome minuciosamente, pelándome capa a capa, intentando entender.

Trago saliva, tratando de recordar cómo se contesta.

—Lila —susurro, pero el nombre me suena raro. Pruebo de nuevo, mejor esta vez—. Lila.

Se le tensa la cara, los músculos sobresalen cuando aprieta la mandíbula. Se inclina hacia delante, señalando con la pistola.

—Ambos sabemos que eso no es verdad. Está muerta.

Muerta.

«Muerta.»

—Tarver —repito su nombre y suena mejor en mis labios que el mío propio
—. No...

—¡No lo digas! —Se ha puesto de pie, nervioso, al rojo vivo en la oscuridad de la cueva—. Lo has dicho... como ella.

Entonces me acuerdo.

—Soy tu Lila.

Salva la distancia entre nosotros antes de que mis ojos puedan seguirle y me empuja contra la pared; con una mano me agarra del hombro, lo que me hace un daño terrible en el brazo.

—No digas eso.

El dolor y el horror de su rostro cortan profundamente.

No reconozco mi propia mano cuando va a tocarle la cara.

—Tarver, soy yo.

Mueve la mano que me agarraba el hombro y la alza para rozarme la mejilla.

Fuego.

Hago todo lo posible por no retirarme.

La batalla de dolor y enfado en sus facciones disipa un destello de esperanza que aparece ahí.

—¿Qué eres? —repite, susurrando esta vez.

Me doy cuenta de que me apretaba con el arma solo cuando la baja y la dejar caer al suelo.

Ojalá hubiera apretado el gatillo. Habría sido más fácil.

Me obligo a mirarle a los ojos, resistiendo mi instinto de salir huyendo, de encontrar el modo de volver a la oscuridad, al frío y al silencio.

—No lo sé.

portadella

—¿Se preguntaron usted o la señorita LaRoux por qué estaba abandonado el edificio?

—Nos lo preguntamos, pero no había mucho que pudiéramos hacer al respecto.

—¿Por qué?

—No teníamos información.

—¿Y no había teorías?

—Teníamos cosas mejores que hacer que especular.

TREINTA Y CUATRO TARVER

Tengo que mantenerla calmada. Podría ser cualquier cosa. Podría hacer cualquier cosa.

La he vuelto a traer a la cueva y lleva hecha un ovillo en un rincón durante casi tres horas. Cuando me acerco, se estremece; cuando me muevo, cierra con fuerza los ojos.

Sea lo que sea, no parece una amenaza.

Ese no es el problema.

El problema es que se parece a Lila, suena como Lila, y no puedo soportarlo.

Cojo la cantimplora y doy un buen trago. Cuando la dejo en el suelo de roca de la cueva, se le corta la respiración. Ese sonido le ha hecho daño en los oídos. Intento recordar que es algo creado, no la original. No es ella. «Pero ¿existe en realidad alguna diferencia?» Mi mente susurra la pregunta.

—¿Te duele algo?

No puedo pronunciar su nombre.

—Me duele todo. —Habla con un susurro tenso, intentando en vano mantener la voz firme—. El sol, el aire... Es como cuando salimos de la nieve en las montañas y estábamos tan congelados que no notábamos nada hasta que todo empezó a derretirse.

—¿Sabes qué está pasando?

Tengo la voz ronca, angustiada. ¿Cómo sabe lo de las montañas?

—No. —La palabra casi se pierde mientras traga saliva—. ¿Qué hiciste?

«No hice nada. Esta es otra de las maneras que tiene este planeta de jorobarte la mente.»

—¿Qué recuerdas?

—No sé. —Todavía susurra—. Nada. —Y añade un instante después—: Me acuerdo de ti. De tu cara. De una fotografía tuya... de tu familia. Recuerdo la poesía.

Esto es imposible. ¿Cómo puede saberlo? ¡Dios, si no sonara como Lila! El corazón se me retuerce por dentro. Sigue acurrucada contra la pared de roca como si intentase atravesarla, y mientras observo, desliza una mano a su

costado, donde estaba la herida. Ahora no hay nada más que el satén rasgado de su vestido verde.

—Está bien —susurro, porque parece mi chica y no puedo evitarlo. No quiero que se asuste—. Yo tampoco lo entiendo, pero estás aquí, a salvo.

«Pero ¿está aquí de verdad? Si salió de la nada, ¿volverá a esfumarse?»

Crear una cantimplora es una cosa. Esto es un ser humano.

Al menos seré amable con ella mientras dure.

—¿Cuánto tiempo me he ido?

Su voz sigue baja y temblorosa.

—Unos cuantos días.

«Unos días. Para siempre. No lo sé. Sigues sin estar aquí.»

Caemos en el silencio y cada uno se retira a sus propios pensamientos. El cansancio me invade hasta que no puede negarlo y ella me contempla sin decir palabra mientras me desato las botas y estiro las mantas.

Ni se me pasa por la cabeza que sea peligrosa. Si quisieran crear algo que pudiera hacerme daño, habría servido uno de esos gatos gigantes como el que la persiguió hasta el árbol.

Lo que me han dado en cambio puede que me dé ganas de morir, pero ella no va a matarme. Sé que un hombre puede seguir un espejismo hasta su muerte, pero de momento esta parece una buena manera de morir.

Se queda hecha un ovillo en su rincón y en las sombras la oigo respirar. No sé cuánto tiempo pasa.

Ella es la próxima en hablar, con la voz retumbando en la negrura, suave y cansada.

—Siento haberte dejado.

Esta criatura, o lo que sea, se parece tanto a ella que cuesta recordar que no es real. ¿Hace algún daño que lo finja, solo por un momento? En la oscuridad es más fácil decir cosas que no podría pronunciar con luz.

—Siento haberte dejado encender la mecha. No debería haberlo hecho.

Esas palabras se retuercen como si me clavaran un cuchillo. No importa nada más, salvo que la dejé encender esa cerilla.

Nunca podré decirle estas cosas a mi Lila, pero decirlas ahora es mejor que no decirlas jamás.

—Oh, Tarver. —Por un breve instante su voz adquiere una nota de color. No es que se divierta, pero hay una ligera inclinación hacia arriba, el leve eco de una sonrisa. Es incluso más desgarrador que su miedo—. ¿Crees que podrías

haberme convencido para no hacerlo? No tenías ni la más mínima posibilidad.

No me lo creo.

Podría haberle gritado. Se lo podría haber ordenado. Podría haberla apuntado con la pistola. Lo más seguro es que lo hubiera hecho de todas formas. Mi chica tonta y testadura. Podría haberla detenido de alguna manera. Pero no tiene sentido discutir.

—¿Tienes hambre?

—No.

Yo tampoco, pero me obligo a comer la mitad de una barra. He estado partiéndolas, metiéndomelas en la boca, masticando y tragando durante días. No recuerdo la última vez que saboreé una.

Cuando me entra el sueño, dejo que me venza. Ella se queda en su rincón.

Me despierto una vez y su respiración no suena lo bastante lenta como para estar durmiendo, pero no habla, ni yo tampoco.

Cuando abro los ojos por la mañana, ella también está despierta. Quizá no ha dormido nada. Quizá dormir se parece demasiado a la otra cosa. No puedo permitirme pensar en eso. Esta no es mi Lila.

Desayunamos en silencio. Parto la barra por la mitad de forma automática, se la paso y ella la coge por el extremo para que nuestros dedos no se toquen. Está empezando a tener mejor aspecto, sus mejillas tienen algo de color y parece que tiembla un poco menos. Como un poco, ella mordisquea y luego nos levantamos sin hablar para salir de la cueva.

Sin decir palabra ambos sabemos adónde nos dirigimos.

Se aclara la garganta mientras cruzamos el riachuelo y empezamos a caminar en dirección al claro.

—Creía que ya no iba a volver a ver este vestido. Me deshice de los trozos.

—Yo también. —Hablo sin pensar. No puedo evitar contestar. Sé que está asustada y lo está intentando—. Es lo que llevas puesto cuando pienso en ti.

Mi memoria me lanza por un instante fugaz la casa de mis padres. Me la enseñaron cubierta de flores, como siempre la recuerdo. ¿Por eso lleva ella el vestido? ¿Porque es la imagen que guardo en mi memoria?

—¿De verdad? —Parece que le hace cierta gracia por un instante—. ¡Qué bochornoso! —Y entonces, de forma más suave, el horror se filtra en su voz—. Me pregunto si ahora habrá dos.

—No pienses en eso —respondo enseguida, pero es demasiado tarde. Ambos lo pensamos.

La primera habitación está vacía, a la intemperie. Nuestras botas crujen sobre los escombros al atravesar la abertura torcida. He visto cientos de entradas de avanzada como esta, con espacio para un centinela, si lo necesitas, o tus bártulos llenos de barro en caso contrario.

Una puerta del interior da a una sala más grande, bordeada del equipo de control y archivadores. Está a oscuras y solo la ilumina la luz que se filtra por la entrada que hemos estallado. En algún momento hubo un incendio, que dejó medio quemadas las hojas de los archivos desperdigados por todo el suelo. Veo montones de impresos, medio intactos. Algunos los han tirado a las papeleras, donde el fuego ardió antes de que los documentos quedaran reducidos a cenizas.

Me pregunto si tendrían las respuestas a nuestras preguntas sobre la luna espejo que hay sobre nosotros o los felinos junto al lugar donde nos estrellamos, cosas que no deberían estar aquí.

—Esto podría llevarnos a un generador o a otro tipo de fuente de energía — sugiere, sobre un montón de cables que se meten en el suelo.

Se acerca a un panel de disyuntores en la pared, tira de una puertecita y le da a los interruptores. Por un instante la veo en la cápsula, pelando los cables con los dedos para hacer un puente y escapar.

Cierro los ojos, para intentar deshacerme de la imagen. Esta no es ella. Me inclino y aprieto la mejilla contra el banco de memoria más cercano. Con los ojos cerrados, siento una vibración mínima si contengo la respiración.

Todavía hay corriente eléctrica aquí. Un nudo de tensión se libera dentro de mí y me quedo donde estoy, dejando que el monitor aguante mi peso. La electricidad significa que podremos enviar una señal. La electricidad significa que no se ha acabado el juego todavía.

Las luces sobre nosotros parpadean una a una, tenues por la falta de energía o porque dejaron de usarse hace mucho tiempo. Las paredes y el otro extremo de la sala están iluminados, cubiertos de algo irregular que por un momento parece papel pintado, totalmente fuera de contexto. Entonces las palabras mueren en mi garganta.

«Es pintura.»

Ella se da la vuelta y nos miramos, atónitos. Las paredes están cubiertas de palabras y números, ecuaciones incomprensibles y frases disparatadas a la mitad. Empiezan ordenadamente, con rotulador, escritas en líneas rectas por

las paredes. Pero aquí y allá comienzan a bajar e inclinarse a lo loco, la pintura sustituye al rotulador, hasta que las palabras pasan a ser dibujos, pintados burdamente con las yemas de los dedos. Figuras de animales, árboles... y hombres. Huellas de manos. De vez en cuando una espiral azul resalta en medio de los rojos y marrones terrosos, eléctrica, siempre con la misma forma, una espiral que se extiende hacia fuera. Las espirales azules llaman la atención, pero no sé qué significan. Los colores son tan fuertes que parece que alguien lo hubiera pintado ayer. Con un sobresalto, reconozco los mismos rojos, azules y amarillos que vimos secos en las tapas de los botes de pintura del cobertizo, cuando fuimos a inspeccionar el aerodeslizador.

La pintura gotea de las paredes hacia los monitores. Algunos de los dibujos están ordenados, son casi artísticos, pintados con sensibilidad y planificación. Claramente identificables. Pero superpuestos a estos murales hay unas representaciones más crudas y violentas de muerte y matanza, de hombres y animales luchando y muriendo. Ríos de color carmesí chillón que salen del corte en la garganta de una figura. Otra está empalada por una barra gruesa de pintura negra, una especie de lanza. Unas llamas rojas suben de una hoguera repleta de cuerpos.

—Se volvieron locos —susurra, con miedo, y yo me meto las manos en los bolsillos para contener las ganas de cogerla de la mano.

Sé lo que está pensando, que este planeta hizo que la gente destinada aquí se volviera loca. Si una estación entera de especialistas en monitorización, investigadores y quienquiera que estuviese destinado aquí se desmoronaron de tal manera, ¿qué posibilidades tenemos nosotros? Al menos estamos empezando a hacernos una idea de por qué abandonaron este lugar. Por qué el planeta entero está vacío y olvidado. Aparto los ojos de las paredes y me centro en las luces de arriba. Tenemos que seguir adelante.

Me aclaro la garganta y ella se sobresalta.

—Si hay un generador, podríamos apagarlo. Interrumpir la corriente para que si están controlándolo, alguien venga a hacer un mantenimiento. O tal vez estén emitiendo actualizaciones... podríamos piratearlas e intentar enviar números primos para que supieran que hay alguien aquí.

—Creo que podemos hacer algo mejor —dice, tragando con fuerza. Su piel está pálida debajo de las pecas, pero su voz es más firme. Veo que sigue costándole un esfuerzo mantener la compostura. Hablar del sistema de circuitos y de las fuentes de energía ha sido lo adecuado. Como a mi Lila,

estas cosas le interesan—. Creo que tal vez podamos enviar una señal de verdad.

Aparta los ojos de las pinturas y se acerca despacio a los disyuntores. Lentamente, cierra la tapa para que vea la marca que hay estampada en ella. Parece una V del revés, pero todo el mundo en el universo conoce ese símbolo. Hasta yo lo conozco, en los confines embarrados de la galaxia. «Especialmente ahí.»

La lambda. Industrias LaRoux. No es solo que este fuera un proyecto de terraformación abandonado, sino que era del padre de Lila.

No dice nada al darle la espalda al símbolo. Nos movemos por la sala de monitorización, explorando las trampillas y la maquinaria, intentando ignorar la sensación de que las figuras principales de las pinturas están observándonos. Nos volvemos al mismo tiempo hacia la siguiente puerta y si hubiera sido mi Lila, habría bajado la mano para entrelazar mis dedos con los suyos. Pero me quedo ahí, inmóvil, y la dejo que pase antes que yo.

El pasillo va a dar a un dormitorio lleno de literas y una ducha. Aprieto el botón y espero mientras las tuberías que llevan mucho tiempo sin usarse gorgotean y se quejan para que luego caiga el agua de manera entrecortada. Medio minutos después sale un chorro continuo y empieza a calentarse. Los dos nos quedamos mirando como si no hubiéramos visto antes agua corriente.

—Algo no va bien —dice—. La luz, el agua caliente... Un generador solo no podría hacer esto, sobre todo después de llevar abandonado el edificio tanto tiempo. Debe de haber otra fuente de energía.

Extiendo el brazo y pongo la mano debajo del chorro, contemplando hipnotizado cómo el agua se curva por mis dedos y sale por la punta. Una ducha es una cosa insignificante, pero a la vez es todo lo que no hemos tenido. Es limpieza y comida en platos, sentarse en una silla en lugar de en una roca. Es la civilización, la seguridad. Por supuesto, la seguridad ha llegado demasiado tarde.

Cruza la habitación para inspeccionar un puñado de cables, donde se conectan a un banco de ordenadores silenciosos.

—Estos cables van hacia abajo. Deberíamos seguirlos a ver adónde nos llevan.

—¿Abajo? —Echo un vistazo al espacio cerrado—. Estos lugares normalmente no tienen sótano. ¿Estás segura de que no se trata de cableado subterráneo?

—Estoy segura —responde, apartando un panel para alcanzar el teclado que hay debajo—. Hay demasiados. Tiene que haber algo más ahí abajo.

Observadora y pensativa, como Lila. Apenas puedo mirarla, pero aun así no puedo apartar la vista. Todas sus palabras, todos sus gestos, todas las miradas que me lanza... son las de Lila. Pero no es ella. «Vi cómo morías —le grita mi mente—, te abracé hasta que moriste desangrada.»

Al final tengo que marcharme, poner espacio entre nosotros, con el pretexto de ir a buscar la planta subterránea que ella insiste que hay aquí. Tardo veinte minutos, pero al final encuentro el pequeño sótano. El suelo del pasillo está ligeramente gastado, pero solo medio tramo. Cuando me agacho para levantar las alfombrillas de goma del suelo, alzando una pequeña nube de arena y polvo, encuentro una trampilla.

Está cerrada e intento meter los dedos para hacer palanca. Pero no funciona y, después de varios intentos, lo dejo. Ha llegado el momento de un poquito de persuasión suave, como solía decir mi primer sargento.

Pisoteo con fuerza las bisagras y las vibraciones suben por el talón. El plasteno se agrieta, pero al final tengo que salir al cobertizo para coger la palanca. En la sala principal, lo que veo es un destello de pelo rojizo desapareciendo bajo uno de los paneles de control mientras intenta encontrar lo que hay debajo. No alza la vista cuando paso por su lado. Arranco la tapa de la trampilla y una escalera baja y desaparece hacia la oscuridad.

He visto muchas estaciones de control de terraformación, pero esta no es una estándar.

Respiro hondo.

—Está abierto —la aviso, y unos instantes más tarde aparece para colocarse a mi lado y mirar hacia la oscuridad de abajo.

Aquí no hay ningún interruptor, las luces deben de encenderse desde el sótano. Cojo mi mochila. He estado antes atrapado en edificios medio destrozados y no voy a ponerme a explorar sin agua ni comida. Yo bajo primero y luego le tiendo la mano para ayudarla mientras baja detrás de mí, con la respiración cada vez más rápida y superficial.

Baja de la escalera y se aparta de mi mano. Todavía se resiste a dejar que la toque. No se ve absolutamente nada y el aire está totalmente en calma. No lo noto cargado ni viciado, pero eso no me dice mucho. Hace un frío que pela aquí abajo.

Caminando a tientas en la oscuridad, buscando la luz, nos tropezamos el uno

con el otro y hago un gesto de dolor cuando la oigo soltar un grito ahogado.

—¿Dónde demonios está el interruptor? —Me choco con la escalera y contengo una palabrota cuando el codo golpea contra el metal.

A modo de respuesta, una luz parpadea sobre nuestras cabezas. Es un pálido panel de techo fluorescente que no ilumina mucho más allá de mi brazo. Por lo visto, estamos en el extremo de un pasillo y el resto se pierde en la oscuridad. Nos quedamos paralizados por la luz repentina y volvemos las caras hacia arriba, pestañeando.

—¿Has sido tú? —pregunto, a pesar del hecho de que está en medio del pasillo, alejada de cualquier interruptor que pueda ver.

Niega con la cabeza. A la luz del fluorescente parece incluso más pálida que a la luz del día.

—Es como si algo te hubiera oído.

La luz titila, volviéndonos a dejar en la oscuridad por un instante, y luego vuelve a cobrar vida. Me doy la vuelta para buscar de nuevo el interruptor, pero ella lo ha encontrado primero. Está a un lado del pasillo, con la vista clavada en el interruptor mientras voy hacia ella.

—Está apagado —susurra, mirándome con los ojos muy abiertos en la luz tenue y vacilante.

—Pero ¿cómo...?

De pronto se pone derecha y mira hacia la luz de arriba. Conozco esa mirada, significa que a Lila se le ha ocurrido algo. Pero esta no es Lila. Es una copia. No es real.

—Si podéis oírnos —dice lentamente—, haced parpadear la luz tres veces.

Al instante la luz se corta una vez, dos veces... Esperamos, callados. Estoy conteniendo la respiración. Entonces la luz se va una tercera vez y se me revuelve el estómago.

—Una vez significa sí, dos veces significa no. —Trago saliva, con la boca seca—. ¿Intentáis hacernos daño?

Las luces parpadean dos veces. «No.»

—¿Avisarnos de algo?

Una breve pausa y luego parpadea tres veces. ¿Es eso un «quizá»?

—¿Comunicarnos alguna cosa?

«SÍ.»

—¿Dónde estáis? ¿Por qué no salís a hablar con nosotros?

No me fío de nadie que se niega a dar la cara.

Las luces no hacen nada, no hay respuesta a esa pregunta. Levanto las dos manos para restregarme la cara.

—¿Podéis venir y hablar con nosotros?

«No.»

Echo un vistazo y me encuentro con los ojos de Lila.

Ella me devuelve la mirada, con la cara pálida. Entonces interviene, con la voz más tranquila que la mía, retumbando por el pasillo.

—¿Sois lo que nos ha estado enviando las visiones? ¿Lo que nos ha traído hasta aquí?

«Sí.»

—¿Trajisteis vosotros la flor de vuelta?

Pausa. «Sí.» «No.»

¿Flor? ¿Qué flor? Quiero preguntar, pero está paralizada, con los ojos clavados en las luces, examinando alguna señal de parpadeo.

—No lo entiendo —está diciendo Lila—. La trajisteis de vuelta... pero ¿no? ¿No totalmente?

«Sí.»

—¿Estáis siquiera...? —Niega con la cabeza e intenta plantearlo de otra manera—. ¿Sois capaces de mostraros? ¿Tenéis forma física?

Hay una larga pausa y entonces las luces parpadean dos veces.

«No.»

Su voz se convierte en un susurro:

—¿Sois fantasmas?

«No.»

Toma aire lenta y temblorosamente.

—¿Sois los que me trajisteis de vuelta?

La luz parpadea una vez. Después nos sumergen en la total oscuridad.

Oigo su grito ahogado.

—¡No! Esperad... ¡Volved! Tengo preguntas... ¿Qué soy? ¿Por qué me trajisteis de vuelta? —Le da al interruptor de la pared y se enciende la luz de verdad, fría y continua. El interruptor hace clic mientras lo enciende y apaga frenéticamente. Veo su cara como si estuviera bajo una luz estroboscópica—. ¡Por favor, volved!

Al final la aparto del interruptor. Está tan alterada que ni siquiera se da cuenta por unos momentos de que estoy tocándola. Entonces vuelve a su ser y se suelta de un tirón, con los hombros encorvados.

—¿De qué estabas hablando? ¿Qué flor?

Se pone derecha.

—Tu mochila... ¿Tienes el diario ahí dentro?

—Sí, pero...

Me la quita de los hombros, la deja en el suelo y se desparraman por todas partes las provisiones y mis pertenencias. El estuche con la foto de mi familia rebota por el suelo, junto con las barras de comida y la cantimplora, pero es el diario lo que coge.

—La flor de las llanuras... La puse aquí, entre estas páginas.

Pasa las hojas, pero cuando llega al final, se queda paralizada. No hay ninguna flor.

Empieza a hojear el cuaderno de forma desesperada, sin dejar de buscar.

—Estaba aquí, sé que estaba aquí.

Tiene miedo, su voz comienza a temblar.

—Dejaste esa flor junto al río —digo con cuidado. No lo recuerda, ¿cómo iba a hacerlo? No es Lila—. Se puso mustia y murió, y la dejaste allí.

—No —responde resollando. Su angustia repentina me parte el alma. Ojalá entendiera qué significa esto—. La trajeron de vuelta. Mientras estabas enfermo, en la zona del accidente, la trajeron de vuelta, la volvieron a crear, como la cantimplora. Una copia exacta. Lo hicieron para que continuara adelante, para recordarme lo mucho que... —Se atraganta y cierra los ojos—. Nunca te lo conté. Pero la puse aquí para que estuviera a salvo, pero ya no está.

Esta vez, cuando agarro la libreta, me deja quitármela de las manos laxas. Tiene los ojos clavados en algún lugar detrás de mí y empieza a temblarle el cuerpo. Paso las páginas pero no veo ninguna flor prensada. Se equivoca, a lo mejor los seres que la crearon le dieron un recuerdo falso. Pero mi estómago se retuerce inquieto, el instinto lucha contra el intento de mi mente de mantenerla a un brazo de distancia. Se acuerda de que estuve enfermo, de que tenía este diario. Por lo que sé, la Lila de verdad sí encontró esa flor y la metió en esta libreta. Su miedo es muy real.

Algo atrae mi atención y mis manos se quedan heladas. Vuelvo unas páginas atrás. Ahí, aunque cuesta verla al final de un poema que escribí en Avon, hay una marca. Podría ser el perfil de una flor.

Debido a su angustia, se olvida del miedo al contacto y se inclina hacia delante, cogiendo con una mano mi manga, apremiante. Se me encoge el

corazón y de repente no puedo respirar. El gesto es tan familiar que no puedo soportarlo.

Vuelve a coger el cuaderno, despacio esta vez, y le da la vuelta. Una lluvia fina de polvo cae sobre nuestros brazos, pero no estoy mirando el polvo, ni nuestros brazos, ni siquiera el diario. Estoy mirando su cara. El modo en que cada emoción se refleja, el modo en que tiemblan sus labios, el modo en que las pestañas dan sombra a su mirada.

—La volvieron a crear, pero no —susurra—. Las cosas que crean son sólo temporales.

La claridad llega como un torrente de agua helada. A lo mejor el miedo me impedía verlo, o el dolor... A lo mejor tenía que llorar su muerte antes de poder comprender lo que tenía justo delante. No sé cómo es posible o por qué ha sucedido.

Pero esta es mi Lila. Y me niego a perderla de nuevo.

Nos sentamos en el suelo del pasillo para compartir una barra y beber de la cantimplora. Lila no es la única que necesita un descanso.

Mis pensamientos se agitan con tanta rapidez que no puedo encontrarle sentido a nada. Lo único que sé es que es ella, mi Lila, y que no puedo vivir sin ella. Examinamos la cantimplora, la única cosa que sabemos que han creado los susurros, aparte de a Lila. Pero parece tan sólida, tan real, como el día en que la encontramos. La flor es una casualidad. Sirvió a su propósito y ahora ya no está, ya no merece la pena mantenerla.

No se volverían a llevar a Lila. No pueden.

Al final estamos los dos lo bastante tranquilos para continuar con lo que hemos bajado a hacer aquí: localizar dónde se halla la fuente de energía de esta estación. Si la encontramos, tal vez podamos restablecer la electricidad para todos los sistemas de comunicaciones y enviar una señal de socorro.

El pasillo se aleja de nosotros en un ángulo descendente, bordeado de puertas a ambos lados. Cada puerta luce la insignia de LaRoux, la V boca abajo de la λ . Avanzamos por el pasillo que está en silencio.

Abro unas cuantas puertas al pasar, pero solo contienen más de lo que encontramos arriba: pantallas en negro que no responden. Entonces es cuando Lila deja de estar en silencio y pasa delante de mí. Señala unas cuantas luces tenues y naranjas aquí y allá que yo no he visto, las máquinas están en *standby*.

—Es como si toda la estación funcionara con energía de emergencia.

Cuando la empresa de mi padre se fue, no debieron de apagarlo todo, no completamente. —Retrocede, siguiendo una maraña de cables que suben por una esquina de la pared hasta el techo, desde donde salen al pasillo principal—. Si encontramos la fuente de energía real y la hacemos funcionar del todo, en vez de estar en modo para emergencias, tal vez podamos enviar una señal.

Volvemos a salir al pasillo, siguiendo los cables por la pendiente.

—¿Estás segura de que no puede ser tan solo un generador? —me pregunto en voz alta.

Ella niega con la cabeza sin alzar la vista.

—Aquí hay demasiado equipamiento para eso. Tiene que haber algo más, algo que dé agua caliente y luz. ¿Cómo iban a encender lo demás cuando este sitio estaba operativo? Hay algo más. Puedo notarlo.

Habla en voz baja y hay cierto temblor, cansancio o angustia.

—¿A qué te refieres con que lo notas?

—¿Quieres decir que tú no? —Se calla para tragar con fuerza y aprieta un dedo contra la sien—. Está ahí. Es como tener un dolor de cabeza... o no, no es un dolor de cabeza. Es como tener algo dentro, algo que no debería estar ahí. Algo no va bien aquí.

—¿Es como los temblores cuando te envían una visión? ¿O una voz?

Niega con la cabeza.

—Casi, pero es distinto. —Su voz se convierte en un susurro—. Creo que lo que sea que haya aquí es lo que los susurros quieren que encontremos.

Intento quitarme de encima el mal presentimiento de que aunque nuestros amigos de las luces parpadeantes están ahora callados, nos están observando mientras intentamos localizar la fuente de energía.

Lila hace la mayoría del trabajo mientras seguimos los cables por las salas y los pasillos. Este lugar debe de ser cuatro o cinco veces más grande bajo tierra que sobre el nivel del suelo.

Aunque, poco a poco, empiezo a comprender su lógica y juntos seguimos un camino a través de una serie de habitaciones por el primer pasillo que vimos, y luego bajamos por una escalera metálica a un segundo piso del sótano.

Cuando doblamos la esquina al final de las escaleras, encontramos la puerta.

No es cuadrada ni achaparrada, como todo lo demás aquí abajo, sino que se trata de un círculo perfecto, cerrado herméticamente. Paso las yemas de los dedos por las líneas de sus juntas; está hecha para que se dilate como el iris de

un ojo. Con los tramos entrelazados, es mucho más fuerte de lo que sería cualquier puerta normal.

Lila estudia un teclado numérico junto a la puerta, cuyos botones brillan de color azul y blanco.

—¿Lo notas?

Está pálida, temblando. Y ahora sé a lo que se refería antes: no me afectan las grandes sacudidas que anuncian una visión, pero un escalofrío casi insoportable me recorre la espalda y tengo sabor a cobre en la boca. En ella tiene mayor efecto, la veo tragar saliva, obligándose a respirar lentamente.

—Está detrás de esta puerta. —Mi voz es un susurro—. Tienes razón. Este es el motivo por el que nos trajeron aquí.

Prueba a teclear con los dedos temblorosos algunos números y letras arbitrarios. La iluminación tras los botones brilla de color rojo, con un zumbido grave e irritado.

—Y no sabemos la contraseña.

Me habría reído si nuestras vidas no estuvieran en peligro. Todo esto —la lucha por sobrevivir, por conseguir salir del bosque, esquivar tormentas, nevadas y derrumbamientos de cuevas, mantenernos cuerdos frente a lo imposible—, todo esto para acabar así. Para llevarnos a una puerta que no podemos abrir, con una contraseña que no tenemos.

Por el rabillo del ojo veo un movimiento rápido y furtivo: Lila está pasándose una mano por su cara. Lo hace deprisa e intentando ser sutil, pero los temblores le hacen ser torpe y veo lo que trata de ocultar. Le sangra la nariz y se ha manchado el dorso de la mano. Está apretando la mandíbula, con una mano apoyada en la pared; intenta parecer despreocupada al respecto, pero le fallan las rodillas. Lo que sea que haya aquí abajo la está haciendo empeorar por segundos.

Intento no pensar en lo que dijo: que trajeron la flor de vuelta como a ella.

Y que ahora la flor no es más que polvo.

Me quedo ahí mirando, incapaz de levantar los pies.

Cuando te queda tan poco que perder, hasta la más mínima pérdida parece un duro golpe. Es Lila la que al final me aparta. Ahora que sé que es ella, solo tocarle la mano basta para que la sangre me zumbe en los oídos. Nunca creí que volvería a tocarla.

portadella

—Parece distraído, comandante.

—En absoluto. Estoy tan concentrado como cuando empezamos esta conversación.

—Tal vez si fuera más cooperativo, ya habríamos terminado.

—Estoy siendo todo lo cooperativo que sé. Sin duda no querría causarle ningún inconveniente a Industrias LaRoux. Si supiera adónde quieren llegar...

—Estamos intentando determinar hasta dónde llegó a explorar el edificio y sus alrededores.

—Entonces ya he respondido a esa pregunta.

—Eso parece.

TREINTA Y CINCO

LILA

Nos sentamos en el suelo de la sala principal de la estación y nos ponemos a mirar las hojas medio quemadas, en busca de respuestas. Se me han pasado las náuseas y la cabeza ya no me palpita tanto. Más importante aún, la nariz ha dejado de gotear sangre. Si Tarver se ha percatado de lo que me ha sucedido cuanto más me acercaba a la habitación cerrada de abajo, no ha dicho nada, lo que le agradezco. La clave de este planeta, de los susurros, de encontrar un camino de vuelta a casa... todo está tras esa puerta y vamos a encontrar la manera de atravesarla aunque vuelva a matarme.

Me esfuerzo por mantenerme callada mientras una carcajada histérica intenta escapar. «Aunque vuelva a matarme.» Si me mata, ¿qué diferencia hay, de todas formas? Por primera vez no siento que las violentas pinturas de las paredes de esta sala estén mirándome fijamente. Solían parecer una amenaza, o un aviso de lo que podía estar aguardándonos. Ahora solo parecen igualar la violencia de mis pensamientos.

Los documentos abandonados están desperdigados por la habitación: algunos chamuscados por fuegos que se ahogaron por la falta de combustible en el edificio de cemento; otros tirados, amontonados, esparcidos, como si hubieran evacuado este lugar con prisas. Hemos recogido todos los que hemos podido y estamos leyéndolos línea a línea en busca de algo que nos ayude.

O, al menos, la contraseña de la puerta de abajo. Tarver tiene los hombros encorvados y los ojos clavados en la hoja chamuscada que sujeta en la mano. Decidido, concentrado. Una parte de mí quiere ponerse a su lado, pasarle los dedos por el pelo, besarle la sien, distraerle hasta que desaparezca esa tensión.

Pero en cambio me quedo aquí sentada, sin moverme. No importa lo intensamente que esa parte arda en mí, el resto de mi cuerpo está congelado, incapaz siquiera de tocarlo. Esta media vida es una tortura. Soy poco más que una prisionera en este cascarón entumecido y sin vida. Lo único que me queda ahora es intentar que Tarver vuelva a casa. Me obligo a centrar mi atención en los documentos que están esparcidos a nuestro alrededor.

La lambda de mi padre adorna todas las páginas. No puedo evitar quedarme

mirándola y no dejan de venirme ideas del hombre al que creía conocer tan bien. Quiero creer que no sabe de la existencia de este lugar, que los misterios y horrores de este planeta están enterrados en las profundidades de Industrias LaRoux. Pero conozco a mi padre y sé que tiene el dedo tomando el pulso a la empresa que construyó. Él es quien ocultó este lugar. Tiene que serlo.

—Aquí hacen referencia todo el rato a una «grieta dimensional».

La voz de Tarver me saca de mis pensamientos.

—¿Dimensional? ¿Como el hiperespacio?

Bajo la vista a la hoja que tengo en la mano, intentando concentrarme. Pero mi papel no es más que una lista de provisiones y solicitudes, nada útil.

—Quizá. —Los ojos castaños de Tarver recorren un documento—. La Ícaro se desprendió del hiperespacio por algo. Tal vez esté relacionado.

Las luces sobre nuestras cabezas atraviesan la hoja que está sosteniendo hacia arriba, marcando el contorno de la insignia de mi padre estampada en la parte superior.

—Entonces no es una coincidencia que casualmente hayamos caído en un planeta terraformado, en el planeta de mi padre.

—No lo parece, ¿eh? —Se queda callado, luego se inclina hacia delante, de pronto alerta—. Aquí dice: «Han fallado los nuevos intentos de volver a crear la grieta dimensional utilizando los reflectores superorbitales, tanto aquí como en Avon». ¿Qué demonios significa eso? Conozco Avon, me destinaron allí unos meses.

Abandono mi montón de hojas y cruzo la sala para ponerme al lado de Tarver, donde empiezo a hojear algunos documentos medio quemados.

—¿Hablan de la luna espejo? Se deben de referir a eso con «reflectores superorbitales». Espejos en el cielo para acelerar la terraformación. Incluso subiendo la temperatura uno o dos grados se pueden modificar en décadas las líneas temporales de una terraformación.

—Vale, pero entonces ¿cómo abre una grieta la luna espejo? ¿Pone en alguna parte a qué se refiere con «grieta»?

Coge otra hoja, sopla para quitarle una capa de ceniza y examina el texto.

—El colapso de la grieta dimensional liberará imprevisibles cantidades de energía, potencialmente mortales por naturaleza. No intente el contacto físico con ningún objeto ni persona.

—Entonces sí es como el hiperespacio. —Noto como todo encaja y se me traba la lengua intentando explicarlo—. La subida de tensión cuando la Ícaro

salió del hiperespacio... ¿recuerdas que te dije que siempre hay una enorme sobrecarga cuando una nave entra o sale del hiperespacio? Normalmente existe una preparación, una mejor protección. La grieta de la que hablan debe de ser como una grieta en el hiperespacio. Una manera de acceder a otra dimensión, pero sin la necesidad de una nave.

—¿Han encontrado la manera de llegar a otra dimensión? —pregunta en voz baja.

—Y es inestable. Lo que hace tan peligroso viajar en el hiperespacio es que esas grietas siempre quieren cerrarse, es su tendencia natural. Han encontrado una manera de dejar abierta una grieta dimensional, pero si la tocas, colapsará. Habrá una explosión de energía como la que fundió los circuitos en la nave. O algo todavía peor.

Niega con la cabeza, bajando la vista a la hoja una vez más.

—«La extracción continua de sujetos de estudio depende de la estabilidad de la grieta.» El resto está muy quemado, no puedo leerlo.

—Extracción de sujetos de estudio —repito—. ¿Están sacando algo de la otra dimensión para experimentar? Pero ¿qué? Y ¿dónde está esa grieta?

—Me juego algo a que detrás de esa puerta. Estoy más interesado en los sujetos de estudio.

—¿A qué te refieres?

—A esto. —Lleva la mano detrás de él y saca un trozo de papel de un montón. Apenas es la cuarta parte de una hoja, el resto se ha quemado, pero se puede leer un texto en una esquina. Me lo pasa.

—Los sujetos muestran notables aptitudes telepá... —leo, obligada a detenerme donde no hay más hoja y paso al resto de líneas que quedan—. Formas de vida por fases... basadas en energía... incorpóreas... transformación temporal de energía en materia...

El resto del texto está perdido en ceniza desmenuzada, que deja manchas negras en la palma de mi mano.

—Los susurros.

—Los susurros —afirma.

La cabeza me da vueltas.

Aquí hay respuestas por alguna parte, en los restos chamuscados del centro de investigación secreto de mi padre. Estos seres, sujetos de estudio experimentales para los equipos de mi padre, nos han guiado a través de una tierra salvaje hasta este lugar.

Si tenemos razón, Tarver y yo no somos muy distintos a ellos. Todos nosotros somos náufragos en un mundo olvidado.

—Ojalá supiéramos lo que quieren. Tal vez podrían conseguir que cruzáramos la puerta.

—Lo averiguaremos.

Levanta la cabeza y sus ojos se encuentran con los míos. Tuerce la boca como si estuviese a punto de hablar y sé qué va a decir. «Juntos. Lo averiguaremos juntos.»

Me doy la vuelta antes de que pueda pronunciar las palabras. Tan solo su mirada basta para hacerme arder la sangre. Ha empezado a confiar en mí en muy poco tiempo. Cree que no me doy cuenta cuando me observa moverme, cree que no veo el modo en que va tras de mí y se para de golpe antes de cogerme la mano. Está impaciente, pero no apremiante. Quiere que vuelva, pero está esperando. Piensa que tenemos tiempo.

Pero sé lo que los susurros estaban diciéndome en el pasillo, abajo. Trajeron la flor de vuelta y no lo hicieron, como a mí. Estoy aquí y no estoy aquí.

Tal vez el esfuerzo de hacer parpadear las luces apartó su atención de preservar la flor. Las palabras están ahí, en una hoja de papel carbonizada. Transformación temporal de energía en materia. ¿Cuánto tiempo duraré?

¿El tiempo suficiente para ayudar a Tarver a volver a casa? Intento imaginarme dejándome llevar por el viento en infinitesimales fragmentos, convirtiéndome en polvo como la flor. Es más fácil contemplarlo si no soy real después de todo, si solo soy una copia, los vestigios de una chica que antes existía. Me acuerdo de toda mi vida, la vida de Lila. Pero ¿basta con los recuerdos?

La cuestión del vestido también me preocupa, me vuelve a la cabeza en todo momento. Sé que él también piensa en eso. Dejé este vestido en los restos de la Ícaro, me deshice de él para coger ropa más práctica. Cada desgarrón, cada rotura en el satén es idéntica a las que tenía el original. Puedo seguir mi viaje en él: aquí, el primer roto, cuando me enganché en un espino mientras veía caer la Ícaro. La piel en carne viva al trepar al árbol cuando escapaba del felino. Cada marca y mancha atestiguan por lo que he pasado. Salvo que este no es ese vestido.

Así que ¿de quién cuenta la historia este impostor?

—Necesito ver el cuerpo.

Ambos nos asustamos y levantamos de golpe la cabeza. No es hasta que veo la cara de horror de Tarver cuando me doy cuenta de que he sido yo la que ha hablado. El trozo de papel se desliza de mi mano laxa, ondeando hacia el suelo, dejando caer cenizas.

—¿El... qué?

—El cuerpo.

Supongo que lo enterró, que me enterró. Estos pensamientos deberían ponerme enferma, deberían asustarme. ¿Por qué no me producen ningún efecto?

—Lila —susurra—. No. No. ¿Qué vas a sacar con eso?

—Necesito que me lleves ahí. —Mis manos recuerdan cómo volver a funcionar y se convierten en puños contra mis muslos—. ¿Y si hay un cuerpo? ¿Y si no lo hay?

Tarver se ha puesto pálido, algo que no creí que volvería a ver después de que se recuperase de su enfermedad. Se me rompe un poco el corazón, pero no lo bastante para desmoronarme.

—¿De dónde ha salido este vestido? —insisto—. Ambos sabemos que lo dejé en el suelo de la lavandería, en la Ícaro. Tarver, tengo que saberlo.

—Yo no —replica, de repente violento. Salva el espacio entre nosotros, buscando mi mirada—. Lila, te tengo otra vez conmigo. Eso es lo único que quiero. No quiero hacer preguntas.

Cualquiera que nos viese diría que es él el que ha vuelto de entre los muertos. Quizá de algún modo lo haya hecho. La manera en que me mira ahora, como si yo fuera agua en el desierto... ¿Cómo le voy a arrebatarse eso? Me obligo a asentir y se relaja. Ahora cree en mí.

El problema es que yo no estoy tan segura de creer en mí misma.

—He preparado una cama para nosotros en una de las habitaciones —anuncia Tarver, abriendo camino por el pasillo.

Cuando llegamos al dormitorio, veo a lo que se refiere. Ha juntado dos literas para hacer una cama más grande abajo mientras las literas de arriba forman un dosel.

—Para nosotros —repito en voz alta, deteniéndome en el umbral.

Tarver se para unos pasos ya dentro de la habitación y me mira.

—¿Lila?

Trago saliva y niego con la cabeza.

—Por favor. No. Yo dormiré fuera, en la sala común.

Tarver se da la vuelta y alarga las manos para coger las mías. Consigo no apartarme, pero percibe el impulso escondido por la forma en que se me eriza la piel, y vuelve a dejarlas caer.

—¿Por qué? —dice en voz baja, y en su rostro refleja el dolor y el agotamiento.

¿Por qué no puedo concederle esto?

Tiemblo. Debo de parecerle muy fría ahora. ¿Cómo puede creer que soy la misma Lila? No sabe lo que recuerdo. No sabe lo duro que es habitar mi propio cuerpo, hacerme hablar, caminar, comer. Lo mucho que me siento como una prisionera, capaz de ver y oír, pero incapaz de hacer las cosas que la antigua Lila habría hecho.

—No puedo. Ya te lo he dicho. Tu roce me quema. No puedo, todavía no.

Aprieta los labios. Dolor. Las ganas de acercarme a él son tan fuertes que parece que vaya a romperme en pedazos. No puedo dejarlo así.

—Te mentí —susurro, volviéndome para apoyarme en el marco de la puerta. Al menos el dolor de esa presión en mi cuerpo es físico y me distrae—. Te dejé creer que no recordaba nada del tiempo que... no estuve.

Oigo cómo toma aire.

—¿Qué...? ¿Cómo...?

—Lo recuerdo todo.

El frío me deja sin voz, la escarcha me recorre las extremidades y se quiebra en mis pulmones.

—¿Te refieres a cuando pasó?

No se merece saberlo. Sería mejor que creyese que me desperté sin más. Tal vez la antigua Lila le habría protegido de esto.

—Me refiero a después. —Cierro los ojos. Por un momento todo está tranquilo y casi creo que he vuelto a marcharme, al silencio—. El frío y la oscuridad no empiezan ni a describirlo. El frío es tan solo la ausencia de calor, la oscuridad es la ausencia de luz. Allí es como... si la luz y el calor no hubieran existido nunca.

El roce de su zapato sobre el suelo de cemento. Intenta no acercarse a mí. Intenta contenerse.

La escarcha en mi pecho crepita, algo intenta traspasarla.

—Recuerdo estar muerta, Tarver. —Trago saliva y mi aliento sale como un sollozo—. ¿Cómo vuelves a vivir sabiendo lo que te espera al final?

portadella

—No parece que me crean.

—Nuestra política en estos casos es mantener cierto grado de escepticismo sano.

—¿Existen muchos precedentes de supervivientes a un trauma grave que vayan inventándose cosas?

—Considerando las circunstancias en las que se quedaron tirados y el rescate posterior, no tenemos precedente de nada.

—¿Qué razones tendría para mentir?

—Esa es una pregunta muy interesante, comandante.

TREINTA Y SEIS TARVER

Cuando vuelvo a despertarme, se filtra luz por las contraventanas y me doy la vuelta para mirar con los ojos entrecerrados el reloj iluminado, incrustado en la pared. Me he enterado gracias a él de que este lugar tiene días de veintiséis horas. No se lo he mencionado a Lila. Podría ser como validar su teoría de que aquí un día parece durar una eternidad.

Lo último que recuerdo fue pensar que no dormiría en esa maldita litera. El colchón es estrecho y limitado, y tengo la desagradable sensación de estar demasiado lejos del suelo y en un sitio desconocido. Separé otra vez las camas y me retiré a la litera de arriba, mientras la estructura protestaba al impulsarme desde el suelo.

El reloj anuncia que no es demasiado temprano para levantarse y aparto las mantas para inclinarme por el borde de la litera y ver si Lila está durmiendo abajo.

Se ha ido.

Un hilo de hielo me recorre el cuerpo, evitando totalmente el pensamiento racional. Consigo bajar de la litera de arriba al suelo y empujo la puerta con el hombro para pasar y entrar en la sala común.

Ni rastro de que haya estado aquí.

Se me pasa la imagen por la cabeza del perfil de la flor en mi diario, la flor que dijo que crearon, la flor que dijo que se desintegró. ¿Por qué no la escuché?

«No, por favor.»

Por poco me tropiezo de camino a la entrada destruida, salgo al claro y la busco, desesperado. No lo harían. No pueden.

Estoy a poca distancia, dentro del claro, cuando la veo salir de entre los árboles, alisándose el vestido destrozado que se niega a sustituir. Me paro en seco y nos quedamos mirándonos en la distancia durante un buen rato. El pecho me palpita e intento deshacerme del pánico otra vez.

—¿Tarver?

—Creía... me desperté y no estabas...

Abre la boca un poco al comprender y, aunque estoy paralizado en el sitio,

ella salva la distancia entre ambos y se detiene a un brazo. Cuando vacilo, me toca la mano, la acaricia con las yemas de los dedos. Después de tanto tiempo sin tocarla, ese pequeño gesto es electrizante.

—Lo siento —susurra—. Estoy aquí. Fui a dar un paseo. La próxima vez dejaré una nota o una señal. Lo siento mucho.

Quiero girar la mano y entrelazar mis dedos con los suyos, acercarla más a mí para envolverla en mis brazos, meterla bajo mi barbilla, de pie en este lugar, abrazándola hasta que el sol se ponga y se haga otra vez de noche.

En cambio, asiento, me aclaro la garganta y vuelvo a asentir con la cabeza. Me doy cuenta de que me escuecen los pies con el frío del rocío y por correr descalzo entre los escombros de la entrada. Estoy temblando sin mi camisa.

Me mira durante un largo rato y luego regresa a la estación.

A la mañana siguiente, cuando me despierto, se ha ido, y también la mañana siguiente a esa. Me quedo horas despierto por la noche en la cama, tratando de escuchar el sonido de su marcha, pero nunca lo oigo. Después de la primera mañana, empieza a dejar la cantimplora colgando del pomo de la puerta, una garantía de que volverá.

Cada día trabajamos para encontrar el modo de cruzar la puerta y restablecer la electricidad en la estación para transmitir la señal que necesitamos. «Estamos aquí. Ha sobrevivido alguien. Venid a buscarnos.» Cada día está más débil. Sigue intentando fingir que lo que sea que haya detrás de la puerta no la está destrozando.

Hemos intentado escribir la palabra «lambda» en el teclado junto a la puerta infranqueable, pero ha sido en vano. Lila ha probado con todas las palabras que se le han ocurrido relacionadas con el negocio de su padre. Volvemos a examinar cuidadosamente los documentos quemados en la sala principal, buscando alguna mención de la contraseña. Hasta hemos probado con patrones numéricos al azar y palabras de los archivos, pero la puerta no se mueve.

A la tercera o cuarta mañana de empezar con los paseos matutinos, bajo de mi litera, me ato las botas y voy a por la cantimplora que cuelga de la puerta. El sol de la mañana asoma entre las nubes mientras salgo al claro y miro hacia la luna espejo, vagamente visible.

Ojalá supiera qué papel representa en todo esto. Si provocó el accidente de la Ícaro, si provocó la grieta que se menciona en esos documentos, ¿por qué

mantenerlo en secreto? Lo que sea que haya pasado aquí está mal. Debe de costar una fortuna mantener un planeta entero oculto a la galaxia, e Industrias LaRoux no se gastaría ese dinero si no hubiera hecho algo que mereciera la pena esconder.

Hemos intentado varias veces que los susurros vuelvan a hablarnos usando las luces del pasillo del sótano, pero como respuesta solo hemos obtenido silencio y oscuridad. A lo mejor quedaron destrozados tras la primera vez. O no pueden contestar o no quieren.

Incluso anoche intentamos sobrecargar la puerta, suponiendo que si tenía un mecanismo electrónico de cierre y lo estropeábamos, tal vez engañaríamos al sistema y se abriría. Pero a pesar de que Lila desvió todos los sistemas que se nos ocurrieron para abrir la puerta, esta permaneció cerrada. Toda la energía de la estación osciló y se atenuó, pero la puerta no se movió. Lila no estaba dispuesta a intentarlo otra vez, señalando que si no sabemos lo que da electricidad a la estación, no sabemos cuánta energía queda. Si la usamos toda para abrir la puerta, tal vez no quede para enviar la señal de socorro.

Giro la cantimplora en mis manos y me encuentro pensando en el significado de los fragmentos del trozo de papel que leyó Lila: «Transformación de energía en materia», decía. «Formas de vida basadas en energía.» Así que estas cosas pueden manipular la energía. Pueden hacerlo con la electricidad de nuestro cerebro y la electricidad de la luz. Pueden transformar la energía en materia sólida, crear objetos físicos. Al fin y al cabo, sostengo la prueba en mis manos. Crearon de nuevo esta cantimplora. Lila dice que crearon de nuevo su flor.

Sacudo la cabeza y me estiro, lanzando la cantimplora al aire y dejándola que vuelva a caer en mis manos, que golpee mis palmas. La lanzo hacia arriba una segunda vez, dejando que se eleve como a cámara lenta hasta el pináculo de su arco.

Presencio el momento en que se esfuma, desmenuzándose en polvo fino mientras me quedo mirándolo, paralizado. El polvo cae sobre mis manos extendidas, se cuele por mis dedos y baja hasta el suelo. Me quedo petrificado e inclino las manos despacio para que el resto de polvo pueda desprenderse de ella y desaparecer en la tierra y la hierba aún quemada a mis pies.

Entonces finalmente alzo la mirada y me doy cuenta de que Lila está en el límite del claro, con los ojos clavados donde han caído los restos de la cantimplora.

Puede que fuera el quinto día, o el sexto, o el séptimo, cuando me desperté y ella se había vuelto a ir. Había movido mis botas hasta la puerta como señal de que no desaparecería en la noche y, al bajar, me tropezó con ellas. Me dirijo a la sala común para coger una barra y salgo al claro.

He estado intentando desesperadamente apartar la idea de que la cantimplora se ha desintegrado justo igual que su flor. Los susurros volvieron a crear de alguna manera esas dos cosas y Lila es lo único que queda de lo que nos han dado. ¿Las hicieron desaparecer porque era demasiado esfuerzo mantenerlas unidas? ¿Estaban enviándonos un mensaje?

Todo lo que sé es que lo que crean no es permanente. Si estos seres, sean lo que sean, están detrás de la puerta cerrada, entonces tenemos que entrar ahí. Si podemos acceder de alguna forma a la fuente de energía que la creó, a lo mejor podemos evitar que desaparezca. Si hay alguna manera de salvar a Lila, ahí es donde la encontraremos.

Me quedo masticando la barra, de pie junto a la puerta, casi un minuto, contemplando soñolientamente el claro antes de darme cuenta. La puerta del cobertizo está entreabierta. ¿Por qué habrá ido Lila allí? Cruzo el claro y asomo la cabeza al interior. Algo falta.

Ha desaparecido la pala.

Y en un instante de horror sé por qué.

Los paseos matutinos, a pesar de su debilidad; el modo en que espera a que me quede dormido para escabullirse; el modo en que regresa cada día al amanecer, antes de que pueda ir a buscarla.

Está buscando su tumba.

La barra se convierte en cenizas en mi boca y tiro el resto cuando echo a correr. Esquivo los árboles, escapo hacia la otra punta y me paro en seco cuando llego a orillas del arroyo.

Demasiado tarde. Ha removido mi montículo de flores, ahora muertas y marchitas. Ella está de rodillas, con la pala a un lado, con los ojos en el agujero que ha cavado. Desde aquí solo alcanzo a ver un poco de pelo rojo en la tumba, pero Lila lo ve todo.

Quiero sacarla de ahí, llevarme el recuerdo, hacer de alguna manera que no haya visto lo que ha visto. Ojalá pudiera volver atrás en el tiempo y detenerla antes de que encontrara su tumba.

Pero no puedo. Y ahora ambos lo sabemos.

portadella

—Puede fulminarme con la mirada todo lo que quiera, comandante. No tengo ninguna prisa.

—¿Estaba fulminándole con la mirada? Debo de haberme quedado dormido.

—Si no le importa responder a la pregunta, tal vez pida un poco de comida y podamos tomarnos un descanso.

—¿Qué pregunta?

—¿Qué motivo tendría para mentir?

TREINTA Y SIETE

LILA

Le dejo que me lleve de vuelta a la estación e incluso después de que me suelte y me retire a la sala común, siento su mano en la mía.

Ahora, de vuelta en el dormitorio, estoy frente a un espejo. Me enseña pecas. Esparcidas por la nariz, respingona, demasiado para ser una auténtica belleza. Siempre he odiado esta nariz y ahora ni siquiera parece mía. Una diminuta línea blanca adorna el borde de un pómulos, un recuerdo del golpe que Tarver me propinó en su delirio. Los labios están agrietados. Los ojos hundidos, la piel debajo de ellos, amoratada. Bajo las pecas, mi cara está pálida.

Por un momento estoy de nuevo en el bosque, mirando una tumba poco profunda, la piel translúcida de porcelana gris, las largas pestañas que rozan la mejilla, el pelo, una brillante burla en contraste con la tierra de color gris apagado. Sus labios son violetas, están ligeramente separados, como si quisiera coger aire una vez más. Se me corta mi propia respiración y el sonido de mis latidos ruge en mis oídos.

Por un vertiginoso instante no sé en qué cuerpo estoy: en el de la tumba o en el del espejo.

No, no soy ella.

«No soy ella.»

Entonces vuelvo a estar enfrente del espejo de la estación, con la vista clavada en este cuerpo demasiado delgado, envuelto en una toalla. No es mi cuerpo, es otra cosa. Algo creado.

La toalla me raspa, una sensación espantosa. La dejo caer. Tarver de todas formas no está aquí. No hay nadie aparte de mí que vea este cuerpo.

Cierro los ojos y dejo de ver el rostro en el espejo. Antes de encontrar la tumba, era una prisionera en mi propio cuerpo, que sentía el impulso de tocar, de amar, pero incapaz de llevarlo a cabo. Ahora es como si fuera un eco, que no habita nada más que una estatua. Un monumento a la Lila que una vez vivió allí.

La antigua Lila, a la que amaba Tarver, se habría secado, peinado el cabello hasta que quedara liso y brillante. Se habría acercado a él lo suficiente para

que sintiera su calor, para que se rozaran sus brazos de vez en cuando, que el pelo le hiciera cosquillas en el hombro, hasta que no pudiera evitar darse la vuelta para tocarla, ardiendo. Le habría amado.

Por primera vez en una vida de bailes y salones, diseñadores y alta costura, flirteos e intriga, aquella Lila había cobrado vida dentro de su propia piel. ¿Quién soy ahora?

Tarver está muy seguro de que soy yo, de que soy su chica, pero ¿cómo lo sabe? Quiero creerle. A veces casi lo hago. Quiero creer que soy más que el humo imaginario que sale de una chimenea imaginaria. Pero por cómo raspa la tela mi piel desnuda mientras me visto, pensaría que no soy más que un recuerdo.

Para cuando regresa, me he puesto la ropa, me he recogido el pelo mojado en un moño que gotea hielo por mi cuello, me he lavado los dientes y he bebido suficiente agua para darle a estos labios agrietados algo de color.

Tarver se detiene en el umbral cuando entra y me sonrío.

—Lila —dice.

Cree que no me doy cuenta de que va a tocarme pero se contiene, con un movimiento tan rápido que apenas está ahí. Mis pensamientos le gritan que no use ese nombre. «Lila.» Un eco.

Si no pronuncia el nombre, podría desvanecerme.

Hace habitable el dormitorio, extrañamente hogareño.

Sé que lo hace por mi bien, pero tampoco está acostumbrado a sentirse impotente. Ve que me estoy desmoronando, poco a poco. Está dividido entre que le ayude a revisar los documentos para eludir los mecanismos de bloqueo y que me aleje del sótano de la estación y su influencia debilitante.

No sabe que quiero que me toque, que no deseo nada más que arrojarme en sus brazos. Mi cuerpo sigue en carne viva, pero ya no me importa. Quiero sus dedos en mi pelo y sus labios en mi cara... Deseo tanto su calor y su fuerza que me duele. Lo quiero todo el rato, mientras pueda, hasta que me haya ido para siempre.

Pero yo no soy su Lila. No puedo pensar en lo que soy o en lo que me he convertido, ni permitir que me toque... Lo único que tengo es lo que me impulsaba antes de morir en el claro. Lo único que tengo es la necesidad de encontrar el rescate y que vuelva a casa. Si tengo que convertirme en polvo en algún momento y no puedo impedirlo, entonces al menos terminaré lo que

empecé cuando hice estallar las puertas de la estación.

Puedo salvarle.

Él tolera mejor el extraño campo de energía en las entrañas de la estación, la fuerza que irradia desde detrás de la puerta. Aunque no es el que sabe electrónica y por eso estoy desmontando poco a poco los paneles de la pared, examinando los circuitos, intentando forzar la cerradura electrónicamente. Creo que la única razón por la que no me ha apartado a la fuerza de la puerta redonda del sótano es porque cree que nuestra única esperanza es atravesarla. Todo lo que ha sucedido aquí nos ha llevado a esa puerta y cree que puede utilizar lo que hay detrás de ella, si llegamos hasta ahí. Cree que lo que sea que haya detrás me salvará.

Pero ¿cómo salvar a alguien que ya está muerto?

Estoy empezando a creer que sé lo que hay detrás de la puerta. Los temblores, el sabor a metal, el mareo que me afecta cada vez que recibo una visión o un sueño...

Las sensaciones son arrolladoras cuando me acerco a la puerta.

Casi puedo sentir los susurros detrás. Quieren algo desesperadamente, pero son incapaces de alcanzarlo mediante nuestros pensamientos. Están ahí atrapados. Esperando.

Y estoy empezando a comprender lo que quieren de nosotros.

Al fin y al cabo yo ahora también soy una prisionera en un cuerpo que está desmoronándose. Entiendo mejor que Tarver lo angustiados que es estar atrapado.

No puedo seguir con esto.

Cada vez me cuesta más concentrarme. No puedo evitar imaginar que su dolor es como el mío, atrapados como están entre la vida y la muerte, incapaces de traspasar su propio tormento. Cuando atravesemos esa puerta, haré todo lo posible para enviar la señal de socorro y no sucumbir a las ganas de darles lo que quieren.

Porque mientras que una pequeña parte de mí quiere a Tarver, el resto de mí quiere lo mismo que los susurros. Que termine todo.

Durante el día, por la noche, mientras comemos, me observa, y no puedo... Mi mente no funciona. Le oigo intentando captar mi atención.

—Lila, ¿estás bien?

Tengo la cuchara en la mano. Estamos cenando y tengo enfrente un cuenco de caldo rehidratado. Me había olvidado.

Me quedo mirándole, confundida.

—Lila —dice con la voz más suave y las cejas fruncidas.

Mueve la mano izquierda donde descansa sobre la mesa, como si fuera a salvar el abismo que nos separa y coger la mía.

—No me llames así.

—¿Qué? —Está mirándome fijamente, desconcertado—. Es tu nombre. ¿Cómo iba a llamarte sino?

—No me importa. Pero no puedes llamarme así. No soy tu Lila. Soy una copia.

—¿Hablas en serio? —La sorpresa da paso al enfado, al dolor, a la confusión. Tiene la voz entrecortada—. Tú eres tú. Tienes tus recuerdos, tu voz, tus ojos, tu forma de hablar. No me importa cómo ha ocurrido, tú eres tú. Ya me dirás qué diferencia hay.

Respira. Me obligo a mirarle. Lila no habría apartado la vista. En alguna parte de mi mente está desesperada por salir, por ir con él, dejar de torturarlo de esta forma.

—La diferencia es que ella está muerta.

Le veo luchar consigo mismo. Tiene ganas de ponerse a mi lado. Tiene ganas de gritar. Tiene ganas de abandonar, solo un poco. Que deje al último ganar para que descansemos los dos. Solo un rato.

—Tú eres tú —repite, con los ojos llenos de pena—. Eres la misma chica que se estrelló conmigo en este planeta, que se arrastró por el bosque y las montañas, que atravesó una nave llena de cadáveres para salvarme la vida. Eres la misma chica a la que amaba y te amo ahora.

Basta. ¡Basta! Más no. Por favor.

La garganta se me cierra.

—Te quiero, Lila —dice en voz baja, decidido—. Te quiero y te lo debería haber dicho antes de que...

Escucho cómo se le quiebra la voz, sintiéndolo profundamente en mi propio pecho. Cierro los ojos.

—Eres mi Lila.

Niego con la cabeza mientras encuentro las palabras.

—No sé lo que soy ni por qué estoy aquí, pero hasta que lo sepa, haré lo que ella habría querido. Que es atravesar la puerta, enviar la señal y llevarte de vuelta a casa.

—Llevarnos a ambos a casa. No me voy a ir de aquí sin ti.

—Mi padre es un hombre poderoso, pero estamos hablando de una corporación con el poder suficiente para enterrar un planeta entero. Puede que ni siquiera sepa lo que está ocurriendo aquí. ¿Acaso crees que no pueden enterrarnos a nosotros? Yo estaba muerta... ¿Crees que van a dejar que vuelva a una vida normal?

Tarver tensa la mandíbula.

—Nunca averiguarán lo que ha pasado aquí. Mentiremos.

Le miro fijamente, con mucho pesar.

—Tarver —musito—. No puedes mentir. Lo sabrán. Me harán pruebas y lo averiguarán. Te harán un consejo de guerra. Lo perderás todo.

—No todo.

Me observa con calma. Ahora que ha tomado una decisión acerca de lo que soy —que soy su Lila— es como si no importase nada más. Parece muy cansado. Ojalá durmiera.

—Te quería muchísimo —me pongo a susurrar—. Ojalá lo hubieras oído de sus labios.

Más tarde, cuando me he cambiado para irme a dormir y él ha lavado los platos de la cena, vuelve a hablarme. Está en la puerta, observando cómo abro las contraventanas para mirar la noche.

—¿De verdad te imaginas quedándote aquí si vienen a por mí? —pregunta.

—No. Pero sé que estoy aquí por ti. No me trajeron para que fuera amable, me trajeron porque necesitan que ambos crucemos esa puerta y hagamos lo que llevan intentando que hagamos todo el tiempo. Sin ti aquí no hay motivo para que me sigan conservando.

Mantengo la vista en la noche del exterior, intentando que no vea lo asustada que estoy.

—No es que no me imagine quedándome aquí cuando te hayas marchado —digo en voz baja—. Me imagino dejando de existir. Tienes que dejarme marchar, Tarver. No puedes...

—¿No puedo qué?

Tiene la voz más baja, muy controlada. Nunca le había oído así antes. Me doy la vuelta y le encuentro agarrado al marco de la puerta, con los nudillos blancos y todos los músculos tensos.

Trago saliva.

—Perderte en un fantasma.

Durante un buen rato se queda quieto y callado, y el silencio se estira entre

nosotros con tanta tirantez como un cable. En cualquier momento me sacará de mi sitio junto a la ventana y me acercará a él por fin.

No puedo continuar con esto.

Pero él da el primer paso y desaparece de la puerta. Oigo sus pisadas, rápidas y enfadadas, crujendo sobre los escombros del vestíbulo mientras sale hacia la noche. Desaparece la tensión, caigo al suelo con mucha fuerza y me hago daño en la frágil piel, que ahora es tan fina como el papel. Apenas puedo reunir la energía para arrastrarme a la cama.

No puedo...

Tengo que atravesar esa puerta y, por primera vez, mientras mis ojos tropiezan con la lambda de LaRoux bordada en las mantas, creo que sé cómo. Tengo que hacerlo pronto. No creo que me quede mucho tiempo.

portadella

—Esto es una locura. Usted es el que se imagina que no he sido sincero y ahora, ¿quiere que le explique por qué? Dígamelo usted.

—Tal vez ambos podríamos estar de acuerdo, hipotéticamente, en que tal vez exista algún motivo por el que oculte la verdad.

—Hipotéticamente.

—Significa «condicionalmente», «posiblemente».

—Ya sé lo que significa la palabra.

TREINTA Y OCHO TARVER

Es tarde cuando cruzo de vuelta el claro, con la cabeza más despejada y el paso más seguro. Hay algo en salir fuera y estirar las piernas que me ayuda a ordenar las ideas. Cuando entro en la sala común, está vacía... pero diferente.

Los monitores, normalmente apagados, están encendidos como la silueta de una ciudad, parpadeando incomprensibles líneas de código en rojo intenso, mientras las luces danzan por los controles. Tenemos electricidad. Y de la buena, no de la que hemos estado exprimiendo del modo para emergencias.

Me invade la esperanza. Tal vez haya encontrado la manera de cruzar la puerta hacia la habitación cerrada. He pasado cada minuto del día intentando encontrar la forma de entrar, con la esperanza de que hubiera algo al otro lado de la puerta que la ayudara.

Pero si ha logrado abrir la puerta, ¿por qué no ha venido a buscarme? Mi mente no deja de repetir una imagen: la cantimplora convirtiéndose en polvo.

«Mantén la calma. Está bien.» Pero me late el corazón con fuerza mientras bajo el primer peldaño de las escaleras. Oigo a mi antiguo sargento instructor gritándome al oído para que no intente un salto imposible y estúpido para llegar hasta ella más rápido. «Mantente a salvo —me grita desde más allá de su tumba en otro planeta lejano—. No podrás ayudar a nadie si estás hecho pedazos. No te precipites.»

Pero no puedo evitarlo. Bajo con dificultad, ignorando la punzada de dolor al torcerme el tobillo con las prisas. Las luces están encendidas, echo a correr por los pasillos y luego por las escaleras metálicas para doblar la esquina.

La puerta redonda está abierta.

Lila debe de haberme oído llegar. Está enmarcada por ella, mirando hacia fuera, esperándome. Su piel es casi de color gris apagado, demasiado pálida, y los ojos están perdidos en las sombras. La veo temblar cuando se agarra al borde redondo de la entrada. Empiezo a caminar más despacio al acercarme a ella.

—Adiviné la contraseña —susurra con voz ronca.

No deseo nada más que ir a su lado, pero sé que ella no quiere y me contengo con un esfuerzo monumental.

—¿Cómo?

—Por mi padre. Esta es su estación, su emblema está por todas partes. Siempre decía que mi nombre era todo lo que me hacía falta para llegar a cualquier lugar. Así que eso hice. Usé mi nombre.

—Lila.

Asiente con la cabeza y tuerce la boca. Entiendo la pena en su expresión. Si la contraseña era su nombre, significa que su padre hizo esto y no una cara anónima de Industrias LaRoux sin su consentimiento, sin que él lo supiera. Es responsable de lo que sea que pasara aquí y de ocultarlo después. Y utilizó su nombre como clave.

—He conseguido enviar una señal de socorro, aunque es débil —dice en voz baja, tensa—. Solo parecerá estática a menos que la capten suficientes repetidores que aumenten la señal.

La noticia que antes habría sido la mejor del mundo ahora me parece oscura, retorcida. Ya no sé si quiero que vengan a por nosotros. No si no encuentro la manera de salvar a Lila.

—Entra —dice—, hay más.

Retrocede y yo cruzo la puerta, incapaz de resistirme a cogerla de la mano. Cuando agarro sus dedos, ella responde con un débil movimiento. Puedo sentir mi propia fuerza disminuyendo mientras los temblores empiezan a apoderarse de mí. Es como los efectos secundarios de las visiones, solo que diez, veinte veces peor.

La sala zumba de electricidad y está bordeada de monitores, paneles de control y máquinas. Unos cables gruesos se extienden desde las consolas hasta el centro de la habitación. Sobre nosotros se cierne un círculo de acero que tiene dos veces mi altura. Un parpadeo de luz azul serpentea dentro hacia delante y atrás, como rayos perezosos que crean una capa de aire brillante. La estructura domina la habitación, es arrolladora.

Ya no oigo los latidos de mi corazón ni mi respiración dificultosa, todo el sonido se pierde en el chisporroteo y los silbidos de la electricidad. La sala más allá de la estructura de metal está borrosa. El aire está cargado y noto un sabor metálico en el fondo de la garganta. El zumbido en la habitación hace que me duelan los dientes.

Sobre la estructura de acero hay dos grandes señales de advertencia, con rayas negras y amarillas, una en la parte superior y la otra en el lateral inferior. PROHIBIDO EL CONTACTO CON LOS SUJETOS. RIESGO DE INESTABILIDAD

EN LA GRIETA, pone en letras mayúsculas.

«Los sujetos.» Los sujetos de estudio de los documentos que hay arriba.

Los susurros se alzan de repente, aumentando en mis oídos, insistentes. Rondan el límite de la comprensión, como si al salvar el espacio que nos separa, les fuera a entender.

Sin pensarlo, me acerco a la estructura, incapaz de resistir su llamada.

Por unos instantes, la habitación a mi alrededor desaparece, la cubre la negrura y veo brillar estrellas.

Y entonces algo tira de mí. Vuelvo a parpadear y se ha ido. Veo entonces a Lila, cogiéndome de la mano para apartarme.

—¿Estás loco? —dice con la voz entrecortada—. ¿No recuerdas lo que decían esos papeles? Si lo tocas, puedes provocar que la cosa entera se colapse.

—¿Qué?

Todavía estoy viendo las estrellas y tengo la sensación de que he estado a un pelo de entenderlo.

Señala la luz azul hipnotizadora dentro de la estructura metálica.

—¿No lo ves? Esto es la grieta. Tiene que serlo.

Abro la boca para responder, pero antes de poder hacerlo, las luces sobre mi cabeza parpadean, dejando que solo la electricidad azul que se agita ilumine la sala. Las luces se atenúan una vez. «Sí.»

—Oh, Dios —susurra Lila, con los ojos en el portal.

Está sudando, tiene la mano pegajosa contra la mía. Está fría, muy fría. No lo veo bien bajo la luz azul y titilante de la estructura metálica, pero parece que sus ojos están más hundidos, que los círculos oscuros debajo de ellos son más pronunciados.

—¿Lila?

—Son ellos.

—¿Qué...?

Pero la veo mirando fijamente a la estructura. Y me doy cuenta de a qué se refiere.

—Las criaturas, los sujetos. Los susurros. Son la fuente de energía de la estación. Esta luz, esta electricidad... Esta es la grieta de mi padre. Una puerta entre dimensiones. Y están aquí, atrapados de alguna manera por este círculo metálico que han construido alrededor.

Las luces parpadean intensamente y sobre nuestras cabezas estallan los

fluorescentes, cayendo una lluvia de cristales al suelo metálico. En el interior de la estructura de acero que contiene la grieta, los rayos azules fluctúan desenfrenadamente.

—Formas de vida basadas en energía.

Mi voz es un susurro.

De repente el cuerpo de Lila flaquea y su mano sudorosa se resbala de la mía mientras cae de rodillas con un gemido.

Se me para el corazón y me tiro al suelo a su lado.

Su piel pálida es casi traslúcida ahora, veo sus venas oscuras serpenteando por sus brazos. Levanta la cabeza con esfuerzo, intentando coger aire. Cuando apoyo una mano en su hombro, una parte de su vestido se desmenuza al tocarla y desaparece. Como la flor, como la cantimplora.

El hecho de estar tan cerca de los susurros la está matando, los síntomas son mil veces peores. Tengo que sacarla de aquí. La rodeo con un brazo y la pongo de pie, pero más trozos de su vestido se convierten en polvo a cada movimiento. La tela ondea y se deshace, volando por el aire como ceniza. Me quito la chaqueta, la envuelvo en ella y después la cojo en brazos.

«Son la fuente de energía», oigo que retumba su voz.

Y están apagándose.

Mi mente se cierra y me vuelvo para cruzar la puerta con ella. Lo único que sé es que tengo que sacarla de aquí.

Se recupera lo suficiente para agarrarse a la escalera un poco mientras subimos a la superficie y la ayudo a sentarse en una de las sillas de la sala común. Soy tan delicado como puedo, pero aún hace gestos de dolor. Está claro que tiene un vínculo con las criaturas de la grieta que yo no poseo. La energía que fluye por la estación es la misma que fluye por ella, la fuerza vital que la mantiene aquí conmigo.

Clava la mirada en la pared del otro extremo mientras intenta calmarse, y por un instante se me para el corazón cuando la veo quedarse quieta. Entonces me doy cuenta de que ha clavado la vista en las pinturas violentas que nos esforzamos por ignorar.

Sigo su mirada a una figura pintada en rojo.

—Tarver, sé qué son las pinturas. —Su voz ahora es un susurro entrecortado, que tiembla por la intensidad—. ¿Lo ves? —Levanta una mano, con un esfuerzo evidente, para señalar a la siguiente por orden, también en

rojo, y luego a la siguiente—. Ahí está otra vez. ¿Ves la huella al lado? Es la misma. En esta primera, se rompe el cuello. Aquí, está la lanza. Aquí, está ardiendo. Es el mismo hombre, una y otra vez. Tarver, los investigadores destinados aquí se hicieron esto a ellos mismos. —Tiene la voz ronca y está forzando las palabras para que salgan de su garganta—. Y luego los trajeron de vuelta, como a mí.

—¡Dios santo, tienes razón! —La cabeza me da vueltas, va cuesta abajo, intentando agarrarse a algo—. Volvieron una y otra vez.

Las figuras pintadas en la pared son claramente diferenciables y de pronto veo a cada individuo pasar por una muerte tras otra. Las imágenes están rodeadas de huellas de manos y la lambda de LaRoux, pintada grande y en negrita a su lado. De repente, las espirales azules que se repiten, esparcidas por todas las pinturas, tienen un nuevo significado. La grieta y sus prisioneros.

Su mirada pasa por los dibujos, que se vuelven más violentos, más frenéticos, y poco a poco degeneran en pintarrajos primitivos que apenas puedo distinguir. Al final de la serie de imágenes hay una única huella, corrida.

Luego nada.

Sé que ambos vemos lo mismo. Esto es lo que encontraron aquí.

Murieron, volvieron a vivir y, entretanto, se volvieron locos. Vinieron a estudiar las criaturas que me devolvieron a Lila, o a matarlas tal vez, y descubrieron una especie de inmortalidad retorcida.

Hasta... ¿Qué? ¿Hasta que los susurros se debilitaron demasiado como para traerlos de vuelta y proporcionar a la vez energía a la estación, y los investigadores murieron definitivamente? ¿Hasta que Industrias LaRoux los sacó de aquí y escondió este sitio?

Sigo con la mirada fija cuando golpea el suelo con la mano.

—¿Por qué alguien iba a elegir esto? ¿Vivir en el limbo, temiendo constantemente desaparecer? —dice con voz quebrada, entrecortada.

Ojalá pudiera envolverla en mis brazos, pero la distancia entre nosotros, en cambio, parece un abismo.

—A lo mejor era distinto para ellos, cuando este lugar estaba a plena potencia. Nosotros solo tenemos los restos, lo que dejó la compañía.

—Y cuando yo desaparezca, no tendrán la energía para traerme de vuelta.

Suena como si eso fuese lo que quisiera. La respiración me falla y me quedo mirándola, deseándola.

—Solo quiero dormir —susurra, con los ojos oscuros en su rostro blanco, transformado por su anhelo—. Lo deseo porque se te rompería el corazón, lo lamentarías, pero... te curarías. Captarían la señal y podrías irte a casa. Así estarías con tus padres y el jardín y... Entonces la estación podría apagarse y los susurros descansarían. Yo descansaría. Eso es lo único que queremos. Un descanso de verdad, no ese frío, ese...

—Lila, a mí no me hace falta curarme. No quiero curarme. —Mi voz está tan quebrada como la suya—. Te quiero a ti. Encontraremos la manera de parar esto, de conseguir la energía para mantenerte entera. No te perderé una segunda vez.

—No estás perdiendo nada, Tarver. Ya me fui.

Su lucha está escrita por toda su cara, con los ojos cerrados bien fuerte y la boca apretada hasta formar una línea fina que impide el paso de las lágrimas que bajan por sus mejillas.

Por primera vez veo ese otro anhelo, el deseo de quedarse.

Por primera vez me doy cuenta de que quizá insiste en que nos mantengamos separados porque no quiere perder esto de nuevo.

Deslizo la mano hacia delante unos milímetros hasta que cojo la suya. Ella cierra los ojos, conteniendo la respiración. Si al tocarla le hago daño, no se aparta.

—A pesar de lo que me hayan hecho, Tarver, a pesar de lo que yo sea... Te quiero. No lo olvides.

La atraigo hacia mí, sus cabellos caen sobre mi pecho y su cara se apoya en el interior de mi cuello. La abrazo hasta que se queda dormida y noto su aliento cálido en mi piel. Debería sentirlo como una victoria: está aquí, conmigo, por fin vuelve a ser ella. En cambio, me parece que es una despedida.

Noto fríos en las palmas de mis manos los pasamanos de la escalera metálica al bajar otra vez al sótano. Aunque en la superficie es de noche, aquí abajo la luz de los fluorescentes sigue siendo igual de fuerte y constante. Mis pisadas retumban mientras camino por el pasillo hacia el zumbido de la sala.

La grieta me espera y la estructura de metal chisporrotea con la electricidad de los seres atrapados ahí. Tiene que haber un modo de que estas criaturas me ayuden a salvar a Lila. Las imágenes que nos enseñaron resurgen: un valle lleno de flores, la casa de mis padres, tan grande y colorida como la vida, una

única flor en el momento más difícil de Lila para animarla a continuar... Me niego a creer que una especie capaz de tal compasión pueda ser tan cruel.

Me quedo mirando el resplandor azul eléctrico de la grieta que chasquea, desesperado por descifrar a estos seres, por comprender por qué nos guiaron hasta aquí desde tan lejos. En mi interior se alza la frustración mientras clavo la vista en la luz azul en constante cambio. Estoy quedándome sin tiempo y no tengo ni idea de cómo salvarla.

Los susurros entran precipitadamente en mis oídos una vez más y unas formas parpadean en los límites de mi visión. El corazón me late con fuerza.

Todo este camino, todo este dolor y ahora ¿no pueden encontrar la manera de transmitirme su maldito mensaje?

—¿Qué demonios queréis de mí?

Tengo la voz ronca.

Los susurros aumentan, como respuesta. Pero, por supuesto, como siempre, no encuentro sentido a lo que dicen. No hay respuestas. No hay solución para Lila.

—Vamos, hombre. —Contengo las ganas de golpear la maldita cosa con los puños, de atacar el problema de la única forma que conozco—. Me tenéis aquí. He cruzado a pie todo este puñetero planeta. ¿Qué queréis de mí?

Silencio, interrumpido solo por el chasquido y el chisporroteo de la electricidad, y el zumbido de la maquinaria. Si no logro encontrar la manera de detener esto, Lila no va a durar mucho más. Y ese momento va a llegar despacio y yo voy a tener que contemplar cómo vuelve a morir.

«¡Y una mierda!»

Algo en mí se rompe. Me doy la vuelta y golpeo las manos contra el cuadro de control acoplado a la estructura metálica que rodea la grieta. Le doy a una de las pantallas poco iluminadas y el plasma ondula al tocarlo. Lo golpeo una y otra vez hasta que el plástico se agrieta y el armazón del monitor se comba y mi brazo palpita por el impacto, pero no es suficiente.

Cada paso de este viaje, cada pizca de dolor, todo lo que he encontrado en ella... No puede terminar aquí. Ahora tengo una silla en las manos y las chispas vuelan cuando golpeo con ella el armazón metálico. Noto un regusto a cobre en la boca y la habitación da vueltas a mi alrededor. Alguien muy lejos está gritando de dolor y frustración, la sangre retumba débilmente en mis oídos. Golpeo con la silla una y otra vez, hundiendo el cuadro de control y los monitores acoplados a la grieta, haciendo saltar chispas y humo, con el único

propósito de destruirlo.

Entonces hay otra voz que grita para que la oiga por encima del dolor.

—Tarver, Tarver.

Me doy la vuelta, temblando de furia e impotencia. Alec está al otro lado de la sala, apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos. El aire sale de mis pulmones.

—Alec, no puedes estar...

Al instante advierto que su contorno está borroso, no es sólido.

Mis manos siguen temblando y dejo caer la silla, que retumba en el suelo. Trago saliva por el fuerte sabor a metal en mi boca.

Alec camina hacia delante. Su manera de andar, la ligera inclinación de su cabeza, el aire pensativo de su rostro: es todo tan familiar, tan abrumadoramente real... Se me estremece el corazón, se contrae dolorosamente en mi caja torácica.

No me contesta, sino que mira a la grieta, a la energía que gira en el interior. Con un sobresalto, advierto que sus ojos no son del marrón que recuerdo. Son azules, más azules que los de Lila, más azules que el cielo. Tienen el mismo tono que la grieta.

—No eres mi hermano.

Agarro con las manos el borde de la consola para sostenerme.

—No —vacila—. Vinimos aquí a través de...

Su mirada se dirige hacia la luz azul.

—¿La grieta? ¿Cómo?

Señala con la cabeza a la consola destrozada.

—Has roto el campo atenuador. Ahora podemos llegar con más facilidad a tus pensamientos. Podemos encontrar palabras y esta cara. Siempre está en alguna parte de tu mente.

Inspiro despacio, tranquilizándome.

—¿Qué sois?

Alec —o la cosa que lleva el rostro de Alec— se detiene de una forma tan humana que debo seguir recordándome a mí mismo que no es lo que parece.

—Somos pensamiento. Somos energía. En nuestro mundo somos todo lo que hay.

—¿Por qué vinisteis?

La boca de Alec se tensa, como si le doliera algo.

—Por curiosidad. Pero descubrimos que no éramos los únicos aquí.

—Industrias LaRoux.

Alec asiente con la cabeza.

—Encontraron un modo de cortar nuestros lazos, de separarnos los unos de los otros.

—Pero ¿por qué no os marcháis? —pregunto—. ¿Por qué no volvéis a casa?

—Esta es la jaula que construyeron a nuestro alrededor. No podemos entrar del todo a vuestro mundo ni regresar al nuestro.

Su rostro —el de mi hermano— está tenso por la pena. Su imagen parpadea y el miedo serpentea por mis entrañas. Están quedándose sin fuerza, la fuerza de Lila.

—¡Por favor! ¿Cómo puedo ayudaros? No puedo volver a perder a Lila.

La cara de Alec está inundada de compasión.

—Esta jaula nos retiene aquí, pero no aguantamos más. No queda mucho tiempo. Menos, ahora. Si pudiéramos intercambiar su vida por la nuestra, lo haríamos. Para terminar, para dormir.

—¿Por qué menos?

—Por su señal.

—¿La señal de socorro? ¿Os está agotando?

—Pronto ya no quedará suficiente energía.

Alec vuelve a parpadear y desaparece mientras su imagen chisporrotea. A continuación únicamente estoy yo en la habitación, y jamás me he sentido tan solo.

Me acerco trotando a los monitores desde donde Lila lanzó la señal de socorro y veo cómo salta con intensidad por las pantallas mientras busco cómo apagarla. Al final me limito a arrancar un puñado de cables. Las pantallas se apagan y por un instante la grieta brilla un poco más.

La voz de Alec —la voz del susurro— todavía suena en mis oídos. «No aguantamos más.» La única esperanza de Lila está relacionada con estas criaturas y están desvaneciéndose.

Vuelvo a la escalera. Necesito aire, necesito espacio para moverme. En lo más profundo de mí siento el peso que cargan los susurros.

Vertieron la energía que les quedaba en llegar a nosotros, en traernos aquí con visiones y susurros, proporcionándonos lo que necesitábamos —dándome a mi Lila—, para que los encontrásemos. Ahora apenas pueden mantenerla aquí.

Ahora entiendo por qué la trajeron de vuelta. Necesitaban que me moviera, que explorara, que intentara comprender el misterio de esta estación. No podían arriesgarse a que me volara los sesos en aquella cueva, cuando yo era su única esperanza para ser liberados. Pero siguen atrapados y no sé cómo darles el final que quieren. Me da vueltas la cabeza.

El aire fresco fuera de la estación es un alivio mientras paso por encima de los escombros en la entrada y salgo al claro. Echo la cabeza hacia atrás para mirar las estrellas ahora familiares, trazando las formas que he llegado a conocer. Parpadeo cuando la vista se me nubla un instante y las estrellas se mueven. Otro parpadeo y sé que lo que estoy viendo es real.

Una de las estrellas está moviéndose. No, no una... Ahí hay otra. Y otra.

He visto esto antes. Lo he visto en todos los planetas donde me han destinado. Eso son naves en órbita. Deben de haber captado la señal de socorro de Lila y vienen a investigar.

El pánico me alcanza como un duro golpe. Si nos encuentran —si encuentran a Lila—, nos subirán a bordo, y si la alejan de los susurros que la mantienen...

Mi cuerpo se pone en acción antes de que se complete el pensamiento y vuelvo a entrar en el edificio. Tenemos que escondernos. Si se nos llevan de este planeta antes de que encuentre el modo de salvarla, morirá, y elijo cualquier periodo de tiempo aquí con ella que una vida en casa, solo. La elijo a ella. Elijo el mundo que tenga dentro.

Irrumpo en nuestra habitación y al instante la veo sentada en la cama, erguida, con los ojos abiertos de par en par, perpleja.

—¿Tarver?

—Rápido... —El pánico me deja sin aliento, estoy resollando—. Hay naves en órbita. No creo que sepan todavía dónde estamos. Tenemos que...

Se pone enseguida de pie antes de que termine la frase. Cojo mi bolsa y la pistola, y echamos a correr hacia la trampilla que lleva al sótano. Rezo para que piensen que si estuvimos alguna vez aquí, nos hemos ido.

En los últimos peldaños cae en mis brazos y medio cargo con ella por el pasillo hasta la sala de control. Se aparta de mí, pasa junto a la grieta hacia los monitores y oigo su grito ahogado de horror al darse cuenta de que se ha apagado la señal de socorro. A continuación sus dedos bailan por las teclas y las pantallas. Un instante después, empieza a sonar una alarma estridente y a brillar unos *displays* rojos.

—Lila, ¿qué demonios estás haciendo?

Me mira con unos ojos enormes, ensombrecidos.

—La he vuelto a encender. Creo que puedo sobrecargar el sistema. Quizá cree suficiente actividad eléctrica para que aparezcamos en un radar.

Se me para el corazón. Está intentando enseñarles dónde tienen que ir para encontrarme, utilizando los últimos fragmentos de energía que quedan. Los últimos fragmentos que la mantienen con vida. Me lanzo sobre ella.

—Lila, para...

Le da un golpe a la pantalla y se activa otra alarma, que desata la alerta. La luz azul brilla en la grieta y luego disminuye hasta apenas verse. La envuelvo en mis brazos, aferrando los suyos contra sus costados, apartándola de las pantallas.

Las luces destellan en las pantallas y las alarmas gritan su estribillo.

Voy a fallarles a todos.

Lila perderá la energía y se convertirá en polvo. Los alienígenas se quedarán atrapados en la grieta, ni vivos ni muertos.

Tiene que haber una solución. La luz azul de la grieta gira y vibra, más débil que antes, pero atrapada por el círculo de acero, la jaula, incapaz de entrar en nada. Mis ojos dan con los carteles que cubren la estructura: «Prohibido el contacto con los sujetos. Riesgo de inestabilidad en la grieta».

Y entonces recuerdo los papeles chamuscados, la primera vez que encontramos algún indicio de la existencia de la grieta. El colapso de la grieta liberaría energía, decían. La palabra «mortal» me viene a la memoria.

Mortal para una persona normal, tal vez, pero Lila no lo es, ya no. Lila es algo diferente, creada por la energía dentro de la grieta. Todo este tiempo los susurros han estado ayudándonos, todo este tiempo lo único que teníamos que hacer era confiar en ellos.

De entre todas las personas que podían haber elegido, utilizaron a Alec para hablar conmigo. La única persona en el universo en la que confiaba más que en mí mismo. La única persona que siempre sabía qué hacer.

Agarro a Lila con más fuerza y la alejo de la consola. Grita, forcejeando mientras la arrastro hacia la luz azul de la grieta. Es como si percibiera mi intención y usa hasta la última pizca de fuerza que le queda para apartarse. Al final la envuelvo con ambos brazos y salto, arrojándonos a los dos al corazón de la grieta.

portadella

—Industrias LaRoux ha sufrido enormes pérdidas como consecuencia de esta aventura, comandante.

—Yo no estrellé la nave.

—Pero los daños de la estación de control... Era propiedad de Industrias LaRoux.

—¿Cuánto costará volver a construir la Ícaro? ¿Cuántas vidas se han perdido? ¿Y están más preocupados por la estación de control? ¿Creen que es la enorme pérdida?

—Por supuesto que no. Pero nos tomamos muy en serio cualquier destrucción gratuita de nuestra propiedad.

—Tal vez podrían señalarle a Monsieur LaRoux que estaba intentando salvar a su hija.

—Se le está interrogando por petición de Monsieur LaRoux. Creo que él señalaría que de todas maneras ha perdido a su hija.

TREINTA Y NUEVE

LILA

Me inunda una gratitud tan arrolladora que me sienta bien, se apodera de mí. No hay voces, sino una sensación que me envuelve y me saca de la luz azul y vibrante que me rodea.

El mundo se queda en silencio. Todo a mi alrededor es energía y la noto concentrada en mí, cómo se vierte en mí y me llena, curándome, reanimándome.

Me hallo entre dos dimensiones y lo veo todo, lo sé todo.

Recuerdo a otros como yo, de otro tiempo. Todo lo que soy intenta llegar hasta ellos, anhelando un final.

«Todavía no.» Parecen cansados. Débiles.

Vuelvo a intentar alcanzarlos, pero me apartan. Con cuidado. Agotados. Más allá siento la presencia de muchos otros, aunque no puedo verlos ni tocarlos. Están detrás de algún velo que no puedo retirar y retroceden muy, muy lejos.

Intento llamarlos, decirles que esperen, pero se han ido. Todo vuelve a estar frío y a oscuras, y estoy sola. Una débil sensación regresa a mi cuerpo.

Siento algo que me toca, que me envuelve. Me pitan los oídos, la sangre pasa rugiendo por los tímpanos. Algo caliente y suave me roza la cara. El pitido en mis oídos está convirtiéndose poco a poco en una voz.

—¿Lila?

Con un esfuerzo salgo de la oscuridad.

Tarver coge aire, con la mano en mi mejilla.

—¿Estás bien? ¿Puedes moverte?

Trago saliva, pestañeando. La única luz viene de una serie de monitores en la pared, cuyo resplandor poco a poco se va apagando. De pronto recuerdo dónde estamos: en el sótano de la estación. Estoy tumbada en el suelo donde caímos, mirando un círculo de metal vacío. La grieta... a la que Tarver me arrojó. La electricidad azul ha desaparecido.

El portal entre dimensiones que hubiera en esta sala ya no está, nos hemos quedado solos.

De algún modo, él sigue vivo. Ambos lo estamos.

Me incorporo sobre los codos, aturdida, mirándole.

—¿Tarver?

Me envuelve en sus brazos y me acerca a él. Sus labios se aprietan contra mi sien.

—Por un segundo...

La voz se le entrecorta dolorosamente en la garganta.

—¿Qué has hecho?

Me suelta lo suficiente para mirarme a la cara.

—Necesitabas una explosión de energía. Los documentos hablaban de un enorme aumento de energía si se entraba en contacto con la grieta. Tenía la esperanza de que te diera lo que necesitabas... y ellos querían marcharse. Querían que terminara.

—¿Estás loco? —Enrosco los dedos en la tela de sus mangas, con urgencia —. También recuerdo la palabra «mortal» en esos papeles. ¡Podría haberte matado!

Tarver baja la vista hacia donde estoy agarrándole los brazos y luego vuelve a levantarla, sonriendo.

No le he visto sonreír así desde antes de encender la mecha.

—Te elegí a ti. No creo que me quisieran muerto... Creo que querían que ambos sobreviviéramos.

Le echo un vistazo al círculo de metal que envolvía la grieta. Ya no está la luz azul y solo queda la jaula vacía que la compañía de mi padre creó para contener los susurros.

Tarver sigue mi mirada y su sonrisa se borra.

—Querían que todo acabara —dice en voz baja—. Estaban demasiado agotados para volver a casa.

Al irse la luz, nos quedamos totalmente a oscuras. Unas imágenes persisten delante de mis ojos, pero no pertenecen a las pantallas.

—Por un momento los vi. A todos. Una vez fueron todos parte de todos de un modo en que nosotros jamás podríamos... Era precioso, Tarver. Ojalá pudieras haberlo visto.

Me rodea fuerte con el brazo y me besa en la parte superior de la cabeza. Entonces se aparta para ponerse de pie y me coge de la mano en la oscuridad para ayudarme a levantarme.

La cabeza me da vueltas cuando me pongo en pie, pero noto que me vuelven las fuerzas. Abro la boca, pero se oye un grave crujido de metal que hace

vibrar el suelo de rejilla debajo de nosotros.

—¿Qué ha sido...?

Otro chirrido de metal me interrumpe y el suelo tiembla bajo nuestros pies. La mano de Tarver me agarra con más fuerza y lo oigo dándose la vuelta.

—La estación... la onda expansiva del colapso de la grieta debe de haber... ¡Vamos!

Me tira del brazo y aunque me preparo para lo peor, no me duele como lo hubiese hecho hace unos minutos. En cuanto me muevo oigo que algo enorme —el artefacto metálico de contención, tal vez— se derrumba hacia donde estoy.

Juntos echamos a correr por el pasillo, subiendo la ligera inclinación en la absoluta oscuridad. No hay ni el más mínimo rayo de luz, aunque mis ojos siguen intentando adaptarse a la negrura de todas formas, distinguiendo visiones imaginarias delante de ellos. Tarver sigue agarrándome con firmeza la mano y yo me encuentro más fuerte a cada paso. La sangre se acelera, el corazón late con energía y mis pulmones funcionan por primera vez en lo que parecen semanas. Tarver se choca con la escalera y el sonido del impacto se pierde en un torrente de palabrotas.

Me hace pasar delante de él. El mundo se reduce al sonido de nuestra respiración dificultosa y de nuestros pies sobre los peldaños. La escalera se sacude debajo de nosotros cuando unos temblores recorren la estación. Me caigo al suelo justo encima de la trampilla y Tarver, detrás de mí, me ayuda a levantarme.

Aquí hay luz, la suficiente para que distingamos la puerta y los escombros, y más allá el claro, iluminado por la luz de las estrellas, tan brillante que me deslumbra.

Echamos a correr hacia la salida justo cuando el suelo se desploma y, por un horrible instante, es como si estuviera en la cápsula de escape otra vez mientras la gravedad exterior lucha contra la gravedad interior.

La cabeza me da vueltas y no puedo distinguir dónde es arriba. Tarver me agarra con fuerza la muñeca, me encuentro sobre la hierba, y nos arrastramos, apartándonos del derrumbamiento.

Durante unos largos instantes de dificultad lo único que veo son manchas mientras mis pulmones tratan de coger aire, y aunque Tarver intenta ponerse de pie unas cuantas veces, al final tiene que darse por vencido y nos quedamos allí tumbados, escuchando cómo los últimos restos del edificio se desploman.

Tras la oscuridad del sótano, las estrellas parecen faros encendidos, brillantes y prometedores. Me incorporo para mirar a Tarver, que está aún medio aturdido, intentando respirar.

—Estúpido, estúpido —murmuro, tocándole la cara, recorriendo el camino que sigue la luz de las estrellas por el puente de su nariz, por encima de los pómulos—. Ahora no tenemos forma de enviar la señal. Si eso de ahí arriba eran naves, nunca nos encontrarán. No volverás a casa.

Tarver aprieta una mano contra el suelo y se pone derecho para mirarme bien.

—Ya estoy en casa. —Levanta la mano cuando empiezo a protestar—. Mis padres lo entenderían. Si supieran lo que estaba pasando aquí, dirían lo mismo.

—Pero, aun así, ¿cómo has podido hacer tal cosa? La señal estaba funcionando. La habrían visto.

—Estaba matándote —se limita a decir.

«Ya estoy muerta.» Las palabras se ciernen sobre mi lengua, pero no las digo. Porque ahora, aquí, por primera vez, esas palabras no son verdad. Respiro profundamente y observo cómo se ve el aire al espirar.

Tarver se acerca más y me coge de la mano. Todavía estoy débil por no comer casi nada y dormir tan poco. Pero mis músculos responden a mis órdenes. Mi mano, mientras entrelazo mis dedos en los suyos, no tiembla.

Por primera vez desde que me trajeron de vuelta, algo dentro de mí vibra, cálido y vital. La esperanza. Juntos nos ponemos de pie y nos apartamos del socavón que hay en lugar del edificio.

Tarver empieza a soltarme la mano, pero aprieto mis dedos contra los suyos y se me queda mirando un largo rato. No me aparto. Levanta nuestras manos unidas y me besa los dedos, cerrando los ojos mientras sus labios se entretienen en mi piel.

No puedo evitar preguntarme qué es peor: perder a la chica a la que amabas de repente o no poder tocarla mientras se consume.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta, mirándome fijamente.

—Increíble. Viva. Tarver, ¿cómo lo sabías?

—No lo sabía. —Está mirando nuestras manos juntas—. Pero... sentía que no querían hacernos daño. Supuse que solo querían liberarse.

Siento un pequeño escalofrío y, cuando tiemblo, Tarver se quita la chaqueta y me la pone sobre los hombros.

—Una suposición bastante importante —señalo.

—Tenía que creérmela.

—Menudo momento elegiste para empezar a creer en presentimientos y corazonadas.

Me ajusto la chaqueta y le dedico una sonrisa. El brazo con el que me sujeta me aprieta con más fuerza y por un rato nos quedamos escuchando la brisa que mueve las hojas sobre nuestras cabezas.

—¿Y ahora qué hacemos?

Echo la cabeza hacia atrás para mirar al cielo.

—No tengo ni idea —responde alegremente—. Supongo que empezar a construir una casa.

Vuelvo a reírme y me sorprende ver lo fácil que es. No creía recordar cómo hacerlo.

—¿Puede tener un jardín?

—Montones de jardines.

—¿Y una bañera?

—Lo bastante grande para que quepamos los dos.

—¿Puedo ayudarte?

—Está claro que no lo voy a hacer todo yo solo.

Cambio de postura y me apoyo en él.

—Antes deberíamos descansar un poco —dice, girando la cabeza para tocar con los labios mi sien—. Podemos comenzar con la casa mañana. ¿Volvemos a la cueva? Algún idiota destruyó tu cama.

—Algún idiota —repito, con una sonrisa—. No quiero volver a dormir en esa cueva. ¿Podemos dormir aquí fuera, a la intemperie, como solíamos hacer? ¿Antes de todo esto?

—Lo que tú quieras. —Vuelve a besarme la mejilla, todavía con suavidad, todavía vacilante, y desenreda su brazo del mío para ponerse de pie—. Iré a buscar las mantas de la cueva. Mañana empezaremos a planificar nuestra vida de náufragos.

—Ya hemos estado viviendo como náufragos —señalo—. Creo que estaremos bien.

No es más que una sombra entre los árboles iluminados por las estrellas mientras se dirige a la cueva. Cuando lo pierdo de vista, cierro los ojos y reclino la cabeza en el árbol que tengo detrás, imaginando que puedo sentir el suave resplandor de las estrellas en mis mejillas.

Todo está en silencio y tranquilo. El aire es vigorizante y, al inspirar profundamente, me quema el interior de la nariz, siento un fuerte cosquilleo.

—A descansar —murmuro.

Aunque no sé si sabré alguna vez si me lo digo a mí misma o a nuestros amigos ausentes.

portadella

—¿De eso se trata?

—Se trata de averiguar la verdad de lo que ocurrió en ese planeta.

—Ya les he contado la verdad.

—Nada de lo que nos ha contado explica las anomalías en las pruebas médicas de la señorita LaRoux.

—Disculpe, no se me dan bien las palabras técnicas. ¿A qué se refiere?

—Comandante, ya sabe a qué me refiero.

—Estoy segurísimo de que no, señor.

CUARENTA TARVER

No he podido dormir todavía, pero me da igual. Bostezo y abrazo a Lila un poco más fuerte. Murmura dormida —uno de esos soniditos persistentes que me derriten— y se acurruca más cerca.

He estado mirando las estrellas, constelaciones familiares ahora, y poniéndoles nombre. Miro con los ojos entrecerrados a lo que he decidido llamar la Lira y vuelvo a trazar la forma de un arpa mientras me la aprendo. Desde la estrella brillante en la base, a la siguiente arriba y después... la siguiente estrella se mueve. Y lo mismo hace su vecina. Parpadeo otra vez y luego enfoco.

«Son luces de aterrizaje.»

—Lila, rápido, despierta.

Me incorporo apresuradamente y voy a buscar de forma automática la Gleidel, aunque no sé de qué me va a servir. Levanto la otra mano para protegerme los ojos mientras una enorme nave baja hacia nosotros, con los propulsores elevándose a un rugido constante. Aterrizará a no más de un kilómetro o dos de distancia.

Lila se despierta dando golpes con un brazo a diestro y siniestro, y yo la agarro con suavidad por la muñeca.

—¡No, no, dejádnos en paz! ¡Hicimos lo que quisisteis!

Alza la voz por el miedo mientras levanta la vista, parpadeando, intentando comprender lo que está viendo.

—No, Lila, es una nave. Debe de haber captado la explosión o la sobrecarga de energía. Rápido, tenemos que movernos. —Me invade el pavor. Si nos encuentran, nos subirán a bordo y quién sabe lo que mostrarán las pruebas médicas que le hagan—. Vayamos a la cueva, puede que tengan infrarrojos.

Sigue sentada ahí, con la vista fija y la boca un poco abierta.

—¿Una nave?

Apenas puedo oír su susurro.

—No podemos dejar que nos encuentren. Vamos.

La cojo de la mano para intentar tirar de ella. Se resiste, mi chica tozuda y

estúpida, tirando de mí. ¿Cómo ha recuperado esa fuerza tan deprisa?

—Tarver, ¿de qué estás hablando? ¡Vas a poder ir a casa después de todo! Tenemos que encontrarlos para que nos lleven con ellos.

Me agacho a su lado, respiro hondo e intento ir más lento.

—Estoy hablando de que no sabemos qué te harán si te ponen las manos encima. ¿Quién sabe qué encontrará la empresa de tu padre si te hacen pruebas? Vamos, en la cueva hay comida. Podemos refugiarnos ahí hasta que se marchen.

—Tarver, no. —Hay cierto tono frío de la antigua LaRoux en su voz, pero ahora es templado, más cálido—. Vamos a subirnos a esa nave. Vas a volver a casa.

—Lila, ya he tomado una decisión, no tenemos tiempo para esta conversación.

Detrás de mí, las luces de aterrizaje están bajando y el quejido de los motores es más intenso. Lo he oído miles de veces. Normalmente es un sonido bien recibido. Ya están casi abajo.

—No —dice en voz baja, pero segura—. Me voy contigo. No dejabas de decirme que me llevarías a tu casa y eso es lo que vas a hacer.

Me aprieta la mano y se pone de pie.

Me gustaría creerla, pero un amargo presentimiento dentro de mí me dice que haría cualquier cosa por mantenerme a salvo. Me mentiría a la cara si pensara que eso me iba a salvar.

Sé que lo haría. Yo haría lo mismo por ella.

Me rodea la nuca con una mano, tirando de mi cabeza para que su frente quede pegada a la mía.

—Sé lo que habrías dejado por mí. No podría permitir que eso pasara en vano.

Nos quedamos así un instante, para siempre, e intento buscar en mi interior esa confianza.

Ella espera, observándome, segura de que daré el salto por ella.

Me pongo derecho y la cojo de la mano para llevarla hacia la nave de rescate. Ve la decisión en mi cara y abre la boca para hablar cuando la interrumpe un nuevo sonido. A lo lejos, se oyen unos chasquidos en la maleza, unos crujidos, unas botas se mueven hacia nosotros, y me doy cuenta de que el ruido de la nave se ha desvanecido.

Han aterrizado. No nos queda mucho tiempo antes de que nos encuentren.

Lila se vuelve otra vez hacia mí, de repente decidida.

—Van a hacer preguntas. —Su mano aprieta la mía—. Tenemos que contar la misma historia.

—Demasiado arriesgado que ambos mintamos. No les cuentes nada. Sé la chica que ellos esperan. Afligida, cabreada. Llama a tu padre a gritos, llora si es necesario, pero no respondas a sus preguntas. Sé una princesa.

Está negando con la cabeza, con los ojos clavados en los míos. Hay unas linternas a lo lejos, pero aquí solo están las estrellas del cielo para iluminarle la cara.

—No quiero que tengas que enfrentarte a ellos solo. No sabes de lo que es capaz la empresa de mi padre...

—No estaré solo. —Me inclino para apretar mi frente con la suya, rápido y seguro—. Estarás representando tu papel igual que yo. Di que estás demasiado traumatizada para contestar preguntas. Yo tendré que hablar, no podré evitar un informe, pero si nos contradecemos, no podremos ocultar lo que ha pasado aquí.

—Traumatizada. —Está nerviosa, pero hay un atisbo de risa en su voz. La atesoro—. Puedo hacerlo.

Empiezo a moverme hacia los crujidos de la maleza, pero ella se queda quieta y tira de mi mano para hacerme retroceder.

—Tarver. —Suspira, con los ojos puestos en mi rostro—. Habrá cámaras todo el rato. Más preguntas. Todo el mundo querrá oír tu historia. Tu vida será diferente, sin importar lo lejos de Corinto que vayamos.

Una linterna parpadea entre los árboles, brillando de forma entrecortada, irregular, al pasar por los troncos. La luz rebota en su cara, iluminando sus ojos por un breve instante brillante.

Me acerco más.

—No me importa.

—Mi padre intentará... —Traga saliva, luego levanta la barbilla y aprieta la boca hasta convertirla en una línea recta y determinada—. No, encontraré la manera de tratarle.

No puedo evitar sonreír ante esta seguridad de acero, mi Lila hasta la médula.

—Pagaría por ver ese enfrentamiento.

Sonríe, rápida como el rayo, después me aprieta la mano más fuerte, sujetándose como si tuviera miedo de que alguien viniera y nos separara.

—¿Te enfrentarás a todo conmigo?

El mundo se estrecha, los sonidos del grupo de búsqueda que se aproxima disminuyen, las luces se oscurecen a nuestro alrededor hasta solo quedar ella y yo, nuestro aliento condensándose, mezclándose con el aire frío. Me ha robado la voz, tengo a la chica en los brazos y por un momento no puedo responder. Tengo que concentrarme, intentar recordar cómo respirar.

—Siempre.

Su sonrisa es como el sol saliendo.

—Entonces debería besarme mientras pueda, comandante Merendsen. Tal vez pase un tiempo hasta su próxima oportunidad.

Sus pómulos siguen ensombrecidos, su rostro aún muestra signos de debilidad, pero también tiene los ojos brillantes y sus mejillas vuelven a estar sonrosadas, llenas de vida. Sus dedos se enroscan en mis mangas, como si no pudiera esperar a tirar de mí.

Pensé que jamás tocaría a mi Lila otra vez. Incluso cuando volvió, creí haberla perdido para siempre.

Me separo un instante antes de que los grupos de rescate irrumpen en el claro. Me siento casi tentado de decirles que vuelvan más tarde.

portadella

—¿Por qué hizo estallar la estación, comandante?

—Vi las naves en órbita y esperaba que alguien se fijara.

No quería perderme esta fiestecita.

—Los daños fueron importantes.

—Bueno, no parecía que nadie necesitase ya el sitio.

—Eso no era decisión suya.

CUARENTA Y UNO

LILA

La nave que primero captó mi señal era una nave de investigación de camino a A243-Delta. Los investigadores no tuvieron suerte descifrando la estática, pero la limpiaron lo mejor que pudieron y la hicieron rebotar por el resto de la galaxia. Entonces alcanzó un transporte más grande, unos días después, y luego terminó en unos teóricos marginales intentando descubrir una estructura en la estática de fondo del universo. Ellos fueron los primeros en limpiar la señal lo suficiente para saber que una mujer estaba pidiendo ayuda. Al final hicieron falta un montón de naves para recoger los fragmentos que les llegaban y unirlos todos.

La nave que nos recogió fue una de las de mi padre, un equipo avanzado que se apresuró a llegar aquí antes de que la imagen de la señal fuera lo bastante clara para que supieran quién era. Confirmaron lo que ya sospechábamos: somos los únicos supervivientes de la Ícaro. Imaginar a cincuenta mil personas muertas es imposible, así que en su lugar veo los rostros de Anna y Swann, y el rostro del hombre cansado, con el sombrero de copa raído, que tan solo quería transmitirle un mensaje a mi padre. Pero resulta que tengo mucho espacio para la pena.

Cuatro días han pasado desde nuestro rescate, seguimos en órbita alrededor del planeta y otra de las naves de mi padre nos alcanza. Tarver y yo estamos en habitaciones separadas y no le he vuelto a ver.

Mis comidas están controladas. Tengo a alguien al lado a todas horas del día, incluso cuando duermo. Mis preguntas sobre Tarver reciben educadas evasivas. «Está en las mejores manos. Le verá en breve. Está bien. Su padre llegará pronto. ¿Por qué no espera a preguntárselo a él?»

Sus intentos de preguntarme reciben como respuesta ríos de lágrimas. Tengo que representar mi papel como estoy segura de que lo está haciendo Tarver, y lo hago bien. Aunque las lágrimas no impiden que lleguen los médicos y me hayan desnudado para examinarme. Me han sacado sangre, me han cortado un mechón de pelo y me han raspado debajo de las uñas. Estoy conectada a máquinas por electrodos en las sienes, en el pecho. Me han puesto pinzas en las yemas de los dedos y observan las lecturas que yo no puedo ver, con los

ojos abiertos de par en par y los rostros iluminados por el resplandor verde claro de los monitores mientras se reúnen a su alrededor.

Y luego vuelven a meterme en la sala de reconocimiento, donde una nueva ronda de médicos me saca más sangre y coge más pelo. Contrastan los resultados una y otra vez. Están llevándome de vuelta a la sala con los monitores y los electrodos cuando las puertas de repente se abren de golpe.

—¿Qué significa esto?

Una voz como el acero interrumpe el zumbido de las máquinas.

La doctora que me agarra el brazo lo deja caer como si le quemara. Sin apoyo, las piernas me tiemblan y caigo al suelo. Ella y los demás retroceden, dejándome parpadeando bajo la luz.

—Señor —empieza uno—, estamos obedeciendo órdenes...

—Suspendedlo —dice la voz, y los médicos le hacen caso enseguida.

Conozco bien la voz, al fin y al cabo, y nadie la oye dar una orden sin cumplirla de inmediato. Desde alguna parte, alguien me da una bata azul marino, un cambio bien recibido después de la de hospital, fina como el papel, que me habían puesto.

Alguien apaga la luz cegadora de arriba y mientras mis ojos se esfuerzan por adaptarse, una cara aparece de pronto en mi campo de visión.

—¿Cariño?

Por un momento lo único que puedo hacer es mirar fijamente. Los ojos azules, enrojecidos por la emoción; los rasgos cincelados que no mienten sobre su edad; el pelo blanco muy corto que nunca se ha molestado en teñirse. Un rostro que jamás creí que volvería a ver, un rostro que no quería volver a ver jamás. Pero al tenerlo aquí delante, recuerdo lo segura que me hace sentir. Qué fácil, qué a gusto. Recuerdo lo mucho que quería que hiciera todo bien.

—¿Papá? —susurro.

Le tiembla la boca, luego se le tensa, como si no creyera que soy realmente yo. Me envuelve con los brazos y, tras un segundo, recuerdo que se supone que tengo que llorar. Una vez empiezo, no puedo parar. Durante un largo rato nos quedamos allí sentados en el suelo del ala médica mientras yo sollozo sin cesar en el hombro de su chaqueta, aspirando la fragancia familiar de su colonia. Vuelvo a ser una niña, en un bosque perfumado, envuelta en la seguridad de los brazos de mi padre. Lo único que quiero hacer es fingir que estoy dormida para que me lleve a casa.

Pero al final se me agotan las lágrimas y él me ayuda a levantarme. Me

acompaña a una sala de reuniones dominada por una larga mesa de cristal y me sienta en la primera silla de la izquierda. Se sienta en una silla a la cabeza de la mesa y la acerca a mí para poder cogerme la mano entre las suyas.

—Cuéntamelo todo, corazón mío.

Aquí sentada, mientras mi padre me mira con los ojos enrojecidos, encuentro imposible relacionarlo con el símbolo lambda grabado en toda la prisión infernal de las criaturas que me devolvieron la vida. Por un instante no deseo más que contarle lo que nos sucedió, lo que me sucedió a mí, que recuerdo morir, renacer y todo lo de en medio.

Pero las palabras de Tarver todavía suenan en mis oídos. «No les cuentes nada —dijo—, mentiremos.» No puedo fallarle.

Así que me sorbo la nariz con fuerza y dejo caer la cabeza, con la vista clavada en el regazo mientras niego.

—No lo sé —tartamudeo—. No puedo. Es todo demasiado... No me acuerdo, está todo borroso.

—¿Estás segura? —Me da unas palmaditas en la mano, tranquilizándome. Su piel es fría al tacto, suave, lisa. Siempre tuvo las manos bien cuidadas—. Tal vez te ayudaría hablar de ello.

Vuelvo a negar con la cabeza. Las lágrimas que fueron tan fáciles de localizar antes se han secado cuando vuelve mi convicción, y por eso tengo que fingir y mantener los ojos en la tela de la bata.

Mi padre se queda callado un rato. Le conozco lo bastante bien como para saber que no me cree. Pero quiere hacerlo. Al final vuelve a darme unas palmaditas en la mano y se pone derecho.

—Bueno, bien. Dejaremos todo esto atrás, entonces. Lo que necesitas es tranquilidad. Lo único que me importa es que estás a salvo.

Es todo lo que quería, que aceptase que he regresado, que terminara todo y que mi vida volviera a ser normal. Pero, aun así, estoy inquieta.

Siento una tensión como la que no había notado desde que tenía catorce años y me enteré de que Simon ya no estaba. Una parte de mí sabe que solo está diciéndome lo que quiero oír.

Mi padre se aclara la garganta.

—Entiendo que el joven de la otra habitación es en parte responsable de que hayas vuelto de una pieza.

—Tarver Merendsen —le corrijo, asintiendo y manteniendo la cabeza gacha—. Es del todo responsable, papá. Es la razón por la que estoy aquí.

—Bueno, nos aseguraremos de recompensarle por ello con generosidad. —
Se calla—. Todo eso en la prensa y en los vídeos de la HV de vosotros dos...

—¿Sí? —Al final aparto los ojos de mi regazo para levantar la vista y el corazón me late con fuerza. Sé lo que va a decir—. ¿Qué pasa?

—Cuando llegemos a Corinto, harás unas declaraciones en las que corregirás la suposición de los medios de comunicación de que sois pareja. Agradecerás su ayuda y le desearás un buen viaje de vuelta a casa de sus padres. Y eso será todo.

Me da vueltas la cabeza.

—Padre...

—Lo arreglaremos, Lila. —Me mira, con el corazón en los ojos—. Tú y yo, lo sabes. Eres todo lo que tengo. Todo lo que necesito. Mi querida niña, no tienes ni idea de cómo fue enterarme de que estabas a salvo.

La culpa me retuerce el estómago, metálica y nauseabunda.

—No le dejaré.

—Oh, Lila. —Sueno muy cansado, muy triste. No puede saber lo del planeta, es imposible. Un empleado lejano usó mi nombre en el teclado numérico en broma. Mi padre no es capaz de tal monstruosidad—. Ahora piensas eso, pero en una semana, en dos semanas... en un mes, en un año, cambiarás. Solo intento protegerte.

—¿Como me protegiste hace tres años?

Las palabras se me escapan antes de poder detenerlas. Mi padre y yo nunca hemos hablado de Simon.

Los ojos que me resultaban risueños, bondadosos, ahora son inflexibles, más pálidos y fríos que el hielo.

—Me lo agradecerás algún día —dice con una voz que silenciosamente me reduce al máximo.

Y entonces me doy cuenta. Este es el hombre que envió a Simon a la muerte. Este es el hombre que descubrió la primera vida inteligente aparte de nosotros y lo ocultó. Este es el hombre que esclavizó a los primeros embajadores de otro universo para sus propios fines, que perpetró un encubrimiento tan enorme que una nave con cincuenta mil personas cayó sin dejar rastro hasta que una señal de socorro captó la atención de unos investigadores, que la recibieron.

Este es el hombre que me ha controlado diecisiete años.

Y lo peor es que, con una ráfaga de claridad, me doy cuenta de que es el

único que me ha controlado porque yo se lo he permitido.

—No —digo, levantándome mientras la palabra suena en mis oídos.

Una parte de mi mente señala que así tengo el poder, que de pie soy más alta que él sentado, que hacerle levantar la vista hacia mí me da ventaja. Pero en realidad no puedo seguir sentada más rato, un zumbido frenético en las extremidades me hace entrar en acción. Es lo único que puedo hacer para no ponerme a caminar de un sitio a otro, porque eso demostraría debilidad. Eso también lo aprendí de él.

—Nos dejarás en paz. Para siempre. A cambio, mantendremos tu secreto.

Mi padre me mira sin inmutarse, sin revelar nada.

—Para siempre no es mucho tiempo para un soldado.

Su voz es suave como el terciopelo e igual de oscura. Se me oprime el corazón, consumido por el miedo.

Pero Roderick LaRoux no es el único que sabe amenazar sin amenazar, intimidar sin levantar una mano. Él me ha enseñado todo lo que sé.

—Tú has sido todo lo que he necesitado en la vida —digo en voz baja, observando su cara. La dinámica en el ambiente cambia. Lo noto. Y por el pequeño tic en su mejilla, veo que él también puede cambiar—. Pero la gente destapa recuerdos enterrados cuando se recupera de sucesos traumáticos. No sé qué pasaría si comenzase a recordar lo que vi en ese planeta.

Mi padre se pone de pie lentamente. Es un hombre alto, con trajes diseñados para enfatizar su estatura con colores oscuros y poderosos. Coloca una mano en el respaldo de la silla, mirándome sin inmutarse. No dice nada, pero sé lo que está pensando.

—Cuando lleguemos a Corinto, Tarver y yo emitiremos juntos un comunicado en el que explicaremos cómo recuperamos una cápsula de escape para enviar una señal de socorro. No mencionaremos la estación. Tarver probablemente esté en una sala ahora mismo, mintiendo, guardando tus secretos. Nadie tendrá que saber jamás lo que vimos.

»Pero, padre, y esta es la parte importante, te considero personalmente responsable de su seguridad. Porque si le pasa algo alguna vez, sabré que has sido tú. Si lo trasladan al frente, lo sabré. Si contrae una misteriosa enfermedad, lo sabré. Si hay un pelo en su cabeza que esté fuera de lugar, lo sabré. Y si alguien algún día piensa chantajearle o amenazarle para que me deje, eso también lo sabré.

—Lila, estoy seguro de no saber lo que estás insinuando. —Su tono es frío,

pero veo algo detrás... algo que no había visto antes. Inseguridad—. ¿Por qué debería ser responsabilidad mía su seguridad...?

—Su seguridad es responsabilidad tuya igual que debería haberlo sido la de Simon. —Por primera vez el recuerdo de los ojos verdes y la risa de Simon no me hacen daño. Y en esta ocasión, cuando miro a mi padre, se calla—. Si le pasa algo a Tarver como le sucedió a Simon, será el fin de Industrias LaRoux. La galaxia sabrá lo que hiciste. Y si eso ocurre, ni todo el poder y el dinero del universo serán suficientes para salvarte.

Se me nubla la vista, no con lágrimas, sino por el esfuerzo de no parpadear. Dejo de ver el rostro de mi padre con claridad, así que miro más allá.

«Sal de esta. Te has enfrentado a una jungla llena de monstruos, a una nave llena de cadáveres, al vacío de la mismísima muerte. Puedes hacerlo.»

—Y si algo le pasa alguna vez a Tarver Merendsen, me perderás a mí también. Me perderás para siempre. Y no te quedará nadie.

Por fin me permito parpadear y, cuando se me aclara la vista, veo a mi padre ahí de pie, bastante viejo de repente. Su pelo blanco parece más fino; su piel, más suelta. Veo arrugas alrededor de sus ojos que no recuerdo que estuvieran ahí. La mano en el respaldo de la silla le sirve ahora para apoyarse, no para adoptar una postura de poder. Le tiembla la boca.

Endurezco el corazón. Eso también lo he aprendido de él.

—No volveré a hablarte. ¿Lo entiendes?

Deja escapar un largo suspiro, con la cabeza gacha.

—Lila...

—¿Lo entiendes?

portadella

—Puede marcharse.

—¿Disculpe?

—La puerta está abierta, comandante.

—Es demasiado amable.

—Comandante, ¿se da cuenta de que su historia y nuestras conclusiones no cuadran?

—No sé qué más decirle, señor. Es lo que sucedió.

—No hay ni la más mínima prueba que lo respalde.

—¿De verdad cree que podría inventarme algo así?

CUARENTA Y DOS TARVER

Mi interrogador se levanta y señala hacia la puerta, que se abre como si se lo hubiera ordenado.

Me lo quedo mirando un buen rato, tratando de procesar la idea de que puedo marcharme, dándole vueltas al asunto desesperadamente mientras busco el truco. ¿Cuál es el siguiente paso, la siguiente parte del juego? Me escuecen los ojos, me duelen, y la cabeza me palpita a un ritmo lento. El hambre se ha convertido en unas fuertes náuseas que se asientan en la boca de mi estómago.

Me pongo derecho, las rodillas protestan, sufro calambres en los músculos. Salgo de la sala sin volverme.

Lila está esperando fuera, en el largo pasillo con amplias ventanas. Debe de ser de noche, según la hora de la nave, porque las luces son más tenues y ella está iluminada en buena parte por la luz del planeta al otro lado de las ventanas. Está vestido en una especie de bata, pero podría ser un traje de noche, por cómo le queda. Azul marino, el mismo color que llevaba la noche en que nos conocimos. Recta, con aplomo, con la piel limpia y el pelo recogido en uno de esos elegantes moños que nunca entenderé, lo único que le falta es su séquito. Deben de haberle hecho algún tipo de tratamiento en la cara, porque las pecas ya casi han desaparecido. Es como si jamás hubieran existido estas últimas semanas.

Yo he representado mi papel. ¿Habrà ella hecho el suyo? ¿Podrà haberlo hecho después de volver a ver su mundo? Recuerdo lo que le dije una vez acerca de regresar al mundo real: «Mejor no hacer ninguna promesa. No es tan sencillo como a los dos nos gustaría que fuera».

Durante un interminable instante me observa, de arriba abajo, contemplando mi agotamiento. No hay ni rastro de la Lila que llegué a conocer en el planeta.

Mi corazón quiere detenerse y yo quiero dejarle.

Ella es la que rompe el silencio.

—Tarver, ¿estás...?

Me muevo hacia ella antes de poder detenerme y me paro a medio camino.

—Estoy bien. ¿Estás...?

—Vino mi padre. —Sigue mirándome intensamente con sus ojos azules.

Debo de tener una pinta horrible—. ¿Qué les has contado? ¿Ya ha terminado?

Aparto los ojos de su boca y trago saliva. Estamos solos en este pasillo, pero sin embargo noto el peso de los periodistas esperando para fotografiarnos, la gente incrédula de los círculos de Lila, también los soldados, la sombra de su padre sobre nosotros. ¿Es demasiado para ella?

«¿Es demasiado para mí?»

—¿Qué podría contarles? —digo a la ligera, intentando ignorar las ganas que tengo de salvar la distancia entre nosotros—. No soy más que un soldado grande y tonto. ¿Qué sé yo?

Sus labios se curvan un poco, le hace gracia, y mi corazón palpita con esperanza. Ahí están de nuevo sus hoyuelos. Examino su cara, buscando alguna marca del ojo morado que tenía, las pecas que están desapareciendo, cualquier cosa que la haga mía y no de ellos.

—¿Qué hay de usted, señorita LaRoux?

—¿Yo? —Respira hondo y con un sobresalto advierto que tiene tanto miedo como yo—. No soy más una heredera mimada, demasiado traumatizada para recordar nada.

Y entonces sonrío, de verdad, igual que en la Ícaro la primera noche que nos vimos. Ha terminado todo. No tiene nada que ver con la manera de sonreír de entonces. Esta es risueña y auténtica, llena de esperanza ansiosa. Voy a cogerla, ardiendo. Por un momento siento la curva de su boca contra la mía, sonriendo antes de que el ansia me domine. Luego me pego a ella y me coge de la camisa para tirar de mí mientras chocamos contra la pared del pasillo. Me aprieta contra ella. Tengo las manos en sus caderas, en sus costados, enmarcando su rostro mientras separa los labios y la beso, con la cabeza dando vueltas a todos los momentos en los que creía que había desaparecido.

Pero está aquí, es mía. Soy suyo.

Mi corazón late con fuerza cuando nos separamos y me inclino para apoyar la frente en la suya.

—¿Quieres que salgamos de aquí?

Me echa los brazos al cuello y sus labios vuelven a sonreír.

—¿Crees que podremos dejar atrás las cámaras?

—Tengo un amplio entrenamiento en el arte del sigilo y el camuflaje.

Sonrío como respuesta, indefenso.

Abre la boca para hablar, pero un destello cegador al otro lado de las ventanas la interrumpe y la hace retroceder tambaleándose con un grito. Me

doy la vuelta, medio ciego yo también a pesar de estar de espaldas a las ventanas. La luz pasa por la nave, propagándose desde el planeta en una onda. Parpadeo para deshacerme de la imagen persistente, con la vista clavada en el mismo planeta, esforzándome por comprender lo que estoy viendo.

Unas líneas de fuego se esparcen por la superficie como grietas en la cáscara de un huevo, como si una criatura gigantesca estuviera naciendo de las entrañas del planeta. Lila emite un sonido grave y me coge la mano. Las brechas se ensanchan y trozos enteros de masas continentales desaparecen en el fuego.

No se oye nada en el vacío del espacio y durante un largo instante nos quedamos allí en un silencio absoluto y espeluznante, presenciando la destrucción del planeta ante nosotros.

Lila es la primera en moverse, la primera en hablar.

—Ahora nadie sabrá lo que pasó.

Traga saliva, con la vista clavada en la ventana mientras una serie de explosiones mudas expulsan chorros de roca fundida hacia la luna espejo.

En el pasillo oscurecido, el fuego rojo y dorado que consume el planeta se refleja en los ojos de Lila, transformándolos.

En su rostro veo el eco de la destrucción del planeta, la pérdida de la última prueba de todo por lo que pasó.

La envuelvo en mis brazos, más que nada para tranquilizarme. Hundo la cabeza hasta que sus cabellos me hacen cosquillas en la cara y respiro hondo.

—Nosotros sí lo sabremos —susurro.

No nos movemos del sitio, ni siquiera cuando los motores de la nave arrancan.

Continuamos observando el exterior mientras el planeta hecho añicos y los restos de su luna retroceden en la distancia, hacia atrás en la oscuridad infinita. Hasta que tenemos que forzar los ojos para verlos, hasta que no son más que puntitos irregulares de luz reflejada.

La aceleración del hiperespacio emite su silbido característico y Lila se apoya en mí, preparándose para saltar, para doblar el espacio y llegar antes a casa. Donde nos aguardan las cámaras y los periodistas, y las preguntas de la gente que jamás entenderá lo que nos ha ocurrido.

No he renunciado a encontrar respuestas, aún no, aunque solo nos las susurremos entre nosotros.

Pero justo ahora, mientras esperamos a que arranquen los motores, todo eso

está muy lejos.

Por un momento la imagen ante nosotros se congela: nuestro mundo, nuestras vidas, reducidas a un puñado de estrellas rotas medio perdidas en el espacio inexplorado. Entonces desaparece, la vista es absorbida por los vientos del hiperespacio al pasar, auroras verde azuladas que borran las imágenes persistentes.

Hasta que nosotros somos lo único que queda.

AGRADECIMIENTOS

Nos gustaría dar las gracias a nuestros magníficos agentes, Josh y Tracey Adams, por su apoyo, sensatez y sus mimos en los momentos adecuados. ¡Estamos muy agradecidas por teneros de nuestro lado! Gracias también a los cazatalentos, agentes y editores extranjeros que han ayudado a llevar nuestro libro a lugares donde nunca hemos estado.

Gracias a nuestra fantástica editora, Abby Ranger, por aceptar la historia de Lila y Tarver, y enseñarnos, desafiarnos y apoyarnos. Abby, ha sido de verdad un placer cada paso en el camino (¡y gracias a Syllas, por compartir a su madre!). Muchas gracias también a la maravillosa Laura Schreiber por su excelencia en edición de textos y por *frikear* con nosotras cada vez que era necesario.

También queremos darle las gracias a Emily Meehan por preguntar por nosotras. Estamos emocionadas de estar contigo y no podemos esperar a ver qué nos tienes reservado.

Muchas gracias a la familia Disney-Hyperion, por las ventas, el marketing, la publicidad, a nuestros correctores y equipos de diseño, estamos muy agradecidas por trabajar con vosotros. Gracias especialmente a Suzanne Murphy, Stephanie Lurie, Dina Sherman, Jamie Baker, y Lizzie Mason, Lloyd Ellman, Elke Villa, Martin Karlow, Monica Mayper y Sarah Chassé. ¡Gracias a Whitney Manger y Tom Corbett por nuestra preciosa cubierta!

Sarah J. Maas y Susan Dennard, somos muy afortunadas de teneros como amigas y como críticas, ¡y os damos las gracias por las dos cosas! Os queremos. Kat Zhang y Olivia Davis, gracias por estar ahí cuando os necesitábamos. Gracias a Michelle Dennis por no cansarse nunca de leer una vez más y por un apoyo infinito (y a veces succulento). Sois insustituibles.

Estamos muy agradecidas al resto de gente maravillosa de la comunidad de escritores que nos han ayudado en el proceso. Ellen Kushner y Delia Sherman, nuestras Story Godmothers, ¡gracias por el empujón que necesitábamos! Jeanne, Corry, y todos los de Odyssey, vuestro apoyo significa muchísimo.

Beth Revis, Marie Lu y Jodi Meadows: gracias por defender nuestro libro y ser nuestras animadoras en todo momento. Sois estupendas.

A nuestras Leading Ladies: Alison Ward, Amanda Ellwood, Ben Brown (aunque él no es una *lady*), Dixie McCartney, Kacey Smith, Marri Knadle y

Soraya Een Hajji, gracias por las clases de narrativa que no podríamos haber encontrado en ningún otro sitio, y su preciada amistad.

Gracias al oficial científico de la nave, Ben Ellis, y al experto en demoliciones Nic Crowhurst por ayudarnos a estrellar cosas y volarlas por los aires (todos los errores son nuestros), y a la doctora de la nave, Kate Irving, por leer, criticar y por su asesoramiento médico, demasiadas excursiones para contarlas (la mayoría sin situaciones de supervivencia incluidas) y muchos años de amistad extraordinaria.

Gracias a nuestras brillantes redes de apoyo: las chicas de Pub(lishing) Crawl, the Lucky 13s, el equipo de FOS, el grupo Roti Boti, Jay Kristoff, el grupo TJ/UVA/extended NoVA, The Plot Bunnies of Melbourne y los estupendos escritores de literatura juvenil de Washington D. C. Gracias a nuestros amigos fantásticos, a los que no les importaba que escribiéramos en servilletas, que llevásemos nuestros portátiles a cualquier parte o que nos escapáramos un momento porque nuestra coautora se había despertado en la otra punta del mundo.

Y finalmente gracias a nuestras familias por su amor, su entusiasmo y sus ánimos. Os estamos muy agradecidas a todos. En particular, gracias a nuestros padres por sus abundantes ánimos y por llenar nuestras vidas de libros, y a Flic y Josie, por ser nuestros primeros compañeros de imaginación. Gracias a nuestras familias ampliadas: al clan de los Cousins, los Miskes y a nuestro propio Mr. Wolf. Y por último pero no por ello menos importante, gracias, Brendan. Nos habríamos estrellado de pleno sin ti.

créditos

Primera edición: octubre de 2016

Título original en inglés: These Broken Stars

Adaptación de cubierta: Book & Look

Diseño de cubierta: Whitney Manger

Maquetación: Marquès, S.L.

Edición: Helena Pons

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© 2013, Annie Kaufman y Meagan Spooner, por el texto

© 2013, Tom Corbett, por la fotografía de cubierta

© 2016, Noemí Risco, por la traducción

© 2016, La Galera, SAU Editorial

por la edición en lengua castellana

Casa Catedral®

Josep Pla, 95. 08019 Barcelona

www.lagaleraeditorial.com

facebook.com/lagalerayoung

twitter.com/lagalerayoung

instagram.com/lagalerayoung

Impreso en Liberdúplex

Ctra. BV 2249, Km. 7,4

08791 St. Llorenç d'Hortons

Depósito legal: B-12.965-2016

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-5856-4

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneo de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Table of Contents

- [Uno. Tarver](#)
- [Dos. Lila](#)
- [Tres. Tarver](#)
- [Cuatro. Lila](#)
- [Cinco. Tarver](#)
- [Seis. Lila](#)
- [Siete. Tarver](#)
- [Ocho. Lila](#)
- [Nueve. Tarver](#)
- [Diez. Lila](#)
- [Once. Tarver](#)
- [Doce. Lila](#)
- [Trece. Tarver](#)
- [Catorce. Lila](#)
- [Quince. Tarver](#)
- [Dieciséis. Lila](#)
- [Diecisiete. Tarver](#)
- [Dieciocho. Lila](#)
- [Diecinueve. Tarver](#)
- [Veinte. Lila](#)
- [Veintiuno. Tarver](#)
- [Veintidós. Lila](#)
- [Veintitrés. Tarver](#)
- [Veinticuatro. Lila](#)
- [Veinticinco. Tarver](#)
- [Veintiséis. Lila](#)
- [Veintisiete. Tarver](#)
- [Veintiocho. Lila](#)
- [Veintinueve. Tarver](#)
- [Treinta. Lila](#)
- [Treinta y Uno. Tarver](#)
- [Treinta y Dos. Tarver](#)

- [Treinta y Tres. Lila](#)
- [Treinta y Cuatro. Tarver](#)
- [Treinta y Cinco. Lila](#)
- [Treinta y Seis. Tarver](#)
- [Treinta y Siete. Lila](#)
- [Treinta y Ocho. Tarver](#)
- [Treinta y Nueve. Lila](#)
- [Cuarenta. Tarver](#)
- [Cuarenta y Uno. Lila](#)
- [Cuarenta y Dos. Tarver](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Créditos](#)

Table of Contents

[Uno. Tarver](#)

[Dos. Lila](#)

[Tres. Tarver](#)

[Cuatro. Lila](#)

[Cinco. Tarver](#)

[Seis. Lila](#)

[Siete. Tarver](#)

[Ocho. Lila](#)

[Nueve. Tarver](#)

[Diez. Lila](#)

[Once. Tarver](#)

[Doce. Lila](#)

[Trece. Tarver](#)

[Catorce. Lila](#)

[Quince. Tarver](#)

[Dieciséis. Lila](#)

[Diecisiete. Tarver](#)

[Dieciocho. Lila](#)

[Diecinueve. Tarver](#)

[Veinte. Lila](#)

[Veintiuno. Tarver](#)

[Veintidós. Lila](#)

[Veintitrés. Tarver](#)

[Veinticuatro. Lila](#)

[Veinticinco. Tarver](#)

[Veintiséis. Lila](#)

[Veintisiete. Tarver](#)

[Veintiocho. Lila](#)

[Veintinueve. Tarver](#)

[Treinta. Lila](#)

[Treinta y Uno. Tarver](#)

[Treinta y Dos. Tarver](#)

[Treinta y Tres. Lila](#)
[Treinta y Cuatro. Tarver](#)
[Treinta y Cinco. Lila](#)
[Treinta y Seis. Tarver](#)
[Treinta y Siete. Lila](#)
[Treinta y Ocho. Tarver](#)
[Treinta y Nueve. Lila](#)
[Cuarenta. Tarver](#)
[Cuarenta y Uno. Lila](#)
[Cuarenta y Dos. Tarver](#)
[Agradecimientos](#)
[Créditos](#)